

Julia KRISTEVA

**El lenguaje,
ese desconocido**

Introducción a la lingüística

TRADUCCIÓN: *María* ANTORANZ

EDITORIAL FUNDAMENTOS

Este libro fue publicado por primera vez bajo el título: Julia JOYAUX, *Le Langage, cet inconnu*, en la colección «Le point de la question» en las ediciones SGPP en 1969.

Título original: *Le langage cet inconnu*
Traducción: María Antoranz

© Julie Kristeve

© Editorial Fundamentos, 1988
Caracas, 15. 28010 Madrid
Telfs.: 419 96 19 y 419 55 84

Primera edición:
I.S.B.N.: 84-245-0498-4
Depósito legal: M-42198-1987

Compuesto por Edinculcosa
Isabelita Usera, 66. 28038 Madrid
Impreso por Técnicas Gráficas, S.L.
Las Matas, 5. 28035 Madrid
Impreso en España-Printed in Spain

Diseño gráfico de Fernando Fernández

Contenido

PRIMERA PARTE	6
Introducción a la lingüística	6
¿Qué es el lenguaje?	8
1. El lenguaje, la lengua, el habla, el discurso	9
2. El signo lingüístico	15
3. La materialidad del lenguaje	21
Lo fonético	21
Lo gráfico y lo gestual	26
Categorías y relaciones lingüísticas	33
SEGUNDA PARTE	43
El lenguaje y la historia	43
1. Antropología y lingüística	49
Conocimiento del lenguaje en las sociedades llamadas primitivas	49
2. Los egipcios: su escritura	63
3. La civilización mesopotámica: Sumerios y acadios	67
4. China: la escritura como ciencia	70
5. La lingüística india	79
6. El alfabeto fenicio	86
7. Los hebreos: la Biblia y la Cábala	92
8. La Grecia lógica	96
9. Roma: Transmisión de la gramática griega	108
10. La gramática árabe	118
11. Las especulaciones medievales	123
12. Humanistas y gramáticos del Renacimiento	130
13. La Gramática de Port-Royal	143
14. La Enciclopedia: la lengua y la naturaleza	155
15. El lenguaje como historia	174
16. La lingüística estructural	196
Investigaciones lógicas	200
El Círculo lingüístico de Praga	202
El Círculo de Copenhague	209
El estructuralismo americano	216
La lingüística matemática	227
La gramática generativa	230
TERCERA PARTE	240
Lenguaje y lenguajes	240
1. Psicoanálisis y lenguaje	241

2.	La praxis lingüística _____	252
	Oradores y retores _____	253
	La literatura _____	261
3.	La semiótica _____	268
	La antropología estructural _____	272
	El lenguaje de los gestos _____	276
	El lenguaje musical _____	281
	El lenguaje visible: la pintura _____	284
	El lenguaje visible: La fotografía y el cine _____	287
	La zoosemiótica _____	290
	Conclusión _____	296

Responder a la pregunta: ¿qué es el lenguaje?, nos lleva al meollo de la problemática que, desde siempre, ha sido la del estudio del lenguaje. Cada época o civilización, conforme al conjunto de sus conocimientos, de sus creencias y de su ideología, responde de diferente manera y considera, el lenguaje en función de los moldes que la constituyen. Así, pues, la época cristiana, hasta el siglo XVIII, tenía una visión teológica del lenguaje, preguntándose ante todo por el problema de su origen o, como mucho, por las reglas universales de su lógica; el siglo XIX, dominado por el historicismo, consideraba el lenguaje en tanto que desarrollo, cambio, evolución a través del tiempo. Hoy en día, predominan las visiones de lenguaje en tanto que *sistema* y los problemas de *funcionamiento* de dicho sistema. De modo que, para aprehender el lenguaje, tendríamos que seguir la huella del pensamiento que, en el transcurso del tiempo, e incluso antes de la constitución de la lingüística en cuanto que ciencia particular, ha ido esbozando las distintas visiones del lenguaje. La pregunta: ¿qué es el lenguaje?, podría y debería ser sustituida por otra: ¿Cómo ha podido ser pensado el lenguaje?

J. K.

PRIMERA PARTE

Introducción a la lingüística

Hacer del lenguaje un objeto privilegiado de reflexión, de ciencia y de filosofía, es sin duda un gesto cuyo alcance no se ha medido todavía. Pues si el lenguaje se ha convertido en un objeto de reflexión específica desde hace ya muchos siglos, la ciencia lingüística, por su parte, es muy reciente. En cuanto a la concepción del lenguaje en tanto que «clave» del hombre y de la historia social, en tanto que vía de acceso a las leyes de funcionamiento de la sociedad, constituye quizá una de las características más determinantes de nuestra época. Porque, efectivamente, se trata de un fenómeno nuevo: el lenguaje cuya praxis el hombre ha sabido dominar desde siempre –fusionado con el hombre y la sociedad a los cuales se halla íntimamente ligado–, ese lenguaje, hoy en día más que nunca dentro de la historia, está aislado y como distanciado para ser aprehendido en cuanto que *objeto de conocimiento* particular, susceptible de introducirnos no sólo en las leyes de su propio funcionamiento, sino también en todo lo que se refiere al orden de lo social.

Podemos admitir desde ahora que la relación del sujeto hablante con el lenguaje ha conocido dos etapas, definiendo la segunda nuestra época:

En primer lugar, hemos querido *conocer* lo que ya podíamos practicar (el lenguaje) y, de este modo, se crearon los mitos, las creencias, la filosofía, las ciencias del lenguaje.

Más tarde, proyectamos el conocimiento científico del lenguaje sobre el conjunto de la praxis social y se ha podido estudiar las diversas manifestaciones significantes como *unos lenguajes*, asentando de esta forma las bases de un acercamiento científico en el amplio campo de lo llamado humano.

El primer movimiento –es decir la colocación del lenguaje en el lugar de objeto específico de conocimiento– implica que deja de ser un ejercicio que se ignora a sí mismo para pasar a «hablar sus propias leyes». Este giro paradójico desprende al sujeto parlante (el hombre) de lo que le constituye (el lenguaje) y le lleva a *decir cómo lo dice*.

Momento cargado de consecuencias en que la primera sería que le permite al hombre no tomarse más por una entidad soberana e indescomponible, sino analizarse en tanto que sistema hablante; en tanto que un *lenguaje*. Tal vez podríamos decir que, si el Renacimiento sustituyó el culto del Dios medieval por el del Hombre con mayúscula, nuestra época lleva consigo una revolución no menos importante al eliminar todo culto, puesto que está cambiando el último, el del Hombre, por un *sistema* asequible para el análisis científico: el lenguaje. El hombre como lenguaje, el lenguaje en vez del hombre, esto podría ser el gesto desmitificador por excelencia, que introduciría la ciencia en la zona compleja e imprecisa de lo humano, ahí donde se suelen instalar las ideologías y las religiones. La *lingüística* resulta ser la palanca de aquella desmitificador, pues plantea el lenguaje en tanto que objeto de ciencia y nos revela las leyes de su funcionamiento.

La palabra *lingüística* nació el siglo pasado, registrándose por primera vez en 1833, si bien el término *lingüista* se encontraba ya en 1816 en *Choix des poésies des troubadours*. tomo I, página 1, de François Raynouard, y la ciencia del lenguaje avanza con ritmo acelerado aportando nuevas luces sobre aquella praxis que sabemos manejar sin conocerla.

Pero quien dice lenguaje dice *demarcación, significación y comunicación*. En este sentido, todas las praxis humanas son tipos de lenguajes, puesto que tienen la función de *demarcar, significar y comunicar*. Intercambiar las mercancías y las mujeres dentro de la red social, producir objetos de arte o discursos explicativos cual las religiones o los mitos, etc., es formar una especie de *sistema lingüístico secundario* con respecto al lenguaje e instaurar en base a este sistema un circuito de comunicación con unos sujetos, un sentido y una significación. Conocer tales sistemas (tales sujetos, tales sentidos, tales significaciones), estudiar sus peculiaridades en cuanto que tipos de lenguaje, he aquí el segundo movimiento determinante de la reflexión moderna que escoge al hombre como objeto, apoyándose sobre la lingüística.

¿Qué es el lenguaje?

Responder a esta pregunta nos lleva al meollo de la problemática que, desde siempre, ha sido la del estudio del lenguaje. Cada época o

cada civilización, conforme al conjunto de sus conocimientos, de sus creencias y de su ideología, responde de diferente manera y considera el lenguaje en función de los moldes que la constituyen. Así, pues, la época cristiana, hasta el siglo XVIII, tenía una visión teológica del lenguaje, preguntándose ante todo por el problema de su origen o, como mucho, por las reglas universales de su lógica; el siglo XIX, dominado por el historicismo, consideraba el lenguaje en tanto que desarrollo, cambio, evolución a través del tiempo. Hoy en día, predominan las visiones de lenguaje en tanto que *sistema* y los problemas de *funcionamiento* de dicho sistema. De modo que, para aprender el lenguaje, tendríamos que seguir la huella del pensamiento que, en el transcurso del tiempo, e incluso antes de la constitución de la lingüística en cuanto que ciencia particular, ha ido esbozando las distintas visiones del lenguaje. La pregunta: «¿Qué es el lenguaje?» podría y debería ser sustituida por otra; «¿Cómo ha podido ser pensado el lenguaje?» Si planteamos así el problema, nos negaremos a buscar una supuesta «esencia» del lenguaje y presentaremos la praxis lingüística mediante el proceso que la acompañó: la reflexión que ha suscitado, la representación que se ha ido haciendo de aquélla.

Se imponen, sin embargo, algunas puntualizaciones previas para situar en su *generalidad* el problema del lenguaje y para facilitar la comprensión de las representaciones sucesivas que fue concibiendo la humanidad.

1. El lenguaje, la lengua, el habla, el discurso

Cualquiera que sea el momento en que se considera al lenguaje —en los períodos históricos más remotos, en los pueblos llamados salvajes o en la época moderna— se presenta como un sistema extremadamente complejo en el que se mezclan problemas de distinta índole.

En primer lugar, y visto desde fuera, el lenguaje reviste un carácter *material* diversificado del que se intenta conocer los aspectos y las relaciones: el lenguaje es una cadena de *sonidos* articulados, pero también es una red de *marcas* escritas (una escritura), o bien un juego de gestos (una gestualidad). ¿Cuales son las relaciones entre la voz, la escritura y el gesto? ¿Por qué esas diferencias y qué implican? El lenguaje nos plantea problemas en cuanto indagamos en su forma de ser.

A su vez, la materialidad enunciada, escrita o gesticulada produce y expresa (es decir, comunica) lo que llamamos un pensamiento. Lo cual significa que el lenguaje es la única forma de ser del pensamiento y, al mismo tiempo, su realidad y su realización. A menudo se ha planteado la cuestión de saber si existe un lenguaje sin pensamiento y un pensamiento sin lenguaje. Al margen de que el discurso mudo incluso (el «pensamiento» mudo) recurre en su laberinto a la red del lenguaje y no podría ser sin ello, parece imposible, hoy en día, sin abandonar el terreno del materialismo, afirmar la existencia de un pensamiento extralingüístico. Si se observan diferencias entre la praxis lingüística que sirve para la comunicación y, digamos, la de la ensoñación o la de un proceso inconsciente o preconscious, la ciencia actual intenta, ya no excluir aquellos fenómenos «particulares» del lenguaje sino, por el contrario, ensanchar la noción de lenguaje permitiéndole aceptar lo que, a primera vista, parecía que no le incumbía. Asimismo nos abstendremos de afirmar que el lenguaje es el *instrumento* del pensamiento. Semejante concepción daría pie a creer que el lenguaje *expresa*, cual una herramienta, algo –¿una idea?– exterior a él. Pero ¿qué es esa idea? ¿Acaso existe de otra forma que no sea a través del lenguaje? Una respuesta afirmativa equivaldría a un idealismo cuyas raíces metafísicas estarían demasiado a la vista. Observamos, pues, cómo la concepción instrumentalista del lenguaje que se apoya sobre la suposición de la existencia de un pensamiento o de una actividad simbólica sin lenguaje, desemboca sobre la teología por sus implicaciones filosóficas.

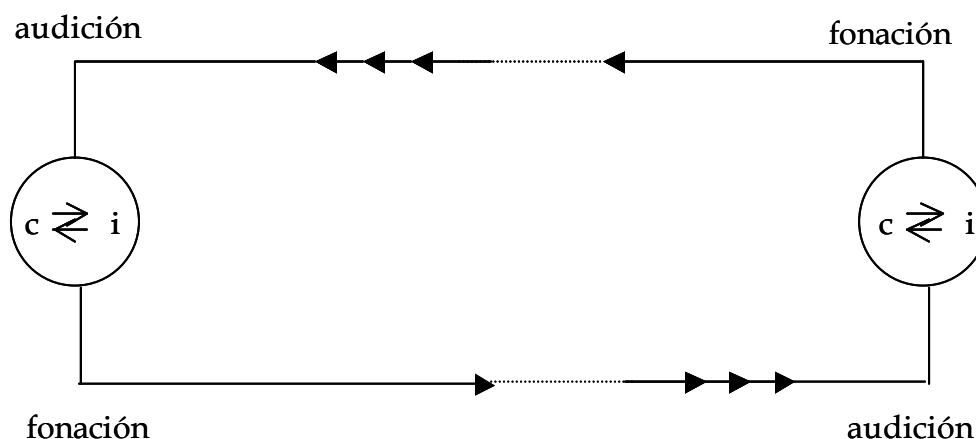
Si el lenguaje es la materia del pensamiento, también es el elemento propio de la comunicación social. Una sociedad sin lenguaje no existe como tampoco puede existir sin comunicación. Todo lo que se produce en relación con el lenguaje sucede para ser comunicado en el intercambio social. La clásica pregunta: «¿Cuál es la primera función del lenguaje: producir un pensamiento o comunicarlo?» no tiene un fundamento objetivo. El lenguaje es todo eso a la vez y no puede tener una de las dos funciones sin tener la otra también. Todos los testimonios que la arqueología nos brinda acerca de la praxis lingüística se enmarcan en unos sistemas sociales y participan, por consiguiente, de una comunicación. «El hombre habla» y «el hombre es un animal social» son dos proposiciones tautológicas en sí y sinónimas. Insistir, por lo tanto, sobre el carácter social del lenguaje no significa que se otorgue una mayor importancia a su *función de comunicación*. Por el contrario, tras haber sido utilizado en contra de las

cuestiones cuya aclaración nos ayudará a entender el hecho «lenguaje».

Finalmente, lo que llamamos lenguaje tiene una historia que se desarrolla en el tiempo. Desde el punto de vista de esta *diacronía*, el lenguaje se transforma durante las diferentes épocas, toma diversas formas en los distintos pueblos. Planteado como sistema, es decir *sincrónicamente*, hay una reglas concretas de funcionamiento, una estructura dada y unas transformaciones estructurales que obedecen a unas leyes estrictas.)

Vemos entonces que, como lo observó Ferdinand de Saussure, «tomado en su conjunto, el lenguaje es multiforme y hétéroclite; a caballo en diferentes dominios, a la vez físico, filosófico y psíquico, pertenece además al dominio individual y al dominio social; no se deja clasificar en ninguna de las categorías de los hechos humanos, porque no se sabe cómo desembrollar su unidad»¹. Debido a la complejidad y a la diversidad de los problemas que plantea, el lenguaje requiere el análisis de la filosofía, de la antropología, del psicoanálisis, de la sociología, sin mencionar las distintas disciplinas lingüísticas.

Para aislar de esta masa de rasgos que se relacionan con el lenguaje un objeto unificado y susceptible de una clasificación, la lingüística distingue la parte *lengua* dentro del conjunto del lenguaje. Según Saussure, «se la puede localizar en la porción determinada del circuito en la que una imagen auditiva (i) se asocia a un concepto (c)» y Saussure da, del circuito, el siguiente esquema:



La *lengua* es «la parte social del lenguaje», exterior al individuo; no

¹ Retomamos la traducción al castellano del *Curso* de F. de Saussure. Ed. Losada, Buenos Aires, 19^o éd., 1979. (Nota del traductor.)

es modificable por el hablante y parece obedecer a las leyes de un contrato social que sería reconocido por todos los miembros de la comunidad. Así, pues, la lengua está aislada del conjunto heterogéneo del lenguaje: sólo retiene un «sistema de signos en el que lo único esencial es la unión del *sentido* y de la *imagen acústica*».

Si la lengua es, por decirlo así, un sistema anónimo hecho con *signos* que se combinan a partir de unas leyes específicas y si, como tal, no puede realizarse en el habla de ningún sujeto, «sólo existe de modo perfecto en la masa», mientras que el *habla* es «siempre individual y el individuo es siempre el dueño». El habla es según la definición de Saussure «un acto individual de voluntad y de inteligencia»: 1) las combinaciones mediante las cuales el sujeto hablante utiliza el código de la lengua; 2) el mecanismo psicofísico que le permite exteriorizar aquellas combinaciones. El habla sería la suma: a) de las combinaciones individuales personales introducidas por los sujetos hablantes; b) de los actos de fonación necesarios para la ejecución de dichas combinaciones.

La distinción lenguaje-lengua-habla, discutida y a menudo rechazada por determinados lingüistas modernos, sirve sin embargo para situar de manera general el objeto de la lingüística. Para el propio Saussure conlleva una división del estudio del lenguaje en dos partes: la que examina la lengua, que es por consiguiente social, independiente del individuo y «únicamente psíquica»; y aquella, psicofísica, que remite a la parte individual del lenguaje: el habla, incluida la fonación. En realidad, ambas partes son inseparables una de otra. Para que pueda producirse el habla, la lengua es imprescindible previamente, pero al mismo tiempo no hay lengua en abstracto sin su realización en el habla. Se precisa, pues, dos lingüísticas inseparables la una de la otra: lingüística de la lengua y lingüística del habla, si bien es cierto que la segunda se halla en sus primeros balbuceos.

La introducción de nociones propias de la *teoría de la comunicación* en el campo lingüístico contribuye a una nueva formulación de la distinción lengua-habla y a una significación nueva y operativa de la misma. El fundador de la cibernética, Norbert Wiener, ya había observado que no existe ninguna oposición fundamental entre los problemas que les surgen a los especialistas de la comunicación y los que se plantean para los lingüistas. Para los ingenieros, se trata de transmitir un mensaje merced a un *código*, es decir, un número mínimo de decisiones binarias, o sea, de un sistema de clasificación o, digamos,

de un esquema que represente las estructuras invariables y básicas del mensaje, estructuras propias del emisor y del receptor, y a partir de las cuales el receptor podrá reconstruir el mensaje en sí. Asimismo, el lingüista puede hallar dentro de la complejidad del mensaje verbal unos rasgos distintivos cuya combinación le posibilita el código de dicho mensaje. Como lo observa Roman Jakobson, los interlocutores pertenecientes a la misma comunidad lingüística pueden ser definidos como los usuarios efectivos de un único y mismo código; la existencia de un código común fundamenta la comunicación y hace posible el intercambio de los mensajes.

El término *discurso* designa de manera rigurosa y sin ambigüedad la manifestación de la lengua en la comunicación viva. Tal como lo puntualiza Emilio Benveniste, se opone, por tanto, al de *lengua* que abarca de ahora en adelante al lenguaje en tanto que conjunto de signos formales, estratificados en sucesivos escalones, formando sistemas y estructuras. El *discurso* implica, en primer lugar, la participación del sujeto en su lenguaje mediante *el habla del individuo*. Recurriendo a la estructura anónima de la lengua, el sujeto se forma y se transforma en el discurso que comunica al otro. La lengua común a todos se convierte, en el discurso, en vehículo de un mensaje *único*, propio de la estructura particular de un sujeto dado que deja sobre la estructura obligatoria de la lengua la huella de un sello específico en que el sujeto viene marcado sin que sea consciente de ello, sin embargo.

Para concretar el plano del discurso, se le ha podido oponer al del *habla* y de la *historia*. Para Benveniste, en la enunciación histórica, el locutor está excluido del relato: toda subjetividad, toda referencia autobiográfica están vetadas de la enunciación histórica que se constituye como un modo de enunciación de la verdad. El término «discurso», por el contrario, designaría cualquier enunciación que integrase en sus estructuras al locutor y al oyente, con el deseo por parte del primero de influir al otro. El discurso se convierte, a su vez, en el campo privilegiado del psicoanálisis. «Sus medios —dice Lacan—, son los del habla en cuanto que confiere un sentido a las funciones del individuo; su dominio es el del discurso concreto en tanto que realidad transindividual del sujeto; sus operaciones son las de la historia en cuanto que constituye la emergencia de la verdad dentro de lo real.»

Está claro ahora que estudiar el lenguaje, captar la multiplicidad de sus aspectos y funciones, es construir una ciencia y una teoría

estratificada cuyas distintas ramas se ocuparán de los distintos aspectos del lenguaje para poder darnos, a la hora de la síntesis, un conocimiento cada vez más concreto del funcionamiento significativo del hombre. A tal efecto será imprescindible conocer tanto el lenguaje vocal como la escritura, tanto la lengua como el discurso, la sistemática interna de los enunciados y su relación con los sujetos de la comunicación, la lógica de los cambios históricos y el vínculo del nivel lingüístico con lo real. De este modo nos aproximaremos a las leyes específicas del trabajo simbólico.

2. El signo lingüístico

La idea según la cual el núcleo fundamental de la lengua reside en el *signo* es propio de varios pensadores y escuelas de pensamiento, de la Antigüedad griega a la Edad Media y hasta en la actualidad. Cualquier locutor es, en efecto, más o menos consciente de que el lenguaje simboliza, *representa*, *nombrándolos*, los hechos reales. Los elementos de la cadena hablada, digamos las palabras por el momento, están asociados a determinados objetos o hechos que *significan*.

El *signo* o «*representamen*», dice Charles Sanders Peirce, es lo que sustituye algo por alguien. El signo se dirige a alguien y evoca para aquél un objeto o un hecho, durante la *ausencia* de tal objeto o de tal hecho. Por ello, decimos que el signo significa «*in absentia*». «*In praesentia*», es decir, en función del objeto presente que representa, el signo parece plantear una relación de convención o de contrato entre el objeto material representado y la forma fónica representante. Etimológicamente, la palabra griega σήβολον viene del verbo συμβάλ-λειν que quiere decir «juntar» y se ha empleado a menudo para significar una asociación, una convención o un contrato. Para los griegos, una bandera o un emblema son símbolos, de la misma manera que una localidad para una función teatral, un sentimiento o una creencia: vemos que, lo que une aquellos fenómenos y permite una denominación común, es el que todos *sustituyen* o *representan* algo ausente, evocado por un intermediario y, por consiguiente, incluido en un sistema de intercambio: en una comunicación.

En la teoría de Peirce, el signo es una relación triádica que se establece entre un *objeto*, su *representante* y el *interpretador*. El *interpretador*, para aquel lingüista, es una especie de *base* sobre la cual

instaura la relación objeto-signo y corresponde a la *idea* en el sentido platónico del término. Porque el signo no representa todo el objeto sino únicamente una idea de aquél, o como diría Sapir, el *concepto* de ese objeto.

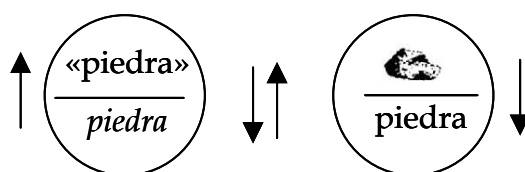
Teóricamente, se puede afirmar que los signos lingüísticos son el «origen» de cualquier símbolo: que el primer acto de simbolización es la simbolización en y mediante el lenguaje. Esto no excluye el que una diversidad de signos esté presente en los distintos dominios de la praxis humana. Según la relación entre el representante y el objeto representado, Pierce los ha clasificado en tres categorías:

– El *icono* se refiere al objeto por su parecido con él: por ejemplo, el dibujo de un árbol que representa al árbol real, el cual se parece a aquél, es un icono.

– El *índice* no se parece forzosamente al objeto pero recibe una influencia de aquél y, por eso mismo, tiene algo en común con el objeto: un ejemplo sería el humo en tanto que índice del fuego.

– El *símbolo* se refiere a un objeto que designa por una especie de ley, de convención, a través de la idea: tales son los signos lingüísticos.

Si Pierce elaboró una teoría general de los signos, es a Saussure a quien debemos el primer desarrollo exhaustivo y científico del signo lingüístico en su concepción moderna. En su *Cours de linguistique Générale* (1916), Saussure observa que sería ilusorio creer que el signo lingüístico asocia una cosa con un nombre; la ligazón que establece el signo se halla ente un *concepto* y una *imagen acústica*. La imagen acústica no es el sonido mismo sino «la huella psíquica de ese sonido, la representación que de él nos da el testimonio de nuestros sentidos².» Así, pues, para Saussure, el signo es una realidad psíquica con dos caras: siendo una el concepto y la otra la imagen acústica. Por ejemplo, para la palabra «piedra», el signo está constituido por la imagen acústica *piedra* y por el concepto «piedra»: una cómoda envoltura que retiene lo que es común a las miles y miles de representaciones que podemos tener del elemento diferenciado «piedra».



Ambas caras inseparables del signo, que Saussure describe como las

² Vid. nota del traductor en la página 16. (Nota del traductor.)

dos caras de una misma hoja, se llaman *significado* (el concepto) y *significante* (la imagen acústica). Para Saussure, el signo lingüístico se define por la relación *significante-significado*, de la que excluye el *objeto* designado con el término de *referente*: la lingüística no se ocupa del referente, sólo se interesa por el *significante*, por el *significado* y su relación.

¿Cuál es la relación entre el *significante* y el *significado*?

Uno de los postulados básicos de la lingüística es que el signo es *arbitrario*. Esto quiere decir que no hay relación necesaria entre el *significante* y el *significado*: el mismo *significado* «piedra» tiene como *significante* en francés *pier*, en castellano *piedra*, en ruso *kame*, en inglés *stoun*, en chino, *shi* 石. Lo cual no quiere decir que se elijan los *significantes* de manera arbitraria, por un acto voluntario individual y que por consiguiente se puedan cambiar también de manera arbitraria. Por el contrario, lo «arbitrario» del signo es prácticamente normativo, absoluto, válido y obligatorio para todos los sujetos que hablan un mismo idioma. La palabra «arbitrario» *significa más exactamente inmotivado*, es decir que no hay una necesidad natural o real que una al *significante* con el *significado*. El que algunas onomatopeyas y exclamaciones parezcan *imitar* los fenómenos reales y, como tales, parezcan motivados no anula por ello este postulado lingüístico puesto que se trata de casos de importancia secundaria.

Aunque la teoría del signo presente la ventaja de plantear el problema de la relación entre la lengua y la realidad fuera del campo de las preocupaciones lingüísticas, y de dar pie al estudio de la lengua en tanto que sistema formal, sometido a unas leyes y unos hechos de estructuras ordenadas y transformacionales, se encuentra hoy en día sujeta a una crítica que, si bien no la destruye del todo, al menos la obliga a ciertas modificaciones.

Así, pues, la teoría del signo está basada sobre la reducción de la red fónica que es el discurso, a una *cadena lineal* en la cual se aísla un elemento mínimo correspondiente a la *palabra*. Pero es cada vez más difícil admitir que la unidad mínima de la lengua es la palabra. Esta, en efecto, no puede alcanzar su total significación más que en la oración, es decir, por y en una relación sintáctica. Por otra parte, se puede descomponer esta misma palabra en elementos morfológicos, los *morfemas*, más pequeños que aquélla, ellos mismos portadores de significación y cuyo conjunto constituye la significación de la palabra. De este modo, en las palabras *donar*, *donación*, *donador*, podemos aislar

el morfema *don-*, que implica la idea de *regalo* y los morfemas *-ar*, *-ación*, *-ador* que atribuyen diversas modalidades a la raíz *don-*. Por último, la significación de esa palabra sólo estará completa si la estudiamos en un *discurso*, teniendo en cuenta la enunciación del hablante.

Se comprende que la palabra, concebida como entidad indivisible y valor absoluto, se vuelva sospechosa para los lingüistas y que, hoy día, deje de ser el soporte fundamental de la reflexión acerca del funcionamiento del lenguaje. Se trata cada vez más de apartarla de la ciencia del lenguaje. André Martinet escribe con razón que «la semiología (la ciencia de los signos) tal como nos la muestran unos estudios recientes, no necesita palabra alguna. Y no se vayan a imaginar que los semiólogos piensan, en realidad, «palabra» ahí donde escriben «signo». Algunos pensarían más bien «oración» o «enunciado» sin olvidar nunca, además, que la *-r- de pagará* también es «signo». Algunos pensarían más bien sustituya la noción de palabra por la de «sintagma», «grupo de varios signos mínimos» que llamaríamos *monema*: «Au fur et a mesure» (poco a poco, progresivamente) es un único monema pues una vez que el locutor ha elegido utilizar *fur* no puede abstenerse de decir el resto.» Vemos con este ejemplo que la lingüística intenta alcanzar, más allá de las apariencias inmediatas, detrás de «la pantalla de la palabra», los «rasgos verdaderamente fundamentales del lenguaje humano».

Por otra parte, y, sin lugar a dudas, en estrecha dependencia con el aislamiento de la palabra en cuanto que elemento de la lengua, la teoría del signo se construye bajo la autoridad del *concepto* como interpretador matricial de los elementos lingüísticos. No habría, pues, lenguaje fuera del *concepto* puesto que el concepto en tanto que *significado* construye la estructura misma del signo. La aceptación, hasta el final, de esta tesis nos llevaría a expulsar del campo lingüístico todo lo que no es del orden del concepto: el sueño, el inconsciente, la poesía, etc., o, al menos a reducir su especificidad a un único tipo de funcionamiento conceptual. Ello desembocaría sobre una visión *normativa* del funcionamiento significativo que no podría abordar la multiplicidad de las praxis significantes, cuando no las encasillara en una patología por reprimir. Algunos lingüistas, tal como Edward Sapir, advierten a este respecto que sería erróneo confundir el lenguaje con el pensamiento conceptual tal como éste se ejerce actualmente; llega incluso a afirmar que el lenguaje es ante todo una función «extrarracional», lo cual significa que su materia se manifiesta en

diferenciaciones y sistematizaciones que no forzosamente tienen algo que ver con la razón del sujeto definido actualmente como sujeto cartesiano.

Por último, un examen crítico de la noción de lo arbitrario del signo ha sacado a relucir determinados fallos. El razonamiento saussureano parece haber admitido un error: al mismo tiempo que afirma que la substancia (el referente) no pertenece al sistema de la lengua, Saussure piensa precisamente en el «referente real» cuando afirma que [bwei] y [oks], tan diferentes por sus significantes, se relacionan con una sola y misma idea (un mismo significado) y que, por tanto, la relación significante-significado es arbitraria. En el fondo, como lo observa Benveniste, no es la relación entre el significante [bwei] y el significado «buey» la que es arbitraria. La unión de [bwei]-«buey» es necesaria pues el concepto y la imagen acústica son inseparables y se hallan en «simetría establecida». Lo que es arbitrario es la relación de ese signo (significante-significado: [bwei]-«buey») con la realidad que nombra; dicho de otro modo, la relación del símbolo lingüístico en su totalidad con la realidad externa que simboliza. Parece que hay aquí una contingencia que, en el sentido actual de la ciencia lingüística, no ha sabido encontrar otra explicación que la filosófica y la teórica.

¿Cuáles han sido las teorías que han surgido a favor de la brecha aquí abierta en la concepción de la lengua en tanto que sistema de signos?

La misma lingüística, al apoyarse sobre la concepción (permitida por la teoría del signo) según la cual la lengua es un sistema formal, pierde su interés hacia los aspectos simbólicos del lenguaje y estudia su orden estrictamente formal como una estructura «transformacional». Tales son las actuales teorías de Noam Chomsky. Éste abandona primero el nivel de la *palabra* para enfrentarse a la estructura de la *oración* que se convierte entonces en el elemento lingüístico básico susceptible de ser sintetizado mediante unas funciones sintácticas. Después descompone los elementos sintácticos fundamentales (el *sujeto* y el *predicado*) dándoles las anotaciones «algébricas» X e Y con lo que se convierten, en el transcurso de un proceso llamado «generativo», en nombres y verbos. Aquí se sustituye los problemas de significación por una formalización que representa al proceso de síntesis mediante el cual los «universales» lingüísticos (constituyentes y reglas generales) pueden generar oraciones gramaticalmente –y, por ende, semánticamente– correctas. En lugar de buscar por qué la lengua está constituida por un sistema de signos, la gramática

generativa de Chomsky muestra el mecanismo formal, sintáctico, de este conjunto recursivo que es la lengua y cuya realización *correcta* tiene como resultado una *significación*³. Vemos, pues, que la lingüística moderna va más lejos de Saussure, «desubstancializa» la lengua y representa la *significación* (de la que no se preocupa en un principio) como el resultado de un proceso de transformación sintáctica generadora de oraciones. Hay aquí un procedimiento que recuerda al del lingüista Léonard Bloomfield quien excluía ya la semántica del campo lingüístico, remitiéndola al dominio de la psicología.

Desde otro punto de vista, basándose en una crítica filosófica del concepto mismo de signo que una la *voz* y el *pensamiento* de tal manera que llega hasta hacer desaparecer el significante en beneficio del significado, otros autores han apuntado que la escritura, por su parte, en cuanto que *huella* o trazo (lo que se ha dado en llamar, según una terminología reciente, un *grama*) descubre dentro de la lengua un «escenario» que no pueden ver el signo ni su significación: un escenario que, en vez de instaurar un «parecido» como lo hace el signo, es por el contrario el mecanismo mismo de la «diferencia». En la escritura, ciertamente, hay un trazo pero no hay una representación; y ese trazo—esa huella— ha proporcionado las bases de una ciencia teórica que se ha dado en llamar la «gramatología»⁴.

³ Véase en la segunda parte, capítulo XVI de este libro, el análisis más detallado de las tesis de N. Chomsky.

⁴ El filósofo francés *Jacques Derrida* propone el concepto de *escritura* que nos permite pensar el lenguaje, incluida su manifestación fónica, cual una *différence* (que Derrida ortografía «différence» a drede, para marcar debidamente el proceso de diferenciación). Ya para *Saussure*, la lengua era un *sistema de diferencias*: y, efectivamente, no existe ninguna estructura que no tenga las diferencias que constituyen sus elementos diversos... Pero *Derrida* va más lejos: en su sistema, el «grama» es tanto una estructura como un movimiento; es, nos dice el filósofo, «el juego sistemático de las diferencias, de las huellas de diferencias, del *espaciamiento* mediante el cual los elementos se relacionan entre sí». Razón por la cual, con el «grama-dyfe-rencia», la lengua se presenta como una transformación y una generación y se pone entre paréntesis el lugar del concepto clásico de «estructura»: el *carácter lineal* saussureano de la cadena hablada (que no hace sino imitar el proceso sonoro y su propensión) se halla en entredicho.

De tal manera que la escritura es inherente al lenguaje y se puede considerar el habla fonético en tanto que escritura. La autoridad del sistema *signo-sentido-concepto* se halla entonces desplazado y queda abierta la posibilidad de pensar en lo que no es signo-sentido-concepto en el lenguaje. El sujeto depende del sistema de diferencias; sólo se constituye dividiéndose, espaciándose, diferenciándose: «La subjetividad —igual que la objetividad— es un efecto de diferencia, un efecto enmarcado en un sistema de diferencia», escribe Derrida. Luego se comprende cómo el concepto *grama* neutraliza la hipostasia fonológica de *signo* (la primacía que otorga a lo fonético) e introduce en el

3. La materialidad del lenguaje

Si la lengua es una red de diferencias reguladas que fundamenta la significación y la comunicación, le falta mucho sin embargo para ser una idealidad pura. Se realiza por y en una *materia concreta* y las *leyes objetivas* de su organización. Dicho de otro modo, si *conocemos* el lenguaje gracias a un sistema conceptual complejo, el propio cuerpo del lenguaje presenta una materialidad doblemente discernible: por una parte, en el aspecto fónico, gestual o gráfico que reviste la lengua (no hay lenguaje si no hay sonido, gesto o escritura); por otra, en la objetividad de las leyes que organizan los distintos subconjuntos del conjunto lingüístico, y que constituyen la fonética, la gramática, la estilística, la semántica, etc.: estas leyes reflejan las relaciones objetivas entre las relaciones que regulan la sociedad humana, sobredeterminando a un tiempo sendas relaciones.

Lo fonético

Hemos visto que el signo lingüístico no contiene el sonido material: el significante es la «imagen acústica» y no el ruido concreto. Sin embargo, este significante no existe sin su soporte material: el sonido real que el animal humano produce. Habría que distinguir ese *sonido*, portador de sentido, de los diferentes gritos que sirven como medio de comunicación entre animales. El sonido lingüístico pertenece a otra categoría ya que es la base del sistema de diferenciación, de significación y de comunicación que constituye la lengua en el sentido expresado más arriba, y que nos remite únicamente a la sociedad humana.

El sonido lingüístico se produce por lo que indebidamente llamamos «los órganos del habla». Como lo observa Sapir, en el fondo, «no hay, propiamente dicho, órgano del habla; sólo hay unos órganos que nos son útiles de manera fortuita para la reproducción de los sonidos del lenguaje». En efecto, si algunos órganos como los pulmones, la laringe, el paladar, la nariz, la lengua, los dientes y los labios toman parte en la articulación del lenguaje, no pueden ser considerados como su instrumento. El lenguaje no es una función

planteamiento del signo (de la lengua) la substancia gráfica con los problemas filosóficos que conlleva a lo largo de toda la historia y de todos los sistemas de escritura más allá del área occidental con escritura fonética.

biológica como la respiración, o el olfato, o el gusto, los cuales tendrían su órgano en los pulmones, la nariz, la lengua, etc. El lenguaje es una función de diferenciación y de significado, es decir una función social y no biológica, que es factible, sin embargo, gracias al funcionamiento biológico.

Tampoco podríamos decir que el lenguaje es biológicamente localizable en el cerebro. Ciertamente es que la psicofisiología logra localizar las distintas manifestaciones materiales del lenguaje en diversos centros cerebrales: el centro auditivo rige la audición del sentido; los centros motores, los movimientos de la lengua, de los labios, la laringe, etc.; el centro visual, la labor de reconocimiento visual necesaria para la lectura, etc. Ahora bien, todos estos centros no controlan sino unas partes constituyentes del lenguaje y no proporcionan de ningún modo la base de la función sumamente sintética y social que es la praxis de la lengua. En otros términos, los órganos corporales que participan en la formación material del lenguaje pueden darnos los fundamentos cuantitativos y mecánicos del funcionamiento lingüístico, sin explicar ese salto *cualitativo* que efectúa el animal humano cuando empieza a marcar unas diferencias dentro de un sistema que se convierte entonces en una red de significación mediante la cual los sujetos comunican en la sociedad. No se puede localizar esta red de diferencias ni en el cerebro ni en ninguna otra parte. Es una función social sobredeterminada por el proceso complejo de intercambio del trabajo social, producido por aquél e incomprensible sin aquél.

No obstante, se puede descubrir los órganos que ofrecen la base mecánica de la articulación lingüística: el aparato vocal y su funcionamiento.

Expulsado por los pulmones, el aire sigue las vías respiratorias y hace vibrar la *glotis* que no registra sin embargo diferenciación alguna en los sonidos. Formada por dos cuerdas vocales que son dos músculos que se juntan o se abren, la glotis forma el sonido laríngeo por acercamiento de las cuerdas vocales.

Este sonido uniforme puede atravesar la *cavidad bucal* o la *cavidad nasal* que particularizan los distintos sonidos de la lengua. La cavidad bucal comprende labios, lengua, dientes superiores, paladar (con una parte anterior inerte y ósea y una parte posterior móvil: el velo del paladar), úvula, dientes inferiores. Mediante la actuación de estos componentes, la cavidad bucal puede ser más o menos ancha o estrecha mientras que la lengua y los labios pueden dar unos valores distintos al sonido laríngeo. De este modo, la cavidad bucal sirve tanto

para *producir* sonidos como para hacer *resonar* la voz. Cuando la abertura de la glotis es ancha, es decir, cuando no hay vibración de la laringe, la cavidad bucal produce el sonido. Cuando la glotis vibra, es decir, cuando se juntan las cuerdas, la boca sólo moldea el sonido laríngeo.

Por el contrario, la cavidad nasal es completamente inmóvil y tiene únicamente un papel de resonador.

Se han podido aislar algunos criterios de articulación de sonidos a partir de los cuales se puede establecer una clasificación pertinente correspondiente a sus cualidades acústicas. Así, pues, Saussure se propuso tomar en cuenta los siguientes factores para destacar las características de un sonido: la expiración, la articulación bucal, la vibración de la laringe, la resonancia nasal. «Será preciso establecer para cada fonema: cuál es su articulación bucal, si consta o no de un sonido laríngeo, si consta o no de resonancia nasal. Distingue, por tanto, los sonidos *sordos*, los sonidos *sonoros* los sonidos sordos nasalizados y los sonidos sonoros nasalizados. A partir de su articulación bucal, Saussure da la siguiente sistematización de los elementos mínimos de la cadena hablada o *fonemas* («el fonema es la suma de la impresiones acústicas y de los movimientos articulatorios de la unidad oída y de la unidad hablada...»):

Las *oclusivas*: se obtienen mediante la completa cerrazón o la oclusión hermética, aunque momentánea, de la cavidad bucal:

- a) labiales: p, b, m;
- b) dentales: t, d, n;
- c) guturales: k, g, ʒ;

Las *nasales* son oclusivas sonoras nasalizadas.

Las *fricativas* o *espirantes*: la cavidad bucal no está completamente cerrada y permite el paso del aire:

- a) labiales: f, v;
- b) dentales: s, z, š, (*chant, fr.*), ʒ, (*génie, fr.*);
- c) palatales: x' (*ich, alem.*), ʎ (*liegen, alem. norte.*).
- d) verales: X (*Bach, alem. Jaén, cast.*). ʎ (*Tage, alem. norte.*).

Las *nasales*.

Las *líquidas*:

a) laterales: la lengua toca el paladar anterior dejando una abertura por la derecha y la izquierda; es el caso de la *l* dental, *l'* palatal y *l* gutural:

b) vibrantes: menos cerca del paladar, la lengua vibra contra él; es el caso de la *r* vibrante (producida con la punta de la lengua aplicada

hacia delante sobre los alvéolos), la *r* velarizada (producida con la parte posterior de la lengua).

Las vocales exigen la inacción de la cavidad bucal en tanto que productora de sonido: la boca actúa únicamente como resonador y se oye plenamente el timbre del sonido laríngeo. Algunas distinciones entre las vocales se imponen:

i. *ü* pueden ser llamadas *semi-vocales*, según Saussure; los labios están estirados para la pronunciación de *i* y redondeados para *ü*: en ambos casos, la lengua se levanta hacia el paladar: estos fenómenos son *palatales*⁵;

e. *o*, *ö*: la pronunciación exige una ligera separación de las mandíbulas respecto a la serie anterior.

a: se articula con una máxima abertura de la boca.

La descripción de la producción fonética tanto de las vocales como de las consonantes tendría que tomar en cuenta, además, que los fenómenos no existen de manera aislada, sino que forman parte de un conjunto: el enunciado, dentro del cual se hallan en relación de dependencia interna. La ciencia de los sonidos debe ser, por tanto, una ciencia de los *grupos sonoros* para dejar constancia del verdadero carácter de la fonación. De este modo, según si en una sílaba se pronuncia un sonido de manera *cerrante* o *abriente*, podremos distinguir en el primer caso una *implosión* (>) y en el segundo caso una

explosión (<). Ejemplo: $\overset{>}{a}pp\overset{<}{a}$. Estas dos pronunciaciones combinadas dan unos grupos explosivo-implosivos, implosivo-explosivos, etc. Llegamos así a la definición de un *diptongo*: es un «eslabón implosivo de dos fonemas de los que el segundo es relativamente abierto, de ahí una impresión acústica particular: parece que la sonante continúa en el segundo elemento del grupo». Ejemplo: Saussure cita los grupos $\overset{>}{u}\overset{<}{o}$ $\overset{>}{i}\overset{<}{a}$ en algunos dialectos alemanes (buob, liab).

Los sonidos lingüísticos se diferencian igualmente por su duración, llamada *cantidad*: esta propiedad es variable en los distintos idiomas y depende a su vez de la posición del sonido dentro del conjunto de la cadena hablada. En francés, por ejemplo, la cantidad larga existe sólo en las sílabas acentuadas.

Vemos, pues, que la interinfluencia de los sonidos en la cadena hablada cede su sitio a una *fonética combinatoria* que estudia las

⁵ Nota del traductor. Saussure menciona además la [u], es decir la semi-vocal castellana (laurel, por ejemplo), transcrita [u] por lo general.

modalidades de influencia de las vocales y de las consonantes en función de su ocurrencia. Estas modificaciones no cambian siempre el carácter fundamental de los sonidos. Así sucede con la *t* y la *d* que pueden *palatalizarse* en contacto con una vocal palatal (*ti-*, *di-* no tienen, en francés la misma consonante que *ton*, *don*): *velarizarse* en contacto con vocales posteriores o bien *labializarse* debido al redondeamiento de los labios que acompaña la articulación de vocales labiales próximas. Hay, sin embargo, unos fenómenos que conllevan unos cambios de mayor importancia par; los sonidos. Estos son:

La *asimilación*: cuando un sonido se aproxima a otro sonido en cuanto al modo y al punto de articulación: Ejemplo⁶: *entendre* /oír/ – se articula la *n* en lugar de *t* y de la *d*.

la *disimilación*: acentuación de la diferencia de los fenómenos. El francés popular, por ejemplo, adoptar *colidor* en lugar de *corridor*;⁷

la *intervención*: cuando los fenómenos cambian de lugar. *metátesis* cuando el cambio se hace a distancia. Así ocurre con el nombre propio francés Roland que ha tomado forma de Orlando en italiano (y la de Roldan, en castellano); la *haplología* (o hapaxepia), desaparición de un elemento de la cadena hablada que se debería repetir. Se suele dar como ejemplo el de tragicomedia, en vez de trágico-comedia.

La cadena hablada, construida con fonemas, no se reduce, sin embargo, a una línea entrecortada de fragmentos representados por fonemas aislados. En la praxis lingüística, sus fonemas se combinan en unidades superiores llamadas *sílabas*. Para Grammont y Fouché, cuya formulación fue confirmada por la fonética acústica, la sílaba se caracteriza por una *tensión creciente* de los músculos fonadores a la que le sigue una *tensión decreciente*. En un nivel superior, la cadena hablada presenta no palabras, sino *grupos fonéticos* constituidos por un acento de intensidad sobre la última sílaba. En «l'ami du peuple» sólo hay un acento sobre *peu*, lo que hace que la expresión se convierta en un único grupo fónico. Por encima de los grupos fonéticos tenemos la *oración* delimitada por la respiración que corta la cadena hablada.

Obsérvese, por último, que estas peculiaridades materiales del fonetismo lingüístico, del que damos tan sólo una visión sumamente escueta y esquemática, son específicas para cada idioma nacional y

⁶ Nota del traductor; [t] se nasaliza por influencia de la vocal nasalizada / $\bar{\alpha}$ / anterior y posterior, y se pronuncia [n] sin que se altere el sentido inicial.

⁷ Nota del traductor. Siendo -rr- y -r de idéntica pronunciación, la permite un mayor alejamiento fonético de la -r.

varían según las épocas: el fonetismo del francés de la Edad Media no es el mismo que el de hoy⁸.

Lo gráfico y lo gestual

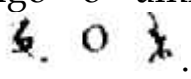
Pese a los numerosos trabajos sobre los diversos tipos de escritura que ha ido elaborando la humanidad a lo largo de las épocas, la ciencia actual no ha propuesto aún una teoría satisfactoria de la escritura, de su relación con la lengua y de las reglas de su funcionamiento. Ha habido una polémica de carácter metafísico acerca de su «origen»; lenguaje vocálico o bien grafismo. Van Ginneken, apoyándose sobre los trabajos del investigador chino Chan Cheng-Ming, sostuvo en contra de casi todo el mundo la tesis de la anterioridad de la escritura con respecto al lenguaje fonético. Se basaba sobre el hecho de que la escritura china, por ejemplo, parece imitar el lenguaje gestual, por lo que sería anterior al lenguaje fonético.

Esta controversia, además de la impertinencia científica que presenta en la medida en que disponemos de pocos datos para poder opinar acerca de un «origen» del lenguaje, parece estar olvidada hoy en día debido a la inconsistencia *teórica* que formula a la pregunta básica. El problema de la «prioridad» de lo escrito sobre lo vocal, o inversamente, no puede tener sentido histórico alguno, sino meramente teórico: si se admite, por ejemplo, que la *huella* (lo escrito) es una *marca* de la diferencia que constituye la significación y que, como tal, es inherente a todo lenguaje, incluido el habla, lo fonético será *ya*, entonces, una huella, aunque la materia fonética haya contribuido al desarrollo dentro del sistema lingüístico de unas particularidades que la escritura habría marcado quizá de otro modo. En el intercambio social, lo fonético consiguió una independencia y una autonomía y, posteriormente, llegó la escritura en tanto que envoltura secundaria para fijar el vocalismo.

La escritura perdura, se transmite, actúa sin la presencia de los sujetos parlantes. Recurre al *espacio* para fijarse en él, desafiando al *tiempo*: si el habla se desarrolla dentro de la temporalidad, el lenguaje, con la escritura, pasa a través del tiempo sin dificultad como una configuración espacial. Designa un tipo de funcionamiento en el que el

⁸ Nota del traductor. Para mayor y mejor acercamiento a la fonética, remitimos al lector a: a) *Manual de pronunciación española*, T. Navarro Tomás. R.F.E., Madrid. 1980. b) *La phonétique française*. E. y J. Bourciez. Klincksieck. París. 1967.

sujeto, al mismo tiempo que se diferencia de lo que le rodea, y en la medida en que *marca* su entorno, no se extrae de éste, no fabrica una dimensión ideal (la voz, la respiración) con la que se organizaría la comunicación, sino que la practica en la materia y el espacio mismo de aquella realidad a la que pertenece y de la que se distingue a su vez puesto que la marca. Acto de diferenciación y de participación respecto de lo real, la escritura es un lenguaje sin más allá, sin trascendencia: las «divinidades» escritas pertenecen al mismo mundo que la materia que las traza y que las recibe. Por todo lo cual diremos que la huella escrita, igual que el gesto, si bien constituyen un acto de diferenciación y de designación, no llegan a ser, sin embargo, unos *signos* en el sentido definido más arriba. El triángulo del signo (referente-significante-significado) parece reducirse aquí a una *marca* (en la escritura) o a una *relación* (en el gesto) entre el sujeto y lo que está fuera de éste, sin el intermediario de una «idea» ya constituida y «de por sí» (interpretador, significado).

Hemos podido observar la estrecha relación entre el gesto y algunas escrituras como la de los chinos o la de los indios de América del norte. Según J.-G. Février, el cual hace referencia a los trabajos de G. Mallery y de Chang Cheng-Ming, los winter-counts escriben «pipa» no representando al objeto sino trazando el gesto que lo designa. Para los chinos, el jeroglífico de «amigo» o «amistad» es un dibujo del gesto amical de dos manos unidas: 

Un objeto real o una combinación de objetos pueden representar una escritura, es decir, un lenguaje. En tal caso, se saca al objeto o al conjunto de objetos de su utilidad práctica y se *articulan* como un sistema de diferencias que se convierten en signos para los sujetos de la comunicación. El ejemplo más sorprendente para este tipo de lenguaje concreto, en el que el «signo» no se ha distinguido todavía del referente sino que *es* sencillamente el referente *incluido* dentro de un sistema comunicado, nos viene dado por Heródoto (II, 16). Cuenta que, cuando el rey Darío invadió el país de los escitas, éstos le enviaron un regalo que se componía de un pájaro, un ratón, una rana y cinco flechas. Se tenía que leer el mensaje como sigue: «A no ser que os transforméis en pájaros para volar por los aires, en ratón para meteros bajo tierra o en ranas para refugiaros en los pantanos, no podréis escapar a nuestras flechas».

Un ejemplo más apropiado de grafismo que más se emparenta con la escritura verdaderamente trazada nos viene dado por las

«escrituras» formadas por un «equivalente general», es decir, por una materia cuyas distintas presentaciones servían para marcar diversos objetos. Así ocurre con los *nudos* para los incas quienes marcaban de este modo los animales matados durante las batallas. El historiador español Garcilaso de la Vega los describe de la siguiente manera: «Para los asuntos de guerra, de gobierno, para los tributos, las ceremonias, había diversos *guippus* y en cada paquete de éstos nudos e hilos arrancados: rojos, verdes, azules, blancos, etc.; y del mismo modo que hallamos diferencias en nuestras veinticuatro letras, colocándolas de distinta manera para sacar unos sonidos tan variados, los indios consiguen un gran número de significaciones por la posición diversa de los nudos y los colores».

Pero las verdaderas escrituras son ya unos trazados, unos gramas, unos grafismos complejos, por muy lejos que remonte la ciencia arqueológica y antropológica en la historia. Los trazados más antiguos se sitúan al final de período musteriano y se propagan sobre todo hacia 35.000 antes de nuestra era, durante el período de Chatelperron. Se trata de unas hendiduras en la piedra o en el hueso, sin ninguna figuración que deje suponer que la escritura fuese mimética, que copiase o representase una «imagen» ya existente, o más tarde un fonetismo constituido. Podemos citar como ejemplo las escrituras de los australianos churingas quienes trazaban de manera abstracta los cuerpos de sus antepasados y sus diversos entornos. Otros hallazgos paleontológicos confirman la tesis según la cual las primeras escrituras marcaban el *ritmo* y no la *forma* de un proceso en el que se generaba la simbolización, sin convertirse por ello en una representación.

Hacia el año 20.000 antes de nuestra era, la figuración gráfica es corriente y evoluciona rápidamente para alcanzar hacia el 15.000 un control técnico de grabado y de pintura casi igual al de la época moderna. Resulta asombroso constatar que las representaciones humanas pierden su carácter «realista» y se vuelven abstractas, construidas mediante triángulos, cuadrados, mientras que se representan a los animales de manera realista tratando de reproducir su forma y su movimiento.

Vemos, por consiguiente, que el *lenguaje* (hablado y escrito) y el *arte figurativo* se confunden en lo que André Leroi-Gourhan llama «la pareja intelectual fonación-grafía». Para éste, una parte importante del arte figurado participa de la «picto-ideografía», una manera sintética de mareaje que, a la vez que representa unas imágenes (latín: *pictus*. pintado, representado), transmite una «conceptualización» o más bien

una diferenciación y una sistematización irrepresentables («idea»). Este tipo de escritura no es una mera transposición del fonetismo y, quizá, incluso se construya de modo totalmente independiente de aquél; pero no deja de constituir por ello un lenguaje. Para nosotros, sujetos pertenecientes a una zona cultural en la que la escritura es fonética y reproduce al pie de la *letra* el lenguaje fonético, es difícil imaginar que un tipo de lenguaje –una escritura– haya podido existir y exista hoy para numerosos pueblos, que funcione independientemente de la cadena hablada, que no sea, por tanto, *lineal* (como lo es la emisión de la voz), sino *espacial* y que conste, entonces, de un dispositivo de diferencias en las que cada marca adquiere un valor en función de su lugar dentro del conjunto trazado. Así, pues, desde las grutas de Lascaux, podemos observar las relaciones *topográficas* constantes entre las figuras de los animales representados: en el centro, bisonte y caballo; en los límites, ciervos y cabras monteses; en la periferia, leones y rinocerontes. Según Leroi-Gourhan, «tras el ensamblaje simbólico de las figuras existió forzosamente un contexto oral con el que estaba coordinado tal ensamblaje simbólico y cuyos valores reproduce espacialmente».

Semejantes dispositivos espaciales parecen constituir el soporte gráfico-material y, por consiguiente, es duradero y transmisible para todo sistema mítico y cósmico propio de una sociedad dada. Podríamos decir que tales grafismos, a mitad de camino entre la escritura y la representación «artística», mágica o religiosa, son unos *mitogramas*.

Por otra parte, esta propiedad combinatoria de los elementos gráficos permite la constitución de unos conjuntos escriturales que marcan ya unas formaciones sintácticas o lógicas más complejas. Es lo que los sinólogos llaman unos *agregatos lógicos*, hechos a partir de una yuxtaposición de varios *grafemas lógicos* (elementos gráficos). Asimismo, para indicar que ha habido durante un año «abundancia de carne», los winter-counts dibujan un círculo (escondite o montículo) en medio del cual hay una cabeza de búfalo del que sobresale una estaca o una especie de andamiaje (para ahumar o secar la carne).

Obsérvese la «multidimensionalidad» de esos grafismos en numerosas escrituras no alfabéticas, como en Egipto, en China, entre los aztecas o los mayas. Los elementos de estas escrituras, tal como lo veremos más adelante, pueden ser constituidos como unos pictogramas o unos ideogramas simplificados, entre los que algunos adquieren un valor fonético constante. Se llega de este modo a la

fonetización alfabética de la escritura de la que cada elemento se asocia a cierto fonema. La espacialización escritural se halla reducida y sustituida por la linealidad fonética. Así ocurre con la escritura jeroglífica egipcia, en la que cada *pictograma* tiene un alcance fonético. El *ideograma* chino, por el contrario, se halla, por un lado, demasiado alejado de la imagen-representación (si se admite que la escritura china ha sido figurativa en su origen) y, por otro, no ha llegado a ser un alfabeto fonético, aunque algunos elementos tengan un valor fonético constante y puedan ser utilizados como fonemas.

La ciencia de la escritura, al sistematizar los datos arqueológicos relativos a las distintas escrituras, ha podido distinguir tres tipos: escritura *pictográfica*, escritura *ideográfica* (o jeroglífica) y escritura *fonética* (o alfabética). Esta tipología tradicional se ve en la actualidad discutida y sustituida por una clasificación de los sistemas de escritura en cinco categorías:

– Los *frasogramas*: son unas inscripciones que transmiten mensajes completos dentro de los cuales no se distingue las distintas palabras. El término ha sido propuesto por el investigador americano Gelb y se acerca a la expresión «escritura sintética», propuesta por Février. Se puede dividir los frasogramas en dos subgrupos:

a) los *pictogramas*, que son unos dibujos complejos, o una serie de dibujos que fijan un contenido sin referirse a su forma lingüística. Utilizando un tipo semejante de escritura los indios, los esquimales, etc., y lo hicieron para ilustrar unas situaciones concretas. Por ser inestable y coyuntural, el pictograma no ha podido desarrollarse como un auténtico sistema de escritura;

b) los *signos convencionales*, tales como los signos totémicos, los tabúes, los signos mágicos, los signos de las diferentes tribus, etc. Al ser utilizados de manera aislada y sin una relación constante con los demás signos, no han podido formar un sistema de escritura.

– Los *logogramas* (del griego *logos*) son unas marcas de diferentes palabras. Propuesto por Bloomfield, Gelb, Istrine, etc., este término sustituye al término impreciso de *ideograma*. Marcel Cohen llama, pues, logogramas a las escrituras ordenadas como la de los chinos, la de los sumerios y, en parte, la de los egipcios, procedentes de la pictografía y cuyos elementos designan unas palabras, o más exactamente unas unidades semánticas del discurso bajo la forma de palabras o de combinaciones de palabras. En comparación con la pictografía, la logografía representa no sólo el contenido, sino también el orden sintáctico y, a veces, el aspecto fonético del enunciado.

El término logograma posee, además, la ventaja de indicar que el elemento mínimo escrito no es una idea o un concepto sin soporte material (como lo habría planteado el término ideograma) sino una palabra, una unidad del lenguaje en tanto que sistema material de marcas diferenciadas.

Una categoría de los logogramas, como los «jeroglíficos ideográficos» chinos, está directamente ligada a la significación de la palabra: evoca la forma del fenómeno que indican los jeroglíficos ideográficos y que pueden ser leídos a menudo de maneras diferentes. La posibilidad de varias lecturas de una sola marca se encuentra también en los antiguos egipcios: «ir» podía ser leído «š-m», « š'b», «j-w». En ocasiones, llamamos estos logogramas *logogramas semánticos*.

La segunda categoría de logogramas, como los «jeroglíficos fonéticos» del chino, están inmediatamente ligados al fonetismo de la palabra. Se utilizaban, por consiguiente, para designar homónimos a pesar de la diferencia de sentido. Tales logogramas son, pues, *polisémicos*, es decir que tienen varios sentidos: así, en el antiguo chino, el logograma *ma* podía significar la palabra «caballo», pero también la palabra «madre» y la palabra «jugar» que fonéticamente se parecían a la primera. Estos logogramas llevan el nombre de *logogramas fonéticos*.

– Los *morfemogramas* marcan las distintas partes de la palabra, los *morfemas*. La historia de la escritura no conoce casi ninguna morfemografía plenamente desarrollada, siendo en efecto la dislocación de la palabra en morfemas una tarea analítica extremadamente ardua y compleja.

– Los *silabogramas* son unas escrituras que distinguen las diferentes sílabas sin tener en cuenta el que coincidan o no con los morfemas. Se distinguen tres subcategorías:

a) bien los signos marcan unas sílabas de diversas construcciones fonéticas (la escritura asirio-babilónica);

b) bien los signos indican únicamente unas sílabas abiertas (como con la escritura cretense micénica);

c) bien los signos principales designan únicamente unas vocales aisladas en combinación con unas consonantes y la vocal *ǎ*.

– Los *fonogramas* son unas marcas de los elementos fónicos mínimos de la cadena hablada: los fonemas. Existen unas escrituras fonéticas *consonánticas* cuyas letras principales designan las consonantes (como en el alfabeto árabe, hebreo, etc.), y unas escrituras fonéticas *vocalizadas* (como en el alfabeto griego, latín, eslavo) en las que los signos marcan tanto las consonantes como las vocales.

Se podrá observar que esta ciencia de la escritura de la que acabamos de dar las grandes directrices (expuestas por Istrine) acerca de los tipos de escritura, sigue fiel a una concepción del lenguaje trazada a partir del modelo del habla. Pese a que se haya progresado respecto a la clásica distinción pictograma-ideograma-fonograma, tal progreso no hace sino transponer en el plano de la escritura el conocimiento que tenemos del habla. Se considera la escritura como una *representación* del habla, como su doble fijador y no como una materia particular cuya combinatoria da como base de reflexión un tipo de funcionamiento lingüístico diferente al fonético. Se diría, pues, que la ciencia de la escritura se halla presa de una concepción según la cual *lenguaje* se confunde con *habla*, articulado según las reglas de una gramática determinada. A. Meillet, según Saussure, expresaba tal postura, en 1919, como sigue: «Ningún dibujo puede ser suficiente para devolvernos gráficamente una lengua, por muy sencilla que sea la estructura de dicha lengua. Hay muchas palabras cuyo valor no se deja expresar claramente mediante ninguna representación gráfica, aun dando el valor más simbólico a las representaciones. Y sobre todo no se puede expresar la misma estructura de la lengua mediante unos dibujos que representan los objetos: sólo hay lengua ahí donde hay un conjunto de procedimientos gramaticales... La estructura del lenguaje conducía entonces necesariamente a anotar los sonidos; ninguna anotación simbólica podía ser satisfactoria».

Hoy día, bajo la influencia de las investigaciones filosóficas y del conocimiento de la lógica del inconsciente, algunos científicos consideran los diversos tipos de escritura como unos tipos de lenguaje que no tienen «necesidad», de modo imperativo, de «expresión fonética» tal como lo creía Meillet, y que representan unas praxis significantes particulares, desaparecidas o transformadas en la vida del hombre moderno. La ciencia de la escritura en cuanto que dominio *nuevo* (y mal conocido hasta hoy en su especificidad) del funcionamiento lingüístico; de la escritura en tanto que lenguaje y no en tanto que habla o cadena gramatical; de la escritura en tanto que praxis significativa específica que nos deja percibir unas zonas desconocidas en el vasto universo del lenguaje — queda por hacer, pues, aquella ciencia de la escritura.

Categorías y relaciones lingüísticas

Al exponer la materialidad fónica, escritural y gestual del lenguaje, hemos tenido ya la ocasión de mencionar e incluso de demostrar que existe un *sistema* complicado de elementos y de relaciones, a través del cual el sujeto hablante ordena el sistema real que el lingüista, por otra parte, *analiza* y conceptualiza. Sería importante, dentro de este capítulo sobre la «materialidad» del lenguaje, y para concretar el sentido que damos al término de «materialidad», indicar aunque sea brevemente cómo las diferentes categorías y relaciones lingüísticas organizan lo real y dan, a su vez, al sujeto parlante un conocimiento de dicho real-conocimiento cuya verdad se confirma mediante la praxis social.

Las maneras en que las diferentes tendencias y escuelas lingüísticas han planteado las formas y construcciones del lenguaje van apareciendo a lo largo del presente libro. El lector observará la multiplicidad y, con frecuencia, la divergencia de las opiniones y de las terminologías, debidas tanto a las posiciones teóricas de los autores como a las particularidades de las diferentes lenguas para las cuales se han hecho las teorías. Nos limitaremos aquí a señalar, de manera somera y general, algunos aspectos de la construcción lingüística y sus consecuencias para el locutor y su relación con lo real.

La ciencia lingüística se divide en varias ramas que estudian bajo diversos aspectos los elementos o categorías lingüísticas y sus relaciones. La *lexicografía* describe el diccionario: la vida de las palabras, su sentido, su selectividad, sus combinaciones. La *semántica* –ciencia de las palabras y de las oraciones– se ocupa de las peculiaridades de las relaciones de significación entre los elementos de un enunciado. Se concibe la *gramática* como «el estudio de las formas y de las construcciones...» Ahora bien, hoy en día, la reorganización y la renovación de la ciencia lingüística conllevan la desaparición de los límites de aquellos continentes que, cada vez más, interfieren, se confunden, se refunden en concepciones siempre nuevas y en plena evolución. De ahí que, si tomamos como ejemplo una determinada etapa de las concepciones, digamos de la *gramática*, ese ejemplo implica tan sólo su campo limitado y no podría agotar la complejidad del problema de las categorías y de las relaciones lingüísticas.

Al considerar la lengua como un sistema formal, la lingüística distingue actualmente entre las formas lingüísticas, las que tienen autonomía (significan nociones: *pueblo*, *vivir*, *rojo*, etc.), y otras que son semi-dependientes o simplemente unas relaciones (significan

relaciones: *de, a, donde, cuyo, etcétera*). Las primeras son llamadas *signos lexicales*, las segundas *signos gramaticales*.

Estos signos se combinan en segmentos discursivos de diversa complejidad: la *oración*, la *proposición*, la *palabra*, la *forma* (según P. Guiraud, en *La grammaire*, 1967).

Las palabras tienen afijos (sufijos, prefijos, infijos) que sirven para formar otras palabras (o semantemas), yuxtaponiéndose al radical. Así: *camb-iar, camb-io, re-cambio*, etc. Una categoría de afijos, las *desinencias*, «marcan el estatus gramatical de la palabra dentro de la oración (especie, modalidad, ligazón)».

Las palabras forman *oraciones* al disponerse según las leyes estrictas. La relación entre las palabras puede estar marcada por su *orden*: el orden es decisivo en las lenguas *aislantes* como el francés; por el contrario, no tiene sino una importancia relativa en una lengua flexiva como el latín. El acento tónico, las ligazones, pero sobre todo las *concordancias* y las *recciones* indican las relaciones entre las distintas partes de una oración.

Al tratar las *categorías gramaticales*, la gramática tradicional distingue: las *partes del discurso*, las *modalidades* y las *relaciones sintácticas*.

Las *partes del discurso* varían en las diferentes lenguas. El francés consta de nueve: el sustantivo, el adjetivo, el pronombre, el artículo, el verbo, el adverbio, la preposición, la conjunción y la exclamación.

Las *modalidades* remiten a los sustantivos y a los verbos, y designan su manera de estar. Son el número, el género, la persona, el tiempo y el espacio, el modo.

Las *relaciones sintácticas* son las relaciones en las que entran las palabras especificadas (como partes del discurso) y modalizadas (a partir de las modalidades) dentro de la oración. La ciencia actual considera que las marcas de *aspecto* y de *modalidad* también son unas *marcas sintácticas*: no existen «por sí solas», fuera de las relaciones en la oración, sino que, por el contrario, toman forma y se concretan únicamente en y mediante dichas relaciones sintácticas. Dicho de otro modo, una palabra es «nombre» o «verbo» porque tiene un papel sintáctico concreto dentro de la oración y no porque sea portador «por sí solo» de un determinado sentido que le predestina a ser «nombre» o «verbo». Esta postura teórica, válida para las lenguas indoeuropeas, se aplica aún más a lenguas como el chino, en que no hay morfología propiamente dicha y en que la palabra puede «convertirse en» tal o cual parte del discurso («nombre», «verbo», etc.), según su función

sintáctica. Así, pues, la lingüística moderna tiende a reducir la *morfología* (el estudio de las formas: declinación, conjugación, género, número), la *lexicología*, e incluso la *semántica*, a la *sintaxis*, al estudio de las construcciones, y a formular cualquier enunciado lingüístico significativo como un formalismo sintáctico. Tal es la teoría desarrollada por Chomsky en su «gramática generativa» sobre la que volveremos más adelante.

Las categorías sintácticas básicas establecidas tradicionalmente son:

– el *sujeto* y el *predicado*: «una noción-tema (el sujeto) a la que se le atribuye un carácter, un estado o una actividad determinada (el predicado)»;

– los *determinantes* del nombre o del adjetivo que, junto al sujeto, forman el *sintagma nominal* siguiendo la terminología de Chomsky;

– los *complementos del verbo* que se agregan al verbo para designar al objeto o las circunstancias de la acción. Según la terminología de Chomsky, forman, con el predicado, el *sintagma verbal*.

Plantéase la pregunta: ¿esas categorías marcan unos elementos y unas relaciones de orden específicamente lingüístico, o son, por el contrario, una mera transposición de nociones lógicas? La gramática ha sido, en efecto, presa de las visiones lógicas (aristotélicas) que, desde la Antigüedad hasta el nominalismo de la Edad Media, y sobre todo en el siglo XVIII, han intentado imponer la adecuación de la gramática a la lógica. Hoy en día, es evidente que las categorías lógicas, lejos de ser «naturales», corresponden solamente a algunas lenguas muy concretas, e incluso a determinados tipos de enunciados, y no pueden cubrir la multiplicidad y la peculiaridad de las categorías y de las relaciones lingüísticas. Una de las obras más determinantes que liberaron la gramática de su dependencia lógica fue el *Essai de grammaire de la langue française* de J. Damourette y E. Pichón (1911-1952): Recompone la sutileza de las categorías de pensamiento tal como se manifiestan en el discurso, sin preocupación por una sistematización lógica. El proyecto *lógica* persiste, sin embargo, y da lugar a dos tipos de teorías.

Por una parte, las gramáticas psicológicas, como la de M.-G. Guillaume (1883-1960). El autor hace una diferencia entre la «lengua», que él llama «inmanencia», zona confusa pre-discursiva, en la cual se organiza el habla, y la operación de realización del pensamiento, y finalmente, el «discurso» o «transcendencia» que es ya una construcción con signos lingüísticos. Guillaume estudia más bien lo

que es anterior al discurso y llama su ciencia «psicomecánica» o «psicosistemática». Para él, el «discurso», o la «transcendencia», mediante sus *embargos* que son las formas gramaticales, moldea y ordena la actividad del pensamiento (la «inmanencia»).

Por otra parte, unas recientes teorías lógicas: la lógica matemática, la lógica combinatoria, la lógica modal, etc., que proporcionan a los lingüistas unos procedimientos más sutiles para formalizar las relaciones que se ponen en juego dentro del sistema de la lengua, sin abandonar por ello el terreno propiamente lingüístico, ni tender hacia una teorización de un pensamiento pre-lingüístico. Algunos modelos transformacionales, como el de los soviéticos Saumjan y Soboleva, se construyen sobre la base de principios lógicos: en este caso concreto, se trata de los expuestos por Curry y Feys en su *Logique combinatoire*.

Las categorías y relaciones lingüísticas que las distintas teorías y métodos aíslan dentro del idioma reflejan y llevan consigo—la causalidad es, aquí, dialéctica—unas situaciones concretas, reales que la ciencia puede elucidar partiendo de un análisis de los datos lingüísticos. Daremos aquí como ejemplo la manera en que Benveniste, en *Problèmes de linguistique générale* (1966) pudo, al estudiar la categoría de la *persona* y la del *tiempo*, reconstruir el sistema mismo de la subjetividad y de la temporalidad.

El autor considera la subjetividad como «la capacidad del locutor para plantearse como “sujeto”...». «Sostenemos — escribe Benveniste — que esa “subjetividad”, que se plantee en términos de fenomenología o de psicología, como se quiera, no es más que la emergencia en el ser de una propiedad fundamental del lenguaje.» «Ego» es quien dice «ego». He aquí el fundamento de la subjetividad, que se determina mediante el estatus lingüístico de la «persona». Ahora bien, sólo el verbo, junto al pronombre, posee la categoría de la persona. La persona es tan inherente al sistema verbal que la conjugación verbal sigue el orden de las personas, y esto ya se daba en India (cuyos gramáticos distinguían tres personas *purusa*) y en Grecia (cuyos sabios representaban las formas verbales como *πρόσωπον*, *personas*). Incluso lenguas como el coreano o el chino, cuya conjugación verbal no sigue la distinción de personas, poseen los pronombres personales y, por consiguiente, añaden (implícita o explícitamente) la persona al verbo.

Dentro del sistema de las personas se establece una doble aposición. La primera es la que hay, por un lado, entre *yo/tú* y, por otro, *él*: siendo *yo* y *tú*, personas implicadas en el discurso, situándose *él* fuera del *yo/tú* e indicando a alguien o algo sobre el que se enuncia, pero sin que

sea una persona Especificada. «La consecuencia debe ser claramente formulada — escribe Benveniste—: la “tercera persona” no es una “persona”; la forma verbal tiene incluso como función la de expresar la *no-persona*... Basta recordar... la situación muy particular de la tercera persona en el verbo de la mayoría de idiomas...» (En francés, por ejemplo, en el «il» impersonal de «il pleut».)

La segunda oposición es la existente entre *yo* y *tú*. «Sólo empleo el *yo* al dirigirme a alguien, el cual será un *tú* en mi alocución. Esta condición de diálogo es constitutiva de la ⁴³ *persona* ya que implica de modo recíproco que el *yo* se convierta en *tú* en la alocución de quien se designa, a su vez, con el *yo*. Aquí vemos un principio cuyas consecuencias son desarrollables en todas las direcciones. El lenguaje sólo será posible si cada locutor se plantea como *sujeto*, remitiéndose a sí mismo en tanto que *yo* de su discurso. Así, pues, el *yo* plantea a otra persona, la cual, con todo lo exterior que es al “yo”⁹, se convierte en mi eco al que *yo* digo *tú*, y que me dice *tú*,»

Si la subjetividad «real» y la subjetividad lingüística están en estrecha interdependencia, sobredeterminadas por la categoría lingüística de la persona, igual ocurre con la categoría del verbo y con las relaciones de tiempo que marca. Benveniste distingue dos planos de enunciación: la enunciación *histórica* en la que se admite el *aoristo*¹⁰, el pretérito imperfecto, el pluscuamperfecto y el prospectivo, pero en la que se excluye el presente, el perfecto, el futuro; y la enunciación de *discurso* en que se admite todos los tiempos y todas las formas, exceptuando el aoristo. Esta distinción se refiere también a la categoría de la persona. «El historiador no dirá nunca *yo*, ni *tú*. ni *aquí*, ni *ahora*, porque no recurrirá nunca al aparato formal de discurso, que consiste primero en la relación de persona *yo: tú*. En el relato histórico seguido de manera estricta constataremos sólo formas de tercera persona.» Benveniste da el ejemplo de enunciación histórica siguiente:

«Después de dar una vuelta, el joven *miró* seguidamente el cielo y su reloj, *hizo* un gesto de impaciencia, *entró* en un estanco, y *encendió* un cigarro puro, *se puso* ante el espejo, y *echó* una ojeada a su traje, un poco más rico que lo permiten [aquí el *presente* se debe a que se trata de una reflexión del autor que se sale del plano del relato] en Francia

⁹ *Nota del traductor*: Recordamos que la lengua francesa, a diferencia del castellano, exige la presencia del pronombre personal para la conjugación de los verbos: je suis, tu es,... (soy, eres...), por lo que la equivalencia *Yo/Je-Tú/Tu* no se verifica de manera rigurosa.

¹⁰ Aoristo: tiempo pasado que en el sistema verbal griego, designa una acción acabada.

las leyes del gusto. *Se reajustó* el cuello y su chaleco de terciopelo negro sobre el que *se cruzaba* varias veces una de aquellas gruesas cadenas de oro fabricadas en Génova: luego, tras haber echado con un solo movimiento sobre su hombro izquierdo su abrigo forrado con terciopelo dándole una caída elegante, *siguió* paseando sin dejarse distraer por las miradas burguesas que *recibía*. Cuando las tiendas *empezaron* a iluminarse y la noche le *pareció* lo suficientemente negra, se *dirigió* hacia la plaza del Palais-Royal como un hombre que *temía* ser reconocido, pues *dio* un rodeo por la plaza hasta la fuente, para llegar a la entrada de la calle Froid-manteau oculto detrás de los coches...» (Balzac, *Etudes philosophiques: Gambara*.)

Por el contrario, «el discurso emplea libremente todas las formas personales del verbo, tanto *yo/tú* como *él*. Sea explícita o no, la relación de persona está presente en todas partes».

Vemos aquí cómo el lenguaje, con sus categorías de verbo, de tiempo y de persona y mediante su exacta combinación, si no determina, al menos sobredetermina las oposiciones temporales *vividas* por los sujetos parlantes. El lingüista encuentra, entonces, de manera objetiva, en la materia de la lengua, toda una problemática (en nuestro ejemplo, la de la subjetividad y la de la temporalidad) que está planteada, de manera *real*, en la praxis social. La lengua parece forjar por sus categorías mismas lo que se ha podido designar como «subjetividad», «sujeto», «interlocutor», «diálogo», o «tiempo», «historia», «presente», etc. ¿Quiere esto decir que la lengua produce estas realidades o, por el contrario, que aquellas son las que se reflejan en la lengua? Problema metafísico e insoluble al que tan sólo podemos oponer el principio de la *isomorfía* de las dos series (lo real/el lenguaje; el sujeto real/el sujeto lingüístico) de las que la segunda, el lenguaje, con aquellas categorías, sería el *atributo* al mismo tiempo que el *molde* que ordena la primera: lo real lingüístico. En este sentido podemos hablar igualmente de una «materialidad» del lenguaje, al negarnos a plantear el lenguaje como sistema ideal cerrado sobre sí mismo (tal como la actitud «formalista») o como mera copia de un mundo regulado que existe sin él (tal como la actitud «realista» mecanicista).

Las categorías lingüísticas cambian con el tiempo. La gramática latina es distinta de la del antiguo francés que difiere, a su vez, de la gramática del francés moderno. «[El lenguaje] se nos escapa de las manos cada día más y desde que vivo se ha alterado en la mitad» escribía Montaigne. Por supuesto que, hoy día, la lengua se ha normativizado, regulado y fijado mediante una escritura estable, de

manera que los cambios funcionales no se dan de modo tan rápido, si bien no paran de producirse. Sin afirmar que toda evolución de las categorías de la lengua implica necesariamente una redistribución del campo en el que el sujeto parlante organiza lo real, hemos de señalar que esas mutaciones tienen su importancia para el funcionamiento consciente y sobre todo inconsciente del locutor. Tomemos un ejemplo que da M. W. von Wartburg en *Problemes et méthodes*, recogido por P. Guiraud: el verbo «croire» (*creer*) rige dos construcciones en antiguo francés, *croire en* y *croire au* [en le] puesto que se emplea con los nombres propios sin artículo y con los nombres comunes con el artículo (*Croire en Dieu*, *croire au* [en le] *départ*, *croire au* [en le] *diable*). Pero, durante la evolución de la lengua, *ou* [en le] se ha confundido con *au* [à le] de manera que la oposición *croire en* / *croire en le* ha desaparecido. Los locutores, no obstante, han conservado el sentido de una oposición que, aun así, han reinterpretado semánticamente de un modo que no tenía nada que ver con la oposición gramatical inicial: *croire en* designará desde ese momento una creencia profunda en un ser divino, *croire à* una creencia en algo que existe. Y von Wartburg nos dice: «Un catholique croit *en* la Sainte Vierge, un protestant croit *à* la Sainte Vierge»¹¹.

En otro plano y en el marco de un mismo sistema gramatical, de una misma etapa de la lengua, existen una variaciones que, sin rebasar el límite de la inteligibilidad del mensaje, transgreden algunas de estas reglas y pueden ser consideradas como agramaticales. Aún así, tienen una función específica, *retórica*, en los estilos particulares y pertenecen a la *estilística*.

Abordamos aquí otro problema lingüístico: el del sentido y la significación, evocado más arriba al tratar el tema de la naturaleza lingüística. Tal problema lo estudia la *semántica*. Su autonomía en cuanto que disciplina particular dentro del análisis de la lengua es bastante reciente. Si los gramáticos del siglo XIX hablan de *semasiología* (del término griego *sema*, signo) el lingüista francés Michel Bréal fue quien propuso el término de semántica y fue el primero en redactar una *Semántica* (*Essai de Sémantique*, 1896). Hoy se concibe la semántica como el estudio de la función de las palabras en tanto que portadoras de sentido.

¹¹ Hoy en día, esta distinción está menos clara y contradice a veces la dicotomía establecida por M. W. von Wartburg. Ejemplo: «Je crois *en* toi / Je crois *à* tes histoires» [Creo en ti - me creo tus historias].

Se ha establecido una distinción entre *sentido* y *significación*, siendo el *sentido* el término estático que designa la imagen mental resultante del *proceso* psicológico designado por el término *significación*. Se ha admitido de manera generalizada que la lingüística sólo se ocupará del *sentido*, estando reservada la *significación* para una ciencia más amplia que se ha dado en llamar *semiótica* y para la cual la semántica no es más que un caso particular. Pero es evidente que, como el sentido no existe fuera de la signación, e inversamente, los estudios definidos por esos dos conceptos se cruzan a menudo uno con otro.

Entre los numerosos problemas que plantea la semántica, señalemos algunos de ellos.

Aunque, dentro de la comunicación general, una palabra tenga un solo sentido, las palabras suelen tener varios. Así, *estado* significa «manera de estar, situación», «nación (o grupo de naciones) organizada, sometida a un gobierno y a unas leyes comunes», etc; *carte* puede significar «documento de identidad» [*carne*], «lista de platos» [*carta*], «representación del globo o de una de sus partes» [*mapa*], etc. A este fenómeno llamado *polisemia* se añade la *sinonimia*; con varias palabras se designa un mismo concepto: *trabajo, labor, obra, negocio, ocupación, misión, tarea, faena, curro, bisnes*; así como la *homonimia*: unas palabras diferentes en su origen que acaban confundiéndose¹²: *je, jeu,...*

Toda palabra dentro de un contexto tiene un sentido definido y concreto, *sentido contextual*, que difiere a menudo de su *sentido básico*: «*livre des marchandises*» y «*livrer bataille*» constan de dos sentidos contextuales de la palabra «*livrer*»¹³ que no son idénticos en el sentido básico. A estos dos sentidos se añaden los valores estilísticos: unos sentidos suplementarios que enriquecen el sentido básico y el sentido contextual. En «*les ouvriers ont occupé la boîte*»¹⁴, el sentido contextual de «*boîte*» es «*fábrica*» pero *el* valor estilístico suplementario connota una intención popular, familiar o despectiva. Vemos que los valores estilísticos pueden ser no sólo de orden subjetivo sino, además, de orden socio-cultural.

De este modo, la semántica se cruza con la *retórica*. El estudio del sentido se confundió en la Antigüedad con el estudio de las «*figuras de palabras*» y, hoy día, tiene frecuentes puntos de encuentro con la

¹² La homofonía es un fenómeno frecuente en francés. Así ocurre con *je/jeu*, o bien *pot/peau*, *col/colle*, etc. (*Yo/juego, tarro/piel, cuello/pegamento*).

¹³ «*Livrer*»: Entregar, repartir (mercancías), revelar (un secreto), presentar (batalla).

¹⁴ «*Los obreros ocuparon la fábrica*».

estilística.

El estudio clásico de los *tropos* se presentaba, hasta nuestra época actual, como la base de los estudios de *combinación*, incluso de *cambio* de sentido. Sabemos que, después de los griegos, los latinos señalaban catorce tipos: la metáfora, la metonimia, la sinécdoque, la antonomasia, la catacresis, la onomatopeya, la metalepsis, el epíteto, la alegoría, el enigma, la ironía, la perífrasis, la hipérbole y el hipérbaton. Los semánticos de hoy ponen en evidencia las relaciones lógicas que están en la base de estos tropos y sacan a relucir las operaciones básicas para los cambios de sentido.

S. Ullman, por ejemplo (*The principles of Semantics*, 1951) distingue los cambios debidos al *conservadurismo lingüístico* y los cambios debidos a la *innovación lingüística*. Esta última clase consta de algunas sub-categorías:

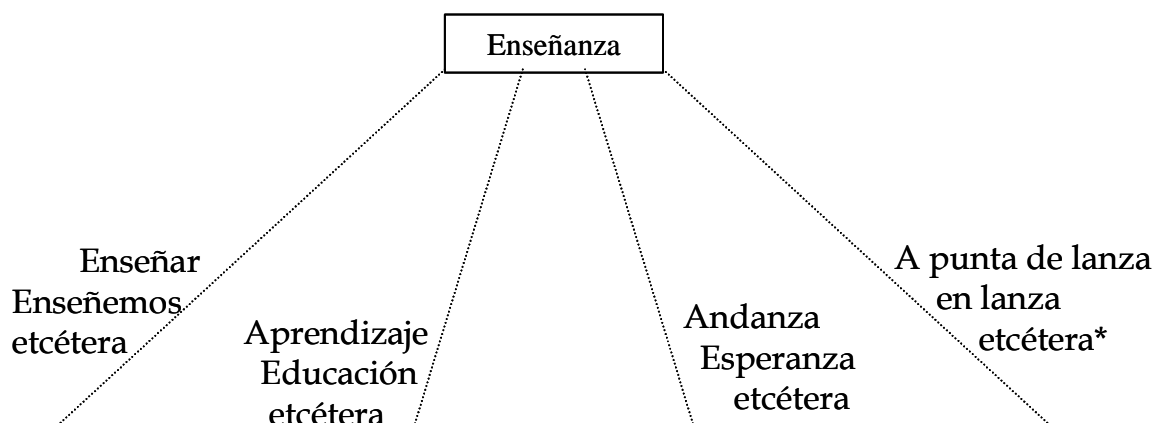
- I. Transferencia del nombre: a) por similitud entre los sentidos;
 b) por contigüidad entre los sentidos;
- II. Transferencia del sentido: a) por similitud entre los nombres;
 b) por contigüidad entre los nombres.

Damos a continuación un ejemplo de *contigüidad espacial entre los sentidos* (Ib): el término «bureau» viene del «bure» [*burriel*], una tela que recubría el mueble y que le ha legado su nombre.

Si el mecanismo de los cambios de sentido es de tal índole, sus causas son: bien *históricas* (cambios científicos, económicos, políticos, que alcanzan el sentido de la palabra), bien *lingüísticas* (fonéticas, morfológicas, sintácticas, contagio, etimología popular, etc.), bien *sociales* (restricción o extensión del área semántica de una palabra en función de su especialización o de su generalización) y, por último, *psicológicas* (expresividad, tabú, eufemismos, etc.).

Con la lingüística estructural, la semántica se ha vuelto también estructural. Ya ponía Saussure a cada palabra en el centro de una *constelación* de asociaciones (bien por el sentido, bien por la forma) y daba el siguiente esquema:

Hoy, la semántica estructural emplea el concepto de *campos morfo-semánticos* (Guiraud) para indicar «el complejo de relaciones de formas y de sentidos formado por un conjunto de palabras» (cf. P. Guiraud, *La Sémantique*, P.U.F., «Que sais-je?», 1969).



* Tan sólo podemos dar como ejemplos las locuciones adverbiales, ya que el sufijo *-anza* es productor de nombres de acción. Sin embargo, se incluirían aquí igualmente los adjetivos. (Nota del Traductor.)

En su *Sémantique structurale* (1966) A. J. Greimas propone aislar en cada palabra *los semas*, elementos mínimos de significación cuya combinación produce el *semema* (o la palabra en cuanto que complejo de sentidos). Los semas se reparten según unos ejes sémicos en oposición binaria. Por otra parte, un semema se compone de un *núcleo sémico* (sentido básico) y de *semas contextuales*.

Los problemas complejos de la significación, que la semántica estructural está lejos de haber resuelto, son a su vez objeto de estudio de la semántica filosófica, de la lógica, la psicología, etc. Todas estas teorías están en plena mutación, lo cual justifica que, desde un principio, cualquier intento de resumen fuera inviable.

Sin pretender elaborar aquí una historia de las teorías lingüísticas, tarea imposible si no se elabora antes una teoría general de la historia, vamos a tratar de ir más allá de la problemática del lenguaje, recorriendo los múltiples sistemas mediante los cuales las diversas sociedades han pensado sus lenguas, por lo que vamos a proceder a la descripción de las representaciones y de las teorías lingüísticas a lo largo de los tiempos.

SEGUNDA PARTE

El lenguaje y la historia

Desde los mitos hasta las especulaciones filosóficas más elaboradas, se está planteando continuamente el problema de los inicios del lenguaje –su aparición, sus primeros balbuceos. Aunque la lingüística como ciencia se niegue a admitirlo y menos aún a considerarlo (la Sociedad Lingüística de París ha declarado este problema sin ningún interés), la cuestión existe y su permanencia es un síntoma ideológico constante.

Las creencias y las religiones atribuyen su origen a una fuerza divina, a los animales y a unos seres fantásticos que el hombre habría imitado.

También se ha querido encontrar *la lengua original*, la que habrían hablado los primeros hombres, y de la que procederían las demás lenguas. Así Heródoto (II, 2) recoge la experiencia de Psamético, rey de Egipto, que habría criado a dos hijos, desde su nacimiento, sin ningún contacto con alguna lengua; la primera palabra de los niños fue βεχος («pan» en frigio, lo cual indujo al rey a concluir que el frigio era más antiguo que el egipcio).

También se ha querido acceder al «origen» del lenguaje observando el aprendizaje de la praxis lingüística por los sordos y los ciegos. Se han hecho otras observaciones en este sentido sobre el aprendizaje de la lengua por los niños. Se ha intentado descubrir las leyes primordiales de la lengua observando los hábitos locutorios de las personas bilingües y políglotas, a partir de la hipótesis según la cual el políglotismo es un momento histórico anterior al monoglotismo (es decir, a la unificación de un idioma por una comunidad dada). Por muy –o muy poco– interesante que puedan ser todos estos datos, tan sólo recogen el procedimiento mediante el cual una lengua *ya constituida* es *aprendida* por unos sujetos en una sociedad determinada, y pueden informarnos acerca de las particularidades psicosociológicas de los sujetos que hablan o aprenden una determinada lengua. Pero no pueden aportar ninguna explicación acerca del proceso histórico de

formación del lenguaje, y menos aún acerca de su «origen».

Cuando los investigadores modernos se enfrentan a la «prehistoria» del lenguaje, lo hacen considerando sobre todo las etapas más antiguas que se conozcan: bien recogidas en documentos, bien reconstruidas en estudios comparados, y que pueden permitir, de este modo, unas hipótesis sobre estadios anteriores de los que no tenemos testimonio alguno. Entre los datos básicos para una reconstrucción del pasado lingüístico, se estudia esencialmente el desciframiento de los jeroglíficos egipcios, de las inscripciones cuneiformes, de los epígrafes de los pueblos de Asia Menor o de los etruscos, las runas germánicas, los monumentos ogámicos, etcétera. A partir de estos testimonios escritos se pueden hacer deducciones acerca de la vida no sólo lingüística, sino también social de las diversas poblaciones. Por su parte, la lingüística comparada puede deducir, siguiendo la vida de las palabras en las diferentes lenguas —su migración y su transformación— algunas leyes lingüísticas que nos permitan reconstruir el pasado lejano del lenguaje. Junto a estas investigaciones se hallan igualmente los descubrimientos procedentes del desciframiento del material arqueológico: los epígrafes, los nombres de los dioses, de los lugares, de las personas, etc., cuya constancia y duración en la historia constituye un indicio seguro que autoriza el acceso al pasado lejano de la lengua.

Se han propuesto varias teorías-hipótesis para explicar el «origen» y la prehistoria del lenguaje: hipótesis cuya audacia se encuentra rápidamente desmentida y destruida por unas proposiciones que se inspiran de otros principios ideológicos. Así, el soviético N. Marr formuló una teoría *estadial* del lenguaje, dividiendo las lenguas en cuatro tipos, correspondientes a las etapas de la sociedad:

1) El chino y algunas lenguas africanas; 2) el fino-húngaro y el turco-mongol; 3) el jafético y hamítico que caracterizan el feudalismo; 4) las lenguas indo-europeas y semíticas que caracterizan la sociedad capitalista. Una lengua universal debería representar la sociedad comunista. Esta teoría recibió vivas críticas de Stalin quien afirmó que la lengua no es una superestructura y que, por consiguiente, no sigue fielmente las transformaciones históricas de las estructuras sociales.

G. Révész propuso en *Origine et Préhistoire du langage* (1946) una teoría de la prehistoria lingüística en seis estadios, trazando el trayecto que va desde la comunicación animal hasta el lenguaje humano altamente desarrollado. Según el autor, en el estadio prehistórico e histórico, se observa una reducción del lenguaje a los modos

imperativo, indicativo e interrogativo así como una disminución de la importancia de los gestos. Por lo que se refiere al sistema de comunicación del hombre primitivo, las deixis¹⁵, los gritos y los gestos ocupan un lugar fundamental; este lenguaje se limita, siempre según Révész, al *imperativo*, al *vocativo* y al *locativo*.

Una vez abandonada la ambición de construir semejantes teorías generales, para las cuales no se puede proporcionar ninguna prueba científica, la lingüística se limita actualmente, como lo advierte A. Tovar, a «establecer un estadio arcaico de las lenguas que poseen las mismas características». W. Schmidt efectuó este trabajo en lo que se refiere a la fonética. Por su parte, Van Ginneken propuso un tipo de lengua que él considera como primitivo y tan viejo como la escritura. Dicha «lengua» es un sistema de consonantes laterales o «clics» (sonidos conseguidos mediante los movimientos laterales de la lengua), con ausencia de las vocales. Van Ginneken vuelve a encontrar el ejemplo de este sistema fonético en la lengua caucásica y entre los Hotentotes.

Con la decisiva ayuda de los arqueólogos y de los paleontólogos, la lingüística trata de establecer, si no cómo apareció el lenguaje, al menos desde cuándo habla el hombre. Las hipótesis son indecisas. Para Boklen, el lenguaje aparece en el período musteriense. Leroi-Gourhan comparte la misma opinión: considerando que el símbolo gráfico es el verdadero salto exclusivamente humano y que, por consiguiente, hay lenguaje humano desde el momento en que hay símbolo gráfico, afirma: «Podemos decir que sí, en la técnica y el lenguaje de la totalidad de los antropienses, la motricidad condiciona la expresión, en el lenguaje figurado de los antropienses más recientes, la reflexión determina el grafismo. Las huellas más antiguas remontan al final del musteriense y se vuelven abundantes hacia 35000 antes de nuestra era, durante el período de Chatelperron. Aparecen al mismo tiempo que los colorantes (ocre y manganeso) y que los objetos ornamentales».

¿Es posible considerar que el lenguaje haya sufrido un tiempo de desarrollo, de progresión lenta y laboriosa durante la cual se ha ido convirtiendo en el sistema complejo de significación y de

¹⁵ Deixis: Término que designa todas las palabras que sitúan e indican el acto de enunciación y que son inteligibles sólo en función de aquél (*aquí, ahora, hoy*. etc.). Juega, por tanto, un papel importante en la teoría saussureana del discurso y corresponde a la *indicación* en la tradición de Pierce.

comunicación que es hoy y que la historia, por muy lejos que remonte en el pasado, atestigua? ¿O bien admitiremos, junto a Sapir, que desde el «principio» el lenguaje es «formalmente complejo» y que, desde el momento en que hay hombre hay lenguaje en cuanto que sistema cargado de todas las funciones que tiene hoy? En la segunda hipótesis, no habría «prehistoria» del lenguaje, sino lenguaje sencillamente, con unas diferencias, sin duda, del modo de organización del sistema (diferencias fonéticas, morfológicas, sintácticas, etc.), que dan lugar a diferentes lenguas.

La hipótesis de la súbita aparición del lenguaje, la defiende Claude Lévi-Strauss en la actualidad. Considera toda cultura como «un conjunto de sistemas simbólicos en cuya primera fila se sitúan el lenguaje, las reglas matrimoniales, las relaciones económicas, el arte, la ciencia, la religión». Renunciando a buscar una teoría sociológica para explicar el simbolismo, Lévi-Strauss, por el contrario, busca el origen simbólico de la sociedad. Pues el amplio conjunto de sistemas de significación que es lo social funciona –de la misma forma que el ejercicio de la lengua– de manera inconsciente. Se basa –igual que la lengua– sobre el intercambio (la comunicación). De este paralelismo se podría decir que los fenómenos sociales son asimilables (desde tal punto de vista) al lenguaje y que, a partir del funcionamiento lingüístico, podemos acceder a las leyes del sistema social. No obstante, escribe Lévi-Strauss, «cualesquiera que hayan sido el momento y las circunstancias de su aparición en la escala de la vida animal, el lenguaje sólo pudo nacer de repente. No es posible que las cosas se pusieran, de modo progresivo, a significar. Tras una transformación cuyo estudio no es de la competencia de las ciencias sociales, sino de la biología y de la fisiología, se efectuó un paso, el de un estadio en que nada tenía sentido a otro estadio en que cualquier cosa lo poseía». Sin embargo, Lévi-Strauss distingue claramente esa brusca aparición de la *significación* de la lenta toma de conciencia de que «eso significa». «Se debe a que las dos categorías del significante y del significado se han constituido simultánea y solidariamente, como dos bloques complementarios; pero también a que el conocimiento, es decir, el proceso inteligible que permite identificar, los unos con relación a los otros, algunos aspectos del significante y algunos del significado..., no se puso en marcha de manera muy lenta. El universo significó mucho antes de que se empezara a saber lo que significaba.»

En una visión semejante, eliminando el problema de una prehistoria del lenguaje mediante la pregunta de la estructura específica del

sistema lingüístico y de cada sistema significante, ha sido posible proponer una teoría de la *relatividad lingüística*. Estriba en la hipótesis según la cual cada lengua, al poseer una organización particular y diferente de las demás, significa lo real de manera diferente; habría, pues, tantos tipos de organizaciones significantes del universo como hay tipos de estructuras lingüísticas. Esta idea, que data de Wilhelm von Humboldt y que fue retomada por Leo Weisgerber, ha sido reinventada por Sapir y desarrollada sobre todo por Benjamín Lee Whorf, principalmente en sus estudios sobre la lengua de los indios hopis que él oponía a la «lengua europea media normal». Así, pues, la lengua hopi posee nueve voces verbales, nueve aspectos, etc., que son para Whorf tantas maneras de significar e indican las maneras particulares, propias de los hopis, de pensar el espacio y el tiempo. Tal teoría olvida que, en otras lenguas, se pueden obtener las mismas «particularidades» a partir de unos medios lingüísticos distintos (se puede indicar o sustituir una «voz» por un adverbio, una preposición, etc.); y que, por otra parte, el conjunto de los sistemas significantes en una sociedad es una estructura compleja y complementaria en la que al habla, categorizado por una teoría determinada, le falta mucho para agotar la diversidad de las praxis significantes. Esto no quiere decir que la ciencia no pueda encontrar en el sistema de la lengua las «especificidades» que está descubriendo actualmente en los sistemas significantes extra-lingüísticos; sólo quiere decir que sería demasiado atrevido deducir las características «mentales» de una sociedad a partir de las consideraciones, histórica e ideológicamente limitadas, que se pueden hacer acerca de su lengua. Considerando con prudencia la teoría de la relatividad lingüística, la antropología y la lingüística estudian las lenguas y las teorías lingüísticas en las sociedades llamadas primitivas, no para alcanzar, de este modo, el punto «inicial» del lenguaje sino para constituir un amplio espectro de los distintos modos de representaciones que han acompañado la praxis lingüística.

1. Antropología y lingüística

Conocimiento del lenguaje en las sociedades llamadas primitivas

En busca de un objeto susceptible de ser estudiado científicamente y que abriera supuestamente un acceso hacia la cultura de una sociedad «primitiva», la antropología encontró el *lenguaje*. Al analizar las diversas formas bajo las que se presenta, sus reglas internas, al mismo tiempo que la conciencia que tienen de él los distintos pueblos (en sus mitos y sus religiones), la antropología funda y amplía su conocimiento de las sociedades llamadas salvajes.

Los primeros estudios que han abierto camino a esta «antropología lingüística» fueron los de Edouard Tylor (*Primitive Culture*, 1871, y *Anthropology*, 1881) aunque había habido un precedente inglés con R. G. Latham. En 1920. Malinowski desarrolló la tesis de la estructura lingüística como reveladora de la estructura social, confirmándola en su estudio *Meaning in Primitive Languages*. Otros investigadores, como Hocard, Haddon, J.-R. Firth, siguieron en esta vía. En Europa, la antropología se inspira de los trabajos de Saussure y de Meillet, y halla una orientación lingüística en las investigaciones de Durkheim y de Mauss. Entre los científicos americanos, debemos a Franz Boas, principalmente, las formulaciones más decisivas y más comprometidas en este terreno. Tras haber estudiado la lengua y la escritura de los indios de América y de los esquimales, así como su relación con la organización cultural y social, Boas afirma que «el estudio puramente lingüístico es parte de la verdadera investigación de la psicología de los pueblos del mundo». Opina que, si los fenómenos del lenguaje se convierten, mediante la etnología y la antropología, en un objeto en sí mismos, se debe en gran medida a que las leyes del lenguaje permanecen totalmente desconocidas para los locutores, a que los fenómenos lingüísticos no llegan jamás a la conciencia del hombre primitivo¹⁶, mientras que todos los demás

¹⁶ Tal como lo veremos más adelante, el «hombre primitivo» está lejos de ser inconsciente del sistema mediante y en el cual ordena lo real, su propio cuerpo y sus funciones sociales: el lenguaje. Aquí se puede admitir el término «inconsciente» solamente si quiere indicar una incapacidad en determinadas civilizaciones para separar la actividad diferenciadora y sistematizadora (significante, lingüística) de lo que sistematiza y, por

fenómenos se hallan sometidos de una manera más o menos clara al pensamiento consciente. Aún así, Boas no comparte la teoría de la relatividad lingüística. «No parece que haya una relación *directa* entre la cultura de una tribu y la lengua que habla, salvo en la medida en que la lengua puede ser moldeada por el estado de la cultura, pero no en la medida en que un determinado estado de cultura está condicionado por los rasgos morfológicos de la lengua.»

Al estudiar el lenguaje «primitivo» dentro de un contexto social y cultural, con vistas a dicho contexto y con relación a él, la antropología se opone a menudo a un acercamiento meramente formal, deductivo y abstracto, de los hechos lingüísticos. Aboga, como Malinowski, a favor de un acercamiento que colocaría el discurso vivo en su contexto contemporáneo de situaciones sociales en que se produce el hecho lingüístico y solamente así tal «hecho» se convertiría en el objeto principal de la ciencia lingüística.

A esta visión del lenguaje se emparenta y se adjunta la que propone la *lingüística sociológica*. Con J.-R. Firth, esta ciencia constata que las categorías lingüísticas elaboradas por la fonética, la morfología, la sintaxis, etc., clásicas no toman en cuenta los distintos *papeles sociales* que desempeñan los principales tipos de oraciones que utiliza el hombre. «La multiplicidad de los papeles sociales que hemos de desempeñar en tanto que miembros de una raza, de una nación, de una clase, de una familia, de un club, en tanto que hijos, hermanos, amantes, padres, obreros, etc., requiere un cierto grado de especialización lingüística.» La socio-lingüística estudia precisamente estas funciones sociales del lenguaje, tal como se presentan en la estructura misma de la lengua, para obtener unas informaciones suplementarias que expliquen el mecanismo inconsciente de las funciones sociales mismas.

Si los lingüistas, los antropólogos y los sociólogos intentan, a partir de los datos lingüísticos de los pueblos «primitivos», sacar conclusiones acerca de las leyes que rigen en silencio su sociedad, esos mismos pueblos elaboraron unas representaciones y unas teorías, unos ritos y unas prácticas mágicas ligados a su lenguaje, que constituyen para nosotros el *ejemplo* no sólo de los primeros pasos de lo que, hoy en día, se ha convertido en una «lingüística», sino también del lugar y del papel que ha podido tener el lenguaje en unas civilizaciones tan

consiguiente, para elaborar una ciencia de las leyes del lenguaje como ciencia aparte.

diferentes de la nuestra.

Lo primero que sorprende al hombre «moderno», condicionado por la teoría y la ciencia lingüística actual, y para quien el lenguaje es exterior a lo real, capa sutil y sin consistencia sino convencional, ficticia, «simbólica», lo sorprendente, pues, en las sociedades «primitivas» o, como se suele decir, «sin historia», «pre-históricas», es que el lenguaje es una *substancia* y una *fuerza material*. Si el hombre primitivo *habla, simboliza, comunica, es decir*, establece una distancia entre sí mismo (como sujeto) y lo externo (lo real) para significarlo en un sistema de diferencias (el lenguaje), no *conoce* ese acto como un acto de *idealización* o de *abstracción*, sino, al revés, como una *participación* en el universo que le rodea. Si la praxis del lenguaje supone realmente para el hombre primitivo una *distancia* con respecto a las cosas, el lenguaje no es concebido como un *en otro lugar* mental, un proceso de abstracción. Participa en tanto que elemento cósmico del *cuerpo* y de la *naturaleza*, confundido con la fuerza motriz del cuerpo y de la naturaleza. Su vínculo con la realidad corporal y natural no es abstracto o convencional, sino real y material. El hombre primitivo no concibe de manera clara una dicotomía entre materia y mente, real y lenguaje y, por consiguiente, entre «referente» y «signo lingüístico», y menos aún entre «significante» y «significado»: para él, participan todos de una misma manera de *un mundo diferenciado*.

Unos *sistemas mágicos* complejos, cual la magia asiría, se basan sobre un tratamiento atento del habla concebido como una fuerza real. Sabemos que en la lengua akkadia «ser» y «nombrar» son sinónimos. En akkadio, «lo que sea» se expresa con la locución «todo lo que lleve un nombre». Tal sinonimia es el síntoma de la equivalencia admitida, por lo general, entre las palabras y las cosas y que da pie a las prácticas mágicas verbales. Se trasluce, a su vez, en los exorcismos ligados a la interdicción de pronunciar tal o cual nombre o palabra, a los hechizos que exigen una recitación en voz baja, etc.

Varios mitos, prácticas y creencias revelan esta visión del lenguaje entre los primitivos. Frazer (*The Golden Bough*, 1911-1915) constata que, en varias tribus primitivas, el *nombre*, por ejemplo, considerado como una realidad y no como una convención artificial, «puede ser utilizado como intermediario – tanto como el cabello, las uñas o cualquier otra parte de la persona física – para que la magia haga efecto sobre dicha persona». Para el indio de Norteamérica, según el mismo autor, su nombre no es una etiqueta sino una parte distinta de su cuerpo, como el ojo, el diente, etc., y, por tanto, un mal tratamiento de su nombre le

heriría como si de una herida física se tratara. Para salvaguardar el nombre se le introduce dentro de un sistema de *interdicciones*, o de *tabúes*. No se debe pronunciar el nombre porque el acto de su pronunciación-materialización puede revelar-materializar las propiedades reales de la persona que lo lleva y hacerla, entonces, vulnerable ante sus enemigos. Los esquimales obtenían un nombre nuevo cuando llegaban a la vejez; los celtas consideraban el nombre como sinónimo del alma y del «aliento»; entre los yuinos de Nueva Gales del Sur, en Australia, y entre otros pueblos, siempre según Frazer, el padre revelaba su nombre al hijo en el momento de la iniciación, y pocas personas más lo conocían. En Australia se *olvidan* los nombres, llamándose la gente entre sí «hermano, primo, sobrino,...». Los egipcios también tenían dos nombres: ti pequeño, bueno y reservado al público, y el grande, malo y disimulado. Encontramos semejantes creencias ligadas al nombre propio en los Krus de África Occidental, en los pueblos de la Costa de los Esclavos, los Wolofs de la Senegambia, en las islas Filipinas (los bagobos de Mindanao), en las islas Burru (India Oriental), en la isla de Quiloe por la costa meridional de Chile, etc. El dios egipcio Ra, mordido por una serpiente, se lamenta: «Soy el que tiene muchos nombres y muchas formas... Mi padre y mi madre me dijeron mi nombre; está oculto en mi cuerpo desde mi nacimiento para que ningún poder mágico pueda ser otorgado a quien quiera hechizarme». Pero acaba revelando su nombre a Isis que se vuelve todopoderosa. Hay igualmente unos tabúes *acerca* de las palabras que designan grados de parentesco.

Entre los cafrés, se prohíbe a las mujeres pronunciar el nombre de su marido y del suegro así como cualquier palabra que se les parezca. Esto conlleva una modificación del lenguaje de las mujeres hasta tal punto que hablan, en realidad, una lengua distinta. A este respecto, Frazer recuerda que, en la Antigüedad, las mujeres jónicas no llamaban jamás a su marido por su nombre y que nadie debía nombrar a un padre o a una hija mientras se siguiese los ritos de Ceres en Roma. Entre ciertas tribus del oeste de Victoria, los tabúes exigen que el hombre y la mujer se hablen mutuamente en su lengua a la vez que comprenden la del otro y sólo podrán casarse con una persona de distinto idioma.

Los nombres de los muertos están igualmente sometidos a las leyes del tabú. Los albaneses del Cáucaso tenían semejantes costumbres y Frazer las observa entre los aborígenes de Australia. En la lengua de los abipones de Paraguay cada año se introduce unas palabras nuevas

ya que se suprime por proclamación todas las palabras que se parecen a los nombres de los fallecidos, palabras que se sustituyen por otras. Se entiende que tales procedimientos anulen la posibilidad de un relato o de una historia: la lengua ya no tiene residuos algunos del pasado, pues se va transformando con el curso real del tiempo.

Los tabúes conciernen también los nombres de los reyes de los personajes sagrados, los nombres de los dioses aunque también conciernen a un gran número de nombre-comunes. Se trata sobre todo de nombres de animales o de plantas considerados peligrosos y cuya pronunciación equivaldría a invocar el peligro mismo. Así, en las lenguas eslavas, la palabra que significa «oso» ha sido reemplazada por una palabra más «anodina» cuya raíz es «miel», dando, por ejemplo, *med'ved'* en ruso (de *med* - miel): se ha reemplazado el oso maléfico por algo eufórico —por la comida inofensiva de la especie cuyo nombre, por metonimia, sustituye la peligrosa palabra.

Tales prohibiciones no son conscientemente motivadas. Parece que son lógicas, unas «imposibilidades» naturales, y que pueden ser levantadas o expiadas a través de ciertas ceremonias. Varias prácticas mágicas se fundan sobre la creencia de que las palabras poseen una realidad concreta y activa, y basta pronunciarlas para que se ejerza su acción. Tal es la base de varias oraciones o fórmulas mágicas que son «portadoras» de curación, lluvia sobre los campos, cosecha abundante, etc.

Sigmund Freud, quien examinó con atención los datos recogidos por Frazer, ha podido explicar el tabú de algunas palabras o la interdicción de algunas situaciones discursivas (mujer-marido, madre-hijo, padre-hija) relacionándolos con la prohibición del incesto. Consta una asombrosa similitud entre la neurosis obsesiva y los tabúes en cuatro puntos: 1) la ausencia de motivación de las prohibiciones; 2) su fijación en virtud de una necesidad interna; 3) su facilidad para desplazarse y contaminar objetos prohibidos; 4) la existencia de actos y de reglas ceremoniales procedentes de las prohibiciones (cf. *Totem et Tabou*).

Igual que el mismo Freud lo observa, «evidentemente sería actuar de manera precipitada y poco eficaz si concluyéramos que existe una afinidad innata a partir de la analogía de las condiciones mecánicas (de la neurosis obsesiva y del tabú)». Habría que insistir sobre esta observación porque, efectivamente, si ambas estructuras se parecen entre sí, nada nos induce a pensar que se «debe» los tabúes a unas «obsesiones». Las nociones psicoanalíticas están elaboradas y funcionan en el campo de la sociedad moderna y categorizan de modo

más o menos riguroso unas estructuras psíquicas en dicha sociedad. Transponerlas en otras en que la noción misma de «yo» (subjetivo, individual) no está claramente diferenciada es, sin lugar a duda, un acto que desnaturaliza la especificidad de las sociedades estudiadas. Por lo contrario, podemos suponer que unos actos como el tabú, y quizá la praxis misma, en general, del lenguaje en tanto que realidad activa (no abstracta, no ideal, no sublimada) son precisamente lo que impide la formación de las «neurosis», incluida la neurosis obsesiva en cuanto que estructura de un sujeto.

Otros testimonios prueban que el hombre «primitivo» no solamente se niega a separar el *referente* del *signo* sino que, además, vacila en escindir el *significante* del *significado*. La «imagen fónica» tiene para él el mismo peso real que la «idea», al estar, por lo demás, confundida con ella. Percibe la red del lenguaje como una *materia consistente* de modo que las semejanzas fónicas son para él el indicio de semejanzas de los significados y, por consiguiente, de los referentes. Boas recoge unos ejemplos similares entre los Pawnees en América para los cuales varias creencias religiosas son provocadas por unas similitudes lingüísticas. Un caso sorprendente nos viene dado por la mitología chinook: el héroe descubre a un hombre que trata en vano de pescar bailando y le explica que hay que hacerlo con una red. El relato se organiza en torno a dos palabras fonéticamente idénticas (idénticas en el plano del significante) pero con sentido diferente (divergentes en el plano del significado): las palabras *bailar* y *pescar con una red* se pronuncian de la misma manera en chinook. Este ejemplo demuestra con qué refinamiento el hombre «primitivo», distingue los diversos niveles del lenguaje, llegando incluso a jugar con ellos, como si sugiriera con humor sutil que maneja perfectamente el significado sin olvidar por ello su anclaje en el significante que es su portador, y que él — locutor atento a la materialidad de su lengua — oye siempre.

Algunos pueblos poseen unas teorías desarrolladas del funcionamiento del habla, que se despliegan como unas verdaderas cosmogonías de modo que, cuando el etnólogo moderno traduce por «habla» la fuerza cósmica y corporal acerca de la que los «primitivos» reflexionan, el desfase del término con nuestra concepción es tal que subsiste cierto malestar: ¿Trátase verdaderamente del «lenguaje» tal como lo entienden los modernos? Lo que el científico occidental traduce por *habla o lenguaje* resulta ser a veces el trabajo del cuerpo mismo, el deseo, la función sexual, el verbo también claro, y todo esto al mismo tiempo.

Geneviève Calame-Griaule en su estudio sobre los dogones (*Ethnologie et Langage: la parole chez les Dogons*, 1965) población del suroeste del meandro del Níger, observa que para ese pueblo el término “sò”, que designa el lenguaje significa a la vez: «la facultad que distingue al hombre del animal, la lengua en el sentido saussureano del término, la lengua de un grupo humano diferente de la de otro grupo, la palabra a secas, el discurso y sus modalidades: sujeto, pregunta, discusión, decisión, juicio, relato, etc.». Pero igualmente, en la medida en que todo acto social supone un intercambio del habla, en la medida en que todo acto individual es en sí un modo de expresarse, la palabra es en ocasiones sinónimo de «acción, empresa». Unas expresiones corrientes apuntan en este sentido: sò : vomo yoà: «ha entrado su palabra», lleva a cabo su empresa con éxito (persuadiendo a su interlocutor); né yògo sò y, «ahora es la palabra de mañana», dejamos para mañana el seguir con nuestro trabajo... Los dogones llaman *palabra* al resultado del acto, la obra, la creación material que queda: la azada forjada, la tela tejida son otras tantas «palabras». Al estar el mundo impregnado , por la palabra, al ser la palabra el mundo, los dogones edifican su teoría del lenguaje como una inmensa arquitectura de correspondencias entre las variaciones del discurso individual y los acontecimientos de la vida social. Hay cuarenta y ocho tipos de «palabras» descompuestas en dos veces veinticuatro, número clave del mundo. De este modo, observa Calame-Griaule, «a cada palabra corresponde una técnica o una institución, una planta (y una parte concreta de la planta), un animal (y uno de sus órganos), un órgano del cuerpo humano». Por ejemplo, la «palabra ombligo», *hògu sò*: designa el engaño, la falsa apariencia: cuando se cura la herida de un recién nacido, a menudo se infecta aunque desde fuera parezca estar curada. Todo lo que sea falso juramento o robo será llamado entonces bògu só: el pillaje en orden a las técnicas, el ratón ladrón entre los animales, el cacahuete redondo que no es un verdadero alimento, etc. Al mismo tiempo, esas «palabras» son sistematizadas según «los acontecimientos míticos que justifiquen, por un lado, su valor psicológico o social y, por otro, su número de orden simbólico en la clasificación».

Unas inmersiones semejantes del habla en el mundo real no son un fenómeno aislado. Los sudaneses bambaras, según Dominique Zahan (*La Dialectique du verbe chez les Bambaras*, 1963), consideran el lenguaje como un elemento físico. Si distinguen una primera palabra aún no

expresada, perteneciente a la palabra primordial de Dios, y llamada «ko», también aíslan el substrato material del habla, el *fonema* en general, bajo el nombre «kuma». Este es, por su parte, afín a la palabra «ku» que significa «rabo»; y, además, un adagio bambara dice: «El hombre no tiene rabo, no tiene crines; la parte donde se le puede “agarrar” al hombre es la palabra de su boca». Una escucha analítica pondría fácilmente a relucir en estas comparaciones hasta qué punto la concepción del habla en los bambaras está *sexualizada* y casi indiferenciada de la función sexual. Tal constatación se ve confirmada por las representaciones bambaras de los órganos del habla. Son la cabeza y el corazón; la vejiga, los órganos sexuales, los intestinos, los riñones; los pulmones, el hígado; la tráquea, el gástrico, la boca (lengua, dientes, labios, saliva). Cada uno de estos *órganos forma* el habla: el hígado, por ejemplo, juzga y deja pasar, o para, la palabra; los riñones concretan el sentido o le confieren cierta ambigüedad; «el habla carecerá de todo agrado si la humedad de la vejiga no entra en su composición»; por último, «los órganos sexuales, mediante unos movimientos que son la reducción de los gestos efectuados durante el coito, dan al verbo el placer y el gusto de la vida». Todo el cuerpo, los ojos, los oídos, las manos, los pies, las posturas, participa en la articulación de la palabra. Así, pues, para los bambaras, hablar es sacar un elemento de su cuerpo: hablar es *dar a luz*. Señalemos que los dogones atribuyen igualmente unas funciones semejantes a los órganos del cuerpo para la producción del habla.

El elemento lingüístico es tan material como el cuerpo que lo produce. Por un lado, los sonidos primordiales del habla están relacionados con los cuatro elementos cósmicos: el agua, la tierra, el fuego y el aire. Por otro, siendo el habla material, es imprescindible que los órganos de su tránsito estén preparados para recibirlo: de ahí el tatuaje de la boca o la limadura de los dientes que son símbolos de la luz y del día y que, una vez limados, se identifican con el camino de la luz. Estos ritos de preparación de la boca para un habla sabia, sobre todo destinados a las mujeres, coinciden con los ritos de incisión o se identifican con ellos. He aquí, por tanto, una prueba más de que, para los bambaras, el dominio del habla es un dominio del cuerpo, que el lenguaje no es una abstracción sino que participa en todo el sistema ritual de la sociedad. El lenguaje es tan corpóreo que los ritos de flagelación, por ejemplo, que simbolizan la resistencia del cuerpo ante el dolor, se encargan de representar el dominio del órgano del habla. No podemos aquí dilucidar todas las consecuencias que semejante

teoría del lenguaje implica para la relación del hablante con su sexualidad, con el saber en general y con su inclusión en lo real.

El hombre melanesio que vive en Nueva Guinea oriental y en los principales archipiélagos paralelos a las costas de Australia comparte también una representación corpórea del funcionamiento del lenguaje. M. Leenhardt (*Do Komo*, 1947) traduce la leyenda melanesia siguiente acerca del origen del lenguaje. «El dios Gomawe estaba paseando cuando se encontró con dos personajes que no podían responder a sus preguntas, ni siquiera podían expresarse. Comprendió que tenían el cuerpo vacío y se fue a atrapar dos ratas para cogerles las entrañas. De vuelta con los dos hombres, les abrió la tripa y dentro les colocó las vísceras de las ratas: intestino, corazón e hígado. Una vez cerrada la herida, los dos hombres se pusieron en seguida a hablar, comieron y pudieron recobrar sus fuerzas». La convicción según la cual el cuerpo es el que «habla» está claramente atestiguada en expresiones como: «¿cuál es tu vientre?», para decir «¿cuál es tu lengua?»; o «entrañas angustiadas» para «estar disgustado»; o «entrañas que van de lado» para «vacilar». La mente o la cabeza no serían el centro emisor del lenguaje-idea. Al contrario, para hacer un cumplido a un orador se le llama «cabeza hueca» lo que implica sin duda que el rigor de su discurso se debe a que es un producto del vientre, de las entrañas.

Para los dogones, escribe Calame-Griaule, «los distintos elementos que componen el habla se encuentran en un estado difuso dentro del cuerpo, particularmente bajo una forma acuosa. Cuando el hombre habla, el verbo sale en forma de vapor, el *agua* del habla que ha “calentado” el corazón». El *aire* así como la *tierra* que da a la palabra su significación (su peso) correspondiente, de este modo, el esqueleto en el cuerpo, o el *fuego* que determina las condiciones psicológicas del hablante, son otros tantos componentes del lenguaje para los dogones. Su relación con el sexo está claramente planteada: para los dogones, el habla está sexuada; hay unos tonos machos (bajos y descendientes) y hembras (altos y crecientes) pero las diversas modalidades del habla e incluso las diferentes lenguas y dialectos pueden ser considerados como pertenecientes a una u otra categoría. El habla macho contiene más viento y fuego, el habla femenino más agua y tierra. La compleja teoría del habla de los dogones conlleva igualmente una noción que pone el uso discursivo en estrecha relación con lo que ha podido llamar el psiquismo: se trata de la noción de *kikinu* que designa «el tono con el que se manifiesta el habla y que justamente está en relación directa con el psiquismo».

Tales concepciones corporales del lenguaje no quieren decir que no se preste una particular atención a su construcción formal. Los bambaras ven el lenguaje generándose en unas cuantas fases: gestos, gruñidos, sonidos, y consideran que el hombre áfono remonta a la edad de oro de la humanidad. Para ellos, la lengua primitiva se compone de palabras monosilábicas con una consonante y una vocal. Los diferentes fonemas están especificados y cargados de funciones sexuales y sociales particulares, se combinan con los *números* y diversos elementos o partes del cuerpo y forman de este modo una combinatoria cósmica regulada. En este sentido, Zahan observa que «E» para los bambaras es el primer sonido que « nombra al yo y al otro; es el “yo” y el “tú”, análogo del deseo correlativo, a la cifra 1, al nombre, y se armoniza con el auricular». «I» es el «nervio» del lenguaje, marca la insistencia, el acoso, la búsqueda. Incluso entre los melanesios, el lenguaje es un medio complejo y diferenciado: se le representa como un contenedor, un recinto que funciona, un sistema que trabaja, dinamos hoy en día. Para ese pueblo, el «pensamiento», según Leenhardt, se nombra gracias a la palabra *nexai* o *nege* que designa un contenedor visceral (tripa, estómago, vejiga, matriz, corazón, fibras tejidas de una cesta). Hoy se emplea el término *tanexai* = estar ahí juntos, fibras o contornos; *tavinena* = estar ahí, ir, entrañas.

No conformándose con una clasificación de las palabras, algunas tribus poseen una teoría extremadamente refinada y detallada de los correlatos *gráficos* de dichas palabras. Si bien es cierto, como lo escribe Meillet, que «los hombres que inventaron y perfeccionaron la escritura fueron unos grandes lingüistas y ellos son quienes crearon la lingüística», encontramos en unas civilizaciones antiguas y ya desaparecidas unos sistemas gráficos que dejan constancia de una reflexión sutil, por no hablar de una «ciencia» del lenguaje. Algunas de esas escrituras, como la de los mayas, no han sido descifradas todavía. Otras, como la escritura de la isla de Pascua que A. Métraux considera como memorándum para los chantres, suscitan numerosos comentarios, en ocasiones inconciliables. Barthel ha podido constatar que, al disponer de 120 signos, este sistema escritural produce de 1.500 a 2.000 combinaciones. Los signos representan a personajes, cabezas, brazos, gestos, animales, objetos, plantas, así como dibujos geométricos, y funcionan como unos ideogramas que pueden tener varias significaciones. De tal forma que un mismo ideograma significa *estrella, sol, fuego*. Algunos signos son imágenes: se representa a la mujer con una flor; o metáforas: un «personaje comiendo» representa

una recitación de poesía. Finalmente, ciertos signos adquieren un valor fonético, estando este fenómeno favorecido por el hecho de que, en las lenguas polinesias, abundan los homónimos. Esta escritura que presenta un estado avanzado de la «ciencia» del lenguaje, no parece, sin embargo, poder marcar oraciones. Pese a los esfuerzos de varios científicos, no se la puede considerar como lengua completamente descifrada.
















La escritura maya – uno de los monumentos más interesantes y más secretos de las antiguas civilizaciones – sigue sin estar descifrada en la actualidad.



[*Texto debajo del dibujo:* Ejemplo de una combinación de texto jeroglífico (arriba) con signos de cifras (el punto = uno; el guión = cinco) y de pictogramas (abajo) en la escritura maya (manuscrito de Dresde, p. XVI). La ilustración ha sido tomada de *Origine el Développement de l'écriture*, de Istrine.]

Las investigaciones siguen su curso según dos direcciones: postulando que los signos mayas son fonéticos, o imaginando que son pictogramas o ideogramas. Cada vez más parece que se trata de una combinación de ambos tipos pero queda aún mucho por hacer para llegar a una descodificación total.

Si la población maya heredó la tradición étnica y cultural de sus antecesores, los olmecas que ocupaban el territorio mexicano mil años antes de nuestra era, los monumentos arqueológicos con su escritura y los manuscritos datan probablemente de los primeros años de nuestra era, hasta la prohibición de esta escritura por los colonizadores españoles

1		c (u)	8		h (a)	15		lub
2		tz (u)	9		p (a)	16		kati
3		t (u)	10		t (i)	17		kam
4		b (u)	11		cutz	18		ukah
5		k (a)	12		tzul	19		pak
6		m (a)	13		bulus	20		mam
7		u	14		cantzuc			

[*Texto debajo del dibujo:* Algunos de los signos silábicos mayas, descifrados por Knorosov (1-10) y los ejemplos de su utilización en una escritura fonética (11-20), según la hipótesis del autor, formulada en 1950.]

quienes destruyeron la mayor parte de los manuscritos. Ya que la escritura era propia de los sacerdotes y estaba ligada a los cultos religiosos, desapareció a la vez que la religión maya, sin que la población preservara el secreto. Por lo general, los textos mayas representan unas crónicas históricas tejidas con fechas y cifras. Se supone que reflejan una concepción del tiempo según la cual los acontecimientos se vuelven a suceder, por lo que recogiendo su sucesión se podrá predecir el porvenir. El ritmo del tiempo, la «sinfonía del tiempo», es lo que ve J. E. Thompson en la escritura maya (*Maya Hieroglyphic Writing*, Washington, 1950).

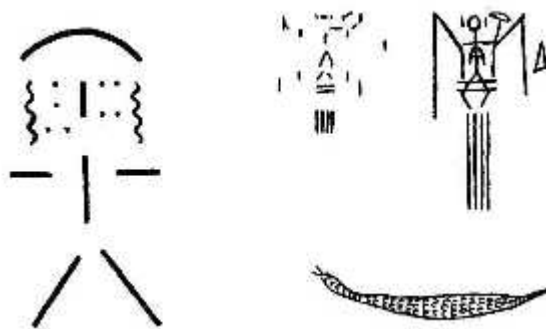
El investigador soviético Yuri B. Knorosov propuso una teoría

interesante sobre la escritura maya (*L'écriture des Indiens mayas*, Moscú-Leningrado, 1963). Dejando a un lado la hipótesis jeroglífica, vuelve a la hipótesis alfabética de Diego de Landa, el primer descodificador de los mayas. Knorosov considera que la escritura maya se compone de «complejos gráficos» de los cuales cada uno está compuesto, a su vez, de algunos (1-5) grafemas: elementos gráficos unidos en cuadrado o en círculo y hechos con signos tales como cabezas de hombre, animales, aves, plantas y demás objetos. Tal escritura se asemejaría a la del Egipto del Antiguo Imperio en la que los pictogramas parecen ser unas indicaciones para el texto jeroglífico que acompañan.

En un principio, Knorosov proponía que se descifrara los signos como unos signos *silábicos* combinados a logogramas fonéticos y semánticos. No obstante, a partir de 1963, la hipótesis de Knorosov es que esos signos son más bien *morfémicos*. Resulta interesante observar que si se consolida esta hipótesis, no habría en la historia más que dos casos de escritura *morfemográfica* independiente: la escritura maya y la escritura china. Algunos especialistas, como Istrine, consideran que tal hipótesis es inverosímil, tenido en cuenta el largo desarrollo de la escritura china antigua antes de llegar en la escritura china moderna a su estructura morfográfica, y también por la diferencia entre la lengua china monosilábica, que favorece la morfemografía, y la lengua maya en la que el sesenta por ciento de las palabras están compuestas por tres o cuatro morfemas. En tales condiciones, la existencia de una escritura morfográfica exigiría un análisis complejo y difícil de la lengua, lo cual no resulta, sin embargo, imposible en una civilización tan extraordinaria como la de los mayas. Más aún cuando la civilización maya tiene ciertas similitudes con las concepciones cosmogónicas chinas: así, la inclusión y la pulverización del «sujeto» significante en un cosmos dividido y ordenado que se reflejaría perfectamente en el tejido de un sentido diseminado bajo las sílabas de un sistema escritural morfémico...

Entre los dogones, la escritura presenta unas particularidades distintas pero igualmente interesantes. Comprende cuatro etapas y cada una es sucesivamente más compleja y más perfecta que la anterior. La primera fase se llama «huella» o *bumɔ* (de *bumɔ*, arrastrarse) y evoca la huella dejada en la tierra por el movimiento de un objeto. Se trata, pues, de un dibujo vago, en ocasiones de segmentos de líneas no unidos entre sí, pero que esbozan la forma final. La segunda fase se llama «marca» o *yala*: está más detallada que la huella, y punteada a veces «para recordar —escribe Calame-

Griaule— que Amma (el creador del habla) hizo primero las “semillas” de las cosas». En tercer lugar viene el «esquema», *tɔʒu* que es una representación general del objeto. Y, por último, el «dibujo» acabado, *t'oŷ*. Este proceso de cuatro fases, que no llega a ser una verdadera escritura —los dogones no pueden



[*Texto debajo del dibujo:* A la izquierda, imposición de los nombres al niño (primera fase del dibujo). A la derecha arriba, primera y última fase de la «palabra tejido». Abajo, «palabra de justicia de Lébé-Sérou», simbolizada por la serpiente. Según G. Calame-Griaule, *Ethnologie el Langage, la parole chez les Dogons*. Gallimard.]

marcar frases— no se aplica solamente al dibujo en sí, o a la lengua como sistema de significación y de comunicación. Se refiere, igual que el mismo vocablo «palabra», a diversos aspectos de la vida real: «la palabra nacimiento de los niños en cuatro fases», así como «la palabra de la fuerza de las cosas creadas por Amma», «la palabra de la imposición de los nombres al niño», etc. Vemos, por tanto, que la escritura marca la *formación* de las palabras (o de la significación) pero también de las cosas; palabras y cosas *escritas* se hallan íntimamente mezcladas, hacen cuerpo con una misma realidad en proceso de diferenciación y de clasificación. El universo con la palabra dentro de él se organiza como una inmensa combinatoria, como un cálculo universal cargado de valores mitológicos, morales, sociales, sin que el locutor aísle el acto de significar —su verbo— en un en-otro-lugar mental. Esta participación del lenguaje en el mundo, en la naturaleza, en el cuerpo, en la sociedad —de los que está, sin embargo, *prácticamente* diferenciado— y en la sistematización compleja de éstos, acaso constituya el rasgo fundamental de la concepción del lenguaje en las sociedades llamadas «primitivas».

2. Los egipcios: su escritura

Los textos egipcios se preocupan poco por los problemas del lenguaje. No obstante, la importancia que atribuían a la escritura y el papel magistral que ésta desempeñaba en la sociedad egipcia son la prueba más firme de la concepción egipcia del sistema de la lengua.

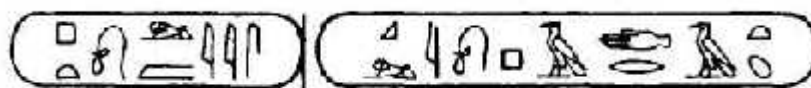
La escritura como todas las lenguas del mundo fue inventada, según los antiguos egipcios, por el dios Tot, el ibis. Los escribas se representaban, de cuclillas, escribiendo ante una imagen del animal sagrado de Tot, el babuino. En varios documentos vemos al dios mismo escribiendo, asistido por una diosa antigua, Séshat cuyo nombre significa «la que escribe». Objeto divinizado, venerado, la escritura fue el oficio sagrado de una casta de escribas que ocupaban los altos rangos de la sociedad egipcia. Ciertas estatuas representan incluso a los nobles de alta alcurnia en posición de escriba. Es así como el papiro Lausing loa las cualidades incomparables de los escribas ante los cuales cualquier otra profesión parece carecer de importancia: «Me paso el día entero escribiendo con los dedos y, por la noche, hago la lectura. Mis amigos son el rollo de papiro y la paleta porque es más agradable de lo que uno pueda imaginarse. La escritura, para quien la conoce, es más aventurada que cualquier otro oficio, más agradable que el pan y la cerveza, que los vestidos y ungüentos. Sí, tiene más valor que una herencia, en Egipto, o que una sepultura, en Occidente».

Esta casta de escribas dibujó, grabó o pintó un gran número de jeroglíficos a partir de los cuales, hoy, la arqueología, la etnología y la lingüística reconstituyen la historia de la lengua del antiguo Egipto. Situamos, hoy en día, la aparición de la escritura jeroglífica hacia finales de la segunda civilización eneolítica¹⁷ (Negada II, Gerceen), aunque se desarrolla sobre todo bajo la Iª dinastía. El número de sus signos es de unos setecientos treinta bajo el Mediano Imperio (2160-1580 antes de nuestra era) y la VIIIª dinastía (1580-1314 antes de nuestra era), pero sólo se utilizaron ciento veinte corrientemente y ochenta servían para la escritura habitual.

El desciframiento de estos jeroglíficos, inaccesibles para la ciencia occidental durante mucho tiempo, se debe a Jean-François Champollion (1790-1832). Anteriormente, varios investigadores habían intentado descubrir las reglas de esta escritura: el jesuita Athanasius

¹⁷ Civilización eneolítica: ya se conoce el cobre pero está poco empleado. Se ignora el aleaje de este metal con el estaño (J.-G. Février, *Histoire de l'écriture*. p. 120).

Kircher editó en Roma, entre 1650 y 1654, un estudio en cuatro volúmenes en el que proponía unas traducciones de los jeroglíficos; su ingenio y sus intuiciones, a menudo muy agudas, no le permitieron, sin embargo, descifrar ni un solo signo de manera correcta. El punto de partida del trabajo de Champollion fue la piedra conocida bajo el nombre de piedra de Roseta, cubierta con tres tipos de escritura: catorce líneas de jeroglíficos egipcios, treinta y dos líneas de escritura demótica y cincuenta y cuatro líneas de escritura griega. A Champollion no sólo se le ocurrió comparar la escritura comprensible (la griega) con la que no lo era (la egipcia) sino que trató, además, de encontrar un eje seguro de correspondencia entre ambos textos: el eje fueron los nombres propios de *Ptolemaus* y de Cleopatra que se podían distinguir en el texto jeroglífico ya que estaban aislados en forma de tarjetas.



Ptolomaus

Cleopatra

Este método le permitió establecer las primeras correspondencias entre los signos egipcios y los fonemas. Tras un largo trabajo de desciframiento de los textos escritos sobre los monumentos de Denderah, de Tebas, de Esne, de Edfrón, de Ambas y de Filae, Champollion pudo establecer la complejidad del sistema escritural egipcio, el cual no era sólo fonético. En su libro *Precis du système hiéroglyphique des anciens Egyptiens* (1824), Champollion distingue tres tipos de escritura: la escritura *jeroglífica*; la escritura *hierática*, «verdadera *taquigrafía*, escribe el autor, de los jeroglíficos que es la de los papiros no jeroglíficos encontrados sobre las momias»; y, por fin, la escritura *demótica* o *epistolográfica* que es «la de la inscripción intermedia de Roseta», diferente de la verdadera escritura jeroglífica.

Según Champollion, el alfabeto de los caracteres fonéticos es «la clave de la escritura jeroglífica»; «ese alfabeto es el resultado de una serie de nombres propios fonéticos, grabados sobre los monumentos de Egipto durante un intervalo de cerca de cinco siglos, y en diversos lugares de la zona... Por lo que la escritura fonética se estuvo usando en todas las clases de la nación egipcia y, durante mucho tiempo, lo emplearon como auxiliar obligado de los tres métodos jeroglíficos».

Los antiguos egipcios distinguían los sonidos y se encaminaban hacia una escritura fonética. No obstante, sus «signos» no llegaron a constituir un alfabeto. Se utilizaban de tres maneras diferentes:

1. El signo designa la palabra y el concepto al mismo tiempo: se le llama entonces «signo-palabra» o *logograma*.

2. El signo es sólo vehículo de los sonidos; se le llama, pues, *fonograma* y sirve para escribir no sólo el nombre de su modelo, sino también las consonantes que forman aquel nombre. De este modo, *pěri* significa «casa» en antiguo egipcio. Como fonograma, el signo de casa sirve para transcribir todas las palabras cuyas consonantes son *p, r e i*.

3. Finalmente, la imagen puede evocar una noción sin relacionarse con una palabra concreta y sin ser pronunciable; se le llama un *determinativo*. En tanto que *determinativo*, el signo «casa» no se pronuncia, pero sí se añade a las palabras que designan edificios. El *determinativo* desempeña un papel distintivo: evita la confusión entre palabras que tengan las mismas consonantes, relacionándolas con unas clases concretas.

Como imágenes, esos signos son estilizados: reproducen el contorno general o un detalle esencial. Por otra parte, al ser parte de un dibujo mural o sepulcral, tales imágenes corresponden al ángulo de enfoque del dibujante – algunos están hechos de frente, otros de perfil, vistos desde arriba o de lado.

Aun siendo relativamente estable, la escritura egipcia ha sufrido unas modificaciones, sobre todo durante la época grecorromana, simplificándose y diversificándose. Por lo general se observa una fonetización de los signos antiguos que adquieren un valor fonético, básicamente el valor de la primera consonante que anteriormente notificaban.

Todas estas observaciones se refieren a la jeroglífica, escritura monumental que Champollion distinguía ya de la *cursiva* cuya más antigua muestra es la escritura *hierática*. Esta interviene cuando los escribas trasladan la escritura monumental al papel, esquematizando los signos y reduciendo los detalles. Las modificaciones principales son el alargamiento y la reducción del signo-palabra, la introducción de elementos diacríticos exteriores a los signos, la aparición de ligaduras. Se obtiene de esta manera un trazado rápido, casi ininterrumpido, que se efectúa siempre de derechas a izquierdas.

Hacia el siglo VII antes de nuestra era, aparece una segunda variante de escritura cursiva: la *demótica*, destinada en principio a la administración; recibió el nombre de escritura «popular», demótica. Se

convirtió rápidamente en una escritura de uso común pues varios textos literarios o religiosos fueron escritos en demótico (el *Libro de los Muertos*, por ejemplo).

¿Cómo pudieron desaparecer todas estas escrituras egipcias, tan elaboradas y tan apropiadas a las diversas necesidades sociales? La pregunta suscita numerosos comentarios e hipótesis. La sustitución de la religión egipcia por el cristianismo podría ser una de las razones del declive de la casta de los escribas-sacerdotes y, por consiguiente, de su discurso y de su escritura jeroglífica. Razones directamente relacionadas con el desarrollo y las reglas mismas de esta escritura tuvieron, sin duda, un papel no menos importante en cuanto a su desaparición. La escritura demótica se conserva hasta el siglo V antes de nuestra era. Puesto que estaba reservada a la administración, las razones de su eliminación no fueron, pues, de orden religioso. Hoy suponemos que la fonetización de esta escritura la hizo demasiado difícil e ineficiente, comparada con el alfabeto griego cuya sencillez seducía ya a los egipcios.

La escritura egipcia, hoy en día, sigue siendo el monumento que hay que descifrar, para quien quiera conocer al antiguo Egipto. Lleva consigo el testimonio de una concepción de la lengua en la que el concepto y el sonido, el significante y el significado, hacían cuerpo, al estar como fundidos con la inscripción-reproducción estilizada de lo real. En ese funcionamiento de los logogramas, la unidad lingüística no se distinguía de la unidad conceptual y parecía objetivar un único cuerpo. Por otra parte, los fonogramas egipcios prueban que, como lo escribe R. Weil, «la noción de sílaba está completamente ausente». La vocal no se transcribe: el egipcio marca sólo el «esqueleto» de las palabras, el «esqueleto consonántico» según Cohen, como si la red vocálica de una palabra fuera tan estilizada como su dibujo, reducida a su armazón, a sus elementos diferenciales más marcados: las consonantes. Dentro de su vocalismo, el egipcio sigue escribiendo, es decir, eligiendo y sistematizando. Por último, el uso de determinativos que no se pronuncian indica un proceso de sistematización lógica de los signos lingüísticos en distintas categorías, un esbozo de razonamiento gramatical.

El papel de la voz parece reducido en la escritura egipcia, pues la voz cuenta menos que las relaciones trazadas y lógicas. De ello se puede deducir que tal escritura se constituía más como una reflexión sobre los modos de significar que como un sistema de transcripción del vocalismo (como lo será la escritura fonética). Por todo lo cual, la

escritura era, en Egipto, en un sentido, distinta del verbo, del intercambio vocal, y entonces social, por lo que tenía que desaparecer de forma obligatoria en cuanto cambiaran las condiciones económicas: en cuanto el intercambio (la sociedad comercial) se instaló como principio dominante, junto con la civilización griega, invadiendo la cuenca mediterránea.

3. La civilización mesopotámica: Sumerios y acadios

La civilización mesopotámica elaboró la escritura llamada *cuneiforme* en base a la cual podemos reconstruir, hoy en día, algunos aspectos de su concepción del funcionamiento del lenguaje. Los sumerios y los acadios, pobladores del antiguo Oriente Próximo, recurrían a una escritura que representa a grupos de cuñas. Estaba grabada en tabletas de barro cuya materia tuvo, sin duda, influencia sobre la forma de los signos. Se contaban unos 550 signos de los que se empleaban de 250 a 300 de manera corriente. Algunos de estos signos funcionaban como unos logogramas; otros tenían un valor fonético que representaba bien una vocal (*a, e, i, u*), bien una sílaba bilítera (*ab, ur, ba, ru*), bien una sílaba tríltera (*sul, dir*).

De ahí se explica la existencia de varios polífonos (ya que cada signo tenía algunos valores fonéticos: el mismo signo marca «agua» y «brazo») y de varios homófonos (se cuenta 17 signos que se leen *si*). Para paliar tal confusión, se añadía unos signos *mudos* que desempeñaban el papel de *determinativos* (clasificaban los signos en categorías para romper la ambigüedad) y de *complementos fonéticos* (que señalaban el principio y el final de la palabra). El sistema sufrió una honda evolución que le hizo pasar de la ideografía al alfabetismo. En una primera fase, los signos eran meramente ideográficos; más tarde, varias nociones (o palabras) se representaron con el mismo signo-logograma: empezó la homofonía; finalmente, se introdujo unos signos gramaticales que representaban un sufijo o un infijo. De este modo, el signo de pluralidad o de dualidad se unió al logograma para indicar el plural o el dual, sin ser pronunciado.

El sumerio era una lengua viva del IV^o al II^o milenio antes de nuestra era. Persistió como lengua secreta de los acadios. Ello originó un bilingüismo sumero-acadio que conllevó un verdadero estudio


científico del sumerio. Se hicieron, a tal efecto, unos silabarios y léxicos que dan fe de los fundamentos de una sistematización del lenguaje. Existieron varios libros de esta clase, parecidos a los diccionarios actuales. Es así como, desde 2600 antes de nuestra era, se encuentran semejantes repertorios lexicográficos llamados «ciencia de las listas» — gráficos-diagramas de sueldos, de repartos, etc. —, que son al mismo tiempo unas enumeraciones y clasificaciones de los signos *polisemánticos* (el signo de la «boca», por ejemplo, es idéntico al de «diente», «palabra», «hablar», «gritar») y de las *representaciones complejas* (un huevo junto a un pájaro significa «parir»). Los signos están clasificados en función del número de sus rasgos: signos con 1, 2, 3n rasgos horizontales, con 1, 2, 3n rasgos verticales, con 1, 2, 3n rasgos oblicuos. Es interesante señalar que estos catálogos constituyen unas clases en las que están agrupadas, por ejemplo, todas las palabras que contienen el mismo *sema* (rasgo mínimo de significación): *kus* (de cuero), *za* (de piedra), *bur* (jarrones); o bien todas las palabras derivadas de un mismo signo: rata, pez, etc. Tales clasificaciones se refieren únicamente a los sustantivos y no recogen adjetivos o verbos. En base a este principio se hicieron diccionarios bilingües y se ha encontrado incluso un léxico cuadrilingüe en la biblioteca de Rap'anu.



La escritura y la ciencia lingüística (filología y lexicografía) mesopotámicas se desarrollaban de manera conjunta: la praxis de la escritura requería, para los escribientes, una verdadera ciencia. No solamente suponía un perfecto conocimiento de los procedimientos de inscripción, sino también una sistematización de la lengua en categorías semánticas, a su vez categorías de todo el cosmos y de todo el universo social: catalogar la lengua equivalía a catalogar lo real. Pero el uso de la escritura tenía igualmente una aplicación mágica y religiosa; ahora bien, lejos de ser útil únicamente a los sacerdotes, la escritura desempeñaba un papel económico y social perfectamente laico. No disminuyó por ello el respeto y la veneración en quienes se mantenía la escritura y para con los que la manejaban: «Quien se destaque en la ciencia de la escritura, brillará como el sol», escribió un escribiente. El escribiente era sumamente apreciado en la sociedad sumeria; algunos escribientes se convertían en altos dignatarios del gobierno. Cual Anam, rey de Uruc, quien fue primero archivero y que acababa su nombre con el título híbrido de «escritor-perador». Los acadios compartían esta estima hacia la escritura que ellos atribuían a las ciencias más secretas: «He aprendido — dice Asurbanipal — lo que el sabio Adapa ha aportado a los hombres, los valiosos conocimientos

ocultos de toda la ciencia escrita; he sido iniciado a los [libros de] presagios del cielo y de la tierra a los cuales me he entregado en compañía de los sabios; soy *capaz* de hablar de lecomancia; resuelvo las liosas divisiones y multiplicaciones que detienen al entendimiento. He conseguido leer el ingenioso sumerio y el oscuro acadio, difícil de comprender. Soy *capaz* de descifrar, palabra por palabra, unas piedras inscritas antes del diluvio que son herméticas, sordas y embrolladas».

Se inventó esta tan loada escritura hacia 3500 antes de nuestra era y su procedimiento fue utilizado hasta la era cristiana, convirtiéndose en un grafismo internacional que emplearon todos los pueblos del Asia Menor; se la adoptó para transcribir lenguas tales como el hitita, el hurita, el urateo, el persa, el elamita, etc.

La escritura cuneiforme procede del pictograma. Los primeros signos reproducen sobre unos monumentos los objetos en la vertical y se leían en columnas de derechas a izquierdas. Cuando se comenzó a escribir sobre unas paletas de barro, la escritura –observa Cohen en *La Grande Invention de l'écriture* (1958)– se volvió parcialmente horizontal y se leía de izquierdas a derechas. «Los objetos representados ya no están en su posición natural (por ejemplo: pierna, tarro, vegetal tumbados): se debe a que, a partir de entonces, ya no se trataba de signos-cosas, sino de signos-palabras o incluso de fonogramas (signos-palabras trasladados o signos-partes de palabras).»

La evolución de este sistema hacia lo fonético durante el período acadio prueba que estaba empezando a formarse la conciencia de una alfabetización del lenguaje: de una distinción de fonemas en la cadena hablada. Al contrario de la escritura egipcia, la escritura cuneiforme marcaba las vocales *a, e, i, u* aunque también sistematizaba las sílabas: *mu, ma, mi; ku, ka, ki; ur, ar, ir*. Por lo cual, ya existía una distinción entre vocales y consonantes. Antes, incluso, de la contribución acadia que algunos consideran como un hecho decisivo para la fonetización de la escritura cuneiforme, la escritura sumeria antigua era fonográfica en cierta medida, según Cohen, puesto que empleaba «el jeroglífico de transferencia». Así *gi(n)*, «ser estable» se escribe con el signo del «junco» que se lee *gi*. Cuando los acadios hallaron una escritura que no correspondía a su lengua, la utilizaron para que indicara ya no unas entidades-palabras, nociones, objetos, etcétera, sino unos sonidos. Para los sumerios «agua» se escribe  y se lee *a*. El acadio toma el signo como *a* sin relacionarlo ya con «agua» ya que «agua» se dice *mu* en acadio. El valor del signo se ha desprendido de su materialidad: de lo

real que él marca y del grafismo que lo marca. Se separó al significante del significado y tal separación conllevó a su vez una separación significante/grafismo: el signo sumerio  «agua» —*a* fue sustituido en acadio por  en cuneiforme que se lee *a* pero cuyo sentido ya no tiene nada que ver con el agua. Esta hipótesis explica el paso a una escritura fonética y, en parte, alfabética, debido a un proceso de mentalización y de rotura de la íntima relación referente-significante-significado, propio del pictograma y del ideograma.

No obstante, la escritura cuneiforme compleja no se convirtió nunca en una escritura alfabética y, a pesar de su aparente pesadez, no se la dejó nunca de lado para aprovechar unos sistemas escritúrales alfabéticos que las poblaciones de las provincias acadias conocían, tales como el alfabeto de los cananeos (siglo XIV antes de nuestra era).

El conocimiento del funcionamiento de la lengua que hallamos en los diccionarios mesopotámicos, por una parte, y en la escritura cuneiforme, por otra, se encamina ya hacia una abstracción que extrae la cadena significante de su arraigo en una cosmogonía real y la articula como un objeto autónomo de dependencias internas (tales como los mareajes de los diferentes fonemas de la escritura o las clasificaciones lexicográficas de los diccionarios), si bien esto queda implícito en las praxis escritúrales y filológicas. De manera explícita, la teoría del lenguaje de los acadios es mítica y religiosa: la escritura, de la misma forma que la ciencia, las artes, la construcción de ciudades y de templos, la enseña un hombre-anfibio, Oannés o Oés, quien, antes de volver al agua, dejó un libro acerca del origen del mundo y de la civilización. Un texto de Sardanápalo atribuye el origen de la escritura al dios Nabón, hijo del gran dios Marduk y de la diosa Tasmetu.

4. China: la escritura como ciencia

El funcionamiento de la lengua china está tan estrechamente ligado a la escritura china y, a su vez, el habla es tan distinta de ésta que, aunque la lingüística moderna insista en separar el habla de la escritura, se podría difícilmente comprender lo uno sin lo otro. Se trata, en efecto, de un ejemplo único en la historia en que, por lo general, fonetismo y escritura forman dos registros independientes, surgiendo la *lengua* en el cruce de ambos. De tal manera que el conocimiento del lenguaje en China es un conocimiento de la escritura:

casi no hay una lingüística china en cuanto que reflexión acerca del habla; existen teorías sobre los emblemas gráficos y clasificaciones de esos emblemas.

El sistema fónico chino tiene una complejidad muy peculiar. En el chino actual, cada sílaba puede ser pronunciada con cuatro tonos (ocho tonos en la lengua arcaica) que modifican su valor. La lengua es monosilábica y, en ella, abundan los homófonos: por ejemplo, *shi* pronunciado con el segundo tono puede significar *diez, tiempo, alimento, eclipse, quitar, piedra*, etc. Además es aisladora, es decir no aglutinadora. Volvemos a encontrar la polivalencia fonética en el nivel morfológico y sintáctico: la palabra china puede ser empleada como nombre, verbo, adjetivo, sin que cambie su forma. Sólo el contexto —la función de la palabra en el conjunto del discurso— atribuye un valor concreto en la ocurrencia concreta de la palabra en cuestión. Demiéville observa efectivamente esta particularidad de la lengua china:

«En chino, las partes del discurso no existen desde el punto de vista semántico: la palabra china no señala siempre y de modo imprescindible una cosa, un proceso o una cualidad. Tampoco existen, con algunas reservas, desde el punto de vista morfológico. Existen sólo desde el punto de vista funcional. Si podemos decir que, en tal o cual contexto sintáctico, se emplea tal o cual palabra china como sustantivo aquí, como verbo o adjetivo allí, entonces y sólo en este sentido funcionará como sujeto, atributo o régimen, como predicado o como determinante. Esto parece muy sencillo pero, en la realidad, nos cuesta lo indecible abstraemos del punto de vista semántico. El que una sola y misma palabra pueda significar bajo una sola y misma forma, aquí un estado del ser o una modalidad del devenir, allá una cualidad, una circunstancia y lo demás, se choca con nuestras atávicas convicciones heredadas de Aristóteles y de los retores grecolatinos a lo largo de los siglos de la escolástica y que, es un decir, nos tienen cogidos por el estómago. Para nosotros, hay en ello algo de escándalo, algo que subleva; por todo lo cual, una vez despojados de prejuicios, vemos las partes del discurso entrando constantemente por alguna que otra puerta camuflada, trátase de los autores occidentales, incluidos los más recientes, o de los especialistas chinos contemporáneos, ya que estos últimos han iniciado el estudio gramatical de su idioma por un impulso que partió de Occidente, y quizás tengan más dificultades que nosotros para liberarse, en su estudio, del carcaj de las categorías europeas. Pocos han sido los

científicos que mostraron la suficiente firmeza en su juicio para sostener en todo momento que las partes del discurso, como no cesara de hacerlo Henri Maspero, son en chino un espejismo del que tenemos que deshacernos de una vez por todas. La polivalencia gramatical de las palabras es un hecho absoluto en chino».

Esta descripción de la lengua china implica varias consecuencias tanto en lo que se refiere a la relación lengua-sentido-real como en la organización interna (morfológica, semántica, sintáctica) del idioma.

En chino, las relaciones que se suelen establecer entre referente-significante-significado se hallan modificadas. Como si los tres términos, sin jerarquizarse, se confundieran; sentido-sonido-cosa fusionados en un trazo –en un ideograma– se disponen como los actores funcionales de un teatro espacial. Pues, como lo escribe Granel (*La Pensée chinoise*, 1934), la palabra china «es algo realmente distinto de un signo que sirve para anotar un concepto. No corresponde a una noción de la que se desea fijar, de un modo tan definido como sea posible, el grado de abstracción y de generalidad. Evoca un complejo indefinido de imágenes, haciendo aparecer la más activa en primer lugar». Como no es un signo, la palabra china sería más bien, para Granel, un *emblema* al que solamente se le da vida gracias a unos artificios gramaticales o sintácticos.

Siendo a un tiempo el *representamen* de la *cosa*, no la pierde sino que la transpone en un plano en el que se ordena junto a otras dentro de un sistema regulado: resulta entonces que «lengua» y «real» son una sola y misma cosa. Guillaume, en su terminología psico-sistemática, indicaba este hecho según sigue: «Todo lo particular que se introduce en la palabra china está sometido, una vez aprehendido, a una tensión singularizadora cuyo efecto es un *acercamiento creciente a la palabra que pronunciamos y la cosa que evoca*. Cuando el efecto de acercamiento es casi óptimo, la palabra no está lejos de ser satisfactoria para la ecuación: palabra-cosa... Entonces la palabra se ha convertido en la cosa misma en la mente del locutor, por una subjetiva aunque irresistible impresión de identidad, llevándose consigo toda la realidad y toda la conciencia».

Esta soldadura del *concepto*, del *sonido* y de la *cosa* en la lengua china, por la que la lengua y lo real construyen un conjunto sin encararse cual el objeto (el mundo, lo real) y su espejo (el sujeto, la lengua), se materializa mediante y en la escritura china: escritura ideográfica, con más de tres mil años de antigüedad, la única que ha evolucionado hacia el alfabetismo (como ocurriera con la escritura egipcia o con la

escritura cuneiforme). La especificidad de esta escritura, que impide la abstracción de la idea y del sonido fuera del trazado real que, primero, los unifica y, luego, distribuye sus marcas siguiendo un cálculo lógico, viene definida por Meillet de la siguiente manera: «los signos son fonéticos [?] en cuanto que cada uno representa no a la idea en sí sino a la idea en tanto que es expresada por un conjunto fónico [rectificamos: gráfico] definido. Son ideográficos en cuanto que lo que se expresa, no es el sonido considerado como tal, sino la palabra, es decir, la asociación de un sentido y de un sonido. Los signos son –en parte, al menos– antiguas representaciones o antiguos símbolos que no tienen, sin embargo, para la mayoría, vínculo reconocible alguno con las ideas indicadas por las palabras que representan.»

¿Cómo llegó la escritura china al estado descrito por Meillet que actualmente se le conoce?

La más antigua escritura china es generalmente *pictográfica*: representa de manera esquemática, estilizada y convencional unos objetos concretos: plantas, animales, movimientos del cuerpo, instrumentos, etc. En una etapa posterior, posiblemente se añadiera a estos pictogramas unos *símbolos indirectos* (en la terminología de Halún) o *indicativos* (en la terminología de Karlgren), formados por substitución: la palabra *fu*, «lleno», se deriva del antiguo ideograma de «jarra». En tercer lugar, unas combinaciones de dos o varios pictogramas originaron unos signos complejos llamados *complejos lógicos* o *complejos asociativos*: así, *nao*, verbo «amar» y adjetivo «bueno» es una combinación de los signos «mujer» y «niño» o «hembra» y «macho». Los sonidos que corresponden a ambos componentes desaparecen para dejar su sitio a un tercer sonido, el del término escrito yuxtaponiendo los dos ideogramas componentes¹⁸. Por último, una cuarta categoría de ideogramas llamadas *símbolos mutuamente interpretativos*: Joseph Needham explica que *kao* 考 «examen», procede de *lao* 老 «viejo» que examina al joven; pero en el origen ambos caracteres expresaban exactamente la misma cosa, «primogénito», y después, bifurcaron especializando su significación y su sonoridad.

Dos mil ideogramas, pertenecientes a las categorías que hemos mencionado, se utilizan actualmente en la escritura moderna. Pero desde el segundo milenio, debido a la homofonía del chino, se adoptaron varios signos para indicar el mismo sonido que indicaban

¹⁸ Seguimos aquí la descripción de J. Needham, *Science and Civilization*, Cambridge, 1965, vol., I.

mediante su destino de origen aunque con una significación diferente.

Así, la tercera persona del pronombre personal *chi* 其 significa en su origen «cesta» y se escribió 𠄎. Se designa a este tipo de caracteres con el nombre de *caracteres adoptados*.

Una última categoría de caracteres, la constituye los *determinativos-fonético*: en tanto que radicales se agregan a un elemento fonético para indicar la categoría semántica a la cual pertenece: Así *t'ong* 同 «con, juntos» es siempre un elemento fónico que se combina con varios radicales mudos los cuales funcionan como unos determinativos semánticos:

jin 金 «metal» + 同 *t'ong* = *t'ong*. «cobre», «bronce».

xin 心 «corazón» + 同 *t'ong* = *t'ong*. «consternado», «insatisfecho». Etc.

Otros determinativos no se pronuncian y funcionan únicamente como radicales determinativos semánticos. Así, *shui* 水 «agua» combinándose con palabras pronunciables señala que tienen un sema en común con el agua:

sui 水 «agua» + *mo* 天 «rama» = *mo* 沫 «espuma»

sui 水 «agua» + *lan* 蘭 «fin» = *lan* 濤 «olas»

sui 水 «agua» + *mei* 海 «cada» = *mei* 海 «el mar»

Etcétera.

Compuestos de este modo, los caracteres chinos dejan constancia de una reflexión semántica-lógica que se objetiva en la constitución misma de los caracteres: las marcas se adjuntan unas a otras y producen los sentidos según los modos de su combinación, sin tratar de transcribir la pronunciación que adquiere, por consiguiente, una perfecta autonomía. Leibniz comparó el funcionamiento de la escritura china –escritura que es un auténtico análisis lógico de las unidades significativas– con el de un sistema algebraico: «Si hubiera [en la escritura china] un determinado número de caracteres básicos cuyas

combinaciones formasen a todos los demás», esa escritura o sistematización lingüística «tendría unas cuantas analogías en el análisis de los pensamientos». Needham compara el funcionamiento combinatorio de los caracteres chinos con la combinatoria de las moléculas compuestas mediante la permutación y la combinación de doscientos catorce átomos. Es posible, en efecto, reducir todos los elementos fonéticos a unos radicales o, mejor aún, a unas marcas de semas cuya aplicación produce la molécula-semantema (la palabra). Hay como mucho siete «átomos» para una «molécula» y, como mucho, un «átomo» se puede repetir tres veces —igual que para la estructura de un cristal— dentro de un mismo semantema.

Trasladada al lenguaje lingüístico moderno, esta particularidad de la escritura china quiere decir que es difícil, por no decir imposible, atribuir los elementos-caracteres de la lengua escrita china a una categorías del discurso con significación fija. Cada palabra está «sintactizada»: tiene una construcción específica, por lo tanto una sintaxis propia cuyos componentes adquieren tal o cual valor, conforme a su papel sintáctico: o sea que, en el lugar de la morfología, la escritura china (que, como toda escritura, es ante todo una *ciencia del lenguaje*, sugería Meillet) coloca una *sintaxis*. En el nivel de los conjuntos mayores, como la oración, el papel del *contexto* es aún más decisivo, o dicho de otro modo, de las relaciones *sintácticas* de los elementos constitutivos, es todavía más decisivo: es el contexto sintáctico el que atribuye una significación precisa y concreta a cada semantema, su valor gramatical en tanto que nombre, verbo, adjetivo, etc. Por lo que un análisis *distribucional*, al repertoriar las ocurrencias sintácticas concretas de cada semantema, podría servir como punto de partida para una gramática china. La estructura de la lengua misma parece sugerir semejante acercamiento en la medida en que acentúa la importancia del orden sintáctico en su organización. Así, pues, se distingue unas palabras *llenas* con polivalencia gramatical y unas palabras *vacías* con distribución reducida, que aparecen en lugares fijos como «los astros fijos de un firmamento en movimiento» (Dobson). A partir de esta distinción y del análisis distribucional, se podrá establecer que la oración china se compone de «palabras» (un carácter), «palabras compuestas» (dos caracteres unidos habitualmente) y «sintagmas» (cualquier otra combinación, con ciertas palabras vacías incluso).

He aquí que la escritura establece las leyes propias de la lengua china; pero podemos encontrar una *teoría explícita* en las reflexiones

filosóficas y en las clasificaciones científicas que, los chinos han ido elaborando siglo tras siglo.

El elemento lingüístico-escritural corresponde al elemento real del que es la indicación. Se atribuye la invención de la escritura a Fu-ji, ministro del primer soberano Huang-di: Fu-ji se habría inspirado de las huellas dejadas por los pájaros en el suelo. Se supone, además, que, antes de la escritura propia dicha gráficas, hubo un sistema de mareaje sobre unas cuerdas atadas y unas piedras talladas. En cualquier caso, los inicios de la estructura participan estrechamente de los ritos mágicos: las escrituras son unos talismanes y representan el dominio del universo por el hombre. No obstante, *y es una peculiaridad de la concepción china del lenguaje escrito*, si la escritura está ligada a la magia, no se arroga por ello a una santidad, ni alcanza un valor sacro; al contrario, la escritura es el *sinónimo del poder político y gubernamental* y se confunde con la función política. La misión primordial del príncipe gobernador consiste en ordenar las cosas *designándolas* correctamente, misión que lleva a cabo por medio de la escritura.

La relación entre el objeto y el elemento gráfico se considera a menudo en las teorías chinas como una relación de designación. Confucio, por ejemplo, estima que el signo para «perro» 犬 es un perfecto dibujo animal. Vemos que no se trata ahí de un *parecido*



La analogía entre los ideogramas chinos y las representaciones figurativas viene corroborada por estos dibujos tomados del gramático Chang Yee. Según Jacques Gernet en *L'écriture et la Psychologie des peuples* (Centre international de Synthèse, Ed. Armand Colin.)

realista entre el ideograma y el objeto: el «signo» es una despojada figuración que se limita a indicar el objeto con el que está relacionado,

sin tener que reproducirlo. La relación de *indicación* y no de *parecido* entre el grafema y el referente viene claramente expresada en el término *zhi* 指 «dedo» que los lingüistas europeos traducen por «signo», «significante» o «significado», de manera imprudente en nuestra opinión. Lo encontramos en un texto *Sobre el dedo y el objeto* de Kong-Suen Long-Tseu, filósofo chino perteneciente a la escuela «sofística» que existió en los siglos IV y III antes de nuestra era.

«Cualquier objeto [*wu*] es un dedo [*zhi*, ¿significado?], pero el dedo [¿significante?] no es el dedo [¿significado?] – Si no existe en el mundo algún dedo [¿significante?], ningún objeto puede ser llamado objeto.

«Digo que el dedo no es el dedo; ¿si en el mundo no existe un objeto, acaso podemos hablar de dedo?... Además el dedo es lo que desempeña un papel común en el mundo...

«Si no existe en el mundo una relación [cosa-dedo: *wu-zhi*] ¿quién hablará de no-dedo? [¿no-signo?]. Si no existe un objeto en el mundo, ¿quién hablará de dedo [¿signo?]. Si no hay algún dedo en el mundo y si no hay relación ¿quién hablará de no-dedo? ¿Quién dirá que cualquier objeto es un dedo?»

Tal vez nos acercáramos mejor al sentido de estas reflexiones si, en lugar de «signo», «significante», «significado», tradujéramos por «designación», «de-signante», «de-signado».

En el mismo orden de idea, es decir, considerando la lengua como designación de lo real, fue posible desarrollar la hipótesis según la cual los ideogramas chinos no sólo son unas designaciones de los objetos sino que son, además, unas designaciones de designaciones, es decir, de los dibujos de *gestos*. Esta tesis ha sido defendida por Chang Cheng-Ming (*La Escritura china y el gesto humano*, 1932).

Un primer intento de pensar y sistematizar el conjunto lingüístico-escritural en tanto que objeto específico nos viene dado por los diccionarios chinos. El primero de todos, *Suowen Jiezi* de Xu Sen, consta de 514 radicales. Durante las dinastías Ming y Ching, su número se redujo primero a 214, número vigente en la actualidad. Las seis clases de caracteres que hemos mencionado inicialmente fueron definidas por los propios sabios chinos, y, en especial, por Lin-Xu y Xu Sen de la dinastía Han. Las seis escrituras (*liu su*) dieron su nombre a diccionarios tales como Lin Su Gu (1237-1275). Damos a continuación la clasificación de los caracteres que propone:

1. formas figuradas (pictogramas);

2. designaciones de situaciones (símbolos indirectos);
3. encuentros de ideas (complejos asociativos);
4. significaciones transferibles (símbolos que se interpelan mutuamente);
5. adopciones (caracteres fónicos adoptados);
6. imagen y sonido (determinativos-fonéticos).

Es preciso observar cierta evolución de los pictogramas (predominante durante los siglos XV y XIV antes de nuestra era) hacia unos determinativos-fonéticos (más desarrollados durante los siglos XIII XII y XI antes de nuestra era). Como la fonetización de los caracteres conllevó a una confusión en esa lengua monosilábica y homófona, los lingüistas chinos procedieron a un análisis de los sonidos y de los caracteres siguiendo el principio «cortar y juntar», *fan-Gie*. De este modo, la pronunciación de un carácter como *kan* se explica al estar compuesta de *k(uo) + (h)an*. El método aparece hacia 270 de nuestra era con Sun Yan, y Needham, después de Nagasawa, supone que se debe a la influencia de los sabios sánscritos. Un importante diccionario *Gie Yün* de Lu Fa-Yan, publicado en 601, aplica dicho método.

La lengua china se fue simplificando siglo tras siglo y hacia el siglo XI de nuestra era, ya no se utilizaba este tipo de diccionarios. Entonces, en 1067, Ci-Ma Quang compuso una serie de *tablas* que reorganizaban el antiguo sistema adaptándole a la nueva pronunciación. Needham considera su diccionario *Lei Piu* como el ejemplo-tipo de aquellas tabulaciones, las cuales fueron en su origen lingüísticas, históricas y filosóficas, y que son el fundamento de la geometría coordinada: o sea que, gran parte de las matemáticas chinas nacieron de este tipo de sistematización lingüística. Pertenecen a esta categoría de diccionarios-tablas Tong Zhi lüe de Zheng Gao (1150), Zhoug yan yin yün de Zhou De-qusej (1250).

El pensamiento europeo ha tenido un acceso bastante tardío al sistema lingüístico y/o escritural de los chinos, así como a su teoría y ciencia del lenguaje. Se considera como punto de partida de la sinología europea moderna el libro de Louis Lecomte *Nouveaux Mémoires sur l'état présent de la Chine* (1696). El establecimiento de los jesuitas en China en el siglo XVII fue el más importante canal de conocimiento del idioma. En aquella época, Europa se siente atraída por la escritura no alfabética y, en primer lugar, por los jeroglíficos egipcios que se conocieron antes que la escritura china. Varias obras incluso «demostraban» el origen egipcio de la escritura china: Athanasius Kircher (*China Illustrada*, 1667); John Webb, Joseph de

Guignes (*Mémoires dans lequel on prouve que les Chinois sont une colonie égyptienne*, 1760), etc. Unos años más tarde, de Pauw disipó aquella ilusión pero la verdadera sinología moderna no empezó hasta el siglo XIX, con la enseñanza de J. P. Abel Rémusat en el Collège de France en 1815.

5. La lingüística india

En la India, la organización del lenguaje, y la reflexión que conlleva, tomó una dirección totalmente distinta a las de las civilizaciones que hemos mencionado hasta el momento, y tal vez constituya el más antiguo fundamento de la abstracción lingüística moderna.

En primer lugar, si, en otras culturas, la escritura era indisociable de la lengua hasta tal punto que su funcionamiento mismo gozaba de una teoría propiamente lingüística de la significación, para los indios no tiene sino un papel secundario. Poco se sabe de la más remota escritura de aquellas tierras, la de Mohanjo-Daro (3000 antes de nuestra era); la escritura brahmi (300 antes de nuestra era) es silábica pero, al contrario de la escritura egipcia y, en parte, de la escritura sumeria, disuelve las sílabas marcando los fonemas que las componen.

Esta casi total ausencia de escritura en sus inicios, junto al esfuerzo de memoria que sin duda exigía y, finalmente, aquella fonetización de la escritura tardía son muy sintomáticos de que el lenguaje tiende a extraerse de lo real, mientras que otras civilizaciones apenas si los diferenciaban, y de que el funcionamiento lingüístico se ha «mentalizado» cual un funcionamiento *significante*, con un sujeto que es el lugar del sentido. Por lo que el hombre y su lenguaje se hallan conviviendo como un espejo que reflejara el exterior. Se han ido desarrollando unas teorías sumamente elaboradas acerca del sentido, del simbolismo, del sujeto, teorías en las que la ciencia moderna del lenguaje vuelve a encontrar poco a poco su punto de partida.

Una tercera peculiaridad de la concepción del lenguaje en la India consiste en que las teorías indias se construyeron a partir de la lengua de la *literatura* védica, el sánscrito, lengua llamada «perfecta», cuyos primeros testimonios remontan a más de mil años antes de nuestra era. Se dejó de hablar esta lengua en el siglo III antes de nuestra era y fue sustituida por el práctico, lo cual impuso el desciframiento de los textos poéticos (míticos o religiosos) de una lengua muerta: tal

desciframiento de una poesía que ya no se decía dio origen a la gramática de Pānini y a toda la lingüística india. Esta, desde luego, encontraba en los textos que descifraban una concepción de la palabras, del sentido y del sujeto que los Rgveda ya habían elaborado. De tal manera que la lingüística se inspiraba en unos textos que descifraba y la ciencia naciente se hacía el intérprete de una teoría que ya existía, recogida en los textos sagrados. La fonética y la gramática indias se han organizado, por lo tanto, en estrecha relación con la religión y el ritual védicos, y representan el «estrato» lingüístico de dicha religión.

El habla (*vac*) ocupa efectivamente un lugar privilegiado en los himnos védicos que atestiguan (X, 71) que, bajo la égida de Brhaspati, el «dueño de la palabra sagrada», se les «impartió unos nombres a las cosas». Los Sabios impusieron la palabra en el pensamiento «como se clarifica las mieses a través de la criba». La obtención y el uso de la palabra son un *sacramento* (*samskrta*) y/o un acto relacionado con el acto sexual: a algunos la palabra «abrió su cuerpo cual a su marido una mujer con ricos atuendos».

Aun así, los textos védicos proceden ya a una sistematización «científica» del habla. El himno I, 164 del Rgveda (v. 45) dice que el discurso «mide cuatro partes» de las que «tres se mantienen secretas, ni se las pone en movimiento», conociéndose únicamente la cuarta que es la lengua de los hombres. Louis Renou (*Eludes védiques et paniniennes*) comentando este párrafo, piensa junto a Geldner y Strauss que se trata de la «parte transcendente del lenguaje, lo que se llamara posteriormente el *brahmán* y del que se dice que, como ocurre con la *vac*, «el hombre no está en estado de reconocer más que una mínima parte». Tenemos aquí un primer desdoblamiento del proceso lingüístico (significante), en busca de una aprehensión del acto de la significación, y que el racionalismo occidental moderno trata de recobrar emprendiendo para ello unos caminos muy diversos: el «inconsciente» (en psicoanálisis), la «estructura profunda» (en gramática transformacional). En la India, el *brahmán*, «palabra sagrada, término mágico» se desdoblaba en: 1) palabra material (*sábdā brahmán*), cuyo *átman* es una manifestación; y 2) palabra transcendente (*parabrahman*). Esta oposición se repercute en las teorías de los filósofos del lenguaje y produce la distinción *dhvani/sphota* sobre la que volveremos más adelante. Queremos hacer especial hincapié en que la reflexión lingüística depende directamente de la concepción religiosa, reflejada en los textos sagrados a los que ella misma pertenecía

incluso, en un principio al menos. Los textos sagrados se preocupan en gran parte por el lenguaje y la significación, ligándolos íntimamente al ciclo de la sexualidad y de la reproducción para construir, de este modo, una concepción del hombre en tanto que proceso infinito de diferenciación cósmica. Dentro de ese universo sistematizado en que cada elemento obtiene un valor simbólico, el lenguaje –simbolismo primero– ocupa el lugar honorífico. Llamamos a su ciencia, la gramática, «ciencia suprema-purificadora de todas las ciencias», «la vía soberana exenta de desvíos» que «trata de realizar al objeto supremo del hombre».

Entre las gramáticas más conocidas, hemos de citar la famosa gramática de Pānini que remonta, parece ser, a unos cuatro siglos antes de nuestra era. Es una obra de ocho tomos, unos libros (*astadhyāhyi*) constituidos por cuatro mil *sūtra* o máximas. El texto, relativamente reciente, recopila el amago de las teorías lingüísticas anteriores, transmitidas por vía oral. La gramática, traducida en Europa por Böhtlingk (1815-1840) y cuya edición francesa fue efectuada por Renou, sorprende por la precisión de las formulaciones que se refieren tanto a la organización *fónica* como a la *morfología* de la lengua *sánscrita*.

En primer lugar, observemos, junto a Renou, la estrecha relación entre la *gramática* y el *ritual* en *sánscrito*. Si bien los casos gramaticales no llevan designaciones especiales, están marcados con unos índices numéricos, *prathamā*. Este tipo de indicaciones procedería de un ritual en el que varias nociones (días, ritos, modos musicales, etc.) eran evocados por medio de ordinales. Ahora bien, las funciones de los casos respecto al proceso verbal, los *karaka* (es decir, todo lo que hace que se efectúe la acción verbal) vienen indicados con nombres de aspecto fuertemente individualizado entre los cuales predomina un grupo de derivados de la raíz *kr...*, *karman* = «acción, rito». Se pueden dar varios ejemplos más para respaldar esta tesis de la dependencia directa de la gramática con respecto al ritual, y del origen ritual de la lingüística india, difícilmente aislable de todo un conjunto religioso.

En su incesable relación con la recitación litúrgica de los textos sagrados, la gramática india presenta una teoría compleja de la *materia fónica* de la lengua: de los sonidos, de su articulación, su vínculo con la significación. La terminología para ese nivel señala que el sonido está concebido como una materia que asegura la realidad de la vibración que constituye el sentido de la palabra. Así, *aksara*, «sílabas», viene del texto religioso *naksarati*, «lo que no se acaba», o más bien «base

imperecedera del discurso». El fonema, *varna*, tenía al principio el sentido de «coloración»... Los elementos fónicos fueron clasificados según el modo y el punto de articulación de las consonantes seguidas de las vocales y de los diptongos, para llegar a formar cinco series de correlaciones llamadas *vargas*. Sutil teoría de la articulación, ligada a una significación religiosa y a una compleja teoría del cuerpo humano, que distinguía los diferentes movimientos de los labios (abertura, cerrazón), de la lengua contra los dientes (constricción), de la glotis, de los pulmones, de la resonancia nasal, etc., en tanto que productores de fonemas, ya cargados (por su producción corporal) de un sentido muy definido.

La teoría del sphota, elaborada a partir de semejantes bases, se halla, en primer lugar, en Patañjali quien vivió a principios de la era cristiana y escribió unos comentarios sobre los *sūtra* de Pānini, así como sobre los *vārtika* de Kātyāyana. La teoría, extremadamente sutil e inhabitual para nuestros modos de pensar, crea problemas a los científicos contemporáneos. Algunos filósofos y gramáticos consideran que el término sphota designa un prototipo de la palabra que la palabra misma contiene de manera intrínseca. Para otros, se trata de la sonoridad de la palabra en su totalidad y como portadora de sentido, independiente de la combinación de las letras: el sphota no sería exactamente los sonidos de una palabra en función del orden de sus letras sino los sonidos o algo con los que se corresponde, refundición en un todo indivisible. Así, pues, durante la pronunciación, los sonidos salen uno tras otro pero el sphota no aparece hasta el final de la articulación de todos los sonidos de la palabra, en el momento en que los sonidos de la totalidad morfológica han sido emitidos con el sentido inherente a aquél. Desde un punto de vista etimológico, sphota significa «estallido, reventazón» y, por consiguiente, aquello en que estalla el sentido, se expande, germina, se genera.

Pānini hacía una distinción entre los sonidos del discurso, *dhvani*, los del sphota que concebía más bien como una *matriz* de letras con vocales largas y breves. Para Patañjali, el sphota parece ser básicamente una estructura, serie de consonantes y de vocales breves y largas, o como se suele decir hoy en día y tal como lo interpreta J. Brough, «una sucesión de unidades fonemáticas» (se puede presentar el sphota, además, por una sola letra).

En Bhartrhari, lingüista posterior a Pānini y a Patañjali, y cuyos trabajos, productos de una reflexión acerca de la escuela paniniana, se sitúan hacia el siglo V, la teoría del sphota se desarrolla y cambia

sensiblemente. Hemos podido constatar que, en Bhartrhari, el sphota se convierte en «el fundamento ontológico del lenguaje». En efecto, ya no se pronuncia el sphota; es fuente de la pronunciación y del sonido de la palabra; su sobredeterminante conceptual o significante, pudiéramos decir, si toda la teoría no estuviese inmersa en la realidad y si no insistiese tanto sobre la materialidad real de la que participa la praxis lingüística a la vez que la manifiesta. Sin ser un substancialista –no plantea el problema, a saber si el sphota es una substancia sonora o no– Bhartrhari sumerge su teoría en una reflexión acerca de lo real en movimiento, en la que el sphota se convierte en la *unidad mínima* de un universo infinitamente dividible y, por ende, transformable. Citemos un largo pasaje que da fe de este realismo transformador:

«Los sonidos producen una disposición solamente en el oído o solamente en la palabra, o en ambos: tales son las tres tesis entre las cuales los partidarios de la manifestación se hallan divididos. La concentración mental, un colirio, etc. [producen] una disposición sólo en el órgano sensorial; mientras que para percibir un aroma, es una disposición en el objeto [lo que se requiere]. Si la vista opera por el contacto, se considera que la luz produce una disposición en el objeto y en el órgano al mismo tiempo; el proceso es el mismo para el sonido. Consideramos [aquí] que el sonido y el sphota son percibidos de manera conjunta; otros piensan que el sonido no es perceptible, mientras que los demás lo suponen [dotado de una existencia] independiente.»

El desdoblamiento sonido /significación (sonido/palabra) y la estrecha dependencia de ambos en un mismo *proceso, acto, movimiento*, para los que el sphota se constituye como el germen o el átomo, un átomo de la actuación tanto fónica como significativa, vienen expresados como sigue:

«Cuando se saca a la luz una palabra por medio de sonidos, su forma propia está determinada gracias a unas ideas [parciales] indescriptibles que concurren en su aprehensión. Cuando la idea, cuyo *germen ha sido producido por las resonancias*, llega a la madurez con el último sonido, la palabra está determinada. La incapacidad del interlocutor de hacer creer que los *elementos verbales intermediarios que no existen, sí existen en la realidad*. En el fondo no son más que unos medios de aprehensión. La apariencia de una diferenciación afecta de manera constante el conocimiento de la palabra. Ésta está íntimamente ligada al orden de sucesión y el conocimiento se apoya sobre el objeto por conocer. Así como la aprehensión de los primeros números es un

medio de conocimiento de los demás números [superiores] aunque sean diferentes de aquellos, igualmente la audición de elementos verbales [a los que se quiere conocer es un medio para el conocimiento de estos últimos]. Aquellos [elementos verbales] diferentes que son, cada uno, reveladores de las letras, palabras y oraciones, siendo a un tiempo distintos los unos de los otros, mezclan, por decirlo así, sus poderes. Así como, en las primeras percepciones que tenemos de un objeto visto de lejos y en la oscuridad, lo alteramos y determinamos como diferente [de lo que es], del mismo modo, cuando una oración se revela, las causas de su manifestación dan, en primer lugar, a la idea la forma de una visión en partes. Así como hay un orden fijo de sucesiones en la transformación de la leche y de un germen, igualmente hay *un orden de sucesión fijo* en las ideas de los oyentes. Aunque fuesen las propias ideas las que tuviesen partes, la división de su forma *procedería del orden de sucesión de los sonidos*: pero ellas están más bien sin partes, y *la ficción de una división en partes* es un medio [de conocimiento].»

De esta reflexión del gramático indio se pueden sacar algunos puntos importantes:

1. Para él, el sonido («el significante») no es una mera exterioridad del sentido («significado») sino el producto en *germen*. La lingüística moderna apenas está empezando a meditar sobre el papel significativo en la constitución del sentido.

2. La significación es un *proceso*.

3. Por consiguiente, la morfología («elementos verbales intermediarios» dice Bhartrhari) no existe, pues «la división en partes (del discurso)» es una falsa apariencia.

4. La significación es una sintaxis ordenada, «un orden de sucesión fijo».

Queremos, en primer lugar, hacer hincapié sobre la preocupación *analítica* de división y de sistematización del acto del habla, si bien es cierto que viene acompañada con una tendencia teórica de *síntesis*: el lingüista trata de encontrar el soporte conceptual correspondiente tanto al proceder analítico que descompone el sistema de la lengua como al principio teórico que ve en esa lengua un *proceso*, del orden del proceso real del universo. Los *dhvani* son los elementos sucesivos de la cadena sonora: se suceden según un orden estricto para manifestar el *sphota* que no es de la misma naturaleza que los *dhvani*. Si los *dhvani* son del orden de las «partes», el *sphota* es aquello para lo cual la repartición permite el conocimiento, o sea, la *acción*.

«Aquella energía que tiene como nombre el habla, tiene por decirlo así la naturaleza de un huevo (indiferenciada primero y que luego genera un pavo real con diversos colores). Su desarrollo se efectúa sucesivamente, parte por parte, a la manera de una acción [de un movimiento].»

Tal acción significativa es, para Bhartrhari, divisible de manera infinita: sus elementos mínimos no son unos fonemas. La lingüística india va más lejos que nuestra fonología europea (aún teniendo en cuenta nuestra noción de «merisma», rasgo distintivo de los fonemas) y declara que nunca podríamos llegar al final de la división de la cadena sonora en elementos cada vez más pequeños y en la que los últimos serían tan ínfimos que se les podría denominar «indescriptibles», *anupākhyeya*. La atomización de la materia lingüística efectivamente no tiene fin: «Si sólo hay palabras en una oración y sólo fonemas en una palabra, entonces si seguimos modernizando las teorías indias, podemos decir que la concepción (criticada por Bhartrhari) de Sabara es una teoría «estructuralista»: «La acción no es nada, el lenguaje expresa sólo cosas que se relacionan entre sí. Mientras que la concepción de Bhartrhari es una concepción «transformacional» (véase apartado 16) analítico-sintética. Ésta se apoya una vez más sobre la distinción que hemos señalado al principio entre: 1) un funcionamiento presentido en que los elementos se adjuntan de manera no sucesiva y generan un proceso que desembocará sobre 2) un habla ordenada, sucesiva, lineal, comunicada y que tiene sentido si está sola. «El sentido viene establecido por los interlocutores cuando los factores de manifestación han sido manifestados. La palabra no manifestada es *conocida* de modo sucesivo y silencioso; el pensamiento, sin embargo, permanece en la palabra no sucesiva, como si se extendiese en ella...» concluye Bhartrhari.

Por último, en su teoría de la significación, la lingüística india se aproxima a lo que solemos llamar hoy una *teoría de la enunciación*. Como elementos imprescindibles para la generación del sentido propone la función del sujeto parlante, de su destinatario, de la situación locutoria, la posición espaciotemporal del sujeto, etc.: «Se distingue el sentido de las palabras en función del contexto verbal, del contexto de situación, la finalidad perseguida, la conveniencia, según el espacio y el tiempo, y no a partir de la única forma de las palabras» observa Bhartrhari. Vemos que la gramática india, lejos de ser una mera sistematización de un objeto cerrado, «en sí», la lengua, sobrepasa sus límites sobradamente, y la concibe en una relación del

sujeto y de su exterior, susceptible de explicitar la significación. «Dado que un sentido [un objeto de palabra] tiene todos los poderes [es decir, todas las funciones posibles en una oración] está determinado tal como *el locutor quiera expresarlo [vivaksita]* y con tal función que quiera darle. En ocasiones se expresa una relación entre sentidos muy distantes; en ocasiones lo que está en contacto se conoce como no en contacto. Hay separación de sentidos conjuntos y conjunción de sentidos separados. Hay unidad de lo que es múltiple y multiplicidad de lo que es lo contrario. El que un sentido pueda ser todo o no ser nada, hace que la palabra esté determinada como único fundamento [de la intención del que habla] porque sus poderes están completamente fijados.»

Tan sólo hemos esbozado algunos aspectos de esta ciencia compleja de la significación que se elaboró en la India y en la que el problema del lenguaje toma un punto clave, un lugar de bisagra. Indiquemos de paso que la *lógica india*, en unos estudios de considerable importancia, ataca igualmente las reglas de construcción lingüística, para llegar a unas conclusiones, hoy elucidadas por J. F. Stall, que son distintas de las de la *lógica aristotélica*.

6. El alfabeto fenicio

Fieles a una actitud evolucionista y centroeuropeísta, algunos lingüistas consideran que la escritura alfabética que casi todos los países del mundo utilizan hoy en día, exceptuando los países del Extremo Oriente, es el resultado del «desarrollo intelectual» o de una imprescindible evolución que no pudieron alcanzar los no alfabéticos. Tal concepción, al tomar como punto de partida la conciencia lingüística que heredamos de los griegos, es la consecuencia de un acercamiento bastante tardío del lenguaje, planteada de manera normativa, lo que la hace excluyente de cualquier otra aprehensión del funcionamiento significativo. Nos parece más riguroso, por no hablar de una «evolución» de la escritura y/o de la concepción del lenguaje, plantear un principio de *diferencia* entre los tipos de concepciones del lenguaje, marcadas en los tipos de escritura así como en las teorías explícitas de por sí.

Es obvio, en efecto, que una escritura ideográfica traduce una concepción del lenguaje para y en la cual la cosa, la noción y el vocablo son un conjunto soldado por la marca del «carácter». Pero en este

sistema, el fonema constituye un registro aparte, dejando a los grafemas la libertad de reconstruir una sistematización lógico-semántica en la que se refleja toda una cosmogonía. Como si, a través de aquella lengua-escritura, se instalase una comunión entre lo exterior y la distancia del lenguaje, un *sacer* –un sacramento del “hombre/escritura y de lo real/cosmos. Diríase que las escrituras ideográficas y jeroglíficas practican el lenguaje sin *entenderlo*: sin entender su autonomía ideal y fonética en los fonemas mismos debería haber una división en parte de fonemas de la misma forma que [tenemos una división] en átomos. Y como las partes no están en contacto [unas con otras], no podría haber ni fonemas ni palabras. Si éstas son inexpresables [no existentes: *avyapadesva*] ¿a qué otra cosa podemos referirnos?» Para poner remedio precisamente al «desvanecimiento metafísico» (diríamos hoy) de la realidad y sobre todo de la realidad lingüística, que tal división produciría a lo infinito del conjunto lingüístico (oración, palabra, sonido), Bhartrhari saca el *sphota* que es otra cosa que la discontinuidad aunque ésta haya revelado aquél. Para nuestro gramático, el *sphota* es lo que da una coexistencia a los átomos discursivos, asegura su unidad dentro de la palabra y de la oración. En el lenguaje, *sphota* es la unidad –tanto sonora como significante– de lo infinitamente diferenciado. Se advertirá la dialéctica que se da mediante y en este término que se convierte a su vez en el pivote por medio del cual el lenguaje, concebido ya como movimiento, se reúne con lo real en tanto que mutación. Es decir, que con el *sphota* el lenguaje se convierte no sólo en un proceso, sino también en un acto, un movimiento y que el significante se mete debajo del significado para formar en acción el sentido; y que, además, esta actuación se da cual el reflejo de la actuación del mundo real: la significación, negándose a aislarse, sigue a distancia lo real continuo-discontinuo y en constante mutación.

La teoría del *sphota* halla su equivalente en la teoría de la *oración*. Anteriormente a Bhartrhari, la gramática india proponía una clasificación de las partes del discurso, distinguiendo entre *nombre* y *verbo*. Siguen habiendo varias discusiones entre gramáticos y filósofos acerca de la pertinencia de tal distinción; dos puntos de vista son destacables: el punto de vista morfológico que aboga por la distinción y el punto de vista teórico o más bien sintáctico que aboga, en principio, por la no-distinción de dichas categorías cuya diferencia no aparecerá más que según su *función* dentro del enunciado. Por su parte, y con un enfoque morfológico siempre, Patañjali distinguía

cuatro categorías de palabras: «Para las palabras, el modo de aplicación —*pravṛtti*— es cuádruple: están las palabras que [se aplican] a una clase —*jātisabda*; las que [se aplican] a una cualidad — *gunāsabda*; las que [se aplican] a una acción —*kiryāsabda*; y en cuarto lugar, las que [se aplican] al azar — *yadr̥cchāsabda*.»

Bhartrhari abandona el punto de vista morfológico y esboza una teoría de la oración que, siendo un proceso, es la única realidad completa del sentido. Las palabras no significan fuera de la sintaxis oracional. O sea, la sintaxis no es una mera transposición de la morfología, pues los «términos» no existen antes y sin las «relaciones» en el conjunto enunciado; la sintaxis es lo que da realidad al sentido. La teoría de Bhartrhari se caracteriza por su acercamiento sintético y se extiende, más allá del *sphota*, a las grandes unidades del discurso. Por lo tanto se opone a la distinción nombre/verbo: cada oración es para él nombre y verbo al mismo tiempo, aunque no se manifiesten ambas categorías. «Puesto que el objeto está expresado en tanto que asociado al hecho de ser o en tanto que residiendo en el no-ser, la oración es lo que se emplea. No se conoce ningún objeto si no está asociado a una acción; por ello, que sea real o no, no se le hallará [sin esto] en la comunicación por medio del habla. No se toma en consideración una expresión que comporte sólo una cosa real [*sat*] sin que se la relacione con la expresión de una acción: “existió, existe o no existe”. Si se ha de expresar mediante un verbo un sentido que se apoya sobre unos medios de realización, no cesará la necesidad de complemento [del verbo] mientras no se haya expresado las cosas [que son los medios de realización]. La acción, al ser el aspecto principal del sentido, es lo que se distingue en primer lugar. Se utilizan los complementos para lo que hay que realizar; en cuanto al resultado, es lo que incita a la acción.»

Siguiendo este razonamiento, en que difícilmente se reconoce lo que se refiere al lenguaje y lo que es filosófico de manera general, se entiende que la *acción* de la que se habla es el otro nombre de *significación*, el término denota el sentido como proceso, el acto de lenguaje es como un generador del sentido. Vemos aquí dibujarse una concepción de la significación que no encuentra sus funciones en las palabras aisladas (nombres, verbos, etc.), es decir, en las *partes* (para Bhartrhari «la división es una ficción») sino en el proceso de la generación del enunciado que se construye como un verdadero «árbol transformacional» (modernizamos muy poco) y no como un todo dividido en partes. Si cierto modo separada de lo que designa. ¿Trátase acaso de una «lengua» que practica en el sentido corriente del

término?, ¿o de una ordenación del cosmos para el que, lo que nosotros llamamos «lengua», aislándola del sincretismo fundamental, no es más que un actor del «sacramento»?

Por el contrario, cualquier otra praxis de la lengua disocia la cadena hablada de lo que marca, concibiéndola como aliviada de su opacidad semántica y cósmico-clasificatoria, y la *entiende* en tanto que objeto en sí para analizar los elementos de dicho objeto –los fonemas– que, de por sí, no se aplican a ningún objeto o fenómeno real. De este modo se desemboca sobre el aislamiento del *fonema* que estará marcado por un signo apropiado y constante: la *letra* ya no designará un sentido o un objeto, ni siquiera tendrá la función recordatoria del proceso significante que el *sphota* indio indicaba, sino que será un elemento de la cadena sonora sin más.

¿Cómo explicar aquellas diferencias en la concepción del funcionamiento significante que se objetivan mediante las diferencias entre la letra y el ideograma? La escritura egipcia que, ya lo vimos, esbozó una evolución que la acercaba a un análisis-marcaje de la substancia fónica de la lengua, casi independiente del referente y del significado, no produjo, sin embargo, un alfabetismo. La escritura china se queda todavía más lejos de tal procedimiento. Ha sido en el mundo sirio-palestino y, en particular, entre los fenicios, donde se produjo una notación puramente fonética de las lenguas a partir de un número limitado de signos, silábicos sin duda, que dieron más tarde el modelo del alfabeto que marcaba cada fonema. Podemos suponer, junto a Cohen, que tal fonetización de la escritura que desembocó sobre un alfabeto «pudo corresponder igualmente a un estado social que permitió tanto cierta autonomía de los individuos» como un debilitamiento de los Estados centralizados así como una emancipación del individuo «respecto a los sacerdotes y a los reyes» y que condujo a la formación de una conciencia individual. Semejante explicación socio-histórica que relaciona la emancipación del individuo con la emancipación del significante y, por consiguiente, el átomo-sujeto con el átomo-letra, la formula a su vez Needham. Sin llegar a afirmar que se trate de una relación de causa a efecto, podemos observar que, efectivamente, el tipo de escritura ideogramática viene acompañada a menudo de un modo de producción llamado «asiático» (grandes colectividades productoras e interdependientes, directamente administradas por un organismo central, sin unidades aisladas ciudadanas y «democráticas» en el sentido griego del término); en el plano del pensamiento científico,

esas sociedades desarrollan una lógica dialéctica correlativa, antisustancial (igual que la lógica de la ciencia china). Por el contrario, el alfabetismo griego tiene como correlato, en el plano sociológico, unas unidades de producción aisladas y cerradas sobre sí mismas, un desarrollo de la conciencia individual en la ideología, una lógica de no-contradicción en la ciencia (la lógica aristotélica).

Por lo general se considera a la escritura fenicia como el antepasado del alfabetismo moderno. En esa escritura, se distingue un *alfabeto fenicio arcaico* y una escritura fenicia sensiblemente distinta de la primera. Los más antiguos documentos que atestigüen el alfabeto fonético arcaico remontan a los siglos XII-XI antes de nuestra era y fueron hallados en las inscripciones de la ciudad Byblos la cual fue una encrucijada de poblaciones y un puente entre Siria y Egipto. Sin poder concretar con exactitud la fecha de aparición de tal escritura, podemos constatar que no es ideogramática y que no posee caracteres determinativos. Marca la cadena sonora que descompone en elementos mínimos. Toda la cuestión sobre la que los científicos discrepan estriba en saber si dichos elementos mínimos son unas *sílabas* o bien unos *sonidos*, es decir unas *consonantes* que sugieran más o menos la vocal anterior de modo aproximativo. Según Meillet, Pedersen, e incluso Weil, la escritura fenicia es *silábica*: se limita «a anotar la sílaba, es decir una realidad siempre pronunciable y fácil de aislar», si bien «no anotó de la sílaba más que la consonante, elemento esencial para indicar el sentido, dejando suplir la vocal por el lector» (Meillet)

Février va más lejos al afirmar que la escritura fenicia no separa sólo las sílabas sino que aísla las *consonantes* y, de este modo, se constituye como un «verdadero alfabeto consonántico». Février, sin embargo, apunta que el alfabeto fenicio «no es lo que solemos llamar un alfabeto, es decir una escritura que analiza cada palabra en sus elementos fonéticos constitutivos, consonantes y vocales, otorgando un signo especial a cada uno de los elementos, tanto a las vocales como a las consonantes». En efecto, el alfabeto fenicio sólo desprende el «esqueleto consonántico de la palabra» y no llegó a ser nunca un alfabetismo pleno, alfabeto que los griegos, parece ser, emplearon de modo repentino y espontáneo. Aunque reconoce que la escritura fenicia es fonética, Février observa que es «incompletamente fonética»: «Es una escritura que rechazó los ideogramas pero que, en el fondo, sigue siendo ideográfica en cierto grado puesto que anota solamente la raíz, sin tener en cuenta la vocalización que puede recibir». Tal observación se explica a la luz de las peculiaridades de las lenguas

semíticas que han conservado un alfabeto consonántico hasta nuestros días. La raíz de una palabra, en aquellas lenguas, es decir su elemento constante portador del sentido global y que no depende de la función sintáctica, está representada mediante las consonantes de dicha palabra. La raíz Q T L, portadora del sema «matar» en hebreo, puede pronunciarse QeTóL, «matar», QôTél, «matador», QâTúl, «matado», QâTaLun, «hemos matado». Se comprende, pues, cómo una escritura puede funcionar con eficacia, sin crear confusiones, marcando únicamente la raíz consonántica descompuesta en sus elementos componentes. Este tipo de escritura que marca la clave de la palabra parece estar, por otra parte, «más cerca —escribe Février— de la ideografía primitiva que el silabismo hacia el que tienden, por ejemplo, las diversas escrituras cuneiformes».

Varias ramas de escritura semítica fueron desarrolladas a partir del «alfabeto» fenicio, el cual se difundió entre los pueblos alrededores: el alfabeto paleo-hebraico, la escritura samaritana, etc. La cuenca mediterránea —Grecia, Chipre, Malta, Cerdeña, África del Norte— al haber estado colonizada por los fenicios sufrió la influencia de su escritura (uno de los resultados fue la escritura púnica de Cartago).

Un último interrogante acerca del alfabeto fenicio llama la atención de los especialistas: ¿De dónde proviene la forma de los caracteres, su nombre y su orden en la clasificación del alfabeto? Se supone que la colocación de los caracteres en alfabeto se debió a razones pedagógicas y que «fue el parecido gráfico de los caracteres lo que determinó el orden que se les designó» (Février). En cuanto a la forma de las «letras» —consonantes, evoca la imagen del objeto cuyo nombre empieza por el sonido que marca la letra. Así *alef* significa en hebreo «buey» y su forma más antigua, hallada en las inscripciones de Ahiram, parece reproducir una cabeza de buey con sus astas. La letra pudo entonces proceder de una escritura ideográfica y su denominación tal vez se debiera, según la hipótesis de Gardiner, a un método *acrofónico*: «Los semitas daban al ideograma adoptado la denominación que le correspondía en su lengua y guardaban el primer sonido de tal denominación como valor alfabético del signo a partir de ese momento».

7. Los hebreos: la Biblia y la Cábala

La antigüedad hebraica no desarrolló una teoría, y menos aún una ciencia, del lenguaje comparable a las de la India o China. No obstante, el lenguaje está sensiblemente presente en las páginas de la Biblia; se mezcla con los momentos más decisivos de la historia de Israel y, en ocasiones, parece proporcionar el trasfondo que se manifiesta a través de los acontecimientos históricos y religiosos.

La *Creación*, tal como la presenta la Biblia, viene acompañada de un acto verbal, si no se identifica a él: «Pero Dios, queriendo sacar aquella materia informe de las tinieblas en que estaba inmersa, *dijo*: “Haya luz”. Y hubo luz... Dio a la luz el *nombre* de día, y a las tinieblas el nombre de *noche*...» (Génesis, I, 3-5). *Nombrar* es un acto divino, arbitrario, aunque *necesario* («verdadero») y obligatorio para el hombre: «Una vez que Dios, nuestro Señor, hubo formado de la tierra todos los animales, y del agua todas las aves del cielo, llevólos ante Adán para que viese cómo los llamaría; y el nombre que dio Adán a cada uno de los animales es su nombre verdadero, y el que sigue llevando hoy. Adán dio, pues, el nombre que les convenía tanto a los animales domésticos como a las aves del cielo y a las fieras de la tierra...» (Génesis, II, 19-20).

El interés del pensamiento hebraico por la lengua se manifiesta también en la búsqueda de una *motivación* de los nombres: la encontramos en una supuesta *etimología*. Así: «Llamáronla *varona* porque fue tomada del hombre» (Génesis, II, 23), «...y le dio el nombre de Moisés porque, decía ella, le he sacado del agua» (Éxodo, II, 10).

La *lengua*, concebida como fondo común, unitario, unificador y creador, se distingue de *las lenguas* cuya pluralidad aparece como un castigo. El tema de una lengua *universal* y de las lenguas múltiples que la manifiestan pero que también la ocultan y corrompen su pureza, tema que determinadas tendencias de la ciencia lingüística no han cesado, hasta hoy, de laicizar, enriquecer y concretar, viene magistralmente representado por la secuencia mítica de la Torre de Babel. Después del Diluvio y antes de separarse, los hijos de Noé se proponen emprender la construcción de una ciudad y de una torre, ambicionando «llegar hasta el cielo» y «hacer que su nombre sea famoso para todos los siglos». Dios no podía permitir tal discurso que quería estar fuera del tiempo y del espacio, y que le permitía al hombre igualarse con el poder divino. «Pero, el Señor airado por este

propósito lleno de orgullo, bajó en cierto modo de lo alto del cielo, para ver la ciudad y la torre que los hijos de Adán edificaban sobre la tierra, y dijo: Ahora no son más que un único pueblo y tienen todos la *misma lengua*; y ya que han emprendido esta obra, no abandonarán su designio hasta haberlo finalizado por entero. Venid, pues, bajemos en aquel lugar y confundamos su lenguaje hasta tal punto que no se entiendan más los unos a los otros. Dios ejecutó a un tiempo lo que había pensado; *confundió su lenguaje*, y les obligó a separarse. Así fue cómo el Señor los dispersó de aquel lugar por todos los países del mundo y dejaron de construir la ciudad y la torre. Y por esa razón la ciudad se llamó Babel, es decir *confusión* porque allí fue donde se confundió el lenguaje de toda la tierra, y el Señor los dispersó por fin por todas las regiones del mundo.» (Génesis, XI, 5-11.)

Hay otro mito bíblico que se refiere esta vez a la *escritura* y que está ligado al nombre de Moisés. Para que Moisés pudiese ayudar a su pueblo, necesitaba un *poder lingüístico*: la Biblia parece considerar la posesión del lenguaje como una posesión del poder espiritual y estatal. Ahora bien, Moisés, por confesión propia, «no tuvo nunca facilidad para hablar» y la presencia de Dios sobre todo es el principal obstáculo para su habla: «justo desde que habéis empezado a hablar a vuestro siervo – dijo Moisés a Dios – se me traba más la lengua y me siento más torpe que antes» (Éxodo, IV, 10). Para ayudar a su siervo a recobrar el uso de la lengua, lo cual equivale aquí a una práctica del poder, el Señor interviene en dos ocasiones.

Primero, da a Moisés una verga milagrosa que «tenía que hacer estallar el poder de Dios» (IV, 20). Más tarde, para sellar la alianza entre los israelitas y el Señor, Moisés «escribió todos los mandamientos del Señor» (XXIV, 4). Fue, sin embargo, Dios mismo quien acabó por inscribir sus leyes. «Cuando el Señor hubo acabado de hablar a Moisés en el monte del Sinaí, le entregó las dos tablas del testimonio que eran de piedra y escritas por el dedo de Dios» (Éxodo, XXXI, 18). El texto bíblico señala que aquellas tablas «eran la obra del Señor, igual que la escritura que estaba grabada sobre dichas tablas era también de la mano de Dios, quien había escrito en ellas sus diez mandamientos, y los había escrito dos veces para mostrar su importancia, para que se sintiera mejor la necesidad de respetarlos» (Éxodo, XXXII, 16).

Estos relatos ocultan una concepción concreta del lenguaje y de la escritura. La lengua parece representar, para el pensamiento judaico, una esencia supra-real, extra-subjetiva, poderosa y activa, cuyo estatus

se iguala al de Dios. Instancia de autoridad y de inhibición para el sujeto parlante (Moisés), esa *lengua* hace difícil la praxis del *habla* para el sujeto. El habla se desarrolla sobre el fondo inasequible de la esencia lingüística divina. Existen dos medios para romper la valla y acceder al conocimiento de la lengua, a una praxis controlada, y, por ello mismo, al poder *real* (terrenal, social). El primero es el desencadenamiento de una cadena simbólica, es decir de una yuxtaposición de elementos verbales (palabras) que designan, a partir de una especie de tabú, a un único referente cuya realidad está, entonces, censurada e innombrada por lo que toma, en última instancia, el nombre de Dios. Tal pudiera ser el sentido del «milagro» de la *verga* «transformándose» en *serpiente* que a su vez, tocada en la *cola*, vuelve a ser *verga*. (Insistamos sobre la implicación sexual, fálica de esta asociación de símbolos.) El segundo medio que distancia al sujeto del habla y le hace entrever el funcionamiento de (sus) leyes internas («divinas»), lo constituye la mutación del habla por la escritura. Esta no es más que una transcripción del habla divina, o más aún, una escritura del dedo de Dios, pero en todo caso una copia, un doble de un habla que ya existía sin dicha escritura, la cual se halla desdoblada en las dos tablas y sus dos caras como para indicar su carácter de calco, de repetición, de copia. Su función es hacer que la palabra de Dios sea estable, duradera y obligatoria; la de ser su ley.

Apropiarse de la escritura equivale a *encarnar*, en el sentido estricto de la palabra, al lenguaje, es decir, dar cuerpo a la Lengua divina absorbiéndola en el cuerpo humano, introyectándola en la carne. La escritura en la Biblia se traga y se come: para que sea *ley* es preciso inscribirla en la carne, que sea asimilada por el cuerpo humano (social): «“Tú, hijo de hombre, escucha lo que te digo, no seas rebelde tú también. Abre la boca, come lo que voy a darte”. Miré, vi tenderse una mano que asía el rollo de un libro. Ese rollo fue desplegado ante mí, estaba escrito por el recto y el verso, no era más que lamentaciones, quejidos y gemidos. “Hijo de hombre, come esto, come este libro, hablarás a la raza de Israel.” Abrí la boca, me lo hizo comer. “Hijo de hombre, nútrete, sáciate con este libro.” Lo comí. En mi boca, fue dulce como la miel».

La relación entre la escritura y lo real, así como la realidad fónica y morfológica del lenguaje, no es pensada. Parece cortada y reintroducida posteriormente como una relación de dominación de lo real por la escritura. Pues la escritura es sobre todo el ejercicio de una esencia legisladora, paternal y autoritaria, concebida como un *modelo*

sobre el que se rige lo real (las *consignas* de Dios) y sobre el que se forma. Bajo el dominio de esa ley-modelo del lenguaje de Dios que suple la ausencia de lo real, es posible desplegar la serie fantasmática de los encadenamientos significantes (no reales), tales como el «milagro» de la *verga*; así como instaurar a la escritura en tanto que ley, regla, copia de Dios con su ausencia, una escritura que se vuelve entonces explicación de la ausencia divina al ser su compensación. Estamos aquí ante una concepción teológica monoteísta del lenguaje.

Varios siglos después, una corriente de la mística judía pudo vincular su experiencia al lenguaje, de una manera más profunda, así como a su inscripción: la Cábala. Se difundió principalmente por el sur de Francia y en España entre 1200 y principios del siglo XIV, y se halla expuesta con la mayor amplitud tanto en el *Zohar* como en el libro *Bahir*, el cual se presenta como una serie de sentencias sobre los versículos de la Biblia. Cruce del pensamiento cristiano y de las religiones árabe e india, la Cábala convierte las *letras* del alfabeto hebreo en un objeto privilegiado de meditación y de concentración que se abre hacia el éxtasis, liberando al sujeto y permitiéndole comunicar con Dios. Las letras no tienen significación concreta en sí mismas. Son no corpóreas, abstractas; están tomadas dentro de una lógica formal y actúan unas en función de las demás cual las notas de una música; las letras poseen, pues, un valor numérico. La ciencia de tal valor se llama *gematria*. Cada letra puede relacionarse con un miembro del cuerpo de manera que el perjuicio de una letra conlleva una deformación del miembro correspondiente. El cabalista profético se aproxima a las prácticas de los yogas indios, de sus técnicas respiratorias y de su dominio del cuerpo unidos a una pronunciación sacra de los diversos fonemas. «Son las letras las que penetraron en su mente y en su imaginación, las que la influyen con su movimiento y las que concentran su mente en diferentes temas aunque no se dé cuenta de ello», podemos leerlo en el libro del cabalista Abulafia, *Puertas de la justicia*.

En las teorías lingüísticas europeas del siglo XVI, sumamente marcadas por la teología y sus derivados, el hebreo viene a ser la lengua fascinadora, origen común y cifra universal. En Fabre d'Olivet, hallamos el apoteosis de la apología de la lengua hebrea cuya verdadera lectura permitiría, según el autor, una auténtica comprensión de la Biblia que él traduce bajo el título de *Sepner o La Cosmogonía de Moisés* (cf. *La Langue hébraïque restituée et le Véritable Sens des mots hébreux*, 1815). Considera que si el hebreo no es la lengua-

madre de la humanidad, como lo creyeron muchos de sus predecesores inspirados por el relato bíblico, al menos sus principios gramaticales pueden «conducir de la manera más segura a ese origen (del habla) y desvelar sus misterios». Oponiéndose a la tesis de William Jones, quien distinguía tres tipos fundamentales de lenguas: el tártaro, el indio y el árabe, Fabre d'Olivet propone la tricotomía chino-indio-hebreo. Y con el espíritu comparatista de su siglo, he aquí a continuación su descripción de los méritos del hebreo: «He dicho que el chino, aislado desde su nacimiento, partiendo de las más sencillas percepciones de los sentidos, había llegado de evoluciones en evoluciones a las más altas concepciones de la inteligencia; esto es todo lo contrario del hebreo: este idioma formado por una lengua que ha alcanzado su máxima perfección, enteramente compuesta de expresiones universales, inteligibles, abstractas, entregada en ese estado a un pueblo robusto, aunque ignorante, ha caído entre aquellas manos de degeneración en degeneración y de restricción en restricción hasta sus más materiales elementos; todo lo que era espíritu es ahora substancia; todo lo que era inteligible es ahora sensible; todo lo que era universal se ha vuelto particular». Tales reflexiones, en las que la pretensión científica encubre una especulación ideológica que se ha incorporado a menudo al estudio lingüístico, son típicas sobre todo en lo que respecta las lenguas de las grandes religiones.

8. La Grecia lógica

Al plantear las bases del razonamiento moderno, la filosofía griega dio también los principios fundamentales a partir de los cuales se ha podido pensar el lenguaje hasta nuestros días. En efecto, si la lingüística de estos últimos años y la teoría de la significación en general se alejan cada vez más de las nociones tradicionales que dominaran la reflexión clásica del lenguaje, se trata tan sólo de un fenómeno muy reciente y poco afianzado todavía. Los principios ideados por los griegos han ido guiando durante siglos las teorías y las sistematizaciones lingüísticas en Europa. Y aunque cada época y cada tendencia descifrarán a su manera los modelos legados por los griegos, las conceptualizaciones fundamentales del lenguaje, así como las clasificaciones básicas, han seguido siendo constantes.

Los griegos son los primeros —después de los fenicios a los que

consideraron maestros suyos— que utilizaron una escritura *alfabética*. Adoptando el alfabeto consonántico de los fenicios y acomodándolo a las características de la lengua griega (cuyos radicales no son consonánticos como en las lenguas semíticas), se vieron obligados a introducir unas marcas para las vocales. Cada letra recibió un nombre (alfa, beta, gama, etc.), y marcaba el fonema inicial de su nombre: β-βῆτα.

El análisis del significante en sus componentes mínimos no es un fenómeno aislado en el procedimiento del conocimiento griego.

Los filósofos materialistas anteriores a Sócrates, en sus teorías del mundo físico, dividen hasta el infinito la «substancia primordial e infinita» para aislar sus elementos, los cuales son los correlatos de las *letras* del lenguaje, cuando no se confunden con ellas de forma explícita. Lo que Empédocles (siglo V antes de nuestra era) llamara *elementos*, Anaxágoras (500-428 a. C.) *homeómetros*. Leucipo (siglo V antes de C.) y Demócrito (siglo V a. C.) *átomos*, y lo que se llegó a llamar más tarde στοιχείον, son —dentro de un único proceso de conocimiento— el correspondiente material a las *letras* del acto significante. La división infinita de las cosas conducía en los presocráticos a una masa de partículas, unas *semillas* en estado germinal: Anaxágoras hablaba de σπέρματα, y Demócrito veía las grandes masas del universo como una πανπερμια. Estas teorías físicas se metían con la *praxis* del lenguaje en algunos presocráticos (entre los filósofos griegos, sólo Parménides y Empédocles eran poetas; más tarde Lucrecio agregó su nombre a la lista), así como con la *teoría* del lenguaje, aún en período de formación en los presocráticos: Aristóteles consideraba a Empédocles como el inventor de la retórica. Estos materialistas griegos cuyas teorías expondría más tarde Lucrecio, consideran claramente las letras como unos átomos fónicos, unos elementos materiales del mismo orden que la substancia material. Demócrito fue el primero que empleó las letras del alfabeto como ejemplos que ilustraban sus demostraciones atomísticas. Por igual, Epicuro (341-270 a. C.) sostenía que las cosas podían descomponerse en elementos ínfimos e invisibles, condiciones del engendramiento y de la muerte, asimilables a las letras del alfabeto. La idea de la correspondencia, por no decir de la adecuación entre los elementos corporales (átomos) y los elementos de la cadena hablada (letras) fue corriente en Grecia; una prueba de ello nos viene dada por una observación de Posidonio, según la cual los primeros atomistas habrían sido los fenicios, los inventores del alfabeto.

Pero, a pesar de los materialistas —últimos defensores de la solidaridad del lenguaje con lo real (Heráclito, 576-480 antes de C., sostenía que las cualidades de las cosas se reflejaban en su fonetismo, mientras que Demócrito pensaba que tal correspondencia se debía a una convención social— el tipo mismo de escritura así como, sin lugar a duda, las necesidades económicas e ideológicas de la sociedad griega sugerían y acabaron imponiendo una concepción del lenguaje en tanto que idealidad que reflejaba lo exterior, sin otra ligazón con ello que la *conceptual*.

Cierto es que la escritura fonética participa de una concepción analítica de la substancia fónica del lenguaje. No sólo se distingue lo que más tarde se llamaría el «significante» del referente y del significado, sino que está dividido en elementos constituyentes (fonemas) clasificados ellos mismos según dos categorías: vocales y consonantes. El pensamiento griego está, pues, a la escucha del lenguaje en tanto que sistema formal, distinto del exterior que aquél significa (lo real), constituyendo un dominio propio, un objeto de conocimiento peculiar, sin confundirse con su exterioridad material. Aquí vemos cómo se cumple plenamente el proceso de separación del lenguaje con lo real, proceso que hemos podido constatar en las teorías lingüísticas de las anteriores civilizaciones.

El lenguaje ya no es una fuerza cósmica que ordena la escritura *a la vez* que ordena el cosmos. El griego lo extrae de la ganga unida y ordenada en la que otros mezclaban lo real, el lenguaje y los que lo manejan; lo entiende como autónomo y, por ende, se entiende a sí mismo como sujeto autónomo. El lenguaje es en primer lugar una sonoridad. Como ya pudimos observarlo, desde la tradición homérica se ha descrito el *pensar* como el *hablar*, localizándolo en el corazón, pero sobre todo en los pulmones, φῆν, φενός, considerados como un diafragma. Partiendo de esta concepción del pensamiento en tanto que *palabra vocal*, se llega a la noción de λόγος en tanto que equivalente de *ratio* (razón) y de *oratio* (oración). Si bien es un vocalismo, el lenguaje es también lo propio de un sujeto, una facultad subjetiva autenticada por el nombre propio del individuo que habla. La *Ilíada* (I, 250) canta a «Néstor con su dulce lenguaje, el orador sonoro de Pilos. De su boca, los acentos manan con más dulzura que la miel...». Sistema *fónico* controlado por el *sujeto*, el lenguaje es casi un sistema secundario que influye lo real aunque está lejos de igualarse a la fuerza material. El griego se piensa a sí mismo en tanto que sujeto que existe fuera de su lenguaje, en tanto que adulto poseedor de un real distinto del de las

palabras, en cuya realidad creen sólo los niños. Ejemplo, esta frase de Eneas a Peleides: «No creas que me vas a asustar con palabras como si fuera un niño...

No nos verán volver del combate tras haberle concluido así, simplemente, con palabras infantiles...» (*Iliada*. XX. 200-215).

Las principales manifestaciones del cumplimiento de la separación real-lenguaje son: la escritura alfabética y la teoría fonética platónica y posplatónica; la constitución de la gramática como un «arte del escribir bien» o ciencia del lenguaje en tanto que sistema formal; las discusiones y las proposiciones referentes a la relación entre lenguaje y realidad (ya conocidas en la India, llegaron a Grecia en su forma más acabada).

El famoso diálogo de Platón (429-347 a. C.), el *Cratilo*, muestra la vigencia de tales discusiones filosóficas que, considerando admitida la separación real/lenguaje, tratan de establecer las modalidades de la relación entre ambos términos. Este diálogo, muy diferente de los demás escritos de Platón, presenta dos caras a menudo contradictorias de la concepción socrática del lenguaje (una defendida por Cratilo, otra sostenida ante Hermógenes, aparentemente discípulo de Heráclito) y nos muestra una concepción del lenguaje que vacila, replanteándose a sí misma, y que parece incapaz de enunciar nada que sea mínimamente científico acerca de la lengua: pues, en lo tocante a la lengua, uno está preso de una «inspiración» irracional. Diríase que Platón responde a las concepciones de los sofistas para quienes el lenguaje no enuncia nada que sea fijo y estable al estar en pleno movimiento: Parménides (siglo VI a. C.) sostenía, en efecto, que el lenguaje –inasible fluidez– aparece en el momento de la disolución de la inamovible realidad y que no puede, por tanto, expresar lo real. En la primera parte del *Cratilo*, Platón responde con soltura a sus concepciones, confesando sin embargo, la dificultad que siente para explicar el lenguaje de poetas tales como Hornero (392-393). Le resulta más difícil todavía cuando el discípulo de Heráclito le propone una teoría según la cual el mismo mundo se halla en pleno movimiento y en contradicción por lo que el movimiento de la lengua no corresponde sino a la modalidad real (440 a-d).

Si se pueden desprender de esta forma poco legisladora del diálogo unos *problemas centrales*, insistiremos sobre dos de ellos: en primer lugar, la postura platónica dentro de la polémica acerca del carácter $\theta\epsilon\sigma\epsilon\iota$. (convencional) o $\phi\upsilon\sigma\epsilon\iota$ (natural) del lenguaje: ¿se dan los nombres de las cosas por contrato social o, al contrario, derivan de la

naturaleza de las cosas? En segundo y consiguiente lugar, la sistematización platónica de los elementos y de las partes del lenguaje.

Platón opta por el carácter $\varphi\upsilon\sigma\epsilon\iota$ del lenguaje, pero da una significación más concreta a este término para el cual había cuatro interpretaciones en las anteriores discusiones. Concilia las dos tesis al postular que el lenguaje es una *creación* humana (y, en este sentido, convencional) que aun así deriva de la esencia de las cosas que representa (y, en este sentido, la creación es natural) por lo que se convierte en una obligación, una ley para la sociedad. El nombre, $\nu\omicron\mu\omicron\varsigma$; para Platón significa *ley, costumbre, uso*.

Hablar es distinguirse de las cosas *expresándolas*, dándoles nombres. *Nombrar* se convierte en el *acto* diferencial que *da lugar* a la palabra ya que *sitúa* dicha palabra (con su sujeto) frente a las cosas: «Ahora bien ¿nombrar no es acaso una parte de la acción de hablar? Pues, al nombrar, ¿verdad?, hablamos... Si hablar era un acto que se refiere a las cosas, ¿nombrar no será entonces un acto?...».

El *nombre* distinto de la cosa «es un *instrumento* que sirve para instruir y para distinguir la realidad como la lanzadera hace el tejido». «Un buen tejedor, por tanto, utilizará como debe ser la lanzadera y “como debe ser” quiere decir: de modo apropiado para tejer; un buen instructor, como debe serlo el nombre, y “como debe ser” significa: de modo apropiado para instruir.»

Por lo cual, el lenguaje tiene una función didáctica, siendo un instrumento del conocimiento. El mismo nombre es ya un conocimiento de la cosa: «cuando sabemos los nombres, sabemos también las cosas» dice Cratilo (435 d), «es imposible hablar falso» (429 d). Pero Sócrates distingue el «conocimiento hecho» ($\mu\alpha\theta\epsilon\iota\nu$) de las cosas por los nombres, de la búsqueda personal filosófica de la verdad.

El nombre no deja de ser por ello un revelador de la esencia de las cosas porque se parece a ellas. La relación nombre/cosa es una relación de *semejanza*, incluso de imitación: «Parece ser que el nombre es una manera de imitar mediante la voz lo que imitamos y nombramos, cuando nos servimos de la voz para nombrar lo que imitamos». El nombre es un simulacro mediante la *voz*, diferente del simulacro mediante el sonido y el color: «por medio de sus letras y de sus sílabas, el autor capta su ser (de las cosas) para *imitar su esencia*». (424 a). El nombre «parece poseer cierta *exactitud natural* y no todo el mundo puede aplicarla como debe ser a cualquier objeto» (391 a). Para demostrar esa exactitud natural de las palabras. Platón procede a un estudio «etimológico» de diversos tipos de palabras: nombres propios,

palabras compuestas o descompuestas por Platón, palabras «primitivas» indescomponibles para Platón. Dudosa a menudo, esta etimología demuestra el postulado platónico: la palabra es una expresión del *sentido* del que está cargado el objeto nombrado.

De la concepción platónica se deduce que no sólo se extrae el lenguaje de lo real que nombra y se considera como un objeto aparte que estator *crear*, sino también que el significado en sí está aislado del significante y, más aún, situado como si existiera *antes que éste*. El significado precede al significante; distinto del referente y como olvidándolo, se esparce por un terreno dominador y privilegiado: el terreno de la *idea*. Crear palabras consistirá en hallar una corteza fónica para esa idea «aquí ya». *El lenguaje será sobre todo un significado que se habrá de organizar lógica o gramáticamente.*

Se ha podido observar que algunas teorías modernas, como las posiciones de Cassirer (*Philosophie des Symbolischen Formen, I, Die Sprache*, Berlín, 1923) siguen los postulados platónicos y continúan privilegiando el *sentido* al omitir el *significante* dentro de la organización del lenguaje. La palabra, para semejantes teorías, es un símbolo conceptual... Con tales perspectivas, se puede apreciar aún más el papel de Saussure, quien hizo hincapié en *la forma* del signo y abrió, de este modo, la vía para un estudio del significante a la vez que para un análisis verdaderamente sintáctico (relaciones formales) del lenguaje.

Así, pues, para Platón es el *legislador* el que establece el *nombre* al conocer *la forma* o la matriz *ideal* de la *cosa*. «No le incumbe a cualquiera establecer el nombre, sino a un fabricante de nombres; éste es, por lo que se ve, el legislador, es decir el artesano que lo menos de las veces encontramos entre los humanos» (389 a). El nombre impuesto por el legislador no se aplica directamente a la cosa, sino a través de un intermediario: *su forma* o *su idea*. «El nombre que se otorga de forma natural a cada objeto, ¿no deberá nuestro legislador saber imponerlo a los sonidos y a las sílabas, y estar atento a lo que es en sí el nombre, para crear y establecer todos los nombres, si quiere ser autoridad en este asunto?» (389 a.) Y, además: «Mientras imprime la forma de nombre requerida para cada objeto con unas sílabas de cualquier naturaleza, ¿no será tan buen legislador aquí entre nosotros o en cualquier otra parte?» (390 a)... No obstante, dos restricciones frenan la ley del legislador. Por un lado, el *dialéctico*, es decir el que conoce el arte de interrogar y de responder, es quien ha de juzgar el trabajo del legislador. Por otro lado, por muy *natural* que pueda ser el nombre, «la

convención en cierto modo y el uso deben contribuir necesariamente a la representación de lo que tenemos en la mente cuando hablamos» (435 a).

¿Cómo sistematiza Platón el lenguaje creado de este modo?

Dentro del conjunto lingüístico distingue una capa sonora que divide en *elementos* – στοιχεῖο . Más tarde, Aristóteles (384-322 a. C.) dará del στοιχεῖον la siguiente definición: «Se llama *elemento* al primer componente inmanente de un ser y específicamente indivisible en otras especies: por ejemplo, los elementos de la palabra son las partes de las que se compone la palabra y en las que se le divide en último grado, partes que ya no se pueden dividir en más elementos de una especie diferente de la suya; pero si se las dividiese, sus partes serían de una misma especie de la misma forma que una partícula de agua es agua, mientras que una parte de la sílaba no es una sílaba...». «El elemento de cada ser es su principio constitutivo e inmanente» (*Metafísica*, Δ 3). El término στοιχεῖον designa también los cuatro elementos de Empédocles, del mismo modo que los términos, axiomas, postulados e hipótesis de la geometría, y cualquier proposición matemática.

Leyendo el desarrollo platónico acerca de los elementos fonéticos, el lector moderno advierte que, lejos de ser meramente formal, la teoría fonética de Platón se deduce de su teoría del sentido, siendo en primer lugar semántica: «Puesto que la *imitación de la esencia* se hace con sílabas y letras, ¿el procedimiento más exacto no será entonces distinguir primero los elementos (στοιχεῖοα)? Es lo que hacen quienes se enfrentan a los ritmos; empiezan distinguiendo el *valor* de los *elementos*, luego el de las sílabas, y entonces y sólo entonces es cuando abordan el estudio de los ritmos».

Si bien admite Platón la existencia de un sentido anterior al lenguaje (la *esencia*) no concreta claramente si el significante juega un papel en la constitución de ese sentido. De cuando en cuando admite que «el mismo sentido se expresa con tales o cuales sílabas, poco importa; que se agregue o se reste una letra, eso tampoco tiene ninguna importancia siempre y cuando domine la esencia del objeto manifestada en el nombre» (393 d, cf. también 394 a, b); en otra parte recuerda que «la adición o la supresión de letras alteran profundamente el sentido de los nombres hasta el punto que con unos cambios minúsculos a veces se les hace significar lo contrario» (417 d).

El término de *elemento*, sinónimo de letra, acoge la noción de *fonema* en el *Cratilo*: se trata, en efecto, del elemento mínimo de la cadena

sonora. Platón distingue: las vocales, las consonantes y una tercera categoría, «los que, sin ser vocales, no son mudos, sin embargo» (424 c). Los elementos forman las *sílabas* de las cuales podemos encontrar el ritmo del enunciado (424 b).

Si, en Platón, los conceptos de *letras* y de *fonema* no se distinguen, posteriormente los científicos hablarán de *figura*, forma escrita de la letra, y de su *potestas* o valor fónico (cf. Diógenes Laercio VII, 56; Prisciano I, 3,3-1,3,8).

En Platón, las sílabas forman los *nombres* y los *verbos* con los cuales se constituye «un gran y hermoso conjunto, cual el ser viviente reproducido por la pintura; lo que aquí constituiremos será el discurso, con el arte de los nombres y con la retórica, en fin, con el arte apropiado» (425 a).

Aquí vemos enunciarse la *gramática*. γραμματική, el arte de escribir, de origen sin duda escolar y practicada por Sócrates en cuanto que *estudio de las letras* como elementos de las palabras y de su valor fonético, aunque también ya como un estudio de las *partes del discurso*. La primera distinción gramatical fue visiblemente la de los *nombres* y de los *verbos*: ὄνομα y ῥῆμα (cf. Laercio III, 25). Platón ha sido el primero que la estableció de manera definitiva. En cuanto a los adjetivos, por lo general emparentados a los nombres, Platón los considera como unos ῥήματα cuando están empleados como predicados.

De tal manera se constituye la *teoría platónica del discurso*, teoría filosófica en la que se mezclan consideraciones lingüísticas (acerca de la sistematización de las categorías lingüísticas) y lógicas (acerca de las leyes del sentido y de la significación), sin que esas distinciones sean puramente lingüísticas o lógicas en la clara acepción de estos términos actualmente (cf. G. Steinthal, *Geschichte des Sprachwissenschaft bei den Griechen und Romern...*, Berlín, 1863).

Al separar lo real del símbolo, Platón crea el área de la Idea y es ahí donde se mueve su teoría, teoría que, más tarde, Aristóteles definirá como siendo del *orden lógico*: «Si así separó del mundo lo Uno y los Números, contrariamente a los pitagóricos, y si introdujo las Ideas, se debió a sus investigaciones de orden lógico» (*Metafísica*, A 6 987 B 32). Aristóteles piensa en aquella filosofía del concepto que Sócrates fue el primero en practicar: no se planteaba las cosas desde el punto de vista de los hechos (ἔργα), sino desde el punto de vista de las nociones y de las definiciones (λόγοι). Platón aplica también este método de los λόγοι a su análisis del lenguaje, del discurso, del λόγος.

La teoría detallada de) discurso-logos se encuentra en otro filósofo griego, Aristóteles, dispersa en la masa de sus escritos, o concentrada en su *Poética*. Para Aristóteles, el logos es una enunciación, una fórmula, una explicación, un discurso explicativo o un concepto. *Lógica* se vuelve sinónimo de concepto, de significación y de reglas de la verdad. Cualquier recurso a la substancia del lenguaje y a las especificidades de su formación se omite: «No se plantea al lenguaje desde el punto de vista de los hechos –decía Aristóteles–, sino desde el punto de vista de las nociones y de las definiciones». La relación logos/cosa viene planteada así: «Solamente hay esencia de las cosas cuya enunciación es una definición» (*Metafísica* Z 4 1.030 a 7); o bien: «Al ser la definición una enunciación, y como toda enunciación tiene partes; por otro lado, al ser la enunciación a la cosa lo que la parte de la enunciación es a la parte de la cosa, la cuestión se plantea entonces a saber si la enunciación de las partes debe estar presente, o no, en la enunciación del todo...» (Z 10 1.034 B 20), y, por último: «Una enunciación falsa es la que expresa, en cuanto que falsa, lo que no es» (*Metafísica*. Δ 29 1.024 B 26). El logos [aquí, tal vez, en el sentido de «acto significativo»] es también la *causa* de las cosas, fuerza motriz, equivalente de la materia: «En un sentido, por causa entendemos la substancia formal (οὐσίαι) o esencia (en efecto, la razón de ser de una cosa conduce en definitiva a la noción – λόγος—de esa cosa, y la razón de ser primera es causa y principio); en otro sentido también la causa es la *materia* o el substrato; en un tercer sentido, es el principio de donde parte el movimiento; en un cuarto, finalmente, opuesto al tercero, la causa es la causa final o el bien (pues el bien es el fin de cualquier generación o de cualquier movimiento)» (*Metafísica*. A 3 983 25).

Aunque consideremos, junto con Steinthal, que antes del período de Alejandría no había en Grecia una verdadera gramática, es decir, un estudio de las propiedades concretas de la organización específicamente lingüística, constatamos que Aristóteles ya formuló algunas distinciones importantes de *categorías del discurso* y sus definiciones. Separa los *nombres* (con tres géneros) de los *verbos* que tienen como propiedad fundamental la de expresar el *tiempo*, y de las *conjugaciones* (σύνδεσμοί). Fue el primero que estableció la diferencia entre el sentido de una palabra y el sentido de una proposición: la palabra *sustituye* o *designa* (σημαίνει) algo, la proposición *afirma* o *niega* un predicado a su sujeto, o bien dice si el sujeto existe o no.

He aquí, a título de ejemplo, algunas reflexiones aristotélicas acerca

de las partes del discurso, tales como se presentan en la *Poética* (1.456 b):

«Pues ¿cuál sería la obra propia del personaje hablante si su pensamiento fuera manifiesto y no el resultado de su lenguaje?»

«La elocución se refiere por entero a las siguientes partes: la letra, la sílaba, la conjunción, el artículo, el nombre, el verbo, el caso, la locución (λόγος).»

«La *letra* es un sonido indivisible, no cualquier sonido, sino el de un sonido compuesto; pues las fieras también emiten sonidos indivisibles mas no doy a ninguno de éstos el nombre de letra (στοιχείον).»

«La letra comprende la vocal, la semivocal y la muda. Es una vocal la letra que tiene un sonido audible sin que haya un acercamiento de la lengua a los labios; es semivocal la letra que tiene un sonido audible con ese acercamiento, por ejemplo: la Σ y la Π [son las líquidas]; es muda la letra que, aun con acercamiento, no tiene por sí misma sonido alguno, pues sólo es audible si está acompañada por unas letras que lo tengan, por ejemplo: la Γ y la Δ.»

«Esas letras difieren según las formas que toma la boca y según el sitio en que se producen...»

«La *sílaba* es un sonido desprovisto de significación, compuesto de una muda y de una letra que tiene sonido...»

«La *conjunción* es una palabra carente de significación que ni impide ni lleva la composición, por medio de varios sonidos, de una sola expresión significativa...»

«El *artículo* es una palabra desprovista de significación que indica el comienzo, el final o la división de la oración...»

«El *nombre* es un compuesto de sonidos significativos, sin idea de tiempo, y en el que ninguna parte es significativa por sí misma.»

«El *verbo* es un compuesto de sonidos significativos, con idea de tiempo, y en el que ninguna parte es significativa por sí misma, como en los nombres...»

«El *caso* afecta al nombre o al verbo e indica la relación “de”, “a” y otras semejantes, o bien la unidad o la pluralidad, por ejemplo, “hombres” y “hombre”, o bien los modos de expresión del personaje que habla, por ejemplo la interrogación o el orden; pues “¿anduvo?”, “¡anda!”, según esta distinción, son casos del verbo.»

«La *locución* (λόγος) es un compuesto de sonidos significativo en que varias partes tienen un sentido por sí mismas (ya que todas las locuciones no se componen de verbo ni de nombres, sino, por ejemplo,

en la definición del hombre puede haber locución sin verbo; deberá, sin embargo, contener siempre una parte significativa). Ejemplo de parte significativa por sí misma: “Cleón” en “Cleón anda”. La locución puede ser de dos maneras: designando una sola cosa o estando compuesta de varias partes ligadas entre sí; así ocurre en la *Ilíada* que es una por la ligazón de sus partes y la definición del hombre lo que es porque designa una sola cosa...»

Aristóteles estudia posteriormente los tipos de nombres: nombres simples, nombres compuestos, así como el traslado a una cosa de un nombre que designa a otra: metáfora, metonimia, etc.

Los estoicos, discípulos de Zenón de Cilio (308-264 a. C.) fueron quienes elaboraron una teoría completa del discurso que se presentaba como una gramática detallada, sin ser por ello distinta de la filosofía y de la lógica. Reflexionando acerca del proceso simbólico, los estoicos establecieron la primera distinción clara entre *significante* y *significado* (τὸ σήμαινον // τὸ σημαίνόμενον), entre significación y forma, entre interior y exterior. Examinaron, además, problemas de fonética así como la relación entre lo fonético y la escritura. Analizando las partes del discurso, las denominaciones στοι - χεῖρα más que μέρη (partes) que encontraban tanto en el mundo físico como en el lenguaje (cf. R. H. Robins, *Ancient and Medieval Grammatical Theory in Europe*, 1951), No abordaremos aquí la lógica de los estoicos, la cual ocupa una parte importante de su teoría del lenguaje; indiquemos, no obstante, algunas de sus sistematizaciones puramente lingüísticas. Distinguían cuatro partes del discurso:

1. *nombres* que significan cualidades (los estoicos distinguían, como sabemos, las siguientes categorías: cualidad, estado, relación, substancia) y se dividen en nombres *comunes* y nombres *propios*;
2. *verbos* en cuanto que predicados (como los definía Platón): el verbo está incompleto sin sujeto; expresa cuatro tiempos: presente continuo, presente pasado, pasado continuo, pasado realizado;
3. *conjunciones* (σύνδεσμοί);
4. ἀπόρα, que comprenden los pronombres personales así como los pronombres relativos y el artículo.

Asimismo, los estoicos distinguían las modalidades (o categorías gramaticales secundarias) siguientes: *el número, el género, la voz, el modo, el tiempo, el caso*, siendo los primeros que fijaron la teoría (Aristóteles, como lo hemos visto, hablaba también de *casos* pero, bajo ese término, metía las derivaciones, las flexiones verbales, etc.).

En Alejandría, centro de libros y de desciframiento de viejos textos, fue donde se desarrolló una verdadera *gramática* en tanto que estudio especializado, directamente orientado hacia el lenguaje en cuanto que objeto organizado en sí, cortando los vínculos que le ligaban a la filosofía y a la lógica. Una Grecia decadente, al borde del precipicio y en el colmo de sus refinamientos mentalistas, generó a los gramáticos: meticulosos científicos aunque, según Wackernagel, «sin gran altura intelectual», profesores concienzudos que enseñaban a las jóvenes generaciones el idioma, ya desde entonces, difícil de Hornero, asiduos clasificadores de la lengua en tanto que forma abstracta. Los más famosos fueron Piletas de Cos, educador del hijo de Ptolomeo; Aristarca, comentador de Homero; Crates de Malos que, instalándose en Roma, transmitió a los romanos la ciencia de la gramática. El más conocido de aquellos instructores de la gramática fue Dionisio de Tracia (170-90 a. C.) del que Fr. Thurot nos dice en su Introducción (1784) al *Hermès ou Recherche philosophique sur la grammaire universelle*, de James Harris, 2ª ed. 1765, que era un «discípulo de Aristarca; tras haber enseñado la gramática en Rodas, donde Teofrasto apodado Tiranio... había estudiado con él, se fue a Roma para dar lecciones de su arte, bajo el primer consulado de Pompeya».

Para Dionisio de Tracia, la gramática es más bien un arte: la define como «el saber empírico del lenguaje de los poetas y de los prosistas». Su fonética consta de una teoría de las letras y de las sílabas. Su morfología distingue ya ocho partes del discurso: *nombre, verbo, participio, artículo, pronombre, preposición, adverbio, conjunción*. Nos falta su sintaxis. La primera que fue elaborada ha sido la de Apolonio Díscolo (siglo II de nuestra era) quien estudió la lengua griega: se trata más de un estudio filosófico que lingüístico.

Resumiendo. Primero indistinto del atomismo general y confundido en una amplia cosmogonía naturalista; luego aislado –no sin ambigüedad– en tanto que lógica, teoría de las nociones y de las definiciones, sistematización del significado; por último abstraído de la filosofía para constituirse en tanto que *gramática*, es decir ciencia normativa de un objeto particular; pasando por esas diferentes etapas, así fue cómo el lenguaje se separó de lo real y se constituyó la «lingüística» griega cuyo impulso han recogido los teóricos modernos para concretarlo.

9. Roma: Transmisión de la gramática griega

Los gramáticos alejandrinos transmitieron, durante su estancia en Roma, el conocimiento griego acerca de la lengua: tanto las teorías de orden filosófico como la gramática. Por ello vemos a Suetonio (v. 75-v. 160) designando en su obra *De Grammaticis et de Rhetoribus* a los primeros autores latinos, gramáticos y filósofos, como unos *semigraeci*.

Los historiadores apuntan sobre todo la aportación de Crates de Malos (168 a. C.) quien, enviado a Roma como embajador del rey Átalos, fue profesor de gramática y crea la escuela de los gramáticos romanos entre los que Varrón (siglo I a. C.), Quintiliano (siglo I a. C.), Donato (350 de nuestra era) y Prisciano (500 de nuestra era) fueron los más célebres.

Los eruditos romanos, ante todo preocupados por elaborar una retórica, en el dominio estrictamente lingüístico, centraron sus esfuerzos en trasladar las teorías y las clasificaciones griegas para las necesidades de la lengua latina, sin tratar de elaborar unas propuestas originales acerca del lenguaje. En ocasiones, la transposición se hizo de manera puramente mecánica: al considerar la lengua griega como modelo universal de la lengua en general, era preciso descubrir a toda costa sus categorías en la lengua latina. Vemos que la idea predominante en el estudio del lenguaje en Roma era la de la universalidad de las categorías lógicas, preestablecidas a partir de la lengua griega e inamovibles en las demás lenguas. De ello se deducía, en un plano práctico, un interés mínimo hacia las lenguas extranjeras que abundaban, sin embargo, en el imperio romano. En Galia, César necesitaba intérpretes, Ovidio había escrito un poema en gético, Aelius Stilo había emprendido un estudio de las lenguas itálicas, pero fueron tan sólo unos casos aislados en los usos y costumbres latinos, casos que no sobrepasaron el umbral de las doctrinas lingüísticas mismas.

Varrón fue el primer gramático latino que elaboró la más completa teoría del lenguaje, en su obra *De lingua latina*, con dedicatoria a Cicerón.

En lo referente a los problemas generales de la relación del lenguaje con la realidad, Varrón toma partido en la discusión, transmitida igualmente por los griegos, acerca del carácter «natural» o «convencional» del lenguaje. En Roma, se conocía la controversia con el nombre de querrela entre *analogistas* y *anomalistas*. Los analogistas consideraban que el terreno no lingüístico se reflejaba en el terreno

gramatical, mientras que los anomalistas sostenían la tesis inversa: para ellos, existe una diferencia clara entre las categorías reales y las categorías gramaticales. Varrón trata de conciliar ambas teorías: para él, la lengua expresa la regularidad del mundo, si bien ella misma posee irregularidades. De este modo se va esbozando una teoría *normativa* del lenguaje, también heredada de los griegos. Se trataría más bien de hacer una gramática que postule las reglas de un uso lingüístico considerado como *correcto* (es decir conforme, en general, a las categorías lógico-gramaticales griegas), en vez de hacer a partir de esa gramática un estudio *descriptivo* que descubriese las peculiaridades de cada nueva lengua o de cada nuevo estilo que aquélla abordara. Recordemos en esta controversia entre analogistas y anomalistas la posición de César. El emperador, en efecto, se interesaba por el lenguaje y esto constituye, sin duda, una prueba más de la autoridad e importancia de los estudios lingüísticos en Roma. César es el autor de una *Analogía* en la que defiende el principio de la regularidad gramatical; en contra del lenguaje irregular, César propone algunas modificaciones de las categorías lingüísticas.

Los principales intereses de Varrón son de orden *gramatical* (analiza y sistematiza, en primer lugar, la gramática en tanto que estudio del lenguaje, y después, las propias categorías lingüísticas). Hoy en día nos han llegado sólo los libros V a X de su obra *De lingua latina* (redactada de 47 a 45 antes de Cristo) de veinticinco tomos (según San Jerónimo), así como unos cuatrocientos cincuenta fragmentos de diversos tratados. Así define Varrón la gramática: «La gramática toma su origen en el alfabeto; el alfabeto se representa en forma de letras, las letras se juntan en sílabas; una reunión de sílabas da un grupo sonoro interpretable; los grupos sonoros interpretables se juntan en partes del discurso; por su suma las partes del discurso forman el discurso; en el discurso se desarrolla el hablar bien; practicamos el hablar bien para evitar las faltas». Varrón considera a la gramática como base de todas las ciencias y justifica este lugar privilegiado por una etimología rigurosamente inventada: gramática vendría de «*verum boare*», *clamar la verdad*. Uniéndose a los principios de los estoicos según los cuales la lengua no es convencional sino natural, por tanto, no es analógica, sino anómala, Varrón la sistematiza siguiendo las adquisiciones de las gramáticas que le precedieron.

La primera rama de la gramática que Varrón distingue es la que buscaba la relación de las *palabras* con las *cosas*. El la llama *etimología* y se dedica a hacer investigaciones etimológicas cuyo valor científico

resulta, hoy, inexistente. Quiere hallar las «palabras de origen», los elementos básicos imprescindibles para cualquier lengua y que deben expresar las cuatro categorías filosóficas de Pitágoras: el cuerpo, el espacio, el tiempo y la acción. Fiel una vez más a las concepciones griegas del lenguaje, el gramático romano sistematiza el lenguaje a partir de las coordenadas de un sistema de *ideas* (sistema conceptual, filosófico), subordinándolo a dicho sistema. Dicho de otro modo, estamos ante una sistematización de los *significados* a partir de una determinada doctrina filosófica que rige la clasificación lingüística, quedando el *significante* en el olvido. Tal vez podríamos decir que los gramáticos griegos y romanos, al haber *entendido* el *significante* (prueba de ello lo es su escritura fonética), lo censuraron para *comprenderlo* en tanto que *significado*: para que fuese la manifestación de una *idea* que lo trascienda.

He aquí dos ejemplos de análisis «semántico» en Varrón; el primero constituye un «campo semántico»; el segundo viene dado como una «etimología»:

«Mas ahí donde se extienda la familia de una palabra, ahí donde crezcan sus raíces fuera de su propio dominio, la perseguiremos. Pues a menudo las raíces de un árbol en los lindes se propagan debajo de la cosecha del vecino. Por lo que, al hablar del lugar, no erro si de *eger* (campo) paso a *agrarias homo* (aldeano) y a *agrícola* (labrador)».

«*Terra* se llama así porque se la pisa (*teritur*). Por ello, en los *Libros de los Augurios* lo hallamos escrito *tera* con una sola r. Del mismo modo, el terreno que, junto a una ciudad, se deja para el uso colectivo de los colonos, se llama *terito-rium*, porque lo pisan (*teritur*) mucho... El sol (*sol*) se llama así porque los sabinos lo llamaron así, o sino porque así solo (*solus*) brilla hasta el punto de que de aquel dios (*deus*) emana la luz del día (*dies*).»

La segunda parte de la gramática de Varrón se ocupa de la formación y de las flexiones de las palabras: es la *morfología*. Distingue unas *palabras variables* y unas *palabras invariables*, clasificándolas según cuatro categorías: *nombres*, *verbos*, *participios*, *conjunciones* y *adverbios*. Estudió a su vez las flexiones de los nombres y planteó unas *categorías secundarias* para examinar las demás partes del discurso. Así, para el *verbo*, la *voz* y el *tiempo* (presente, pasado y futuro). Al aplicar el sistema de los casos griegos a la lengua latina, Varrón traduce los términos griegos que designaban tales casos: uno de ellos, (αἰτιατική), significaba el caso de aquello sobre lo cual se actúa, o el objeto; pero Varrón creyó que la palabra griega era αἰτιόματα que significa *acusar* y

la tradujo por *casus accusativus*. Detallamos a continuación el modo en que Varrón repartía las partes del discurso:

nominatus	1. <i>vocábula</i> (nombres comunes)
	2. <i>nomina</i> (nombres propios)
	3. <i>provocábula</i> (pronombres y adjetivos interrogativos, indefinidos)
articuli	4. <i>pronomina</i> (pronombres restantes)
	5. <i>dicandi</i> o <i>pars quae habet témpora</i> (verbos)
	6. <i>adminiculandi</i> o <i>pars quae habet neutrum</i> (invariables)
	7. <i>inugendi</i> o <i>pars in qua est utrumque</i> (participios)

Finalmente, la tercera parte del estudio del lenguaje debió ser una *sintaxis* que se ocupaba de las relaciones de las palabras en la oración. Esa parte no nos ha llegado.

Otro gramático latino, Quintiliano, quien vivió durante el siglo I y fue el autor de la *Institutio Oratoria* (volveremos sobre ello más adelante), es famoso por haber examinado la categoría del *caso*. En lugar de los seis casos griegos propuso siete casos latinos, al tener en cuenta la diferencia de sentido entre el *ablativo* y el *dativo* en latín. Estimaba que la diferencia de sentido entre ambos casos podía corresponder a una diferencia de «estructura» entre las lenguas en cuestión. Ahora bien, parece ser que Quintiliano cometió un error que, más tarde, corrigió Prisciano: redujo el caso a una sola de sus acepciones olvidando que un caso puede tener varias y que puede expresar entonces unas variaciones de modalidades sin que, por ello, sea preciso introducir un caso nuevo.

Junto a estas construcciones propiamente lingüísticas, Roma conoció la mayor suma materialista de la Antigüedad, punto de encuentro de todas las teorías materialistas legadas por Grecia. El *De natura rerum* de Lucrecio (91-57 antes de Cristo), bajo la forma de un poema que hereda la tradición de Empédocles y de Epicuro, reanuda con las teorías atomistas y, en general, materialistas de Leucipo, Demócrito y Epicuro al mismo tiempo que las expone. En esta obra, hecho capital para nuestro propósito, el poeta latino desarrolla de forma explícita una *concepción atomista* del funcionamiento significativo. En primer lugar, el lenguaje no es para él una convención; para Lucrecio, igual que para Epicuro, los factores de la formación del lenguaje son la

naturaleza y la *necesidad*: la palabra no es meritoria del sujeto humano, es una ley de la naturaleza que también poseen los animales a su manera:

«En cuanto a los diversos sonidos del lenguaje, la naturaleza es la que impulsa a los hombres a emitirlos, y la necesidad es la que hace nacer los nombres de las cosas...».

«Pensar, entonces, que un hombre haya podido dar a cada cosa su nombre y que los demás hayan aprendido de él los primeros elementos del lenguaje, es pura locura. Si aquél pudo designar cada objeto por su nombre, emitir los diversos sonidos del lenguaje, ¿por qué suponer que los demás no lo hicieran al mismo tiempo que él? Además, si los otros tampoco hubieran utilizado la palabra entre ellos ¿de dónde le vino la noción de su utilidad? ¿De quién recibió el primer privilegio de saber lo que quería hacer y tener una clara visión de ello? Asimismo, un solo hombre no podía obligar a una muchedumbre y, venciendo su resistencia, hacer que consintiera el aprendizaje de los nombres de cada objeto; y, por otra parte, hallar un medio para enseñar, persuadir a los sordos que necesitan aprender, tampoco es una cosa fácil: jamás hubieran accedido a ello; jamás hubieran sufrido más de un rato que se les abrumaran con sonidos de una voz desconocida.»

«En fin, ¿qué puede haber tan extraño en que el género humano, en posesión de la voz y de la lengua, haya designado según unas impresiones diversas los objetos con unos nombres diversos? Los rebaños carentes de las palabras e incluso las especies salvajes lanzan también unos gritos diferentes, según si el temor, el dolor o la alegría les envuelve; qué fácil es convencerse de ello con unos ejemplos familiares.» (V, 1028-1058.)

Si el lenguaje no es, de ningún modo, un dato o una convención sujeto a interpretaciones supersticiosas, lo que combate Lucrecio, sino por el contrario una propiedad *natural* que obedece a las *necesidades* de una comunidad humana, su composición reflejará la composición atomística de la materia. Con la diferencia de que los átomos que hacen a las cosas son mucho más numerosos y que, para la formación de las palabras, el *orden* es de capital importancia. «Porque los mismos átomos que forman el cielo, el mar, las tierras, los ríos, el sol, forman también las mieses, los árboles, los seres vivientes; más las mezclas, el orden de las combinaciones, los movimientos difieren. Así, pues, en cualquier parte de nuestros versos, incluso, ves una multitud de letras comunes a una multitud de palabras y, sin embargo, has de reconocer

que versos y palabras difieren tanto por el sentido como por el sonido. Tal es el poder de las letras, por el mero cambio de su orden. En cuanto al principio de las cosas, actúan con un mayor número de medios para crear los seres más variados» (I, 823-829).

Vemos que la reflexión acerca de la construcción lingüística pertenece a una teoría del conocimiento materialista para la cual el lenguaje refleja la realidad y, por consiguiente, debe necesariamente componerse de elementos equivalentes a los que la ciencia de la naturaleza aísla como elementos mínimos del orden natural: los átomos. Lucrecio explica el pensamiento a través de unos *simulacros* compuestos de átomos: el pensamiento refleja el exterior mediante unos simulacros que se componen de átomos de la misma manera que ese exterior. Se concibe al *lenguaje* como una materialidad sonora: Lucrecio imagina las palabras tal un ensamblaje de *sonidos-átomos* reales de los que el materialista ha de describir tan sólo su producción a partir de la boca, la lengua y los labios, así como la propensión física en el espacio de la comunicación. No se encuentra ningún análisis del sentido, a través de la *idea* y de las categorías ideales que Grecia elaboró antes y después de Platón: Lucrecio vuelve al materialismo pre-platónico.

Queremos mayormente insistir sobre el hecho de que la adopción del lenguaje poético con vistas a una exposición teórica *revela* la concepción del lenguaje en Lucrecio. Se ha podido demostrar a partir de unos estudios detallados cómo la organización *significante* del poema se constituye como prueba de la teoría lingüística de Lucrecio para quien, ya lo hemos visto, las letras son átomos materiales y los átomos letras: la función poética, en efecto, posibilita una manifestación clara de la correspondencia entre la cosa material y la substancia fónica del lenguaje. De este modo, «cuando cambian de posición, los mismos átomos producen el *fuego* y la *madera*, *ignes* y *lignum*. cual las dos palabras *ligna* e *ignis*, aun teniendo los mismos sonidos, se distinguen por su sentido al ordenar tales sonidos de diferente manera», escribe Lucrecio (I, 907). Según este principio, Lucrecio demuestra de modo implícito en sus versos la «etimología» de las palabras: *materuum nomen* se compone de los átomos significantes de *mater* y *terra*:

«Linguitur ut merito *materuum* nomen adepta
terra sit, e *terra* quoniam sunt cuneta creata.» (V. 795.)

«Quare etiam atque etiam: *materuum* nomen adepta

terra tenet marito, quoniam genus ipsa creavit.» (V. 821.)

Hay, por tanto, una teoría del lenguaje *implícita* en la praxis de la lengua, en Lucrecio, y probablemente en todo lo que llamamos «poesía»: construye las palabras como si las letras (sonidos) fueran al mismo tiempo los átomos de una substancia que bastara tomar de un objeto material para crear un ensamblaje nuevo que sería a la vez objeto y nombre. Las palabras no son unas entidades indescomponibles (así lo ha demostrado la ciencia moderna: véase la primera parte de la presente obra) sujetas por su sentido, sino unos ensamblajes de átomos significantes, fónicos y escritúrales que vuelan de palabra en palabra y que crean, de esta forma, unas relaciones insospechadas, inconscientes, entre los elementos del discurso; y la puesta en relación de los elementos significantes constituye una *infraestructura significativa* de la lengua que se funde con los elementos en una relación ordenada del mundo material. Grammont escribía, a este respecto, acerca de tales fenómenos en el lenguaje poético: «Se ha reconocido que los poetas dignos de ese nombre poseen un delicado sentimiento, y penetrante, del valor impresivo de las palabras y de los sonidos que las componen; para comunicar este valor a quienes leen, suelen representar en torno a la palabra principal unos fonemas que la caracterizan de manera que la palabra se convierte, en definitiva, en el generador de todo el verso en que figura...» (*Traité de phonétique*. 1933; cf. a este respecto, *les Anagrammes*, Saussure).

Tras este sobresalto materialista en cuanto a la concepción del lenguaje, y tratando de conducirlo a una cosmogonía materialista en su conjunto, el declive de Roma, igual que el declive de Grecia, dio lugar a una abundante especulación formal acerca del lenguaje estudiado como objeto en sí con fines pedagógicos. Después de Lucrecio tuvieron que pasar unos siglos para que el estudio del lenguaje conociera una nueva gloria. Uno de los gramáticos romanos tardíos. Donato (siglo IV d. de C.) escribió una obra que se hizo famosa durante la Edad Media. *De partibus orationis Ars Minar*. En aquel momento, la Roma decadente, semejante a Alejandría y revuelta por el cristianismo, se entrega a los estudios eruditos de los autores de su edad de oro: *Cicerón*, *Virgilio*, lo cual favorece los estudios gramaticales con una finalidad didáctica y pedagógica. Donato procede a una minuciosa descripción de las letras, lo cual se convierte en un verdadero tratado de fonética. También hace una enumeración de las faltas corrientes que encuentra en sus alumnos así como una lista de

los giros estilísticos de los autores clásicos.

Por entonces se ha profundizado ya suficientemente en el estudio de la lengua latina como para que los científicos puedan distinguirla de la griega tras haberla asimilado a ésta. Macrobio (siglo IV d. de C.) efectúa el primer estudio comparado del griego con el latín.

La gramática latina va a tener su apogeo, sin embargo, en la obra de Prisciano. Gramático latino de Constantinopla, emprendió por encargo del cónsul Juliano la adaptación al latín de las enseñanzas de los gramáticos griegos. Su propósito inicial era poner en latín los preceptos de Apolonio y de Herodiano, utilizando a su vez las aportaciones de los primeros gramáticos latinos. El resultado de su trabajo fue, no obstante, mucho más considerable.

La importancia histórica de Prisciano consiste en que fue el primero en Europa en elaborar una *sintaxis*. Su concepción de la sintaxis, expuesta en los libros XVII y XVIII de sus *Institutiones*, se inspira de las teorías lógicas de los griegos y se elabora dentro de una perspectiva lógica. Para Prisciano, la sintaxis estudia «la ordenación que busca la obtención de una oración perfecta». Tal como lo observa J.-Cl. Chevalier (*La Notion de complément chez les grammairiens*, 1968), se trata de un «estudio de las formas y de su orden, en una perspectiva lógica, puesto que la noción de *Oratio perfecta* es una noción lógica».

Los dos libros de sintaxis de Prisciano se unen a los dieciséis libros de morfología. Este único hecho muestra que Prisciano reconocía una *morfología* distinta e independiente de la sintaxis: las palabras pueden tener una forma particular, suficiente para darles un sentido, independientemente de las relaciones en las cuales aquéllas se hallen dentro de la oración.

A la vez que considera la palabra como una unidad indivisible, Prisciano esboza una «sintaxis» de la palabra descomponiéndola en partes significantes, siendo el todo el resultado de dichas partes: vires = *vir* (cf. 1, R. H. Robins, *Ancient and Medioeval Grammatical Theory in Europe*. Londres, 1951), y observa que se trata de una verdadera teoría de los *morfemas*. Siguiendo a Dionisio de Tracia, Prisciano distingue ocho partes del discurso que se diferencian por su sentido.

Ahora bien, para que el sentido del conjunto enunciado esté claro, es preciso que cada forma tenga una función (sintáctica) concreta dentro del contexto, sobre todo si se trata de formas (género, número, caso, tiempo) que solamente adquieren sentido pleno en el contexto (como los personajes cuyo género no está marcado: *me ipsum* y *me ipsam*). En tales casos de «significaciones diferentes, la construcción es totalmente

necesaria para que se hagan evidentes». Un ejemplo: *amet* empleado solo es imperativo; acompañado de un adverbio (*utinam*), la palabra es optativa: con una conjunción, es subjuntiva. En último lugar, y después del reconocimiento de su función sintáctica, el término debe relacionarse con el estudio de las formas: «Toda construcción, en efecto, que los griegos llaman sintaxis, debe conducir a la intelección de la forma».

La idea de Prisciano es, por tanto, equilibrar las aportaciones de la morfología y de la sintaxis en el estudio gramatical ya que la verdadera comprensión del enunciado depende tanto de las categorías morfológicas de sus partes como de su función sintáctica. «No tienen, pues, más importancia las formas que las palabras en la repartición de dichas palabras como de su significación [aquí significación quiere decir *papel en la oración*].» Por lo cual, aunque los dos libros sintácticos sigan el orden de los capítulos morfológicos (artículo, pronombre, nombre, verbo), el autor señala numerosos casos de paso – *substitución* – de una categoría morfológica a otra, debido a la función sintáctica que le atribuye implícitamente a un morfema suplementario: «Es preciso saber que, en determinadas partes del discurso, se pueden oír otras partes: de modo que si digo *Ajax*, sobreentiendo al mismo tiempo “un” merced al número singular; si digo *Anchisiades*, oigo el genitivo singular del primitivo y el nominativo singular de *filius*; si digo *divinitus*, oigo un nombre con la preposición *ex* (*ex diis*); si digo *fortior*, oigo *magis* y el primitivo en positivo. Los ejemplos son innumerables y sería falso suponer una elipsis como de *filius* a *Anchisiades*». Se observará que el análisis por *substitución* está cercano a las teorías distribucionales de las gramáticas americanas modernas (cf. págs. 241 y siguientes).

Si se completa la morfología con la sintaxis y la sintaxis se agrega a la morfología, el conjunto es posible en la medida en que está sometido a la lógica. La lógica, por tanto, suelda y determina la gramática, obedeciendo de esta forma a la tradición griega que planteó al lenguaje (y sus categorías) en tanto que expresión del pensamiento (y de sus categorías) transcendentales. Son precisos dos conceptos lógicos, aunque poco definidos, para la reflexión lingüística de Prisciano: el de *oración perfecta* (discurso con sentido pleno y que se basta a sí mismo) y de *oración imperfecta* (ensamblaje de palabras que necesita ser completado para tener pleno sentido: «Si digo: *accusat, videt, insimulat*, estos verbos son imperfectos y necesitan que se les adunte unos casos oblicuos para la perfección del sentido»), y el de

transitividad (hay construcción *intransitiva* cuando el sentido concierne al hablante, *transitiva* cuando la acción pasa a otra persona, y *absoluta* cuando el verbo no necesita caso oblicuo alguno).

Una última observación acerca de las teorías de Prisciano. Como lo escribe Chevalier, Prisciano «parece distinguir, primero, entre las construcciones inherentes a la categoría de la palabra rectora y las categorías inherentes al sentido de la palabra. De modo que define dos tipos de relaciones». Tales concepciones en Prisciano permitirían ver en él al precursor de algunas teorías modernas del lenguaje, tales como las proposiciones distribucionales y generativas (cf. páginas 245 y 256). Damos aquí el ejemplo «generativo» citado por Chevalier: «Se adjunta el nominativo al genitivo cuando expresa una cosa poseída y un poseedor: como *Héctor filius Priami*... Se puede “interpretar” este giro adjuntando un verbo que signifique la posesión; la cosa poseída cambia entonces su nominativo por un acusativo, el poseedor su genitivo por un nominativo, bajo la presión de la naturaleza del verbo, puesto que exige el nominativo desde un punto de vista intransitivo y el acusativo desde un punto de vista transitivo: “*Quid est enim filius Priami?*”: empleando el método de “interpretación” decimos: “*Hoc est Hectorem filium Priamus possidet*”».

Por una parte, esta «interpretación» nos induce a pensar que Prisciano – a la vez que acepta como incontestable la tesis de la lengua en cuanto que sistema *lógico* – debió sin duda constatar la diferencia y la inadecuación que subsisten entre las categorías lógicas (que siguen siendo siempre las mismas) y la construcción lingüística (que sí varía): es justamente en la separación entre categorías lógicas y construcción lingüística donde puede caber la interpretación de Prisciano, «interpretación» que no es sino una descripción de los diversos constituyentes significantes correspondientes a un mismo significado. Esta inadecuación, sin embargo, no parece replantear la validez del esquema lógico para el análisis de la lengua y no lleva al autor a una teoría según la cual el significante modificaría a su vez el significado lógico... Por otra parte, resulta asombroso constatar hasta qué punto el principio de interpretación de Prisciano, con su claridad y sus límites, evoca la gramática transformacional moderna: efectivamente, los modelos de Prisciano, igual que los de Chomsky, se apoyan sobre el principio de una desarticulación del pensamiento en categorías estables, susceptibles de revestir expresiones lingüísticas diferentes pero que pueden interpretarse una a través de la otra o transformarse una en otra. La gramática de Port-Royal será la primera, después de

Prisciano y Sanctiones, en definir claramente los postulados de estas categorías relacionales lógicas que originan a las categorías lingüísticas.

La gramática de Prisciano se convirtió en el modelo de todos los gramáticos de la Edad Media. Los eruditos franceses se esforzaron en cumplir sus postulados y en pensar la lengua francesa en función de los modelos de Prisciano considerados como omnivalentes, si bien con el tiempo resultaron incapaces de acoger las nuevas lenguas.

10. La gramática árabe

Entre las grandes adquisiciones de la reflexión acerca del lenguaje durante la Edad Media, un importante lugar le incumbe a la gramática árabe. Entenderemos aquí por gramática árabe las reflexiones lingüísticas de los pueblos que, en la Edad Media, permanecieron bajo la dominación del califato.

Todos los especialistas de la cultura árabe están de acuerdo para reconocer la importancia atribuida en la civilización árabe a la lengua. «La sabiduría de los romanos está en su cerebro, la sabiduría de los indios en su fantasía, la de los griegos en su alma, la de los árabes en su lengua» dice un proverbio árabe. Varios pensadores árabes han exaltado, desde siempre, el valor de la lengua y parece ser que tal exaltación se conciba tanto como un deber *nacional* como si de una exigencia *religiosa* se tratara. El libro sagrado del islam, el Corán, es un monumento escrito de la lengua que hay que saber descifrar y pronunciar correctamente para acceder a sus enseñanzas.

A menudo se ha querido interpretar las teorías lingüísticas árabes como unos préstamos de los griegos y de los indios y, en efecto, numerosos ejemplos dan fe en este sentido: encontramos en los árabes las mismas contiendas entre los partidarios del carácter *natural* y aquellos del carácter *convencional* de la lengua, y las mismas categorías lógicas, aristotélicas que las que hallamos en los griegos; por otra parte, la división de los sonidos en ocho grupos según los procedimientos de articulación fisiológica –*maharig*– corresponde a los ocho *stana* de Pānini. No obstante, es un hecho ya admitido que, si bien hay préstamos griegos o indios en las teorías lingüísticas árabes, conciernen, por lo general, a la lógica mientras que la gramática se mantiene independiente.

Los primeros centros lingüísticos árabes surgen a partir del segundo siglo del islam en Basra y, un poco más tarde, en Kufa. Abu I-Aswad al-Du'ali (muerto en 688-718) está considerado como el fundador de la gramática árabe.

La teoría lingüística árabe se distingue por una sutil reflexión sobre el fonetismo de la lengua. Se dividían los sonidos en *sadid* y *rahw*, por un lado; *safir*, *takir* y *qalquala*, por otro. Esta teoría fonética estaba estrechamente ligada a una teoría de la música: el gran Halil al-Farahidi (probablemente 718 - 791) no sólo fue un fonetista y un gramático erudito sino, además, un eminente teórico de la música. Un término como *haraka*, movimiento empleado en fonética, viene de la música. Asimismo, los árabes, grandes anatomistas, tal Sībawayhi, fueron los primeros en dar unas descripciones concretas del aparato vocal a las que se unían unas descripciones físicas del movimiento del aire. Su análisis del sistema lingüístico era tan agudo que ya podían diferenciar –y fueron, sin duda, los primeros– el elemento *significado*, el elemento *fónico* (*han*) y el elemento *gráfico* (*aiffma*) de la lengua. Al distinguir igualmente las vocales de las consonantes, identificaban la noción de vocal con la de *sílaba*. Las consonantes fueron consideradas como la *esencia* de la lengua, las vocales como *accidentes*. Completaban la clasificación fonética de los árabes unas subclases sutiles de sonidos, ubicadas entre las vocales y las consonantes, tal la clase *huruf-al-qalquala*, unos sonidos leves.

El interés por la composición fónica de la lengua es el corolario, si no la expresión, de un interés muy acentuado por su sistema escritural. Es, en efecto, un rasgo específico de la civilización árabe interrogar la religión en y por medio de los textos escritos. Las exégesis del Corán, texto sagrado de una escritura sagrada, vienen acompañadas de una explicación mística del valor de cada elemento gráfico: de la letra. Se ha querido explicar tal preponderancia acordada a la escritura en la civilización árabe por la necesidad económica y política en la que se encontraba el imperio árabe de imponer su lengua, su religión y su cultura a los pueblos ocupados. Sin aminorar la especificidad de una concepción de la escritura con razones sociológicas, hemos de aceptar sin duda ambas interpretaciones (económica y religiosa) y llamar la atención sobre el desarrollo artístico y *ornamental* del sistema escritural árabe.

Efectivamente, las primeras muestras de escritura árabe remontan aproximadamente al siglo IV de nuestra era y son unas adopciones de signos gráficos de los pueblos vecinos, sin ninguna aspiración

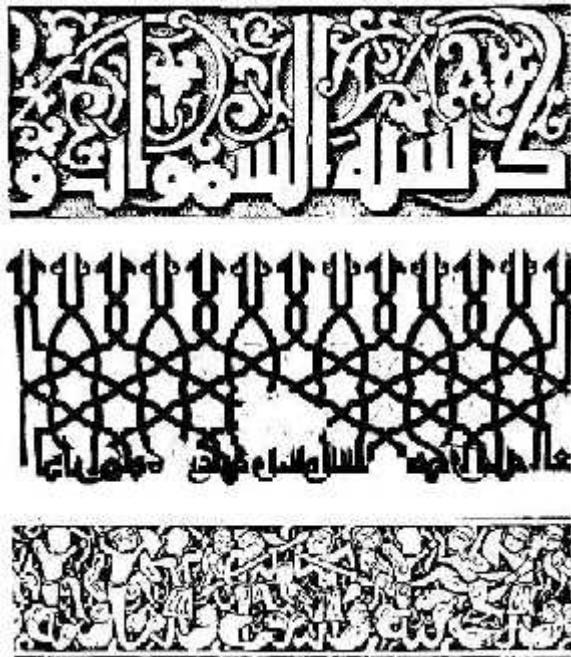
ornamental; a menudo inscriben los sonidos básicos del lenguaje con cierta confusión. La preocupación por embellecer los signos gráficos no aparece hasta la constitución del Estado omeyyade. Esta escritura, llamada «cúfica omeyyade», tan regular y cuidada, servía para fijar todas las obras de los soberanos desde el califa Abdal-Malik. En las sociedades conquistadas por el imperio árabe, se comienza a aprender la lengua, y la escritura árabe se convierte, junto al Corán, en objeto de sacralización. Ya no se escribe solamente para fijar un habla: la escritura es un ejercicio ligado a la práctica de la religión, es un arte, y cada pueblo aporta su propio estilo ornamental en la ejecución de aquellas grafías. De este modo, junto a los tipos de grafías utilitarias, se asiste a un despliegue de *escrituras decorativas*. Junto a la caligrafía propiamente dicha, se observa unas añadiduras y prolongamientos geométricos, florales, de elementos zoológicos, antropomórficos, etc. Tras un período de expansión, esta escritura decorativa (a partir del siglo XII) se vuelve otra vez más sobria de manera progresiva hasta desaparecer a finales de la Edad Media con el declive del islam en tanto que religión conquistadora. No obstante, las tendencias decorativas persisten incluso en la escritura árabe moderna, y su papel sigue siendo importante en un mundo en que la escritura es lo que materializa la unidad étnica de los pueblos que hablan diversos dialectos.

Pero volvamos a la teoría lingüística de los árabes.

La lexicología fue una rama muy importante. Conocemos los estudios de Isa as-Sagafi (fallecido en 766), gran lector del Corán y autor de unos setenta trabajos en el campo de la gramática.

Con Halil, los estudios fonéticos, lexicológicos y semánticos van a tomar una forma ordenada y acabada. Fue el inventor de la métrica árabe y de sus reglas; tan sólo nos han quedado los versos que acompañaban las reglas.

Halil compuso el primer diccionario árabe, el *Libro Ayna*, en el que las palabras están clasificadas no por orden alfabético, sino siguiendo un principio fonético-fisiológico que reproduce el orden en que las gramáticas indias clasificaban los sonidos: guturales, palatales, etc. La clasificación de las materias sigue el principio griego de distinción entre *teoría* y *praxis*. En la clase *teoría* se incluyen: las ciencias de la naturaleza (alquimia, medicina), las ciencias matemáticas y la ciencia de Dios. La gramática se halla después de la teología musulmana y antes de la jurisprudencia, la poesía y la historia.



Carácter ornamental de la escritura árabe. De arriba a abajo: escritura cúfica que se desarrolla sobre un decorado floral independiente; escritura cúfica con cenefa geométrica; escritura ornamental antropomórfica sobre un objeto de cobre.

Según Janine Sourdel-Thomine, *L'Écriture et la Psychologie des peuples*. (Centro Internacional de Síntesis, Ed Armand Colin).

El discípulo de Halīl, Sibawayhi, llevó la gramática árabe a su punto culminante, siendo su obra *Al-Kitāb* la primera gran sistematización.

Podemos advertir la ausencia de una teoría gramatical de la oración en aquellos gramáticos árabes. Si bien distinguían una oración nominal de una verbal, no tuvieron los conceptos de *sujeto* y *predicado*. En la oración nominal indican lo que para nosotros es un sujeto con el término *mubtada* «aquel por quien se comienza» y en la oración verbal con el término *fa'il*, «agente». Señalemos que, todavía hoy, el término de «sujeto» no existe en la terminología gramatical árabe. Es uno de los muchos síntomas que marcan la especificidad de la gramática árabe, la cual se ha mantenido apartada de la lógica aristotélica, por no querer supeditar el análisis de la lengua a sus categorías, y que sigue estando estrechamente ligada a las teorías pertenecientes al islam. El concepto de *quiyās*, analogía, hizo posible que los gramáticos árabes organizaran la lengua árabe en un sistema armónico en que todo tiene una motivación. Los especialistas, sin embargo, no pueden no darse cuenta de que la gramática árabe es más empírica que la gramática griega, y más relacionada con unas consideraciones ontológico-religiosas. Halīl, Sibawayhi y toda la generación siguiente de gramáticos árabes no

trabajaron como filósofos sino como lectores del Corán y analistas de lo que, en la lengua, podía corresponder a su enseñanza.

El centro de Kūfa, después del de Basra, se dedicó de una manera más obvia a lecturas coránicas. El gran gramático de Kūfa fue Al-Farra, inventor de una nueva terminología cuyo método original consiste en organizar el razonamiento gramatical citando versos.

La escuela de Basra tendrá un ilustre desarrollo con la generación posterior a Sībawayhi. Estos nuevos filólogos se establecen en Bagdad.

La escuela de Bagdad, hacia el siglo XI, presenta un verdadero auge de teóricos y de gramáticos que marcan un considerable progreso en el estudio del lenguaje. Podríamos citar algunos nombres: Al-Mubarrad posiblemente hizo del *Kitāb* de Sībawayhi un libro fundamental para cualquier estudio de la lengua; el lexicógrafo Ta'lab fue gran admirador de las grandes controversias gramaticales, etc. Un importante trabajo de sistematización de la lengua árabe fue realizado por Osman Ibn Gīnnī (941-1002), autor del libro *Sirr sinā at āl'i'rab*, *el secreto del Arte* (del lenguaje), en el que define la esencia y la función de las letras en sí mismas y respecto a las demás letras de una palabra, así como de *Hasa'is* (*Peculiaridades*) en que expone los principios de la gramática. Situamos la obra de Ibn Mālik (nacido en España en 1206, muerto en Damasco en 1274) al final de este período, siendo éste el autor de *Alfiyya* (publicado en francés por Sylvestre de Sacy, *l'Alfiyya ou la Quintessence de la grammaire árabe*. 1833): un poema didáctico de unos mil versos sobre la gramática. Mālik expone ahí una teoría morfológica que distingue tres partes del discurso: nombre, verbo, partícula; pero su máxima atención se centra en el estudio de las flexiones, *israb*, lo cual ya constituye una introducción a la sintaxis.

Mientras tanto, y gracias a aquellos diversos gramáticos, España se convierte en uno de los más importantes escenarios de la elaboración gramática árabe. Después de Ibn Gīnnī, sin embargo, la investigación carece de originalidad y se conforma con repetir y orquestar las fuentes. Subrayemos que el único objeto de esas investigaciones ha sido siempre la lengua árabe llamada *auténtica* o del *desierto*, tal como la encontramos en la poesía beduina y en el Corán, pero nunca en la poesía y prosa posteriores.

Los gramáticos europeos, junto con Ramón Llull (1235-1309), pero también J.-C. Scaliger, se interesaron por las adquisiciones de los gramáticos árabes. Hoy se estima que las nociones de *raíz y deflexión* preceden a las gramáticas árabes.

11. Las especulaciones medievales

Dos fenómenos marcan, a nuestro parecer, la concepción medieval del lenguaje.

El primero es el despertar de un interés lingüístico por las lenguas «bárbaras», interés que se manifiesta en la elaboración de *alfabetos* para dichas lenguas, así como unos *tratados* que abogan por su derecho de existencia, unas *traducciones* de las Escrituras, y hasta unas gramáticas que proponen las primeras leyes de su construcción.

El segundo es el desarrollo, sobre un fondo de cristianismo, de tradición greco-latina (platónica y neoplatónica), en la teoría gramatical. De todo ello resulta una concepción del lenguaje en tanto que *sistema de significación*: son los *modos de significar* los que se convierten en el objeto de la especulación medieval, preparando de tal modo la lógica de Port-Royal y anunciando a su vez los debates modernos sobre el signo. La lengua significa el mundo reflejándolo (como un espejo: *speculum*) por medio del sentido: cuáles son las modalidades de dicha «especulación», he aquí el problema teórico de la gramática de la Edad Media.

Entre los siglos II y IV, los pueblos bárbaros empiezan a inventar su escritura. Se trata de creaciones autónomas, mezcladas con préstamos de la escritura latina (o griega); son unos grafismos *alfabéticos*: tal la *oghámica* para los celtas, la *rúnica* para los germanos.

Los caracteres rúnicos están tallados en la madera; cada uno tiene un trazo vertical al que se añaden unos trazos horizontales. En el antiguo alfabeto germano vienen repartidos en tres grupos de ocho letras cada uno; el alfabeto escandinavo tiene una variante más reciente. Las runas estaban estrechamente ligadas a las prácticas adivinatorias y a unos ritos mágicos.

En el siglo VI aparece el alfabeto gótico, con una base de escritura griega y rúnica: fue creado por el obispo Wulfila (311-384), traductor de los Evangelios en lengua goda.

La escritura *oghámica*, difundida en Irlanda meridional y en el País de Gales, remonta probablemente al siglo IV y representa una serie de hendiduras para las que cada grupo, que es una letra, se diferencia de los demás por el número de trazos y por su dirección.

Los eslavos producen su alfabeto en el siglo X. Sus creadores fueron los hermanos Cirilo (827-869) y Método (fallecido en 885), monjes bizantinos de origen eslavo quienes tuvieron a su cargo una misión

evangélica en Moravia en 864. Los eslavos de Moravia, en efecto, para escapar de la dominación alemana y católica, se dirigieron al emperador bizantino para solicitarle una evangelización ortodoxa en lengua *eslava*. Para poder predicar en la lengua del pueblo eslavo, ambos hermanos precisaban traducir el Evangelio. Para elaborar el alfabeto eslavo, llamado *glagolítico*, recurrieron a una escritura antigua hallada entre los khazares, así como a la escritura griega. La escritura cirílica es una simplificación posterior de la *glagolítica*.

Este período de invención escritural, extensivo a todos los pueblos de Europa, muestra la importancia de dos hechos que caracterizan su relación con el lenguaje. En primer lugar, empieza a formarse una conciencia de la lengua en tanto que atributo nacional, expresión de una etnia y aval de su independencia política. Dentro de esta perspectiva, algunos teóricos de la época tuvieron hasta la audacia de oponerse al postulado de la santidad de las tres lenguas: el hebreo, el griego y el latín, exigiendo el pleno reconocimiento por derecho de su propio idioma. Así ocurre con el escritor búlgaro del siglo IX, Khrabre, quien escribe en su discurso *De las letras*: «Los helenos no tenían letras para su lengua mas escribían su discurso con letras fenicias... Ahora bien los libros eslavos, los creó, según dice Cirilo, él solo en unos años: [los inventores del alfabeto griego] fueron numerosos, siete personas que hartó tardaron en crear sus letras, y setenta personas para traducir [las santas Escrituras del hebreo al griego]. Las letras eslavas son más santas y más honorables pues las creó un hombre santo, mientras que unos helenos paganos fueron quienes crearon las letras griegas.

»Si se preguntase a los letrados griegos: “¿Quién creó vuestras letras y tradujo vuestros libros o en qué época?”, pocos habría que lo supiesen. Pero, si preguntamos a los alumnos que aprenden el alfabeto eslavo: “¿Quién creó vuestro alfabeto y tradujo vuestros libros?”, todos lo saben y responden: “San Constantino el Filósofo llamado Cirilo, él fue quien creó el alfabeto y tradujo los libros, junto con su hermano Método...”».

Por otra parte, y en un plano meramente lingüístico, aquellos alfabetos son la prueba de un análisis minucioso de la cadena sonora en elementos mínimos, análisis que, en ocasiones, viene acompañado de una teoría fonética explícita que anuncia la fonología moderna. Tal es la obra sobre el fonetismo islandés, el *Edda* de Snorri Sturluson (1179-1241) de la cual Pedersen (*The Discovery of Language*. 1924, trad. al inglés en 1931) escribe que está «bajo la forma de una propuesta de reforma de la ortografía, una excelente pieza de fonética, una

descripción de la pronunciación del antiguo normánico que nos resulta sumamente instructiva en la actualidad».

En cuanto a las especulaciones gramaticales propiamente dichas, se refieren principalmente a la lengua *latina*, pues los ensayos de gramaticalización de las demás lenguas no comienzan hasta finales de la Edad Media y, por lo demás, sólo se realizan durante el Renacimiento. A lo largo del medioevo, los eruditos empiezan los textos de Donato y de Prisciano o bien descifran la *Vulgata*. Entre las gramáticas latinas, citemos la del inglés Aelfric, abad de Eynsham, con fecha del año 1000; el resumen en hexámetros de la gramática latina por Pierre Hélie (1150) de la universidad de París, quien sostiene que hay tantos sistemas gramaticales como lenguas; y el famoso libro de Alexandre de Villedieu, *Doctrinale puerorum* (1200) también escrito en hexámetros.

Esta última gramática es ejemplar en la medida en que adapta la enseñanza gramatical a las reglas lógicas por lo que acentúa el camino que, desde Prisciano hasta Port-Royal, dedicará la supeditación del estudio lingüístico a los principios lógicos. En un enfoque lógico semejante, es preciso que el gramático privilegie, en su estudio, la descripción de las *relaciones* entre los términos. Se trata básicamente del *orden de las palabras* y de la *forma de las palabras*. El orden determina el valor lógico. Así: «la construcción intransitiva exige que el nominativo sea el soporte del verbo». Cuando interviene una negación, se coloca delante del verbo. Si el lugar determina el valor lógico, las formas invariables no tienen menos importancia. De Villedieu reconoce dos formas sobre las que se apoya la significación oracional: el *nombre* y el *verbo*.

Las relaciones nombre-verbo, llamadas *de rección*, dan lugar a una descripción de los seis casos previstos en el plano de su significación y no como un juego formal gramatical. Se trata de una auténtica *semántica* que se edifica sobre el fondo de esta concepción del paralelismo gramática-lógica. La sintaxis se basa sobre el concepto de *régimen*: es la relación que se establece entre el principio activo, el rector, y el principio pasivo, el regido, observa Chevalier. El análisis sintáctico no toma en cuenta unas unidades más largas que las de la pareja binaria nombre/verbo... La influencia del *Doctrinale* fue considerable en el siglo XVI.

Las gramáticas especulativas de la Edad Media concebían el estudio del lenguaje como un espejo (*speculum*). ya lo hemos dicho, que refleja la verdad del mundo inaccesible de forma directa. Así pues, a partir de

esa «senefiance»¹⁹ oculta, los estudios se convirtieron más tarde en tratados de *modi significandi*. Una de sus principales finalidades es la de delimitar la tarea de la gramática distinguiéndola de la de la lógica. La diferencia entre ambas viene así establecida: la lógica tiende a distinguir lo verdadero de lo falso mientras que la gramática capta las formas concretas que toma el pensamiento en el lenguaje, o, dicho de otro modo, la relación semántica del contenido con la forma. ¿Cuál es la organización de este sistema del lenguaje encargado de determinar los conceptos del pensamiento (o de expresarlos)? Está orientado en función de dos puntos de apoyo: el *nombre* y el *verbo*, el uno expresando la estabilidad, el otro el movimiento. El verbo desempeña el papel principal, primordial dentro de la oración. Para Hélie. es como el general de las tropas: «El verbo rige la oración: regir es arrastrar consigo otra palabra del discurso dentro de una construcción para la perfección de dicha construcción». El nombre y el verbo juntos forman entonces la oración la cual es una noción compleja y, como tal, objeto de la *sintaxis*. Se trata por supuesto de una sintaxis totalmente subordinada a la morfología: imitando la concepción aristotélica de la *substancia* y de sus *accidentes*, la gramática lógica plantea al lenguaje como una conjunción de *palabras declinables* y la sintaxis no es sino el estudio de dicha declinación.

¹⁹ Nota del traductor. «Senefiance» es un término propio de la Edad Media francesa que difiere sensiblemente de su posible equivalente moderno «significance» por lo que nos remitimos a Paul Zumthor y a su *Essai de Poétique Médiévale*. Ed. du Seuil, coll. Poétique, París, 1972, del que traducimos los dos extractos siguientes:

«Más que de “producción” continua de sentido, un término que evoca con demasiada exclusividad tal vez un proceso consciente, podríamos hablar de manera abstracta de *semiosis* o de *significancia*, emanación de una significación compleja aunque inagotable, generada por la totalidad de los signos y de los indicios que los afectan. (...) En un momento dado de la duración del texto aparece, para afirmarse luego, un último elemento cuya completa percepción no se realiza hasta el final: su “composición”, significante global conlleva un significado propio y único que abarca de modo jerárquico a todos los demás sin confundirse con éstos, sin embargo, pues los connota, por el contrario, retrospectivamente. (...) La impresión estética o moral no es sino la percepción, al fin completa, de la función poética del texto, el descubrimiento seguro y eufórico de la existencia de un tema en el seno del cual se ejerció dicha función» (p. 111).

«He aquí una de las oposiciones más fuertes que distinguen la narrativa breve de la novela. La “senefiance” de una novela [medieval] se establece a partir de cada uno de los detalles o episodios y conlleva de esta forma, normalmente, una multiplicidad que puede llegar hasta la contradicción: del mismo modo no podrá ser definida sino en su grado alto de abstracción. La “senefiance” de una narración breve [medieval] tiene como significante a la totalidad del texto como tal y, salvo excepción, tiene algo obvio y como concreto» (pp. 400-401).

La teoría de los *modi significandi* en sí misma postula la existencia de la cosa con sus propiedades (*modi essendi*) que son la causa, así como el efecto, de su propia intelección o comprensión (*modi intelligendi*). Este último modo va seguido de un revestimiento de la comprensión ideal por una envoltura racional, el *signo*, dando lugar al *modus significandi*. Damos a continuación la manera en que lo define Siger de Courtrai en *Summa modorum significandi* (1300): «El modo de significar al activo es una *ratio* brindada a la forma material por el intelecto de manera que tal forma material significa tal modo de ser. El modo de significar al pasivo es el modo de ser en sí significado por la forma material gracias a la operación del modo de significación al activo, o bien modo de significación referido a la cosa en sí». El autor da el ejemplo siguiente: un objeto, por ejemplo, una obra de carpintería de color rojo que adorna un cabaret, atrae la atención de la inteligencia y el hombre lo designa mediante la palabra: «cartel rojo». La inteligencia confiere a dicha palabra una determinada función, la de designar lo que formalmente apunta; la palabra (*dictio*) expresada mediante el habla (*vox*) tan sólo indica ese punto de vista del designador. Al habla está ligada la significación de manera indisoluble ya que la inteligencia otorga un sentido al signo verbal que expresa una parte del ser. Lo rojo del cartel, en las condiciones en las que se encuentra, gracias a la intervención del intelecto, es significativo del producto bermejo que es el vino. Este elemento de orden intencional que envuelve a la palabra, los gramáticos lo llaman *modus significandi*... (Cf. Q. Wallerand, *Les Oeuvres de Siger de Courtrai*, Louvain, 1913).

Al establecer la relación voz-concepto en tanto que núcleo del modo de significar del habla, Siger de Courtrai funda una teoría del signo discursivo.

El modo de significar se divide en: 1) *absolutus* y *respectivus* que forman la sintaxis; 2) *essentialis* (general y especial) y *accidentalis*. Con sus combinaciones se consiguen las partes del discurso y sus modalidades.

Las teorías medievales referentes al signo y la significación están poco estudiadas y poco conocidas hoy. La falta de información, debida en parte a la complejidad de los textos, pero quizá y sobre todo a su estrecha relación con la teología cristiana (tales como las tesis de San Agustín) nos priva probablemente de los más ricos trabajos que haya producido Occidente acerca del proceso de la significación, antes de que los censurara el formalismo, el cual se impondrá con el advenimiento de la burguesía (cf. el capítulo siguiente).

Hoy día, la *semiótica* ha heredado de la tradición lingüística científica aunque igualmente del inmenso trabajo teórico y filosófico sobre el signo y la significación que se ha ido acumulando siglo tras siglo. Retoma y reinterpreta los conceptos de *modos de significación*, de *significancia* (en los trabajos de Jakobson, Benveniste, Lacan), etc. Al aislar los conceptos de su fundamento teológico, se plantea el problema de acceder, hoy, —después de tantos siglos de olvido o de positivismo angosto— aquella zona compleja en que se elabora la significación con vistas a extraer los modos, los tipos, los procedimientos. Se puede considerar, en este campo, los libros de *gramática speculativa* y *modi significandi* de la Edad Media como precursores, siempre y cuando sean reinterpretados (e incluso invertidos con un planteamiento materialista además).

Podemos citar entre el resto de los «modistas» a Alberto el Grande (1240), a Thomas d'Erfurt (1350), etc.

Los desarrollos de estos teóricos no transformaron de manera radical las propuestas de Donato y de Prisciano acerca de la gramática. Tan sólo aportaron una visión *lógica* más profunda del lenguaje, y la *semántica* resultante, en el fondo, preparó un camino de estudio de la construcción lingüística en tanto que conjunto formal.

Algunos de estos tratados de *grammatica speculativa* y de *modi significandi* se convirtieron en unas semánticas sumamente elaboradas, tal como la combinatoria semántica de Llull que Leibniz retomó más tarde en su *Característica Universal*. Se sabe que Llull, antes de hacerse franciscano, pasó su juventud en la corte de Santiago de Aragón y parece ser que estuvo en contacto con los métodos cabalísticos de Abulafia. En cualquier caso, su obra presenta cierta influencia, aunque sólo fuese por la definición del arte que se encuentra en ella: *combinar los nombres que expresan las ideas más abstractas y más generales a partir de los procedimientos mecánicos con vistas a juzgar de este modo la veracidad de las proposiciones y descubrir nuevas verdades*. Su interés por las lenguas orientales y su preocupación por difundirlas son igualmente muy significativos.

No podemos hablar de las teorías lingüísticas de la Edad Media sin recordar el fondo filosófico sobre el cual se expandían, es decir, la célebre discusión entre *realistas* y *nominalistas* que marcó aquella época.

Los realistas, representados por John Duns Escoto (1266-1308), sostenían la tesis de Platón y de San Agustín acerca de la realidad del ser infinito para el cual las cosas son tan sólo la exteriorización. En cuanto a las palabras, están en relación intrínseca con la idea o el

concepto, y el concepto existe desde el momento en que hay una palabra.

Los nominalistas, representados por Guillermo de Occam (hacia 1300-1350 aproximadamente), pero también por Alberto y Santo Tomás, optaban por la existencia real de las cosas particulares y consideraban que el universo no existía sino en el alma de los sujetos conscientes. En el plano del lenguaje, ponían en duda la equivalencia de la idea y de la palabra. Las palabras corresponden a los individuos; en la oración: «El hombre corre», no es la palabra (*suppositio materialis*) ni la especie humana (*suppositio simplex*) sino la persona individual y concreta la que está corriendo: esta suposición se llama *suppositio personnalis*. El occamismo construye sobre tal suposición su doctrina del papel de las *palabras o términos* en el discurso, de donde se deduce el nombre de la doctrina: *nominalismo* o *terminalismo*.

El final de la Edad Media está marcado, por igual, por un nuevo elemento en la concepción del lenguaje. A la defensa de las lenguas nacionales vigentes ya desde el siglo X se añade la preocupación por la elaboración de gramáticas apropiadas a sus especificidades. Así, pues, la primera gramática francesa fue la de Walter de Bibbesworth, *L'Aprise de la langue française* del siglo XIV y el *Leys d'amour* (1323-1356), código de la poesía de los trovadores, en el cual una parte es una gramática de la lengua de oc. En 1400, varios clérigos componen el *Donat français*, una gramática completa del francés de la época. Podemos añadir a estos hechos, como lo observa G. Mounin (*Histoire de la linguistique des origines au XX siècle*, 1967), una nueva concepción *histórica* del lenguaje, si bien le falta mucho para tomar una forma filológica o comparativista que le dará posteriormente el siglo XIX. En Dante (1265-1321), *De vulgari eloquentia*, la defensa del idioma nacional viene acompañado por un ataque en contra del latín considerado como una lengua artificial. Por el contrario, el poeta constata el parentesco del *italiano*, del *español* y del *provenzal* y es el primero en afirmar su origen común. La apología de la lengua vulgar, en Dante, es en realidad una apología no solamente del italiano hablado frente al latín, sino además una apología de un fondo lingüístico primitivo, lógico o natural, en todo caso universal, que los siglos futuros sacarán a relucir y preservarán. Damos ahora, a continuación, la propia definición de Dante (la traducción francesa es de 1856), y en ella podemos ya recoger, a través de sus palabras, los acentos de los cartesianos y de los enciclopedistas:

«Entendemos por lengua vulgar el lenguaje mediante el cual sus

guías forman a los niños, cuando distinguen las palabras y, de forma más breve, del que, sin ninguna regla, nos apoderamos imitando a nuestra nodriza. Luego hay un lenguaje de segunda formación, que los romanos llamaron gramática: lenguaje poseído por ellos, por los griegos y demás pueblos: sólo unos pocos lo consiguen porque se consume necesariamente una gran tarea de tiempo y de estudios hasta regular y filosofar una lengua.

»De ambos lenguajes, el más noble es la lengua vulgar, bien porque fue el primer intérprete del género humano, bien porque domina nuestro planeta por doquier, aunque se divida en una sintaxis y un vocabulario distintos, bien, por último, porque nos resulta natural...

»Para que el hombre pudiese comunicar sus concepciones a sus semejantes, tuvo que tener un signo totalmente racional y sensible; racional porque tenía que recibir algo de la razón y algo que transmitirle; sensible porque, en nuestra especie, no se puede comunicar la inteligencia a no ser mediante los sentidos. Pero este signo es nuestro sujeto mismo, el lenguaje vulgar; sensible por naturaleza en tanto que sonido y racional debido a su significación interna en tanto que idea...».

Así, pues, en el ocaso de la Edad Media, las bases del latín en cuanto que lengua madre se derrumban y el interés se traslada hacia los idiomas nacionales en los cuales se seguirá buscando un fondo común, natural o universal, una lengua vulgar y fundamental. Paralelamente a esto, la enseñanza de las nuevas lenguas abrirá unas perspectivas nuevas y suscitará unas nuevas concepciones lingüísticas durante el Renacimiento.

12. Humanistas y gramáticos del Renacimiento

El Renacimiento orienta de manera definitiva el interés lingüístico hacia el estudio de las lenguas modernas. El latín sigue siendo el molde a partir del cual todos los demás idiomas son pensados, pero no es ni mucho menos el único y, además, la teoría que se establece sufre unas modificaciones considerables para poder concordar con las especificidades de las lenguas vulgares.

El estudio de las lenguas vulgares se justifica, como en Dante, por su origen y su fondo lógico comunes. Joaquín Du Bellay (1521-1560) en su *Défense et Illustration de la langue française*, tras haber atribuido la Torre

de Babel a la inconstancia humana, constata que las distintas lenguas «no nacieron por sí mismas tales hierbas, raíces y árboles: unas lisiadas y débiles en sus especies; otras sanas y fuertes y más aptas para sobrellevar el peso de las concepciones humanas» y acaba declarando: «Aquello (me parece) es una gran razón por la cual no se debe loar de tal suerte una Lengua y criticar otra: ya que todas proceden de una misma fuente y de un mismo juicio, para un mismo fin: para significar entre nosotros las concepciones y la inteligencia de la mente». Tal vocación lógica respecto a cualquier lengua justifica lo que quería demostrar Du Bellay, a saber «que la Lengua Francesa no es tan pobre como muchos lo estiman» y su recomendación «de ampliar la lengua francesa por medio de la imitación de los antiguos autores griegos y romanos».

El ensanchamiento del campo lingüístico conlleva necesariamente una acentuación de la concepción *histórica* la cual asoma ya a finales de la Edad Media. En este sentido, las obras de G. Postel, *De Originibus sen de Hibraicae linguae et gentis antiquitate*; G.-B. Baliander, *De ratione communi omnium linguarum el litterarum commentarius* (Zurich, 1548). en el que el autor estudia doce lenguas para encontrar un único origen común: el hebreo. Varias teorías caprichosas brotan de esta apertura de las fronteras lingüísticas: Giambullari (*Il Cello*, 1546) «prueba» que el florentino proviene del etrusco el cual nació del hebreo; Johannes Becanus (*Origines Antwerpinae*. 1569) «demuestra» que el flamenco es la lengua madre de todas las lenguas, etc. Algunas de estas excursiones lingüísticas intentan demostrar el carácter valioso de la lengua vulgar estudiada por el autor, comparándola con los méritos de las lenguas indiscutiblemente perfectas tales el griego o el latín. Así ocurre, por ejemplo, con Henri Estienne (*Traité de la conformité du fraçais avec le grec*, 1569). Con un enfoque comparativista, José-Justo Scaliger, hijo del gramático, establece unas clasificaciones tipológicas de los términos en su *Diatriba de europearum linguis* (1599). Por otra parte, la orientación del estudio gramatical hacia unas lenguas como el hebreo o bien hacia las lenguas modernas enfrenta al científico con unas peculiaridades lingüísticas (ausencia de casos, orden de las palabras, etc.), cuya explicación habría modificado sensiblemente el razonamiento lingüístico en sí.

Otro rasgo específico de la concepción lingüística del Renacimiento fue, sin duda, el interés por la *retórica* y cualquier *praxis lingüística* original, elaborada y poderosa, capaz de igualarse a las literaturas clásicas, y llegar incluso a superarlas. O sea, el lenguaje en la tradición

humanista no está considerado sólo como un objeto de erudición, sino como algo que tiene una vida real, ruidosa y colorida, convirtiéndose de este modo en la verdadera carne en la que se *practica* la libertad corporal e intelectual del hombre renacentista. Recordemos así la risa de Rabelais (1494-1553) para la erudición escolástica de los «sorbonnenses» [«sorbonnards»] y su fascinación por el habla popular que desobedece a las normas de los gramáticos para brindar su escenario a los relatos oníricos, a los juegos de palabra, a las bromas, los retruécanos, los discursos de feriantes, a la risa carnavalesca... Erasmo (1467-1536), con su *Elogio de la locura*, y toda su época, se pone a la escucha del «discurso loco» y no es sino un síntoma de suma importancia de aquella convicción, ya consolidada, según la cual el funcionamiento del lenguaje ofrece una complejidad que no sospechaban los códigos de la lógica y de la escolástica medieval.

Pero lo que marca, sin lugar a duda, del modo más profundo la *concepción* del lenguaje es que, durante el Renacimiento, constituye un objeto de *enseñanza*, y ello de manera ya generalizada. Hemos apuntado que en un período y en determinadas civilizaciones el lenguaje, indiferenciado del cuerpo y de la naturaleza, era el objeto de una cosmogonía general. Más tarde se ha vuelto objeto de *estudio* especificado y distanciado de lo exterior que representa. Al mismo tiempo, y principalmente entre los griegos, se *enseñaba* el lenguaje: se inculcaba las normas a quienes lo usaban. Dentro de la dialéctica del proceso entre *objeto que se enseña* y *método que enseña*, éste último acaba moldeando aquello que se había propuesto conocer en un principio. Las necesidades didácticas, dictadas ellas mismas por un mundo en plena evolución económica burguesa, a saber: claridad, sistematización, eficacia, etc., acaban siendo más fuertes: frenan las especulaciones medievales y sobredeterminan una reformulación de la ciencia grecorromana del lenguaje.

Las necesidades pedagógicas expuestas por Erasmo, quien desconfiaba del razonamiento y favorecía el *uso* y las *estructuras formales* como principio de base de los educadores, orientan el estudio del lenguaje hacia un *empirismo*: se da más importancia a los hechos, al uso y muy poca a la teoría. «Ninguna disciplina exige menos razón y más observación que la gramática» escribe G. Valla. «No se ha de razonar todo» insiste Lebrija. Pero, a la vez, los procedimientos pedagógicos, tales como los cuadros, los inventarios, las simplificaciones, etc., tienden hacia un *formalismo* que no tardará en manifestarse.

Los albores del siglo XVI están marcados por algunas obras gramaticales de este tipo: Vives (1492-1540), discípulo de Erasmo, *De disciplinis libri XII*; Despautère, *Syntaxis* (1513); Erasmo, *De octo orationis partium constructione* (1521), etc. La lengua francesa ya se ha convertido en objeto predilecto de los gramáticos, como lo muestran las obras *Principes en François*, *Nature des verbes*, etc. (hacia 1500). En 1529, Simón de Colines y Lefèvre d'Étaples publican *Grammatographia* cuyo propósito nos exponen según sigue: «Así como mediante aquellas descripciones generales del mundo llamadas cosmografías, cualquiera aprende muy deprisa a conocer al mundo entero, cuando no estaría seguro de conseguirlo con las lecturas, aun dedicándoles muchísimo tiempo, así pues, esta *Grammatographia* nos permitirá ver toda la gramática en poco tiempo».

Un importante rasgo de estas gramáticas empiristas de principios del siglo XVI: principalmente son unas *morfologías*. Estudian los términos de la oración: nombre, verbo, etc.. pero, observa Chevalier, estudian las palabras «en situación» y la gramática establece con esmero las *coordinadas fórmalas*, de dicha situación. El orden de las palabras, las relaciones de rección (término regido, término rector, rección única, rección doble, etc.) acaban estableciendo unas verdaderas *estructuras* oracionales a las cuales, no obstante, se les busca inmediatamente el equivalente en relaciones lógicas.

Obviamente, no podremos pararnos aquí, en el marco de esta rápida exposición, en todas las obras importantes de los gramáticos renacentistas. Semejante tarea que entra ya en el campo de la erudición aunque es incontestablemente de suma importancia para la elaboración de una epistemología de la lingüística que queda por hacer, no entra en el cuadro de este trabajo cuyo limitado alcance consiste en un esbozo general de los principales momentos de la mutación de la concepción del lenguaje. Por ello, sólo nos detendremos sobre algunos gramáticos cuyos trabajos, que no presentan por lo demás unas diferencias notables entre sí, propiciaron a pesar de todo el corte decisivo en el estudio del lenguaje como lo fue la gramática de Port-Royal en el siglo XVII. Vamos a ver en las líneas que siguen cómo una concepción *morfológica* de la lengua evoluciona hacia una *sintaxis*.

Jacques Dubois, llamado Sylvius, considerado como un Donato francés, es el autor de una gramática llamada *Isagôge – Grammatica latino-gallica*. En esta obra francolatina se dedica a transponer las categorías de la morfología latina al francés. Para ello, descompone los

enunciados no sólo en palabras sino también en *segmentos* mayores y busca sus correspondientes de un idioma a otro. Es posible deducir a partir de esto que, para Sylvius hay un fondo de universales lógicos comunes a todas las lenguas y que son la base de las diversas construcciones de cada idioma. En los esquemas lógicos establecidos de este modo, Sylvius aplica el método aristotélico (expuesto en el *Organon*) de jerarquización de las partes del discurso: cuanto más modos de ser significado posea la parte, más importante será (por ejemplo, el nombre y el verbo respecto a la preposición y la conjunción). En el marco de estos segmentos equivalentes en latín y en francés, Sylvius subraya los *signos* que constituyen, que sueldan el conjunto: artículo, pronombre, preposición. Al establecer, pues, una equivalencia *funcional* —la cual es a su vez *lógica*— entre los términos de un segmento en francés y los términos del mismo segmento en latín, Sylvius *mantiene la declinación* en francés: «Para nosotros, igual que para los hebreos de quienes la tomamos, la declinación es particularmente fácil; para lograr el plural, basta con agregar una s al singular y con conocer los artículos cuyo número es muy limitado y que hemos buscado entre los pronombres y las preposiciones». Como quería establecer a toda costa la equivalencia con la gramática latina —por una preocupación por una equivalencia lógica entre ambas lenguas—, Sylvius siguió empleando la noción de *declinación* para describir la gramática francesa, subrayando al mismo tiempo la diferencia entre ésta y aquélla, la gramática latina: eso le lleva a valorar el papel de la *preposición* y sobre todo del *artículo* en cuanto que agente del sistema francés de declinación.

Antes de abordar la obra de quien, prosiguiendo el esfuerzo de Sylvius, acabó imponiendo una actitud teórica y sistemática seria en el estudio del lenguaje, remediando de esta forma los defectos del empirismo, hemos de mencionar la gramática publicada en Inglaterra por Palsgrave, *L'Esclaircissement de la langue françoise* (1530). Esta obra hereda de la tradición de autores como Linacre (*De emendata structura*), de Erasmo, Gaza, y trata de definir las leyes de ordenación de un idioma que no se ha estabilizado aún.

No obstante, la obra de J.-C. Scaliger, *De causis linguae latinae* (1540) es la obra que va a marcar toda la segunda mitad del siglo XVI. Aunque se centra únicamente en la lengua latina, esta obra supera su época y se inscribe en los mejores ejemplos de rigor lingüístico de su tiempo. Como lo indica el título, el gramático habrá de descubrir las causas (*lógicas*) de la organización lingüística que se ha propuesto

sistematizar. Como todos los humanistas, se fijará sobre todo en el uso y se fiará los datos y los hechos; pero no dejará por ello de ocuparse de la razón que está a la base y determina aquellos hechos. Al contrario, todo su trabajo estará enfocado desde un punto de vista teórico principalmente hacia la demostración de la veracidad de lo fundado, la *ratio* previa que manda sobre la forma lingüística. «El vocablo es el signo de las nociones que están en el alma», esta definición traduce muy bien el concepto del lenguaje, según Scaliger, que representa unos conceptos innatos, dirán posteriormente los cartesianos.

Si sostiene que «la gramática es la ciencia que permite hablar conforme al *uso*», Scaliger insiste igualmente sobre el hecho de que «incluso si el gramático otorga alguna importancia al significado [*significatum*] que es una suerte de forma [*forma*], no lo hace por cuenta propia sino para transmitir el resultado a aquel cuyo oficio es ir en busca de la verdad». Se trata, en efecto, del lógico y del filósofo y se comprende que para Scaliger como para toda la tradición gramatical, el estudio de la lengua no tiene un fin en sí, ni autonomía, sino que pertenece a una teoría del conocimiento a la cual está subordinado. Pero este gesto de Scaliger se acompaña de otro que intenta delimitar el campo de la gramática insistiendo primero sobre el hecho de que no es un arte sino una *ciencia*. A la vez que la incluye de manera implícita dentro de un proceso lógico, la distingue de la ciencia lógica excluyendo de la gramática la ciencia del juicio. La distingue también de la retórica y de la interpretación de los autores para edificarla finalmente como una gramática normativa, corrección del lenguaje, con dos vertientes: estudio de los elementos componentes (morfología) y de su organización (sintaxis).

De manera más concreta ¿cómo se construye esta gramática concebida de tal suerte? «El vocablo — escribe Scaliger — consta de tres modificaciones: la concesión de una forma, la composición y la verdad. La verdad es la adecuación del enunciado a la cosa de la que es el signo; la composición es la conjunción de los elementos en función de las proposiciones correspondientes; la forma se da por creación [*creatio*] y por derivación [*figuratio*]²⁰.» Sería, pues, lógico que hubiese tres tipos de explicaciones [*rationes*] en la gramática: «la primera relativa a la forma, la segunda a la significación, la tercera a la construcción».

²⁰ Queremos expresar aquí todo nuestro agradecimiento a M. J. Stefanini por habernos facilitado la traducción francesa inédita del texto, tan difícil, de J. C. Scaliger.

Una preocupación constante de sistematización, inspirada en Aristóteles, preside la obra. Es preciso que el análisis empiece por las *partes* para llegar a la composición del *todo*; es mejor este método «porque sigue el orden de la naturaleza; es mejor porque pone de relieve la superioridad de la mente del maestro [*tradentis*] y porque primero hay que tener todos los elementos dispuestos según un orden establecido antes de hacer que la mente trabaje en ello».

En este orden de ideas, Scaliger divide los elementos lingüísticos en categorías: primero los que componen la palabra (pueden ser simples como las letras y compuestas como las sílabas), luego piensa visiblemente en una unidad discursiva superior a la palabra, la oración y sus subconjuntos ya que distingue dentro de tal unidad superior unos *nombres* y unos *verbos*. «Mas no puede mostraros qué elementos se aglutinan para formar lo que llamamos un nombre: son unos elementos que están clasificados en un género en función por decirlo así, de un dato universal.» Vemos que Scaliger renuncia a analizar las partes del discurso en función de su papel y de su posición aunque los distingue a partir de su alcance lógico («dato universal»).

Ahora bien, y es aquí una mella en la que se instalará el razonamiento sintáctico subyacente a la morfología, si el dato lógico puede ser definido con facilidad, no ocurre lo mismo para el dato lingüístico que, por lo demás, no cubre siempre la categoría lógica (la causa) admitida en un principio como determinante. En el desfase que así se establece, se va a instalar el análisis de las *substituciones*, de las *modificaciones*, de las *transiciones*, dentro de las cuales se esbozará de manera más clara que en los gramáticos anteriores una sintaxis mezclada aún con la morfología llamada aquí etimología, ciencia de las derivaciones, declinaciones, conjugaciones. Unos análisis semejantes atestiguan el interés de Scaliger por un estudio de las funciones de los términos en el conjunto lingüístico, en contra de la definición morfológica previa y prefijada: «Como la ciencia perfecta no se conforma con una única definición sino que exige por igual el conocimiento de las modalidades que reviste el objeto [*affectus*], veremos lo que los antiguos autores dijeron de las modalidades de cada uno de los elementos y lo que, por nuestra parte, pensamos de ello». O bien: «Nadie está menos favorecido por la suerte que el gramático amante de definiciones».

El orden que sigue la exposición de Scaliger es el orden jerárquico de los gramáticos del Renacimiento:

1. El *sonido*: descompone los fonemas en sus constituyentes: $Z = C$

+ D, y sigue la mutación de las letras (vocales y consonantes) durante el paso del griego al latín y a lo largo de la evolución de la lengua latina.

2. El *nombre*: Primero definido semánticamente, en su *causa lógica*, es «signo de la realidad permanente», «como si constituyera de por sí causa del conocimiento». Luego comparado a las demás partes del discurso, tal el pronombre, acaba revelándose por completo a la luz de sus modificaciones: especie, género, número, figura, persona y caso. El problema del caso da lugar a unas consideraciones de orden ya sintáctico, respecto a los problemas de reacción y al papel funcional del nombre –diferenciado de su carga semántica– dentro del conjunto lingüístico.

3. El *verbo* sería «el signo de una realidad enfocada desde el punto de vista del tiempo». El conjunto de los verbos se divide en dos grupos: los unos designan la acción, los otros la pasión, pudiendo ambos grupos, además, sustituirse uno por otro para expresar el mismo significado. Scaliger estudia el tiempo, los modos, las personas y el número del verbo. Constata entre otras cosas la posibilidad de sustitución de una categoría verbal por otra, apoyándose todas sobre la misma razón (idea) lógica. Así: *Caesar pugnāt* → *Caesar est pugnans* → *Caesar est in sar pugnāt*, es uno de los numerosos ejemplos que preparan la gramática de Port-Royal y en los que las gramáticas transformacionales hallan a su antepasado.

4. El *pronombre*: «No difiere del nombre por su significación sino por su manera de significar [*modus significandi*].

Al recurrir constantemente a los *modi significandi* y al construir sus razonamientos de este modo sobre un fondo semántico, Scaliger busca entonces la *lógica vocis ratio* –o la razón de cada vocablo. Al mismo tiempo, su visión del lenguaje no descompone sino que opera sobre unos vastos conjuntos cuya sintaxis se va esbozando «porque la verdad reside en el enunciado y no en la palabra aislada». La obra de Scaliger, escrita con un estilo de violenta oposición a las teorías de sus antecesores y de constante replanteamiento de las contemporáneas, pretende ser, por lo que nos dice el mismo autor, «un libro muy nuevo». Es, en efecto, ejemplar en cuanto que *síntesis* de las teorías semánticas y formales y en cuanto que *precisión* de las construcciones en número limitado (unión y sustitución sobre fondo lógico) en las que la lengua se organiza.

La gramática francesa está jalonada después de obras de Maigret, Estienne, Pillot, Garnier y encuentra su punto culminante con las obras

de Ramus, *Dialectique* (1556) y *Gramere* (1562).

La preocupación metodológica fundamental de Ramus consiste en situar su procedimiento en relación, por un lado, con la razón universal (los principios del fundamento lógico de la construcción lingüística) y, por otro lado, con la experiencia o la «inducción singular», como dice él, y que define de la siguiente manera: «experimentar mediante el uso, observar mediante la lectura de los poetas, oradores, filósofos y, en fin, de todos los hombres excelentes». El razonamiento de Ramus se efectuará en el constante vaivén de la razón al uso, de los principios filosóficos a la observación lingüística. «Si el hombre es sabedor del arte e ignorante de la práctica, será, dice [Aristóteles], el Mercurio de Pasón y no sabrá si la ciencia se halla fuera o dentro.» (*Dialectique*.)

La *Dialectique* y la *Grammaire* son casi paralelas: la primera se enfrenta con el pensamiento que trasciende la lengua; la segunda examina la manera en que dicho pensamiento es transcendido. Lógica y gramática son inseparables por lo que la gramática se desarrolla sobre fondo de lógica. «Las partes de la Dialéctica son dos, Invención y Juicio. La primera declara las partes separadas de las que se compone toda sentencia. La segunda muestra las maneras y especies para disponerlas, mientras que la primera parte de Gramática enseña las partes de la oración y la Sintaxis describe su construcción.» Chevalier lo constató con agudeza: para construirse, la sintaxis se beneficia de la lógica que es supuestamente la base de la lengua en cuanto que organización del fondo común, de la razón universal; pero tal «beneficio» no va muy lejos porque impide que la sintaxis se vuelva autónoma: habrá de referirse constantemente a las definiciones lógico-semánticas de los términos, es decir, a la morfología.

La gramática formal se ve amenazada por sus propios principios.

Un punto importante en la concepción ramuseana de la relación pensamiento/lenguaje: al asimilar el uno al otro, Ramus plantea el pensamiento en función de la imagen que tiene del discurso, es decir, como una *linearidad*. La consecuencia estriba en que «presenta como unos moldes fundamentales de la enunciación tres tipos diferentes sustituibles: la oración con verbo lleno –la oración con el verbo ser y la oración negativa», con lo que establece tres tipos canónicos susceptibles de sustitución. El análisis del *juicio* y del *silogismo* da los elementos constitutivos del pensamiento así como su organización, que guía la reflexión gramatical y funda el método. Pero ésta precisará una observación rigurosa de la enunciación en sí para construirse de

forma definitiva. He aquí la definición ramuseana de dicha dialéctica entre lógica y gramática que fundamenta un método fiel a la «naturaleza»: «Pongamos que todas las definiciones, distribuciones, reglas de Gramática hayan sido encontradas y que cada una haya sido verdaderamente juzgada, y que todas esas enseñanzas hayan sido escritas en diversas tablillas las cuales hayan sido mezcladas entre sí todas juntas dentro de una vasija y barajeadas una y otra vez como si de un juego de naipes se tratara. Aquí pregunto por la parte de Dialéctica que pudiera enseñarme a disponer aquellos preceptos ahora confundidos y devolverles un orden. Primeramente no serán precisos los lugares de invención pues se ha encontrado ya: cada una de las enunciaciones particulares ha sido probada y juzgada. No hará falta, primero, ningún juicio de la enunciación ni, segundo, un silogismo. Lo único que queda es el método, camino seguro de colocación. El dialéctico, pues, elegirá por las luces del método natural dentro de aquella vasija la definición de Gramática ya que es lo generalísimo y la pondrá en primer lugar. “Gramática es doctrina del hablar bien.” Luego, buscará en la misma vasija la partición de Gramática y la colocará en segundo lugar. “Las partes de Gramática son dos: Etimología y Sintaxis.” Consecuentemente, en esa misma vasija, separará la definición de la primera parte y la añadirá en tercer grado después de los predecesores. Así al definir y distribuir, llegará a los ejemplos especialísimos y los colocará en último lugar. Y hará lo mismo en la otra parte, como nos hemos preocupado en disponer hasta ahora los preceptos de Dialéctica, y generalísimo primero, siguiendo los subalternos, los ejemplos especialísimos los últimos».

Las teorías estrictamente gramaticales de Ramus están expuestas en sus *Scholae grammaticae* (1559), tratado teórico, así como en sus gramáticas latina, griega y francesa. Ya viene enunciado el principio en la *Dialectique*: será cuestión de *gramáticas formales* partiendo de bases lógicas y que, para probar su verdad, vuelven a dicha base. Las construcciones gramaticales pasan de una en otra por sustitución o transformación, acorde a las reglas del contexto y a las peculiaridades de las formas. Se excluye el sentido de la reflexión explícita ya que la gramática se da como un *sistema de marcas*. Una gramática de tal índole, escribe Chevalier, «es incapaz de poner de relieve las relaciones que permitirían mostrar otra cosa que no fuese su propio funcionamiento. El sistema de correspondencias internas se extiende a la investigación de las lenguas emparentadas; la gramática modelo por entero se convierte en marco de las restantes gramáticas; no se podría

hablar de universalismo aquí, sino más bien de imperialismo, si queremos hablar en término de valoración, o de una imposibilidad de salirse de su propio sistema, si queremos trazar los límites del método formal. El mismo proceso se impone para la descripción del francés: si se adopta el sistema formal del latín es por necesidad de un método; las transformaciones formales imprescindibles dentro de una lengua son también imprescindibles para pasar de una lengua a otra; el arsenal de los procedimientos de reducción a la norma están perfectamente dotados por lo que la operación resultará fácil. Razón por la cual se buscará en las preposiciones, en los artículos o en las elipsis el *material de conversión*, de la misma forma que cuando se habla de los nombres *monoplata*²¹ o de los verbos impersonales...».

En el análisis de la gramática francesa, Ramus establece en primer lugar los principios formales y las distinciones formales entre las partes del discurso: «Nombre es una palabra con número y género», «hay unos nombres llamados vulgarmente pronombres y parecen tener algunos casos», etc. Además de las marcas morfológicas, se define los términos en función del *orden*. Así se puede leer en el capítulo «De la convenance du nom avec le verbe» (ed. 1572 de la *Grammaire française*): «Y parece que por muy mal que nos expresemos, las palabras transpuestas, según la opinión de Aristóteles, deben significar una misma cosa. Pues ya hemos demostrado que el francés tiene cierto orden en la oración que no se puede cambiar de ningún modo». Después de las marcas morfológicas y el orden, el siguiente objeto de estudio es la preposición en tanto que importante elemento sintáctico. Realiza la mutación de una construcción a otra; es el agente formal de una transformación que, por lo demás, en vez de remitir a una concepción dinámica del lenguaje, lo fija en una representación de la lengua como coexistencia de estructuras paralelas y estables que se responden una a otra. Como este ejemplo de sustitución de un «sintagma verbal» por un «sintagma nominal»: «Mas las tres preposiciones D [*de*], Du [*del*]. Des [*de los-de las*] son tan sumamente eficientes que un nombre no puede nunca estar regido por un nombre o un verbo pasivo, a no ser por medio de aquéllas: como, *La vile de París, Le pale' de Roe, La doctrine des Ateniens, Tu es eime de Dieu, du môde, des omes*»²².

²¹ Nombres que sólo poseen un caso.

²² «La ciudad de Paris, el palacio de Roven, la doctrina de los atenienses. Eres amado de Dios, del mundo, de los hombres,...» (*Nota del traductor.*)

Pero este formalismo no está sino para recoger las consideraciones lógicas acerca del contenido; los métodos lógicos de clasificación, de juicio, de identificación de los elementos, etcétera, rellenan el cuadro formal.

Es obvio que la gramática de Ramus, aun dando un paso considerable en cuanto a la ordenación y al rigor lógico, a la sistematización y la formalización, se detiene, sin embargo, en el umbral del análisis sintáctico por no ser capaz de definir las relaciones ejercidas entre las marcas formales y que disponen el enunciado según un orden estricto. Por lo cual, podríamos decir junto con Chevalier que «la gramática de Ramus es el primer intento... de una gramática formal pero, ya, el primer fracaso».

Después de Ramus, autores como Henri Estienne, *Hypomneses de Gallica lingua peregrinis eam discentibus necessariae*. 1582, y *Conformité du langage françois avec le Grec*. 1565, así como Antoine Cauchie, *Grammatica Gallica*, 1570, prosiguen el esfuerzo de formalización de la lengua francesa cada vez más desprendida de los esquemas de la gramática latina.

Sigue, luego, un período de declive de la teoría gramatical francesa. Las grandes obras se elaboran sobre el latín —preocupación por un universalismo propio del Renacimiento nacionalista en apariencia— por autores españoles como Sanctiones, alemanes o neerlandeses como Scopio, Vosio, etc. El culto por la razón se instala de una manera cada vez más firme (se pone al uso entre paréntesis). Tal es, por ejemplo, la obra conocida de Sanctiones, *Minerve, seu de causis linguae latinae* (Salamanca, 1587), cuyo título es el nombre de la famosa diosa de la razón. Resulta interesante subrayar que, para Sanctiones, su título *Minerve* se opone al de *Mercurius*, título de un gramático anterior y rival suyo. Por tanto, Sanctiones sustituye conscientemente el dios del comercio y del cambio por la diosa de la razón, o sea, la concepción del lenguaje como fluidez y comunicación por la concepción del lenguaje como organización lógica y susceptible de descripción rigurosa. La lengua está pensada como la expresión de la naturaleza, es decir, de la razón; los elementos lingüísticos representan los términos lógicos y sus relaciones. Sanctiones se inspira de Ramus pero trasladando a un nivel más abstracto la reflexión ramuseana dedicada a la observación de los hechos lingüísticos. Para Sanctiones, la lengua ya se ha convertido en un sistema: el deseo de sistematización lógica domina al de estructuración formal y, en definitiva, morfológica de Ramus. «*Usus porrosine ratione non movetur*», escribe Sanctiones y orienta su reflexión

hacia el sentido más que hacia la forma.

Se impone una conclusión sobre el desarrollo de la reflexión lingüística en el siglo XVI. La ciencia del lenguaje se desprende de las disciplinas aferentes al mismo tiempo que se apoya en ellas –en la lógica básicamente– pero deja de ser una especulación para devenir una observación. El empirismo se une a la metafísica para moderarla, transformarla en lógica e iniciar la elaboración de un proceder positivo-científico. La antigua controversia heredada de los griegos, entre la concepción de la lengua como natural o como convencional, se ve desplazada y reemplazada por otra: la controversia entre la concepción según la cual la lengua es una *ratio* o bien un *uso*. La *fisis*/tesis se vuelve razón o naturaleza/uso. Mas ambos términos de la dicotomía no se excluyen, tal como ocurría en tiempos de Platón: se superponen y traspasan en vertical al lenguaje que, de este modo, se desdobra en: fondo lógico (racional, necesario, regulado) y enunciación propiamente lingüística (variada, irreductible a su fondo, para captar en sus distintas manifestaciones dentro de una misma lengua o de un idioma a otro). Bacon lo dirá más tarde (*De dignitate*, 1623): «Pues, en verdad, las palabras son los vestigios de la Razón». La gramática se preocupará por sistematizar esa diversidad-vestigio que cubre un fondo razonable: era la meta de Ramus y de Sanctiones.

A este cambio de método se une una modificación de procedimiento del discurso gramatical: de morfológico que era en sus inicios, se encamina lentamente hacia la sintaxis tanto permitida como obstaculizada por la lógica.

El estudio del lenguaje no se ha vuelto aún «ciencia piloto», modelo de cualquier pensamiento que tenga que ver con el hombre, como ocurre hoy día. Pero en su esfuerzo por sistematizarse, esclarecerse, racionalizarse y especificarse, la gramática se hace disciplina autónoma e imprescindible para quien quiere conocer las leyes del pensamiento. Bacon lo formulará con mucha más precisión: la gramática es, «vista por las demás ciencias, como un viajero que no es, a decir verdad, sumamente excepcional pero sí sumamente necesaria». A partir de este momento, seguir el cambio de la concepción lingüística es lo mismo que seguir la minuciosa transformación de un discurso en vía de volverse científico: el discurso lógico-gramatical. Es decir, que, a partir de este momento, la concepción del lenguaje está claramente ligada a dicha transformación que sufre el conocimiento arrancado a la metafísica medieval, y a las sucesivas transformaciones que allí van a conformarse, a través de todas las manifestaciones

simbólicas de la sociedad (la filosofía, las distintas ciencias, etc.), incluido el estudio del lenguaje.

13. La Gramática de Port-Royal

Después de las obras notables de Scaliger y de Ramus, los estudios de la lengua que nacen a finales del siglo XVI y principios del XVII tienen poca envergadura. Son unas obras con fines pedagógicos que no aportan ninguna innovación teórica si bien se esfuerzan por simplificar las reglas de la lengua para que los alumnos comprendan más fácilmente. Un rasgo positivo a pesar de todo: el número de las lenguas aprendidas aumenta por lo que las gramáticas se vuelven polilingüísticas; se confronta el inglés, el francés, el alemán, el italiano y los marcos impuestos por el latín se desmoronan cada vez más.

La preocupación por regular la lengua se resiente tanto en el plano político como en el retórico. Malherbe (1555-1628) se va a dedicar a poner cierta disciplina en el francés, limpiándole de todo neologismo, arcaísmo o provincialismo. Exigencia idéntica por parte de Richelieu cuando funda en 1635 la Academia francesa: «La función principal será trabajar con todo el cuidado y esmero posible para dar unas reglas certeras a nuestra lengua y hacerla pura, elocuente y capaz de tratar las artes y las ciencias», podemos leer en los estatutos de la Academia de 1634.

Regularización, sistematización, hallazgo de leyes tales que permitan a la lengua francesa alcanzar la perfección de las hablas clásicas, éste es el tono de los debates del siglo.

El arte del hablar bien se pone de moda en Francia: en la corte lo aprenden en el libro de Vaugelas, *Remarques sur la langue française* (1647). Disponiendo de las ideas de Scaliger imitando el estilo de Valla cuyo *De Elegantia* recoge la enseñanza de Prisciano según una perspectiva amanerada, Vaugelas presenta bajo forma cortés y agradable el francés «armonioso» reducido a unas pocas reglas. Oudin, en su *Grammaire française* (1634), intenta desarrollar la gramática de su antecesor Maupas pero, en el fondo, sólo acumula unas observaciones sutiles y pormenorizadas en vez de exponer grandes síntesis teóricas. La meta principal de obras de tal índole es acomodar las propiedades de una lengua moderna, el francés, a la vieja máquina latina, sobre la base de la pareja nombre-verbo: hay que

insertar los artículos, las preposiciones, los auxiliares, etc. Tratan de demostrar que una expresión con preposición es igual, en francés, a una expresión con genitivo o dativo en latín. Vaugelas advierte que en el ejemplo: «una infinidad de personas tomaron...», «una infinidad» es nominativo y «personas» genitivo. En otros ejemplos reconoce la existencia del ablativo y, de este modo, completa la declinación francesa.

Para la dignidad de la lengua moderna se precisa probar de cualquier forma que tiene las categorías del latín: todos los esfuerzos se concentran en este sentido. Bacon escribe: «Et n'est-ce pas une chose digne de remarque bien qu'aujourd'hui cela paroisse estrange, que les langues anciennes estoient pleines de déclinaisons, de cas, de conjugaisons, de temps et de choses semblables, et que les Modernes n'en ayant point de semblables font entrer nonchalamment plusieurs choses par des prépositions et par des mots empruntés d'ailleurs? Et c'est a vray dire de fa, que Ton peut facilement conjecturer, quoy que Ton se flatte soy-mesme, que les Esprits des siècles passez dut esté beaucoup plus aigus et plus subtils, que ne sont ceux d'a présent». (*Neuf livres*, VI, p. 389, trad. 1632)²³.

Vislumbramos aquí el callejón sin salida de la gramática formal del Renacimiento. Había probado que las construcciones lingüísticas latinas tenían unas *causas*, es decir, que eran lógicas y, por tanto, naturales. Las lenguas modernas sólo han de cumplir esas mismas causas; sus estructuras no son sino unos marcos formales que se responden mutuamente, apoyados sobre una misma lógica. El pensamiento acerca del lenguaje se encuentra entonces bloqueado: se establecerá tan sólo los correspondientes formales de un esquema lógico ya establecido, sin poder descubrir nuevas leyes que rigen las lenguas modernas.

Salir del callejón sin salida, es lo que propone la *Grammaire de Port-Royal* (1660) de Lancelot y Arnauld fundada sobre los principios elaborados por Descartes.

Sabemos que en un gesto idealista Descartes plantea la existencia de

²³ «¿Pues no es acaso digno de observación aunque ello parezca extraño hoy, el que las lenguas antiguas estuvieran llenas de declinaciones, de casos de conjugaciones, de tiempos y de cosas semejantes, y que los Modernos, al no tener semejanzas, introduzcan indolentemente varias cosas mediante preposiciones y préstamos? A partir de esto podemos, sin duda, conjeturar aunque nos halagamos a nosotros mismos, que las mentes de los siglos pasados fueron mucho más agudas y más sutiles que lo son las del presente.» (*Nota del traductor.*)

un pensamiento extralingüístico y da al lenguaje el apelativo de «una de las causas de nuestros errores». Puesto que el universo está dividido en «cosas» e «ideas», se excluye al lenguaje que acaba siendo un estorbo, un intermediario inútil y superfluo. «Au reste, parce que nous attachons nos conceptions a certaines paroles, afin de les exprimer de bouche, et que nous nous souvenons plutôt des paroles que des choses, à peine saurions-nous concevoir aucune chose si distinctement que nous séparerions entièrement ce que nous concevons d'avec les paroles qui avaient été choisies pour l'exprimer. Ainsi la plupart des hommes donnent leur attention aux paroles plutôt qu'aux choses; ce qui est cause qu'ils donnent bien souvent leur consentement à des termes qu'ils n'entendent point, et qu'ils ne se soucient pas beaucoup d'entendre, soit parce qu'ils croient les avoir autrefois entendus, soit parce qu'il leur a semblé que ceux qui les leur ont enseignés en connaissent la signification, et qu'ils l'ont apprise par le même moyen.» (*Les Principes de la philosophie*. I, p. 74)²⁴.

Si tal formulación concreta objetivamente el estado al que conduce la teoría del conocimiento cartesiano, parece, sin embargo, que se plantea como un obstáculo ante cualquier intento serio de estudio del lenguaje en cuanto que formación material específica. No obstante, las concepciones de Descartes acerca del entendimiento humano, sus principios del razonamiento (*Discurso del método*), etc., guiaron a los Solitarios de Port-Royal y sucesores en su búsqueda de las leyes del lenguaje. Fenómeno paradójico fue aquel en que una filosofía, la de Descartes, que omite el lenguaje, se convirtió –y ello hasta hoy– en el fundamento del estudio del lenguaje. Considerada en sus orígenes, la lingüística cartesiana es una contradicción en los términos (la desconfianza cartesiana del lenguaje está tomada como garantía de la realidad absoluta de una normalidad gramatical sostenida por el sujeto), que ilustra las dificultades futuras del proceder científico en el dominio de las ciencias humanas, proceder condicionado y preso, desde su raíz, por las redes de la metafísica.

²⁴ «Por lo demás, puesto que ligamos nuestras concepciones a ciertas palabras, con el fin de expresarlas verbalmente, y puesto que nos acordamos más de las palabras que de las cosas, difícilmente podríamos concebir cosa alguna con la suficiente distinción como para separar totalmente lo que concebimos de las palabras que hubiéramos elegido para expresarlo. De este modo, la mayoría de los hombres otorgan su atención a las palabras más que a las cosas; con lo cual dan a menudo su consentimiento a unos términos que no entienden y que no tratan de entender, ya sea porque crean haberlos entendido anteriormente, ya sea porque les haya parecido que quienes se los enseñaron conocían la significación y que, de la misma manera, la han aprendido.» (*Nota del traductor.*)

A primera vista, la gramática de Port-Royal no se distingue de manera sensible de las que la precedieron, las gramáticas formales del Renacimiento, a no ser sin duda por su claridad y su concisión. Efectivamente, encontramos las mismas correspondencias entre los casos latinos y las construcciones de la lengua francesa. No obstante, dos innovaciones metodológicas fundamentales renuevan por completo la visión de la lengua propuesta por los Solitarios de Port-Royal.

En primer lugar, teniendo en cuenta al mismo tiempo el del estado actual de la gramática, heredado del Renacimiento, reintroducen la teoría medieval del *signo* que los humanistas-formalistas habían olvidado o, al menos, callado. La lengua es, en efecto, un sistema, tal como lo había mostrado Sanctions, pero un *sistema de signos*. Las palabras y las expresiones lingüísticas revisten unas ideas que remiten a unos objetos. La relación lógica o natural que revela la verdad de las cosas, se efectúa en el nivel de las ideas: es el nivel lógico. La gramática tratará un objeto, la *lengua*, que no es más que el *signo* de aquella dimensión lógica y/o natural: por lo cual dependerá de la lógica, gozando a su vez de autonomía. He aquí el forcejeo metodológico que dará pie a un planteamiento de una *ratio* en tanto que *fondo* de la lengua, una *ratio* común y necesaria sobre la cual se va a establecer, en relación a ella pero también distanciado de ella, el juego de los signos –de las formas– propiamente lingüísticos, y las leyes de una construcción lingüística nueva podrán especificarse.

La *Grammaire* de Lancelot y Arnauld es indisociable de la *Logique* (1662), redacta por el mismo Arnauld pero en colaboración con Nicole. Los proyectos –gramatical y lógico– tienen puntos comunes y se responden: la gramática está basada sobre la lógica y ésta estudia la expresión lingüística. Lancelot reconoce en su prólogo de la gramática que los «verdaderos fundamentos del arte de hablar» le fueron dictados por Arnauld, futuro coautor de la *Logique*. Para éste, la Lógica, incluso si se niega a considerar las formas lingüísticas y no tiende más que hacia «una sintaxis de los elementos de la concepción», no olvida por ello las palabras: «Empero es ciertamente de alguna utilidad para el propósito de la Lógica, que es *pensar bien*, comprender los usos diversos de los sonidos destinados a significar las ideas, y que la mente suele ligar tan estrechamente que no se concibe la una sin la otra de modo que la idea de la cosa excita la idea del sonido, y la idea del sonido la de la cosa.

»De manera general podemos decir a este respecto que las palabras

son unos sonidos tan distintos y articulados de los cuales los hombres hicieron unos signos para marcar lo que sucedía en su mente.

»Y puesto que lo que sucede ahí se reduce a concebir, a juzgar, razonar y ordenar, como ya lo hemos dicho, las palabras sirven para marcar todas aquellas operaciones...» (*Logique* II, I, pp. 103-104).

El hecho de que la publicación de la *Grammaire* preceda unos pocos años la de la *Logique* (aunque ambos libros parecen haber sido redactados en el mismo impulso) es sin duda un síntoma que demuestra cómo el estudio del lenguaje en sí supone para la epistemología del siglo XVII el punto inicial y determinante de la reflexión.

¿Cuál es esa idea del signo que la fusión de la lógica y de la gramática plantea en tanto que base de la *Grammaire Générale*?

Los Modistas, ya lo dijimos, distinguían tres modos de simbolización: *modi essendi, modi intelligendi* y *modi significandi*. ¿Cómo recoge Port-Royal aquella teoría? La *Grammaire* comienza con la siguiente declaración:

«La gramática es el arte de hablar.»

«Hablar es explicar sus pensamientos mediante unos signos que inventaron los hombres para ese fin.»

«Se descubrió que los signos más cómodos eran los sonidos y las voces.»

La *Grammaire* no da más detalles acerca del «modelo del signo». Si los encontramos en la *Logique* donde se propone el mapa geográfico a título de ejemplo: la idea que me hago de ese mapa remite a otro objeto (la región real que representa el mapa) del que puedo hacerme una idea a través de la idea que me da el signo-mapa. El signo, matriz con cuatro términos, viene definido en la *Logique* (I, IV) según sigue: «De modo que el signo encierra dos ideas, una de la cosa que representa, otra de la cosa representada, y su naturaleza consiste en excitar la segunda mediante la primera».

Esta teoría del signo (que Michel Foucault explicó en su *Introducción à la Grammaire de Port-Royal*) supone obviamente una crítica del razonamiento de tipo aristotélico (es decir, por los objetos y categorías definidos de ante mano) e implica un paso a un planteamiento lógico que estudia las ideas y los juicios cubiertos por los signos. Pues debajo de los signos lingüísticos se oculta toda una lógica de las ideas y de los juicios que hay que comprender para «hacer por medio de la ciencia lo que los demás tan sólo hacen por costumbre». Foucault ha subrayado la triple consecuencia teórica que conlleva una visión de la lengua en

tanto que sistema de signos. En primer lugar, permite —como resultado de un proceso empezado desde hace ya un siglo— que el discurso sostenido acerca de la lengua se sitúe en un nivel diferente del suyo: se habla de la formas (lingüísticas) al hablar de la forma del contenido (lógico). Es decir, que la lengua está delimitada en tanto que campo epistemológico: «La lengua en tanto que campo epistemológico no es la que se puede utilizar o interpretar; es aquella de la que puede enunciar los principios en una lengua que pertenece a otro nivel.» Por otra parte, la *Grammaire Générale* «sólo definía un espacio común a todas las lenguas en la medida en que abría una dimensión interior a cada una: sólo ahí se la deba buscar». Y, por último, esta racionalización de la lengua era una ciencia del razonamiento pero no una ciencia de la lengua en cuanto que objeto específico. «La gramática general, a diferencia de la lingüística, es más una manera de concebir una lengua que el análisis de un objeto específico que sería la lengua en general.»

El método de Port-Royal, sin embargo, con sus ventajas y sus diferencias, aportó su contribución a la elaboración de un acercamiento científico del lenguaje.

Para la *Grammaire Générale*, la palabra no es sólo una forma que cubre un contenido semántico. Port-Royal retoma la tríada, medieval *modi essendi-modi signandi- modi significandi*; acentúa la diferencia entre *modi signandi* (la idea) y *modi significandi* (el signo) y orienta la gramática hacia una sistematización de las relaciones entre ambos y, por ende, con el objeto. La gramática ya no es un inventario de términos o de correspondencias formales de construcciones, sino un estudio de las *unidades superiores* (juicio, razonamiento). La lengua ya no es un ensamblaje, una yuxtaposición de términos sino un *organismo*, una «creación».

Esta teoría del signo no viene de forma explícita en la *Grammaire*. Está latente aunque la teoría de las distintas formas de la significación de las palabras la saca a relucir con nitidez. Tras haber descrito el aspecto fónico del habla («lo que tiene de material»), la *Grammaire* (en: *Que la connaissance de ce qui se passe dans notre esprit est nécessaire pour comprendre les fondements de la Grammaire: et que c'est de la que dépend la diversité des mots qui composent le discours* ²⁵) prosigue de la siguiente

²⁵ Nota del traductor. «Cuan necesario es el conocimiento de lo que ocurre en nuestra mente para comprender los funcionamientos de la gramática; y de ello depende la diversidad de las palabras que componen el discurso».

manera:

«Hasta aquí, hemos considerado en el habla solamente lo que tiene de material y que es común, al menos para el sonido, a los hombres y los loros.

»Nos queda por estudiar lo que tiene de espiritual, que es una de las mayores ventajas del hombre por encima de todos los demás animales y que constituye una de las mayores pruebas de la razón: a saber cómo recurrimos a él para significar nuestros pensamientos y aquella invención maravillosa de componer veinticinco o treinta sonidos, esa infinita variedad de palabras que, aunque no tengan nada en sí mismas que se parezca a lo que sucede en nuestra mente, no dejan por ello de revelar a los demás todo el secreto que ahí encerramos y de dejar entender a quienes no pueden penetrar en ella todo lo que concebimos y todos los diversos movimientos de nuestra alma.

»Así, pues, podemos definir las palabras, sonidos distintos y articulados, en las que los nombres hicieron signos para significar sus pensamientos.

»Por lo cual, no se puede comprender bien las diversas suertes de significaciones que las palabras encierran, si no ha comprendido bien antes lo que ocurre en nuestros pensamientos puesto que las palabras se inventaron tan sólo para hacerlos conocer.

»Todos los filósofos enseñan que hay tres operaciones de nuestro espíritu: CONCEBIR, JUZGAR, RAZONAR.

»CONCEBIR no es otra cosa que una simple mirada de nuestro espíritu sobre las cosas, bien de una manera puramente intelectual, como cuando conozco el ser, la duración, el pensamiento, Dios; bien con unas imágenes corporales, como cuando me imagino un cuadrado, un círculo, un perro, un caballo.

«JUZGAR es afirmar que una cosa que concebimos es tal o no es tal: como cuando, una vez que he concebido lo que es la *tierra* y lo que es *redondez*, afirmo de la *tierra* que es *redonda*.

«RAZONAR es servirse de dos juicios para hacer un tercero: como cuando, una vez que he juzgado que toda virtud es loable, y que la paciencia es una virtud, concluyo que la paciencia es loable.

»Por lo que vemos que la tercera operación del espíritu no es sino una extensión de la segunda; pues, bastará, para nuestro propósito, considerar las dos primeras, o lo que se encierra de la primera en la segunda ya que los hombres casi nunca hablan para expresar simplemente lo que conciben sino casi siempre para expresar los juicios que tienen de las cosas que conciben».

»El juicio que hacemos de las cosas, como cuando digo, *la tierra es redonda*, se llama PROPOSICIÓN; entonces, toda proposición encierra necesariamente dos términos; el uno llamado *sujeto* que es aquello de lo que se afirma, como *tierra*; y el otro llamado *atributo* que es aquello que se afirma, como *redonda*: y, además, la unión entre ambos términos, *es*.

»Pero es fácil ver que ambos términos pertenecen propiamente a mi primera operación del espíritu porque es lo que concebimos y lo que es el objeto de nuestro pensamiento; y que la unión pertenece a la segunda, que podemos decir sea propiamente la acción de nuestro espíritu y la manera en que pensamos.

»Y de este modo la mayor distinción de lo que sucede en nuestra mente consiste en decir que podemos considerar al objeto de nuestro pensamiento y la forma o la manera de nuestro pensamiento, siendo el juicio la principal: pero hemos de añadir aún las conjunciones, disyunciones y demás operaciones similares de nuestro espíritu, y todos los movimientos restantes de nuestra alma, como los deseos, el mandamiento, la interrogación, etc.

»De ahí se sigue que, como los hombres necesitaron unos signos para marcar todo lo que ocurre en su espíritu, es preciso también que la más general distinción de las palabras sea que las unas signifiquen los objetos de los pensamientos, y las otras la forma y la materia de nuestros pensamientos, aunque a menudo no la significan sola sino con el objeto, tal como lo haremos ver.

»Las palabras de la primera suerte son aquellas que llamamos *nombres, artículos, pronombres, participios, preposiciones y adverbios*; las de la segunda son los *verbos, las conjunciones y las interjecciones*; sacados todos, por una sucesión necesaria, de la manera natural en que expresamos nuestros pensamientos, tal como lo vamos a demostrar».

Una lectura atenta de este capítulo muestra cómo el lenguaje-signo, sostenido por el fondo de la idea y del juicio, sufre una consecuencia mayor en la distribución y organización de las categorías gramaticales. De modo que llegamos a la segunda novedad que aporta la *Grammaire Générale*.

La lógica aristotélica proponía una jerarquía de las partes del discurso en la que el nombre y el verbo tenían iguales rangos. No obstante, siguiendo la generación del juicio y del razonamiento, la *Grammaire Générale* ha podido distinguir, por un lado, las partes del discurso que son los signos de los «objetos de nuestro pensamiento» (por concebir): *nombre, artículo, pronombre, participio, preposición,*

adverbio: y, por otro lado, «la forma o la materia de nuestro pensamiento»: *verbo, conjunción, interjección*. Por lo cual se plantea las partes del discurso como partícipe de una operación, de un proceso. De ahí que, ya en las primeras páginas, y contrariamente a los que se ha podido decir, la *Grammaire* anuncia su proyecto de elaborar un *construcción*: sobre un fondo lógico hacia la descripción del sistema de sentidos que (para el Renacimiento) está al origen del ensamblaje arbitrario de las palabras, los Solitarios se sirven de la palanca del *signo* para proponer una *sintaxis*. La sintaxis del juicio (sintaxis lógica) se encamina hacia una sintaxis lingüística.

La *proposición*, en efecto, se convierte en el elemento básico de la reflexión gramatical. Los componentes claves de la proposición son con toda evidencia el *nombre* y el *verbo* pero el verbo es el eje determinante. Los *nombres* que comprenden los *substantivos* y los adjetivos designan los «objetos de nuestros pensamiento» que pueden ser bien como la *tierra*, el *sol*, el *agua*, la *madera*, lo que se suele llamar *substancia*: bien «la manera de las cosas, como ser *redondo*, ser *rojo*, ser *sabio*, etc., lo que se llama *accidente*». En el primero de los casos, aquellos nombres son *substantivos*, en el segundo *adjetivos*. Entre las modalidades de los nombres, el *caso* llama particularmente la atención de la *Grammaire Générale*. Ello se debe a que el caso expresa las relaciones están marcadas en francés por otros medios que la declinación: la preposición, por ejemplo. «Si siempre consideráramos las cosas por separado, los nombres sólo constarían de los dos cambios que acabamos de marcar: a saber, del número para toda suerte de nombres y del género para los adjetivos; mas porque los miramos a menudo con las diversas relaciones que tienen unas con otras, una de las invenciones utilizadas en algunas lenguas para marcar dichas relaciones ha sido la de dar a los nombres diversas terminaciones que se han llamado *casos*, del latín *cadere*, caer, como si de las diversas caídas de una palabra se tratara.

«Cierto es que, de todas las lenguas, tal vez solamente la lengua griega y la latina tengan propiamente unos casos en los nombres. No obstante, puesto que hay pocas lenguas que tengan algunas suertes de casos en los pronombres y *que sin ello no se podría comprender bien la ligazón del discurso*, llamada *construcción*, es casi necesario, para aprender cualquier lengua, saber lo que se entiende por casos...».

Ahora bien, si los nombres y todas las partes del discurso en general, que designan los objetos *concebidos* son imprescindibles para la *construcción* del juicio y, por ende, de la proposición, su eje, ya lo

hemos dicho, es el verbo. Para los gramáticos de Port-Royal, el verbo es lo que *afirma* y ya no lo que marca el tiempo (como lo era para Aristóteles) o la duración (como lo era para Scaliger). Dicho de otro modo, todo verbo comporta de manera implícita al sema *es*, o todo verbo es ante todo el verbo *ser*.

En el capítulo sobre el verbo, la *Grammaire Générale* expone claramente una concepción sintáctica de la lengua, teniendo como base la sintaxis del juicio. Es decir, que sobre la base de la sintaxis del juicio se esboza una concepción de la sintaxis de la proposición. Los términos ya no están aislados; forman un complejo centrado sobre la relación nombre/verbo que se ha convertido en la de *sujeto/predicado*. «Tal juicio se llama igualmente *proposición* y es fácil ver que debe tener dos términos: el uno del que afirmamos o del que negamos y que llamamos *sujeto*; el otro que afirmamos o que negamos y que llamamos *atributo* o *praedicatum*» (*Logique*. II, IV, p. 113).

Pero al estar el núcleo oracional bloqueado y vuelto sobre sí mismo, la sintaxis lingüística, prometida por la sintaxis del juicio, está parada. La *Grammaire Générale* tanto sólo propone cuatro página de sintaxis a las que se unen dos más de *Figuras* y construcciones. El gramático, el cual es sobre todo un filósofo del juicio, tendrá que introducir, para *analizar* las relaciones propiamente lingüísticas que sobrepasan la matriz del juicio, unos *suplementos* analizables por una sintaxis de las reacciones. Sin embargo, la *Grammaire Générale* admite solamente la sintaxis de *concordancia*, y no la de régimen: «La de régimen, al contrario, es arbitraria casi por entero y, por esta razón, se halla de muy diferente manera en todas las lenguas; pues las unas hacen los regímenes con los casos, las otras, en lugar de casos, recurren sólo a unas pequeñas partículas que actúan como tal, y que incluso marcan únicamente unos pocos casos, cual en francés y en español no tenemos más que *de* y *a* que marcan el genitivo y el dativo; los italianos le añaden *da* para el ablativo. Los demás casos no tienen partícula alguna sino el mero artículo que no se encuentra siempre por los demás». Vemos cómo la imposibilidad de formalización de las reacciones propiamente lingüísticas obliga al filósofo a retomar la concepción latina, morfológica, de la organización del discurso.

Sería inexacto, sin embargo, creer que el alcance sintáctico de la *Grammaire Générale* no va más allá de los límites de las relaciones sujeto/predicado.

El capítulo *Del pronombre llamado relativo* consta de una reflexión que abarca unos conjuntos lingüísticos bastante amplios y construye unos

esquemas sintácticos que superan la proposición simple, ya que organizan unas proposiciones complejas (la segunda observación no viene añadida hasta la edición de 1664 y tal vez no se apreciara suficientemente su importancia):

«Lo que [el pronombre relativo] tiene de propio puede ser considerado de dos maneras:

»La primera es el que tenga siempre relación con otro nombre o pronombre, llamado antecedente, cual *Dios que es santo*. *Dios* es el antecedente del relativo *que*. Mas tal antecedente está en ocasiones sobreentendido y no expresado, sobre todo en la lengua latina, como se ha puesto de relieve en la *Nouvelle Méthode* para dicha lengua.

»La segunda cosa que tiene el relativo propiamente suyo y que nadie, que yo sepa, había advertido hasta ahora es que la proposición en la que entra (que podemos llamar incidente) puede pertenecer al sujeto o al atributo de otra proposición, que podemos llamar principal.»

Los marcos del razonamiento lingüístico se ensanchan primero más allá de los términos para hallar la proposición; luego los segmentos analizados se hacen incluso más grandes que la proposición simple y el análisis se enfrenta con las relaciones intra-oracionales; por último, la noción de *complementariedad* de los términos parece juntarse con la de *subordinación* de manera que el lenguaje ya no es una *oratio*. conjunto formal de términos, sino un sistema cuyo núcleo principal es la proposición originada por la afirmación del juicio. Tales son, en resumen, las adquisiciones permitidas por la concepción lógica de la *Grammaire Générale* y se van a desarrollar para que, un día, se conviertan en una ciencia propiamente lingüística de las relaciones lingüísticas. Esto no impide que el procedimiento lógico de Port-Royal haya marcado, hasta nuestros días, el estudio del lenguaje hasta tal punto que los lingüistas tendrán las máximas dificultades para desprender su análisis de la de los componentes lógicos y la lingüística oscilará entre un formalismo empirista (descripción de las estructura formales) y una lógica transcendental (descomposición del contenido en categorías tomadas de la lógica).

Si la *Grammaire Générale* dominó el siglo XVII, también es cierto que se desarrolló sobre un fondo de actividad lingüística intensa. Varias obras se dedican a la articulación de los sonidos y a la ortografía, cual el estudio de Petrus Montanus (Holanda), *Spreckonst (Arte del habla*. 1635); de Al. Hume, *Of the ortographie and congruitie of the Briton Tongue*, 1617. Una extensa escuela de fonética trabaja en Inglaterra: de

ello dejan constancia las obras de Robert Robinson, *The Art of Prononciation*, 1617; W. Holder, *Elements of Speech, an Essay of Inquiry into the Natural/ Production of Letters*, 1669; Dalgrano, *Didascalocophus, or the Deaf and Dumb Man's Lector*, 1680; etc. Se considera *Le Traité de physiqué* de Rohault (1671) y *De corpore animato* (1673) de Du Hamel como los primeros pasos dados hacia una fonética científica, basada sobre una experimentación y un análisis anatómico del aparato vocal.

Otra particularidad del estudio de la lengua en el siglo XVII es el interés por las lenguas extranjeras y por la constitución de teorías históricas del lenguaje. Citemos entre aquellas obras políglotas: *Thesaurus polyglottus* de J. Mégiser (1603), así como varias gramáticas del ruso (de H. G. Ludolf, Oxford, 1696), del turco (Mégiser, Leipzig, 1612), los trabajos de los jesuitas sobre la China (cf. p. 102), las investigaciones de Kircher sobre el egipcio, etc.

La investigación lexicográfica es intensa: después de *le Trésor de la langue française* de Nicot, en 1606, y de la publicación del *Dictionnaire français* de Fr. Richelet en Ginebra, 1679-1680, Furetière publica el *Dictionnaire universel contenant généralement tous les mots français, tant vieux que modernes, et les termes de toutes les Sciences et les Arts* (La Haya, Rotterdam, 1690). En 1694 se publicó el *Dictionnaire de l'Académie* con la firma de Vaugelas y de Mézeray y su suplemento, el *Dictionnaire des Arts et des Sciences* de Thomas Corneille es de considerable importancia.

Basándose sobre la diversidad lingüística, se trata bien de establecer un origen común de las lenguas (cf. Guichard, *Harmonie étymologique des langues, ou se démontre que toutes les langues descendent de l'hébraïque*. 1606), bien de elaborar una lengua universal (Lodwick, *A Common Writing*, 1647; Dalgrano, *Essay Towards a Real Character*, 1668, etc.)- La pluralidad de las lenguas asusta, se intenta encontrarles un equivalente general: ¿no era acaso el estimulante fundamental de la *Grammaire Générale*? El mismo deseo de hallar una razón de la lengua francesa inspira sin duda a Ménage en su diccionario etimológico *Origine de la langue française* (1650), así como sus observaciones acerca de la lengua francesa (1672). El autor «demuestra», equivocándose casi siempre, la etimología de las palabras francesas haciéndolas derivar de una palabra latina o griega.

Las obras de los grandes retóricos como *Rhétorique ou Art de parler* del padre Lamy (1670), *Génie de la langue française* de Aisy (1685), *De oratione discendi et docendi* (acerca del método y la enseñanza lingüística) del padre Jouveny (1692), etc., llegaron después de las

Remarques de Vaugelas, de Bonhours y de Ménage, desembocando, a menudo con sutileza y persiguiendo el mismo propósito de búsqueda de un fundamento común a todas las lenguas, sobre la obra monumental y ecléctica de François-Séraphin Régnier-Des-marais, secretario perpetuo en la Academia Francesa, *Traité de la grammaire française*, 1706. Estamos lejos aquí del rigor y de la orientación teórica de *la Grammaire Générale de Port-Royal*: la reflexión de Régnier se centra en la palabra y su entorno, sin considerar el conjunto de la oración y las relaciones que rigen sus componentes.

14. La Enciclopedia: la lengua y la naturaleza

El siglo XVIII hereda la concepción racionalista del lenguaje que le legaron los Solitarios de Port-Royal y sus sucesores. Se concibe el lenguaje como una diversidad de idiomas que tienen como base las mismas reglas lógicas que constituyen una especie de constante: *la naturaleza humana*. No obstante, el número de lenguas estudiadas y enseñadas en las escuelas va en aumento progresivo; al mismo tiempo el progreso de las ciencias de la naturaleza lleva consigo un trastorno epistemológico que orienta los estudios hacia unas

observaciones concretas: estamos en la era del empirismo. El resultado en el campo del lenguaje es que los filósofos y los gramáticos tratan — más que antes — de explicar las particularidades específicas y propiamente lingüísticas de cada objeto (lengua) liberándolo por completo del impacto del latín por un lado y, por otro, en gran medida, de la dependencia lógica sin restarle por ello el fundamento universal llamado de ahora en adelante *natural* más que *lógico*. En el plano filosófico, esta concepción del lenguaje conduce a unas teorías acerca del *origen* de las lenguas. La diversidad de las lenguas debe desembocar sobre una fuente común, natural, en la que se articulan los universales lingüísticos. Para fundar la relación entre ese *lenguaje natural*, los objetos reales y la sensación, se propone una *teoría del signo*.

En el plano gramatical, inseparable por lo demás del plano filosófico, ya que todo filósofo en el siglo XVIII se enfrenta con la lengua y todo gramático es filósofo, se pone de relieve la peculiaridad de las relaciones estrictamente lingüísticas, diferenciadas de las leyes (lógicas) del pensamiento, lo que conduce a una descripción *sintáctica* de las relaciones oracionales e interoracionales: la gramática de la

Enciclopedia es la gramática que explicará con nitidez por vez primera aquel esfuerzo, común a todos los gramáticos desde hace un siglo, por elaborar una sintaxis...²⁶

Vamos, en primer lugar, a esbozar las teorías filosóficas del lenguaje para después destacar, sobre su fondo, las concepciones gramaticales (dicho orden nos obligará, con toda evidencia, a no respetar la cronología de las publicaciones de las obras).

Los filósofos y los gramáticos del siglo XVIII que estudiaron el origen y la evolución del lenguaje tenían un ilustre antecesor que, sin compartir la visión lógica de los cartesianos y, más tarde, de los enciclopedistas, propuso un cuadro general de la historia del lenguaje en base a unas investigaciones anteriores, cuadro cuyos principales temas volveremos a encontrar en los sensualistas, los ideólogos y los materialistas. Se trata de J.-B. Vico (1668-1744) y de su *Scienza Nuova*. Según él, «el lenguaje fue primero mental, en la época en que el hombre no conocía aún el uso del habla (*tempi mutoli...*); aquel lenguaje primitivo, que precedió el lenguaje articulado, debió consistir en unos signos, gestos u objetos que tenían unas relaciones naturales con las ideas». Aquella lengua primera que Vico llama *divina* asoma, según él, en «los gestos de los mudos que constituyen el principio de los *jeroglíficos* (cf. más adelante los mismos temas en Diderot, así como p. 36 y p. 74) que utilizaron todas las naciones en épocas primitivas de su barbarie para expresarse». A dicha lengua sigue la lengua *poética o heroica*: «Los primeros autores que encontramos entre los orientales, los egipcios, los griegos y los latinos, los primeros escritores que utilizaron nuevas lenguas en Europa cuando la barbarie hizo su aparición, fueron poetas». Vico dedica su investigación a lo que él llama «la lógica poética» —sus emblemas, sus figuras, sus tropos: la metáfora, la metonimia, la sinécdoque. Para él, la palabra poética es un «carácter» o incluso una «palabra mitográfica», pues «toda metáfora puede ser entendida como una fábula corta». La lengua «epistolar», «obra de la masa» viene en último lugar. Vico examina las distintas lenguas conocidas en su época (el griego, el egipcio, el turco, el alemán, el húngaro, etc.), y sus escrituras para repartirlas en las tres categorías que acabamos de mencionar. Sus estudios sobre el lenguaje poético van a influir hasta nuestro siglo la ciencia del lenguaje poético

²⁶ En lo que precede y en lo que sigue, esbozamos ese esfuerzo refiriéndonos sobre todo al trabajo ya mencionado en varias ocasiones de J.-Cl. Chevalier, *La Notion de complément chez les grammairiens*. Ginebra, Droz, 1968.

mientras que sus sucesores inmediatos retomarían las tesis de la lengua primitiva no articulada, gestual o sordomuda, de la influencia de las condiciones naturales sobre la formación de las lenguas, de los tipos de lenguaje (como el lenguaje poético) diferentes, etc. El siglo XVII examinará esos problemas con un rigor positivo que será supuestamente un corte con el estilo novelesco de Vico.

El estudio del lenguaje, en efecto, no escapa al espíritu de clasificación y de sistematización que invade las ciencias del siglo. La *geometría* parece ser el modelo sobre el que las demás ciencias tienden a construirse. «El orden, la nitidez, la precisión, la exactitud que dominan en los buenos libros desde hace cierto tiempo, podrían tener su primer fuente en aquel espíritu geométrico que se expande más que nunca.» (R. Mousnier, *Histoire Générale des civilisations*, t. IV, página 331.) El gramático Buffier escribe que todas las ciencias, incluida la gramática, «son susceptibles de demostración tan evidente como la de la geometría».

El primer efecto de aquel procedimiento geométrico en el campo del lenguaje es la tendencia a la sistematización de la multiplicidad de las lenguas conocidas. Los filósofos proponen unas clasificaciones de las lenguas a la vez que intentan establecer una relación entre todos aquellos tipos diversos con una lengua original, común, universal y, por tanto, «natural». Leibniz en su *Brevis designatio meditationem de originibus dictas potissimum ex indicium linguarum* (1710) divide las lenguas conocidas en dos grupos: *semítica* e *indo-germánica*, estando éste último compuesto por las lenguas itálicas, célticas y germánicas, por un lado, y por las lenguas eslavas y el griego, por otro. La lengua original que Leibniz llama «*lingua adámica*» sería la base de tal diversidad y se podría volver a encontrar aquel estado del habla humano creando una lengua artificial, puramente racional. James Harris publica en Inglaterra su *Hermes ou recherche philosophique sur la grammaire universelle* (1751), una obra que tiende a establecer los principios universales y racionales de una gramática general válida para todas las lenguas. Las ideas de Berkeley, Shaftesbury, etc., dan pie a tales tentaciones lógicas.

El lenguaje se presenta como un sistema de funcionamiento, una mecánica cuyas reglas se pueden estudiar como si de cualquier objeto físico se tratara. El presidente De Brosse publica su *Traité de la formation mécanique des langues et des principes de l'étymologie* (1765), que describe la lengua como un sistema de elementos formales, susceptible de cambiar bajo la influencia de las condiciones geográficas. El

término de «mecánica» es cada vez más frecuente en la descripción lingüística. Un autor de gramática escolar, el abad Pluche, da a su libro el título de la *Mécanique des langues* (1751) mientras que Nicolás Beauzée (1717-1789) define el término «estructura» en el mismo sentido: «Pero yo hago la pregunta: ¿No será aquella palabra *estructura* relativa al mecanismo de las lenguas y no significará, acaso, la disposición artificial de las palabras, permitida en cada lengua para alcanzar la meta perseguida que no es sino la enunciación del pensamiento? ¿No será, además, que los idiotismos nacen del mecanismo propio de cada lengua?». (Artículo I «Inversión» en la *Encyclopédie*).

El estudio del mecanismo de las lenguas permite unas comparaciones y unas tipologías que prefiguran el comparatismo del siglo XIX. Se establece unas semejanzas en el mecanismo de distintas lenguas lo cual constituye una prueba para la tesis de la *naturaleza común* de las lenguas que reviste, a lo largo de su evolución, múltiples expresiones. Vemos cómo el planteamiento de una *lengua natural*, confrontado a la multiplicidad de las lenguas reales, pudo dar pie al planteamiento de una *lengua común* a partir de la cual se habrían desarrollado las demás por lo que conduce de manera inevitable a la teoría evolucionista del lenguaje. Encontramos los primeros gérmenes de tal comparatismo en el informe de 1767 del padre Coeurdoux, misionero en Pindichéry, en el que constata unas analogías entre el sánscrito, el griego y el latín (cf. más adelante, página 221 y 228, *sq.*). Anteriormente el holandés Lambert Ten Kate había publicado en 1710 un estudio en el que establecía el parentesco de las lenguas germánicas. William Jones (1746-1794) inaugura de manera decisiva, sin duda, la futura lingüística comparada cuando observa las correspondencias entre el sánscrito, el persa, el griego, el latín, el gótico y el céltico.

La filosofía sensualista y empirista, no obstante, será la que dará el fundamento teórico sobre el que se construirá la descripción gramatical del siglo. Locke (1632-1704) y Leibniz, y en Francia los «ideólogos» encabezados por Condillac (1715-1780), proponen la *teoría del signo* como principio general de aquella lengua común que se manifiesta en varias lenguas concretas. De este modo reanudan las teorías del signo de Grecia, de la Edad Media y la lógica cartesiana y, al mismo tiempo, las transforman: si, para los filósofos del siglo XVIII, el pensamiento es una articulación de los signos que son los elementos lingüísticos, el problema estriba en definir la *vía* mediante la cual se

llega de la *sensación al signo* lingüístico.

Para Locke, las palabras «son unos signos de las ideas que también se encuentran en los demás hombres con los que se relacionan»; no por ello dejan de estar en relación con «la realidad de las cosas». Pero Locke es categórico: la relación que tiene el *signo* con lo real no debe suponerle un estorbo. «Sería pervertir el uso de las palabras y cargar su significación de una obscuridad y de una confusión inevitables si las utilizáramos para la expresión de cualquier otra cosa que no fuese las ideas que tenemos en la mente.» La definición del signo según Saussure (cf. p. 18) se está esbozando aquí cuando Locke plantea la relación arbitraria entre lo que se dará en llamar «referente» y lo que se denominará «significante-significado»: «Las palabras no significan otra cosa que las ideas particulares de los hombres y ello gracias a una institución totalmente arbitraria». (*Essai sur l'entendement humain*, libro III, «les mots».) Resulta pertinente observar que, si Locke considera las palabras en tanto que signos y estudia su diversidad (términos generales, nombres de las ideas simples, nombres de las ideas mixtas, etc.), no se queda ahí sino que considera el *conjunto* del discurso en tanto que *construcción* y estudia el papel de *las partículas*, por ejemplo, para unir las ideas entre ellas, para mostrar su relación, para ser utilizadas como signos de una «acción del espíritu». En base a tal concepción «constructivista» del funcionamiento del lenguaje la gramática podrá elaborar un acercamiento sintáctico de la lengua.

En sus *Nouveaux essais sur l'entendement humain* (1765), Leibniz recoge y desarrolla las ideas de Locke. Para aquél, las palabras (libro III) «sirven para representar e incluso explicar las ideas». Si considera que todas las lenguas, por muy diferentes que sean materialmente, se desarrollan sobre el mismo *fondo formal*, es decir, que hay una «significación común a las distintas lenguas», Leibniz no descarta por ello la especificidad *significante* de cada lengua, su organización material particular. De ahí que escriba:

«Filaletas.—A menudo ocurre que los hombres apliquen más sus pensamientos a las palabras que a las cosas; y por haber aprendido la mayor parte de esas palabras antes de conocer las ideas que las significan, no sólo hay niños sino igualmente hombres hechos y derechos que hablan muchas veces como los loros. Sin embargo, los hombres pretenden ordinariamente marcar sus propios pensamientos; y, además, atribuyen a las palabras una relación secreta con las ideas de los otros y con las cosas en sí. Pues si los sonidos estuviesen atados a otra idea por aquél con quien estamos hablando, sería entonces

hablar dos lenguas; cierto es que mucho no nos paramos para examinar cuáles son las ideas de los demás y suponemos que nuestra idea es la que lo común y la gente hábil del país otorgan a la misma palabra.

Así ocurre en particular con las ideas simples y los modos; mas en cuanto a las substancias, lo creemos más aún en particular cuanto que las palabras significan también la realidad de las cosas.

«Teófilo.—Las substancias y los modos están igualmente representados por las ideas y las cosas, tanto como las ideas, en uno y otro caso, están marcadas por las palabras; así, no veo yo mucha diferencia salvo que las ideas de las cosas substanciales y de las cualidades sensibles son más estables. Por lo demás, sucede en ocasiones que nuestras ideas y nuestros pensamientos sean la materia de nuestro discurso y hagan la misma cosa que queremos significar, y las nociones reflexivas entre más de lo que creemos en las de las cosas. Incluso, a veces, hablamos de las palabras materialmente, sin que en aquel lugar precisamente se pueda sustituir el lugar de la palabra por la significación o por la relación con las ideas o con las cosas; lo cual ocurre no sólo cuando hablamos en tanto que gramático sino también cuando hablamos en tanto que diccionarista, al dar la explicación del nombre.»

Vemos cómo la noción de metalenguaje: lenguaje acerca del lenguaje, se perfila en estas reflexiones de Leibniz.

Evocando a Locke, Condillac supone que los primeros humanos, recurriendo a gritos que se volvieron signos de las pasiones, crearon primero «naturalmente el lenguaje de acción». «No obstante aquellos hombres que adquirieron la costumbre de ligar algunas ideas a unos signos arbitrarios, se sirvieron de sus gritos naturales como modelo para hacerse un nuevo lenguaje. Articularon unos nuevos sonidos; y, al repetirlos varias veces y al acompañarlos de algún gesto que indicaba los objetos que querían hacer observar, se acostumbraron a darles nombres a las cosas. Los primeros progresos de aquel lenguaje fueron sin embargo muy lentos...» (*Essai sur l'origine des connaissances humaines, ouvrage ou l'on réduit a un seul principe tout qui concerne l'entendement humain*, 1746-1754). Se creó de este modo un relato, una fábula evolucionista que iba a ser el fundamento ideológico de la teoría de los signos lingüísticos y de su desarrollo a lo largo de los tiempos y de su pueblo. «Ha habido, pues, un tiempo en que se mantenía la conversación merced a un discurso mezclado de palabras y de acciones. El uso y la costumbre, como ha ocurrido en la mayor

parte de las demás cosas de la vida, luego hicieron de lo que había surgido por necesidad un adorno: mas la práctica perduró mucho tiempo después que cesara la necesidad; de manera singular, entre los orientales cuyo carácter se acomodaba naturalmente a una forma de conversación que tan bien ejercía su viveza por el movimiento y tanto la contentaba por una representación perpetua de imágenes sensibles.» (*Essai sur les hiéroglyphes*, párrafos 8 y 9). Condillac considera como lenguaje unas formas de expresión de comunicación que no son verbales, tales como la *danza*, o el lenguaje gestual en general, o el *canto*, anunciando de este modo la ciencia moderna de los sistemas significantes, la *semiología*. Para Condillac, la *poesía* es también un tipo de lenguaje que imita el lenguaje de acción: «Si, en el origen de las lenguas, la prosodia se acercó al canto, el estilo, con vistas a copiar las imágenes sensibles del lenguaje de acción, adoptó toda suerte de figuras y de metáforas y fue una verdadera pintura». Insiste, sin embargo, sobre el hecho de que el *lenguaje de los sonidos* fue el que tuvo el más favorable desarrollo para poder «perfeccionarse y volverse finalmente el más cómodo de todos». Estudia la *composición*, es decir, el carácter de las palabras en cuanto que diferentes partes del discurso así como el orden, la combinación para concluir en el capítulo «Du génie des langues» que, como cada pueblo tiene un carácter específico determinado por el clima y el gobierno, también tiene una lengua” específica. «Así, pues, todo confirma que cada lengua expresa el carácter del pueblo que la habla.» Se plantea de este modo el principio de la *diversidad* de las lenguas y de su *evolución* que se apoya sobre un único y mismo fundamento, el de los signos. La gramática se enfrenta, pues, con este modelo teórico para darle una minuciosa descripción que constituirá su confirmación. A tal efecto leemos en *Principes généraux de Grammaire*: «Puesto que la organización, aunque sea la misma para el fondo, es susceptible, según los climas, de muchas variedades y que las necesidades varían igualmente, no resulta dudoso que los hombres, lanzados por la naturaleza en diferentes circunstancias, hayan emprendido unos caminos que se alejan unos de otros». La teoría del signo universal y natural expuesta por Condillac, cuyas variaciones en las distintas lenguas se deberían las condiciones naturales y sociales, tiene el gran mérito de proponerse, bajo una forma de ficción (que no ignora), como ideología de la descripción lingüística que harán los gramáticos: «Tal vez se tomará toda esta historia por una novela: empero, al menos, no se le podrá negar su verosimilitud. Me cuesta creer que el método que he seguido me haya

hecho caer a menudo en el error: pues mi propósito ha sido no exponer nada que no estuviera basado sobre el supuesto según el cual se ha imaginado siempre un lenguaje a partir del modelo del que le precedió de manera inmediata. En el lenguaje de acción he visto el germen de las Lenguas y de todas las Artes que pueden servir para expresar el pensamiento; he observado las circunstancias que han propiciado el desarrollo de ese germen; y no solamente he visto nacer las Artes de ahí sino, además, he seguido su progreso cuyos distintos caracteres he explicado por igual. En una palabra, he demostrado, a mi parecer, de una manera sensible que las cosas que más singulares nos resultan fueron las más naturales en su tiempo y que tan sólo ha ocurrido lo que tenía que ocurrir».

Los ideólogos que suceden a Condillac orquestarán este postulado de la necesidad natural de todo, incluidas las lenguas y su desarrollo. Siguiendo esta misma línea, Destutt de Tracy propone en sus *Eléments d'idéologie* (1801-1815) una teoría de los lenguajes en tanto que sistemas de signos. «Todos nuestros conocimientos son ideas; tales ideas no se nos aparecen nunca a no ser que estén revestidas de signos.» Así enfocada considera la gramática como «la ciencia de los signos... Mas preferiría que se dijera, y sobretodo que siempre se hubiera dicho, que es la continuación de la ciencia de las ideas». Sin limitarse al lenguaje verbal. Tracy constata que «todo sistema de signos es un lenguaje: añadamos ahora que cualquier empleo de un lenguaje, cualquier emisión de signos es un discurso; así que hagamos que nuestra Gramática sea el análisis de todas las especies de discurso». Subrayemos el proceder universalista de semejante semiótica «ideológica», que tiende a ordenar cualquier discurso según las reglas comunes de las ideas: cierta tendencia moderna de la semiótica puede ver en ello su asomo. Por otra parte, en el espíritu sintáctico de la gramática del siglo XVIII, Tracy advierte que «nuestros signos ya no tienen solamente el valor propio a cada uno de ellos: agregan el resultante del lugar que ocupan».

La preocupación de los ideólogos resulta evidente: hay que justificar histórica y lógicamente la pluralidad de las lenguas que la observación gramatical confirma constantemente. Entonces hay que desarrollar teóricamente el postulado del origen lógico que se volvería a encontrar de modo obligatorio e implícito bajo cada una de aquellas variables. Condillac sostiene que la lengua *original* nombraba lo que venía dado a los sentidos de forma directa: las *cosas* en primer lugar, las *operaciones* después; «fruta» primero, «querer» luego, «Pedro» finalmente. El latín

sería el ejemplo de este tipo de lengua. Seguidamente vienen las lenguas analíticas que empiezan la oración por el sujeto y la acaban por lo que se quiere decir. Ambas categorías de lenguas son susceptibles que evolucionar y cambiar, debido a dos factores: el clima y el gobierno. La idea que aquí parece esbozarse es que las condiciones sociales influyen sobre el carácter de la lengua, pero Condillac exalta mucho más el papel del individuo genial que el del organismo social. Su teoría no deja de ser por ello materialista. En efecto, si la lengua es un sistema riguroso de signos, que Condillac no duda en compararla con los signos matemáticos (y, en este sentido, considera que el rigor extremado es la condición de supervivencia y de porvenir para una lengua dada); ésta no es una abstracción ideal dada, de una vez por todas. Se halla doblemente arraigada en lo real: primero porque las sensaciones son las que informan al signo lingüístico, después porque el desarrollo de nuestras sensaciones y de nuestros conocimientos influenciará el perfeccionamiento de la lengua en sí. El realismo y el historicismo fundados sobre la percepción del sujeto-base de la idea confluyen en la concepción de Condillac. «Por ello habría que ponerse primero en las circunstancias sensibles para poder hacer unos signos que expresen las primeras ideas, las cuales adquiriríamos por medio de la sensación y de la reflexión y cuando, al reflexionar acerca de aquéllas, adquiriésemos otras nuevas, entonces haríamos unos nombres nuevos cuyo sentido determinaríamos situando las otras en las circunstancias en que nos habríamos visto y sometiénolas a las reflexiones que habríamos hecho. Entonces las expresiones sucederían siempre a las ideas: serían claras y exactas puesto que no devolverían más que lo que cada cual hubiese sentido de manera sensible.» Por tanto, con su *percepción* el *sujeto* produce la *idea* que se expresa en el *lenguaje*: el desarrollo y el perfeccionamiento de tal proceso es la *historia* del conocimiento.

El libro de Court de Gébelin, *Le monde primitif et comparé avec le monde moderne* (1774-1782) es una de las obras capitales que siguen el mismo orden de ideas que las de Condillac.

A aquella concepción del lenguaje que se podría definir como un sensualismo racional y determinista se oponen las teorías de Juan-Jacobo Rousseau (1712-1778) en su *Essai sur l'origine des langues ou il est parlé de la mélodie et de l'imitation musicale* (escrito en 1756, publicado en 1781). Ciertamente es que Rousseau atribuye las propiedades comunes a todas las lenguas al hecho de que desempeñan un papel social mientras que su diversidad se debería a la diferencia de las

condiciones naturales en las cuales se producen: «Siendo el habla la primera institución social, su forma no se debe sino a unas causas naturales». No obstante, para Rousseau, lo que es común a las lenguas no es un *principio de razón* sino una *necesidad personal de los sujetos*. Así como se oponen al principio según el cual la razón moldea el fondo de cualquier lengua, y a la tesis de Condillac, la cual expone que las necesidades son las que forman el lenguaje, Rousseau declara que «la primera invención del habla no vino de las necesidades sino de las pasiones». «Nos muestran el lenguaje de los primeros hombres como si de lenguas de geómetras se tratase cuando fueron lenguajes de los poetas...», «...el origen de las lenguas no se debe a las primeras necesidades, sería absurdo que de la causa que los separa viniese del medio que los une. ¿De dónde procederá entonces el origen? De las necesidades morales, de las pasiones. Todas las pasiones juntan a los hombres cuya necesidad de intentar vivir obliga a huir unos de otros. No es el hambre, ni la sed, sino el amor, el odio, la lástima, la ira, lo que les arrancaron las primeras voces..., y he aquí por qué las primeras lenguas fueron cantantes y apasionadas antes de ser sencillas y metódicas...».

Encontramos en Denis Diderot (1713-1784), el inspirador de la *Encyclopédie*, una concepción materialista del lenguaje que sin duda tuvo cierta influencia sobre los trabajos científicos de los gramáticos enciclopedistas. Diderot recoge los grandes temas que los sensualistas y los ideólogos desarrollaron: el signo y su relación con la idea y la realidad sensible; los tipos de lenguas en la historia; el desarrollo del lenguaje; el alfabetismo y la jeroglifía; los tipos de sistemas significantes en tanto que lenguajes (las artes: la poesía, la pintura, la música); etc. Plantea de manera definitiva y terminante sobre una base rigurosamente materialista lo que esbozaron los ideólogos y los sensualistas, proponiendo una de las primeras síntesis materialistas modernas acerca de la teoría del conocimiento y, por consiguiente, del funcionamiento lingüístico.

Diderot insiste sobre el papel de los «objetos sensibles» en la formación del lenguaje. «Los objetos fueron lo que impresionó primero los sentidos; y los que reúnen varias cualidades sensibles a un tiempo fueron los primeros en ser nombrados; son los diferentes individuos que componen ese universo. Luego se distinguió las cualidades sensibles unas de otras; se les dieron nombres; son la mayor parte de los adjetivos. Por último, haciendo abstracción de aquellas cualidades sensibles, se halló o se creyó hallar algo común en todos aquellos

individuos, tal como la impenetrabilidad, la extensión, el color, la figura, etc., y se formó los nombres metafísicos y generales, y casi todos los sustantivos. Poco a poco, se acostumbraron a creer que aquellos nombres representaban a seres reales: se miró las cualidades sensibles como simples accidentes...» (*Lettre sur les sourds et les muets.*) Diderot opone al proceso de abstracción ideal la tesis según la cual el pensamiento no tiene ni mucho menos autonomía con respecto a la lengua: «Los pensamientos surgen en nuestra mente, mediante no sé qué mecanismo, más o menos bajo la forma “que tendrán en el discurso y, por decirlo así, ya vestidos». Para captar el verdadero mecanismo del lenguaje si se elimina los presupuestos gramaticales legados por el estudio de las lenguas clásicas o modernas, Diderot propone que se examine el discurso gestual de los sordos y de los mudos en relación con el mismo mensaje que se transmitiese verbalmente. Acaba estableciendo la legitimidad del orden de las palabras de la lengua francesa –su lógica natural– para concluir que tiene «ventaja sobre las lenguas antiguas».

Finalmente, subrayemos la genial intuición de Diderot cuando considera los sistemas de las artes en tanto que sistemas de signos, preconizando que es preciso estudiar la peculiaridad de cada uno de aquellos sistemas de signos (en música, en pintura, en poesía): «Es la cosa en sí lo que muestra el pintor; las expresiones del Músico y del Poeta sólo son unos jeroglíficos de aquellos.» Tal teoría de determinados sistemas significantes en cuanto que *sistemas jeroglíficos*, que ha adquirido hoy una importancia nueva después de los trabajos de Freud (cf. p. 323 y sgtes.), viene ya indicada por Diderot: «Ahí donde tenga lugar el jeroglífico occidental: ya sea en un verso, ya sobre un obelisco; igual que aquí es obra de la imaginación y allá la del misterio; precisará para ser comprendido o bien una imaginación o bien una sagacidad poco comunes... Cualquier arte de imitación que tenga sus jeroglíficos particulares, yo quisiera que alguna mente instruida y delicada se dedicara un día compararlos entre sí».

Los otros Enciclopedistas, después de Diderot, no pudieron otorgar una gran importancia a los problemas del lenguaje. El economista Turgot escribe el artículo «Etymologie» del tomo VI de la *Encyclopédie* (1756). El propio Voltaire (1694-1778) se interesa por la gramática y en sus *Commentaires sur le théâtre de Corneille* (1764) establece o, mejor dicho, defiende algunas reglas de gramática que acaban imponiéndose gracias a la autoridad del escritor: *creo* + indicativo; *no creo/que/* + subjuntivo; *¿cree usted/ que/* + indicativo o subjuntivo según el

sentido, etc. Voltaire trabaja para el *Dictionnaire de l'Académie* y piensa en una obra colectiva que sería una *Enciclopedia gramatical*. Sus acotaciones lingüísticas (recogidas básicamente en sus comentarios sobre el teatro de Corneille) revelan un espíritu lógico que considera que el orden lingüístico justo y natural es el orden analítico, conforme a «aquella lógica natural con la que nacen todos los hombres bien organizados». En realidad, ninguna lengua «ha logrado llegar a un plano totalmente regular, en vista de que ninguna ha podido ser formada por una asamblea de lógicos»; pero «las menos imperfectas son como las leyes: aquellas en que menos arbitrario hay son las mejores». (*Dictionnaire philosophique*, artículo «Langues»).

Las teorías propiamente gramaticales prolongan y transforman las concepciones de Port-Royal. El cambio radical consiste en la orientación hacia la expresión propiamente lingüística, que se distinguirá de ahora en adelante claramente del contenido lógico. El padre Buffier en sus *Remarques* (publicadas en las *Mémoires de Trévoux*, octubre 1706) subraya que «en materia de lenguaje, lo que se busca, más que la razón de la expresión, es la expresión en sí». Las lenguas tienen una especificidad que no se ha de confundir, aunque su fondo lógico sea común: «En cuanto al orden de las frases y al giro de las expresiones que son el carácter propio de una lengua, el Francés es tan diferente del Latín como de cualquier otra lengua, y en particular más que del Alemán.» (*Grammaire françoise sur un plan nouveau*, 1709). No obstante, la razón tiene que apoderarse de todos aquellos hechos lingüísticos diversos y organizarlos en sistemas: «En esencia se halla en todas, en cuanto a lo que considera en ello la filosofía, viéndolas como las expresiones naturales de nuestros pensamientos; pues de la misma forma que la naturaleza puso un orden necesario entre nuestros pensamientos, puso por una infalible consecuencia un orden necesario en las lenguas.» El proyecto de Buffier es, por lo tanto, el de Ramus y de la *Grammaire Générale*: el análisis lógico es un método de sistematización de los datos lingüísticos inconexos.

La *teoría de la proposición* de Buffier enlaza con la de los Solitario: pero la completa distinguiendo en primer lugar ciertos tipos de oraciones: «*completas*, aquellas en que encontramos un nombre y un verbo con función propia», «*incompletas*, aquéllas en que el nombre y el verbo sólo sirven para formar una suerte de nombre, compuesto por varias palabras sin que se afirme nada y que podría expresarse con una sola palabra» (ejemplo: *lo que es cierto*). Por otra parte, la gramática describe la construcción de la oración con más detalle. Los nombres y

los verbos reciben varios *modificativos* cuya diversidad viene especificada pero que expresa una sola y misma relación de *complementación*: «Hemos reservado el término *modificativo* a las palabras que no tienen otro uso que el de indicar las circunstancias del nombre y del verbo.» Los elementos modificativos que se relacionan con el verbo pueden ser *absolutos* (los que particularizan la acción del verbo) y *respectivos* (respecto a los que se realiza la acción del verbo). Ejemplo: *Hay que sacrificar la vanidad* (absoluto) *en pro del reposo* (respectivo).

La obra de Du Marsais, por su parte, *Méthode raisonnée pour apprendre la langue latine* (1722) anuncia unos principios de enseñanza que se unirán a la mutación producida por unos gramáticos como Buffier, para preparar la *Grammaire* de la *Encyclopédie*. Tales principios pedagógicos estriban en una *dialéctica* de los principios de la *ratio* y del *uso*, es decir, de las reglas lógicas y de la observación estrictamente lingüística así como de los análisis filosóficos y de los análisis formales. Esto permite al gramático poner de relieve, bajo las categorías gramaticales heredadas del latín, unas relaciones entre los *términos* lingüísticos. Por lo que Du Marsais escribe: «Se pone al dativo la palabra que significa aquello a lo que o a quien se da o se atribuye algo; es el caso de la atribución y por ello se llama al caso dativo, del verbo *daré*, dar: *date quietem senectuti*. De manera que se pone a ese caso las palabras que son consideradas bajo unas relaciones semejantes a la de dar e incluso la de quitar: como la relación de fin, *finis cui*. Lo que el uso de los ejemplos enseñan.»

Después de la gramática del abad Frémy, *Essay d'une nouvelle méthode pour l'explication des auteurs* (1722) y bajo la influencia creciente, por un lado, de Descartes pero también, por otro, de Locke y de los sensualistas, la enseñanza del francés es admitida en el curso universitario como lo atestigua el *Traité des Etudes*, «De l'étude de la langue française, de la maniere dont on peut expliquer les auteurs français», de Charles Rollin (1726-1728). A partir de ese momento la necesidad de encontrar un *meta-lenguaje* específico y nuevo se hace cada vez más urgente para dar cuenta de las peculiaridades de las relaciones en las lenguas modernas sin abandonar por ello el terreno de las relaciones universales pero sin dejar tampoco el de la lengua. Los *Principes généraux et raisonnés de la langue française* (1730) de Pierre Restaut tratan de demostrar la necesidad de tal enlace entre principios de razonamiento y de conocimiento empírico de las relaciones lingüísticas (grabadas en la memoria): «El razonamiento a solas no

basta para el estudio de una lengua. Es preciso, además, que la memoria se cargue y se llene de un gran número de palabras y de combinaciones diferentes cuyo conocimiento se adquiere mediante un ejercicio continuo y que no es de incumbencia de ninguna mecánica».

Restaut tiene la ocurrencia genial de ligar en un mismo análisis los términos que habían sido utilizados por separado anteriormente, el de *sujeto* y de *objeto*, para esbozar un esqueleto más completo de la construcción oracional. Los criterios que encabezan la definición de dichos términos siguen siendo semánticos: «Llamamos siempre *sujeto*, como lo hemos dicho, al nominativo de un verbo, cualquiera que sea éste. El *objeto* es la cosa en la cual se termina una acción intelectual o una acción producida por el alma; como cuando digo: *Amo a Dios*.» Pero Restaut añade: «Cuando una acción es sensible y produce un efecto sensible, llamamos también sujeto la cosa en que se acaba. Así ocurre en las frases: *He roto mi libro, Caín mató a Abel; mi libro y Abel* son los sujetos en los que se acaban las acciones de romper y matar, y no se puede decir que aquellos sean los objetos.» Situándose en los esquemas de las gramáticas formales, Restaut da las correspondencias semánticas de cada forma: el genitivo, por ejemplo, «marca la relación de una cosa que pertenece a otra por producción o por disfrute, o en manera alguna cualquiera.» Por último, en el lugar de los procedimientos formalistas de substitución, Restaut resalta una *relación* designada por un pronombre interrogativo, precedido o no de una preposición: «Para hallar el régimen de un verbo activo, ponemos *qué* o *quién* en interrogación después del verbo o de la preposición», para los objetos indirectos ponemos «en interrogación *de qué* o *de quién*, *a qué* o *a quién*». Este tipo de análisis, precisamente, ha perdurado en la enseñanza tradicional de la gramática.

A partir de 1750, la actividad de formalización de la lengua francesa girará en torno a la *Enciclopedia*: primero con Du Marsais y, después de su muerte en 1756, con Douchet y Beauzée. La idea dominante será, obviamente, la de la lengua natural: cada lengua posee un orden natural, *ordo naturalis*, cuando se aproxima los modelos del pensamiento. Du Marsais escribe: «Todo está en el orden natural, orden conforme a nuestra manera de concebir mediante el habla y a nuestro hábito que hemos contraído de forma natural desde la infancia, cuando hemos aprendido nuestra lengua natural o cualquier otra; orden, finalmente, que ha debido ser el primero en la mente de Cicerón cuando empezó su carta por *raras tusa /Raras tuas quidem, frotasse enim non perferuntur, sed suaves accipio litteras/*, pues ¿cómo

habría dado, si no, la terminación del género femenino a esas dos palabras si no hubiese tenido *litteras* en su mente? ¿Y por qué les habría dado la terminación del acusativo si no hubiese querido hacer saber que aquellas palabras se referían a *Recibo en este momento una de sus cartas: rara vez me escribe usted, pero siempre me dan gran alegría?*» Para volver a encontrar aquel orden natural, cubierto por la preocupación tardía de elegancia y de retórica, el gramático debe «hacer la anatomía de las frases», nos dice Du Marsais.

Con un enfoque similar: observación de la diversidad de las lenguas y su reducción al orden natural, el abad Girard (*les vrais Principes de la langue française ou la Parole réduite en méthode conformément aux lois de l'usage*, 1747) establece una tipología de las lenguas según el tipo de *construcción de las proposiciones*. Si cada lenguaje tiene su genio propio, dice el Abad, «pueden, no obstante, ser reducidos a tres tipos». Por una parte, las lenguas *analíticas* (que obedecen al orden natural): el francés, el italiano, el español. «El sujeto que actúa es el primero que aparece, luego la acción acompañada de sus modificaciones, después de esto lo que constituye el objeto y el término.» En segundo lugar vienen las lenguas *transpositivas* (que no siguen el orden natural) como el latín, el esclavón y el moscovita, «que hacen preceder en alternancia el objeto, la acción, la modificación y la circunstancia». Y, en tercer lugar, las lenguas *mixtas* o *anfibilógicas*, el griego y el teutónico. Vemos que esta tipología está fundada sobre un análisis sintáctico que se presenta como fenómeno determinante del pensamiento lingüístico de la segunda mitad del siglo.

Los componentes de la oración vienen siempre definidos de manera semántica aunque igualmente a partir de las relaciones de los elementos. La oración es un sistema de *complementación* gracias a la preposición y ya no una función definida en términos lógicos. La preposición «consiste, pues, en la indicación de una relación determinativa mediante la cual una cosa afecta otra. La preposición anuncia siempre a aquélla que afecta, que denominamos complemento de la relación, y que tiene bajo su régimen por esa razón.» Las oraciones son: «incompletas, limitándose a los miembros esenciales Subjetivo y Atributivo»; «completa es aquella en la cual, además del Subjetivo y del Atributivo, encontramos también los tres siguientes, Objetivo-Terminativo-Circunstancial...». Tenemos aquí, por lo tanto, el cuadro completo de la sintaxis de la oración con sus siete partes «que pueden ser admitidas en la estructura de la frase, para hacer el cuadro del pensamiento. En mi opinión, primero hace falta un sujeto y una

atribución a dicho sujeto; sin esto no se dice nada. Después creo que la atribución puede tener, además del sujeto, un objeto, un término, una circunstancia modificativa, una ligazón con otra, simplemente para servir de apoyo a alguna de esas cosas o para expresar un movimiento de sensibilidad ocasionado en el alma de quien habla».

Du Marsais va a utilizar esta admirable síntesis del abad Girard que supo enlazar Port-Royal con las gramáticas formalistas para poner de relieve una análisis de las funciones y de las formas que las expresan. Chevalier observa que la innovación de Girard radica en la introducción de un mayor rigor lógico para precisar el contenido del término *complemento* y para establecer la diferencia entre *concordancia* y régimen. Las teorías de Du Marsais acerca del origen del lenguaje, su carácter de *signo* y su dependencia del clima, teorías heredadas de los Ideólogos, vienen desarrolladas en sus *Fragments sur les causes de la parole* así como en su *Logique* (edición póstuma). Expone sus ideas acerca de la organización de la oración, principalmente en el capítulo «De la construction grammaticale» de sus *Principes de grammaire* y en el artículo «Construction» de la *Encyclopédie*. Distingue los dos planos del análisis: gramatical y lógico: «Cuando consideramos una oración gramaticalmente sólo tomamos en cuenta las relaciones recíprocas que hay entre las palabras; mientras que, en la oración lógica, sólo tomamos en cuenta el sentido total que resulta del ensamblaje de las palabras.» La gramática atenderá el «orden de las palabras en el discurso» y la sintaxis abordará las leyes constantes de dichos órdenes sin quedarse en los marcos estrechos de la afirmación lógica sino considerando todo enunciado afirmativo o negativo así como la enunciación de «algunas visiones del espíritu».

El eje real de la sintaxis, lo constituye la naturaleza del *complemento* que resalta a través y gracias a la distinción identidad/determinación. La relación de identidad concierne al nombre y al adjetivo. La relación de determinación «regula la construcción de las palabras». «A una palabra le debe seguir una o varias palabras determinantes siempre y cuando, de por sí no sea más que una parte del análisis de un sentido particular; la mente se halla entonces en la necesidad de esperar y de pedir la palabra determinante para conocer todo el sentido particular, sentido que la primera palabra no le anuncia más que en parte». Un ejemplo concreta tal noción de determinante-complemento: «Alguien me dice que el rey *ha dado*. Las palabras *ha dado* son solamente una parte del sentido particular; la mente no queda satisfecha, tan sólo se emociona. Uno se espera o pregunta, 1) ¿qué ha dado el rey? 2) ¿a quién

lo ha dado? Se responde, por ejemplo, a la primera pregunta que el *rey ha dado un regimiento*; ahora la mente se queda satisfecha con respecto a la cosa que se ha dado: *regimiento* es, a este respecto, el determinante de *ha dado*. Luego preguntamos *¿A quién ha dado el rey el regimiento?* Nos responde: *Al Señor N...* Así, pues, la preposición *a*, seguida del nombre que la determina, constituye un sentido parcial que es el determinante de *ha dado* con respecto a la persona *a quién*».

Una vez hecho el análisis de las relaciones de las partes del discurso, la declinación, mantenida durante largo tiempo a partir del modelo latino, desaparece de manera definitiva. Ahora las *preposiciones* son las que se encargan de articular las relaciones en la oración, sin que se tenga necesidad de marcas formales correspondientes a los seis casos. «Por ejemplo, la preposición *para* marca el motivo, un fin, una razón; mas luego es preciso enunciar el objeto que es el término de dicho motivo y es lo que se llama el *complemento de la preposición*. Por ejemplo, *trabaja para la patria*; la *patria* es el complemento de *para...*».

Si, aquí, hemos podido seguir la elaboración del concepto sintáctico del *complemento* en Du Marsais, en vano buscaríamos una teoría gramatical en el artículo «*Complément*» de la Enciclopedia. Más tarde, Beauzée observará en el artículo «*Régime*» que, en el artículo «*Gouverner*», sólo se insinuó que «era preciso dar el nombre de *complemento* a lo que se llama *régimen*» pero que «no hay que confundir sin embargo estos dos términos como si fuesen sinónimos; voy a determinar la noción concreta de uno y otro en dos artículos separados; y de este modo supliré el artículo “*Complément*” que el señor Du Marsais omitió en su lugar si bien recurre con frecuencia a dicho término». La historia de la lingüística considera no obstante a Du Marsais como al inventor de tal análisis y Thurot lo dice claramente en su *Introduction a Hermes* de Harris: «Du Marsais es, en mi opinión, el primero que consideró las palabras desde este punto de vista».

En su *Grammaire Générale* (1767), Beauzée desarrollaría, pormenorizándolo, el análisis de los complementos, siguiendo la *Grammaire française* de De Wailly (1754). Las descripciones oscilan entre la lógica y la semántica o vuelven a unas categorías aristotélicas, pero se fija el marco del estudio sintáctico, y ello hoy día, para las gramáticas escolares. La burguesía había conseguido forjarse un arma ideológica segura: cernir el lenguaje en un encuadre lógico que le había legado el clasicismo, acordándole al mismo tiempo una agilidad y una autonomía relativa cuando desvía levemente el análisis hacia los

«hechos» lingüísticos. Universalismo y empirismo, pasándose el uno en el otro, moldean tal concepción de la construcción oracional que la gramática del siglo XVIII pudo elaborar sobre el fondo de una concepción «natural» del lenguaje. Citemos, para terminar, el artículo «Langage» de la *Encyclopédie*, que condensa, bajo su forma ideológica, lo que los gramáticos hicieron en el plano de la descripción «científica»:

«*Artículo III. Análisis & comparación de las lenguas.* Todas las lenguas tienen un mismo fin, que es la enunciación de los pensamientos. Para lograrlo, todas emplean el mismo instrumento, que es la voz: es como el espíritu & el cuerpo del lenguaje; pero lo es hasta cierto punto para las *lenguas* consideradas de este modo, igual que para los hombres que las hablan.

»Todas las almas humanas, si atendemos a la escuela cartesiana, son absolutamente de una misma especie, de una misma naturaleza; tienen las mismas facultades en grado idéntico, el germen de los mismos talentos, del mismo espíritu, del mismo genio, & entre sí no tienen más que diferencias numéricas & individuales: las diferencias que se advierten en la sucesión se deben a unas causas exteriores; a la organización íntima de los cuerpos que aquellos animan; a los diversos temperamentos que establecen las conjeturas; a las ocasiones más o menos frecuentes, más o menos favorables, para excitar en ellas unas ideas, para acercarlas, combinarlas, desarrollarlas; a los prejuicios más o menos acertados que reciben por la educación, las costumbres, la religión, el gobierno político, las obligaciones domésticas, civiles & nacionales, etc.

«Ocurre aproximadamente lo mismo con los cuerpos humanos. Formados por la misma materia, si consideramos la figura en sus principales rasgos, parece casi hecha con el mismo molde: sin embargo no ha ocurrido, sin lugar a duda, que algún hombre haya tenido un parecido exacto con otro hombre. Cualquiera que sea la conexión física que haya entre hombre y hombre, desde el momento en que hay diversidad de individuos, hay diferencias más o menos sensibles de figura, además de las que están dentro de la máquina: tales diferencias están más marcadas, en proporción con la disminución de las causas convergentes hacia los mismos efectos. Así, pues, todos los sujetos de la misma nación tienen entre sí unas diferencias individuales con los rasgos del parecido nacional. El parecido nacional de un pueblo no es el mismo que el parecido nacional de otro pueblo vecino si bien hay

ente ambos ciertos caracteres de aproximación: tales caracteres se debilitan & los rasgos diferenciales aumentan a medida que los términos de comparación se alejan hasta que la máxima diversidad de los climas & de las demás causas que de ello dependen más o menos, ya no deja subsistir sino los rasgos del parecido específico bajo las diferencias de los Blancos & los Negros, de los Lapones & los Europeos meridionales.

«Distinguimos, por igual, en las *lenguas* el espíritu & el cuerpo, el objeto común que se proponen, & el instrumento universal que utilizan para expresarlo, en una palabra, los pensamientos & los sonidos articulados de la voz, pues separaremos lo que tienen necesariamente en común de lo que tienen cada una propiamente bajo estos dos puntos de vista, & podremos entonces establecer unos principios razonables acerca de la generación de las *lenguas*, de su *mezcla*, su *afinidad* & su mérito respectivo.

»La mente humana... acaba por distinguir unas partes en su pensamiento, por muy indivisible que sea, separando, con el recurso de la abstracción, las diferentes ideas que constituyen el objeto & las diversas relaciones que tienen entre sí, debido a la relación que todas tienen con el pensamiento indivisible en el cual las concebimos. Tal análisis, cuyos principios proceden de la naturaleza de la mente humana, siendo aquélla la misma en todas partes, ha de mostrar los mismos resultados en todas partes o, al menos, unos resultados similares, hacer concebir las ideas de la misma manera, & establecer la misma clasificación en las mismas palabras.

»He aquí, pues, lo que se encuentra universalmente en el espíritu de todas las *lenguas*; la sucesión analítica de las ideas parciales que constituyen un mismo pensamiento & las mismas especies de palabras para representar las ideas parciales concebidas bajo los mismo aspectos. Mas todas admiten, respecto a ambos objetos generales, unas diferencias que se deben al ingenio de los pueblos que las hablan & que constituyen de por sí tanto los caracteres principales del genio de aquellas *lenguas* como las fuentes principales de las dificultades que se ha de traducir exactamente de una a otra.

»1º Respecto al orden analítico, existen dos medios mediante los cuales se le puede hacer sensible dentro de la enunciación vocal del pensamiento. El primero consiste en colocar las palabras en la elocución siguiendo el mismo orden que resulta de la sucesión analítica de las ideas parciales; el segundo, sería dar a las palabras declinables unas inflexiones o unas terminaciones relativas al orden

analítico, & después regular la ordenación en la elocución mediante otros principios, capaces de agregar alguna perfección al arte del habla. De ahí se deduce la división más universal de las *lenguas* en dos especies generales que el abad Girard (*Princ. dic.* I, t. j. p. 23) llama *análogas* & *transpositivas* y a las cuales mantendré los mismos nombres, porque me parece caracterizar muy bien el genio distintivo.

»Las *lenguas análogas* son aquellas cuya sintaxis está sometida al orden analítico porque la sucesión de las palabras en el discurso sigue la gradación analítica de las ideas; el proceder de tales es, en efecto, análogo & en cierto modo paralelo al de la propia mente cuyas operaciones sigue paso a paso.

»Las *lenguas transpositivas* son aquellas que, en la elocución, dan a las palabras unas terminaciones relativas al orden analítico & que adquieren de este modo el derecho de someterlas en el discurso a un libre proceder independiente de la sucesión natural de las ideas. El francés, el italiano, el español, etc., son *lenguas* análogas; el griego, el latín, el alemán, etc., son *lenguas* transpositivas.

»Se plantea aquí una cuestión bastante natural. El orden analítico & el orden transpositivo de las palabras suponen unas visiones muy diferentes en las *lenguas* que los han adoptado para regular su sintaxis: cada uno de ambos órdenes caracteriza un ingenio muy diferente. Mas como primero hubo solamente una *lengua* sobre la tierra, ¿será posible asignar a qué especie pertenecía? ¿si era análoga o transpositiva?

»Puesto que el orden analítico es el prototipo invariable de ambas especies generales de *lenguas*, & el único fundamento de su comunicabilidad respectiva, parece bastante natural que la primera *lengua* haya estado ligada a aquélla escrupulosamente & que haya condicionado la sucesión de las palabras...».

15. El lenguaje como historia

El final del siglo XVIII vive un cambio que se manifiesta tanto en la ideología como en la filosofía y en las ciencias que se desarrollaron en el siglo XIX. A la descripción de los *mecanismos* (incluido el de la lengua) y a la *sistematización* de los tipos (incluidos los de las diversas lenguas) sucede la concepción evolucionista, *histórica*. Ya no basta formular las reglas de funcionamiento o las correspondencias entre los conjuntos estudiados: se le considera con una única mirada que los

coloca en línea ascendente. El *historicismo* será la marca fundamental del pensamiento del siglo XIX y la ciencia del lenguaje no le escapará. ¿De dónde viene?

Se suele considerar como primera formulación global del historicismo el libro de Herder, *Idées sur la philosophie de l'histoire de l'humanité* (1784-1791). Herder se propone construir «una filosofía y una ciencia de lo que nos concierne más en particular, de la historia de la humanidad en general». Entre los motivos que le llevan a designar el terreno de lo «humano» como objeto de ciencia, Herder cita los progresos de la física, la formación de la historia natural («hacer un mapamundi antropológico, en el plano de aquella con la que Zimmermann enriqueció la zoología»; pero, en primer lugar «la metafísica y la moral», «y finalmente la religión por encima de todo lo demás». Los comentaristas de Herder demostrarían posteriormente que tal confesión no fue casual sino el verdadero fundamento ideológico de su historicismo.

En la *Introduction* de Edgar Quinet a las *Idées sur la philosophie de l'histoire de l'humanité* (1827), el lector nota claramente que las pautas que sigue Herder son una reacción transcendental frente a los cambios socio-radicales que vivió el siglo XVIII: la caída de los Imperios, la transformación de los Estados a raíz del golpe de la Revolución [francesa]. «El pensamiento no estaba ya asentado sobre cada uno de ellos de manera aislada. Para llenar el vacío, se les añadió unos a otros; se les consideró con una sola mirada. Ya no fueron más individuos que se sucedieron unos a otros sino seres colectivos a los que apretujaron en angostas esferas. Luego, al ver que eso seguía manifestando la nada, se comenzó a buscar si no habría al menos, en el seno de aquella inestabilidad, una idea permanente, un principio fijo en torno al cual se sucedieran los accidentes de las civilizaciones según un orden eterno...» El resquebrajamiento de las estructuras sociales coloca al pensamiento ante el vértigo de la nada, del vacío que trata de colmar: «Por lo demás, si la filosofía de la historia llegara a ser alguna vez un recurso en el desamparo bien público bien privado...» (*ibid.*). El historicismo de la idea permanente, el principio fijo de la evolución será el forcejeo mediante el cual reaccionará el idealismo frente al materialismo de la Revolución francesa. Su tarea será la de borrar el vacío en el que se encuentra el pensamiento idealista arrancado a sus refugios por el corte que supuso la Revolución en el universo estático de «una lógica natural». El historicismo devolverá su *razón* a la *ruptura* para hallar una continuidad después del parcelamiento. Herder (1744-

1803) formulará sus principios, precursores de la dialéctica hegeliana: «El encadenamiento de los poderes y de las formas no es nunca retrógrado ni estacionario, sino progresivo»; la *organización* no es más que «la escala ascendente que conduce (las formas) a un estado más elevado»; «toda destrucción es una metamorfosis, el instante de un paso a una esfera de vida más relevante».

Pero ¿dónde encontraremos esa *razón* o *lógica* que explicará la ruptura revolucionaria y materialista, recogiendo en el principio fijado y tranquilizador de la evolución? Ahí donde se produce la lógica, ahí donde la encontramos cuando queremos dar pruebas de ella: *en el lenguaje*.

Si los gramáticos de Port-Royal habían demostrado que el lenguaje obedece a los principios de la lógica del juicio; si los enciclopedistas quisieron ver en él la lógica de la naturaleza sensible y la confirmación de la influencia de las circunstancias materiales (clima, gobierno), el siglo XIX tratará de demostrar que el lenguaje tiene, también él, una evolución para apoyar sobre ésta el principio de la evolución de la idea y de la sociedad.

En el descubrimiento del sánscrito y en el parentesco de las lenguas indoeuropeas, la ideología evolucionista hallará el corolario lingüístico imprescindible para su asentamiento. La sociedad será pensada a partir del modelo del lenguaje visto como una línea evolutiva; mejor aún, a partir del modelo de la *evolución fonética*, es decir, del cambio de la forma significante desprendida de su contenido significado. Admirable unión de la Idea y de la Voz en evolución, desunidas por Platón para volver a encontrarla en Friedrich Hegel (1770-1831) y confirmarse una y otra. El evolucionista adoptará incluso los *términos lingüísticos* para «concretar» aquellas operaciones suspendidas en lo inacabado de un acto fallido, interrumpido en el «tiempo eterno»: Quinet hablará de una «armonía de los tiempos»; «Cada pueblo que cae en el abismo es un acento de su voz; cada ciudad no es más en sí misma que una palabra interrumpida, una imagen rota, un verso inacabado de aquel poema eterno que el tiempo se encarga de proseguir. ¿Escucháis aquel discurso inmenso que rueda y crece con los siglos y que, siempre recogido y siempre suspenso, deja a cada generación insegura del habla que seguirá? Tiene, igual que los discursos humanos, sus circunlocuciones, sus exclamaciones de ira, sus movimientos y sus descansos...».

La *lingüística comparada* y la *lingüística histórica* nacen y se desarrollan sobre este fondo ideológico. Se nutren de los principios generales del

romanticismo y del evolucionismo alemán pero acaban independizándose y se desarrollan como una ciencia objetiva, al margen de la explotación ideológica a la que estará sometida, sin embargo. Recurren al pensamiento romántico para reaccionar contra lo que Bréal dio en llamar «la sencillez un poco desnuda, la abstracción un poco seca de nuestros enciclopedistas del siglo XVIII». En lugar de la ordenación sintáctica de los gramáticos del siglo XVIII, la lingüística del siglo XIX propone la visión genealógica de las lenguas que reagrupa en familias, haciendo derivar cada miembro de una fuente inicial.

En este trabajo, la lingüística del siglo XIX utilizará básicamente el descubrimiento, hecho por los lingüistas del siglo anterior, del sánscrito y de sus parentescos con algunas lenguas europeas. En efecto, el conocimiento de Persia y de la India llama la atención de los científicos. Se forma una «Sociedad Asiática» en Calcutta que publica trabajos sobre la lengua india. Recordemos que, en 1767, el padre Coeurdoux había enviado una memoria intitulada: «Question proposée a M. l'abbé Barthélémy et aux membres de l'Académie des Belles-Lettres et Inscriptions: D'où vient que dans la langue samscroutane il se trouve un grand nombre de mots qui lui sont communs avec le latin et le grec, et surtout le latin?». La Academia dejará esta pregunta esencial acerca del parentesco lingüístico sin respuesta.

Mientras tanto, la traducción de textos literarios indios progresa: William Jones traduce *Sakuntala*. y constata, en 1786, entre el sánscrito, el griego y el latín, un parentesco que «no se podría atribuir a la casualidad».

En la atmósfera de tal interés creciente hacia la India, hacia su lengua y las relaciones que mantiene con las lenguas europeas, se organiza en París a principios del siglo XIX un círculo de sanscritistas con la participación de Al. Hamilton, miembro de la Sociedad de Calcutta, del padre Pons, de F. Schlegel, del indianista Chézy, de Langlès, de Fauriel, del arabista de Sacy y, más tarde, de August Wilhelm von Schlegel. Adelung publica su *Mithridate* (1808), primera suma global del conocimiento acerca de numerosas lenguas.

Por otra parte, la enseñanza de Leibniz y de Mercier, quienes anunciaban la necesidad y la posibilidad de convertir la gramática en una ciencia, se va a unir al interés histórico para dar a luz a la ciencia *lingüística histórica*.

Pero la India suscita el entusiasmo de los filólogos y de los lingüistas: en tanto que «origen perdido», en tanto que «lengua

materna» abandonada y que hay que retomar para animar al conocimiento extraviado. «¡Ojalá los estudios indios encuentren al menos algunos de aquellos discípulos y de aquellos protectores que Italia y Alemania vieron alzarse repentinamente, en los siglos XV y XVI, y que tantos hubo para los estudios griegos que, en poco tiempo, hicieron tan grandes cosas! El renacer del conocimiento de la Antigüedad transforma y rejuvenece pronto todas las ciencias: se puede agregar que rejuvenece y transforma al mundo. Los efectos de los estudios indios, nos atrevemos a afirmarlo, no serían hoy menores ni tendrían un alcance menos general si se emprendiesen con la misma energía y si se introdujeran en el círculo de los conocimientos europeos.» (F. Schlegel, *Sur la langue et la sagesse des Indous*, 1808.)

Se considera como fecha de nacimiento de la lingüística comparada y, por ende, de la lingüística histórica y general, la publicación en 1826 por el alemán Franz Bopp (1791-1867) de su memoria, *Du système de conjugaison de la langue sanscrite, comparé avec celui des langues grecque, latine, persane et germanique*. A este trabajo, sobre el cual volveremos más adelante, se añaden las investigaciones del danés Rasmus Rask (1787-1832) acerca del parentesco de las lenguas europeas así como el descubrimiento por Jacob Grimm en 1822 en su *Deutsche Grammatik* de las leyes fonéticas de *Ablaut* (alternancia vocálica) y de *Umlaut* (cambio de timbre de una vocal bajo la influencia de una vocal vecina cerrada), y también de las reglas de mutación consonántica, *Lautverschiebung* (a las consonantes germánicas *f, p, h* responden las consonantes griegas π, τ, χ y las latinas *p, t, k*, etc.).

Por el momento, no seguiremos el orden cronológico de estos descubrimientos y, en primer lugar, examinaremos la aportación de Rask. Ya que el lingüista danés, a la vez que fue, junto con Bopp y Grimm, uno de los fundadores del método histórico en lingüística, sigue siendo, sin embargo, por sus concepciones y el carácter de sus investigaciones, anterior a la gran corriente evolucionista que arrastrará a la lingüística del siglo XIX: no es historicista sino *comparativista*.

Los descubrimientos empíricos de Rask cuya obra principal tiene por título *Investigation sur l'origine du vieux norrois ou de la langue islandaise* (1814), estriban en primer lugar en su demostración según la cual las lenguas lituana y letona forman una familia aparte en el indoeuropeo del mismo modo que la lengua iraquí o avéstica es una lengua indoeuropea independiente. Ha descrito con sumo rigor los *cambios fonéticos* que corresponden a una *estructura común*: cuando por

ejemplo compara la clase de las lenguas «tracias» (lituano, eslavo) con el griego y el latín, Rask constata «[que] no sólo varias palabras se parecen en cierta medida según su forma y su destino sino [que] tales semejanzas son de un número tal que las reglas pueden ser deducidas a partir del cambio de las letras mientras que la estructura entera de las lenguas es la misma en ambas clases».

Los estudios profundizados de Rask sobre las lenguas nórdicas le convierten sin duda en el fundador de la filología nórdica. Le debemos el descubrimiento de la primera ley fonética, la *mutación germánica* (por ejemplo, la correlación regular en principio de palabra de la *p* y *t* latinas con la *F* y *P* germánicas: *pater, tres* > *Faθir, Priz*).

No obstante, la meta teórica de Rask no era de ningún modo histórica. Con su mente lógica y sistematizadora pertenecía más a la época de los enciclopedistas que a la de los románticos que él aborrecía. La hipótesis de un linaje histórico de las lenguas que toma sus raíces en el sánscrito, no le interesaba: hizo todo lo posible para impedir el viaje que las autoridades le habían impuesto, a India, y cuando se vio forzado al final a hacerlo, no trajo de allí ningún documento de las lenguas de los países visitados (Rusia, Cáucaso, Irán, India) ante la gran decepción de sus contemporáneos. Se inspiraba de los descubrimientos de las ciencias naturales y si consideraba, como se solía hacer en el siglo XIX, que la lengua es un *organismo*, Rask trataba más bien de *clasificar* las lenguas como lo hicieran los lingüistas del siglo XVIII, o como Linné en botánica, y no de descubrir su desarrollo histórico, como Darwin en zoología. Así lo observa Luis Hjelmslev (*Commentaire sur la vie et l'oeuvre de R. Rask*, CILUP, 1950-1951) —y su opinión no es un mero compromiso estructuralista— al decir que la ciencia de Rask es *tipológica* y no *genética*: «Descubrió el método a seguir para clasificar las lenguas por familias pero, para él, esa clasificación no era sino una clasificación tipológica». Efectivamente, para Rask no hay cambio de la lengua: una lengua sólo puede desaparecer, como en el caso del latín, pero no puede evolucionar o transformarse en otras lenguas. Cuando nota las correspondencias fonéticas o gramaticales de diversas lenguas las emparenta y las convierte en familia, sin más. Para él, «una familia de lenguas es un sistema de lenguas, entonces un sistema de sistemas» y no un árbol genealógico. Por lo demás, el credo filosófico de Rask (que anunció en su curso, hacia 1830) confirma las conclusiones de Hjelmslev. Tras haber declarado que «la lengua es un objeto de la naturaleza» y que «el conocimiento de la lengua se parece a la historia

natural», Rask prosigue diciendo: «La lengua nos presenta dos objetos de consideraciones filosóficas: 1) la relación entre los objetos, es decir, el sistema; 2) la estructura de dichos objetos, es decir, la fisiología. No es mecánico; por el contrario, es el supremo triunfo de la aplicación de la filosofía sobre la naturaleza, si permite hallar el verdadero sistema de la naturaleza y sacar su verdad a la luz». Hjelmslev hace hincapié precisamente en que, para Rask, el estudio de la lengua supone dos niveles que se cruzan: la *explicación* que produce los diccionarios y la gramática, que es una teoría de *la forma lingüística*; y la *investigación* o la teoría del *contenido*: «El examen científico del pensamiento que se oculta en la estructura de la lengua, es decir, de las ideas expresadas por las formas de la derivación y de la flexión, etc.». Por lo cual, si Rask se interesaba por las correspondencias *fonéticas*, son las correspondencias de las *estructuras* del contenido las que son decisivas para él. No llega a abstraerse para ponerse a la escucha de las correlaciones fonéticas a solas y resaltar de aquella mutación del significante la línea evolutiva de la *historia del lenguaje*, como lo haría Grimm y Bopp. Si consigue a pesar de todo clasificar las lenguas indoeuropeas en una misma familia es porque, en la mayoría de los casos, las correspondencias fonéticas van a la par con correspondencias de estructura (correspondencia lógica, significada, correspondencia de contenido). Por ello diremos, junto con Hjelmslev, que «no es la historia de la lengua lo que interesa a Rask; es el sistema lingüístico y su estructura» y que su lingüística comparada no es genética sino general y se asemeja a la preocupación de sistematización lógica de los enciclopedistas... Eso no le impide ser el autor del primer esbozo de una gramática indoeuropea comparada.

Bopp fue quien formuló el principio de cambio de las lenguas que, idénticas en el origen, sufren modificaciones que obedecen a determinadas leyes y dan lugar a “unos idiomas tan diversos como el sánscrito, el griego, el latín, el gótico y el persa. Tras una estancia en París de 1812a 1816, donde tiene noticia de los trabajos de los sanscritistas y de los orientalistas parisinos, Bopp publica su memoria *Du système de conjugaison...* «Hemos de conocer ante todo el sistema de conjugación del viejo indio, recorrer comparándolas las conjugaciones del griego, del latín, del germánico y del persa; así vislumbraremos la identidad; al mismo tiempo reconoceremos la destrucción progresiva y gradual del organismo lingüístico simple y observaremos la tendencia a ser sustituido por agrupamientos mecánicos, de donde resulta una apariencia de organismo nuevo cuando ya no se reconocía los

elementos de aquellos grupos.»

Para probar este principio sin salirse del terreno de la gramática, Bopp demuestra, en contra de Schlegel, que las *flexiones* (noción empleada por Schlegel) son *raíces* antiguas: «Si la lengua empleó, con el ingenio precavido que le es propio, unos signos simples para representar las ideas simples de las personas y si vemos que las mismas nociones son representadas de la misma manera en los verbos y en los pronombres, se sigue que la letra tenía en su origen una significación y que se ha mantenido fiel. Si hubo antaño una razón para que *mam* significase “yo” y para que *tam* significase “él”, sin duda, será por la misma razón que tenemos *bhavâ-mi* que significa “soy” y *bhava-ti* significa “él es”».

Bopp publicará sucesivamente *Vergleichende Zergliederung des Sanscrits und der mit ihm verwandten Sprachen* (1824-1831) y su *Vergleichende Grammatik* (1833-1852).

Comparada con la obra de Rask, la de Bopp tiene un campo menos amplio en su origen: Bopp, en efecto, se ocupa del sánscrito que Rask desprecia, pero no toma en consideración el lituano hasta 1833, el eslavo hasta 1835 y el armenio en 1857; el parentesco con el celta se constata apenas en 1838 y el albanés no viene incluido hasta 1854. Por otra parte, su trabajo se centra en las flexiones: en su gramática comparada no hay casi nada de fonética; pero contribuyó para la investigación de las leyes fonéticas al demostrar, en contra de Grimm, que el *Ablaut* (por ejemplo: sing-sung-sang) no es significativo sino que se debe a unas leyes de equilibrio fonético y a la influencia del acento tónico. Bopp abrirá el campo de investigación cuando, en la edición inglesa de *Konjugations System*, toma en consideración la declinación.

Si la intención evolucionista de Bopp se halla en la línea de la ideología de la época, su investigación se aleja a su vez del idealismo místico y metafísico de los románticos alemanes (tal como el maestro de Bopp, Windischmann y como Herder y Schlegel) para acercarse a la lengua con una actitud positiva. A tal efecto, cree siempre que, a través del sánscrito, llegará a encontrar el «origen común» de las lenguas aunque posteriormente modificaría su concepción inicial para considerar que el sánscrito no es aquella lengua original sino que pertenece, como los demás idiomas, a unas modificaciones graduales de una sola y misma lengua primitiva». Tal concepción que le llevó incluso a querer emparentar las lenguas caucásica, indonesia, melanesia y polinesia con las lenguas indoeuropeas, Bopp la confiesa ya en el prólogo de la primera edición de su *Grammaire comparée des*

langues indo-européennes, en 1833, moderándola con furtivas advertencias en contra de la búsqueda del misterio del signo (es decir, de la significación de los primeros sonidos, de las raíces): «Me propongo dar en esta obra una descripción del organismo de las diferentes lenguas que vienen nombradas en el título, comparar entre sí los hechos de misma naturaleza, estudiar las leyes físicas y mecánicas que rigen aquellos idiomas y buscar el origen de las formas que expresan las relaciones gramaticales. Sólo queda el misterio de las raíces o, en otros términos, la causa por la cual tal concepción primitiva está marcada por tal sonido y no tal otro, misterio que no trataremos de aclarar; no estudiaremos, por ejemplo, por qué la raíz I significa “ir” y no “pararse”, ni por qué el grupo fónico STHA o STA quiere decir “pararse” y no “ir”. Bajo reserva de esta única puntualización, intentaremos observar el lenguaje, en cierto modo, en su eclosión y en su desarrollo... La significación primitiva y, por consiguiente, el origen de las formas gramaticales se revelan la mayor parte de las veces por sí mismas desde el momento en que se extiende el círculo de las investigaciones y que se compara las lenguas procedentes de la misma familia entre sí, lenguas que, pese a la separación que supone varios millares de años, llevan aún la marca irrefutable de su descendencia común».

Esa tendencia que consiste en desprenderse del misticismo de la época para buscar una base positiva en la substancia misma de la lengua estudiada por sí misma y en sí misma, Bopp la confirma en una frase famosa de su prólogo a su *Grammaire comparée*, frase en la que algunos ven ya el asomo de las teorías de Saussure: «Las lenguas tratadas en esta obra son estudiadas por sí mismas, es decir, como objeto, y no como medio de conocimiento». Por lo que la *lingüística histórica será la verdadera lingüística y no un estudio de las maneras de razonar* (como lo era la *Grammaire Générale*²⁷): un análisis del tejido propio de la construcción lingüística a través de su evolución específica.

De modo que la gran aportación de Bopp habrá sido el haber incorporado el sánscrito en el estudio positivo de la lengua. «El mero conocimiento de aquella lengua – escribe Pedersen (*The discovery of language*, 1931, ed. 1962) – ha tenido un efecto revolucionario, no sólo porque era algo nuevo, algo que se hallaba fuera del viejo campo del saber, una cosa hacia la que los científicos iban sin sentirse molestos

²⁷ Cf., cap. 13: la gramática de Port-Royal. (Nota del traductor.)

por los viejos prejuicios, difíciles de barrer, que les impusieron los griegos y latinos, sino por la estructura tan extraordinariamente valiosa que tiene el sánscrito. De la misma forma que tal estructura, tan clara, pudo producir la admirable claridad de la gramática india, ha producido la gramática comparada al ejercer su efecto sobre los cerebros de los científicos europeos. Si bien la obra de Rask es más dura y más auténtica por varios puntos de vista, el libro de Bopp, a pesar de algunos contrasentidos, no ha dejado de aportar un estímulo más fuerte para la futura investigación y ello, aunque la obra de Rask haya sido escrita en una lengua mundialmente más extendida... El pequeño ensayo de Bopp, por tanto, puede ser considerado como el *verdadero comienzo* de lo que llamamos la lingüística comparada». A través de su idealismo y a pesar de sus errores, Bopp marcó un verdadero cambio epistemológico. Bréal (*Introduction a la Grammaire de Bopp*, 1875) nos la explica con la formulación siguiente: «Es preciso reanudar la cadena para comprender los hechos con los que nos topamos en un momento dado de su historia. El error del antiguo método gramatical ha sido creer que un idioma forma un todo acabado en sí que se explica por sí mismo».

Hemos de subrayar, por otra parte, la importancia de los escritos de Humboldt (1767-1835) que fue un amigo de Bopp y que éste inició en el sánscrito ya que originaron la visión comparatista e historicista del lenguaje. Más filósofo que lingüista, pero con un vasto conocimiento de numerosas lenguas, Humboldt se ha dado a conocer hasta nuestros días por sus obras: *Ueber das Entstehen des grammatischen Formen und ihren Einfluss auf die Ideenentwicklung* (1822), *Ueber die Kawisprache auf der Insel Java* (1836-1840), *Lettre à M. Abel Rémusat sur la nature des formes grammaticales en général et le génie de la langue chinoise en particulier*. etc. Su influencia y su autoridad fueron tales que se le ha llegado a considerar como el «verdadero creador de la filología comparada». La postura filosófica de Humboldt (advierde V. A. Zvegintzev, en *Textes de l'histoire de la linguistique du XIX- siècle*. Moscú, 1956) es la de Kant: para él, la conciencia es una entidad, independiente de la materia objetivamente existente que obedece a unas leyes propias. «El lenguaje es el alma en su totalidad. Se desarrolla según unas leyes del espíritu.» Pero, al mismo tiempo, Humboldt definía el lenguaje como el instrumento del pensamiento a la vez que subrayaba que la lengua no es una suma de rasgos sino el conjunto de los medios que realizan el proceso ininterrumpido del desarrollo lingüístico. De ahí la distinción que establece entre lengua y

discurso: «La lengua como suma de sus productos se distingue de la actividad discursiva».

Uno de los temas mayores de los textos de Humboldt es establecer una *tipología* de las estructuras de las lenguas para hacer una *clasificación*. Cada estructura corresponde a una manera de aprehender el mundo pues «la naturaleza consiste en fundir la materia del mundo sensible en el molde de los pensamientos» o «la diversidad de las lenguas es una diversidad de las ópticas del mundo». Si una teoría semejante puede conducir a una tesis «racista» (a la superioridad de la lengua corresponde una superioridad de raza), tiene por otra parte la considerable ventaja de insistir sobre la unión inseparable del pensamiento y de la lengua, lo cual se presenta como un presagio de la tesis materialista de Karl Marx, a saber que el lenguaje es la única realidad del pensamiento. La visión tipológica de Humboldt está evidentemente dominada por el principio evolucionista: las lenguas tienen un origen perfecto, un desarrollo y una decadencia. El pensamiento moderno, además, descubrirá en Humboldt algunos principios que la ciencia y la filosofía actuales parecen retomar” así, el principio según el cual la lengua no es una *obra*, ἔργον, sino una *actividad*, ἐνεργεια, principio que ha seducido a transformacionistas como Chomsky. Le debemos también a Humboldt el descubrimiento del concepto *Innere Sprachform*. forma lingüística interior, anterior a la articulación, concepto sobre el que se apoya L. Tesnière y que ha influido la semántica estructural y sobre todo la semiótica.

Vemos cómo, con la ayuda de la reacción romántica, la ciencia del lenguaje se constituye al medirse frente a dos hechos epistemológicos: el sistema lógico del siglo anterior y el desarrollo de las ciencias naturales de su tiempo. El estudio del lenguaje «deja de tomar las categorías lógicas por unas explicaciones» diría Meillet pensando en los gramáticos enciclopedistas (*Introduction a l'étude comparée des langues indo-européennes*. 1954, 7ª ed.); quiere imitar el estudio de los «seres vivos», los *organismos*, a partir de cuyo ejemplo se ponen a pensar las sociedades. El lenguaje «no se deja, en su mayoría, reducir a unas fórmulas abstractas como un hecho de física» (*ibíd.*). El *vitalismo del logos* sustituye la lógica de los sistemas. Tal mutación se resiente como una reacción ante el método apriorístico lógico, por el que (con relación a Arquímedes, Galileo, Newton) estaba marcada la época anterior: «El método había logrado su perfección y sólo se tenía que aplicar con una precisión creciente a todos los objetos que permitía estudiar. El método de la explicación histórica ha sido, por el contrario,

una creación del siglo XIX (y ya lo era en cierta medida del final del siglo XVIII). La corteza terrestre, los seres organizados, las sociedades y sus instituciones aparecieron como los productos de desarrollo histórico cuya pormenorización no se podía adivinar *a priori* y que no se podía explicar sino observando y determinando, lo más exactamente posible que lo permitiesen los datos, la sucesión y los cruces de los hechos particulares mediante los cuales se habían realizado... incluso los cuerpos inorgánicos tienen una historia».

El razonamiento de Meillet dibuja el trayecto por el que se aleja el evolucionismo de la búsqueda metafísica de los «orígenes» para volverse *descripción exacta de una historia* – un positivismo histórico. La lingüística *comparada* de principio de siglo es *histórica*, pasando por Bopp, en la medida en que éste demuestra el parentesco genético de las lenguas descendiendo de una a otra y remontando a un mismo origen, pero sobre todo con Grimm (*Deutsche Grammatik*, 1819, t. I; tomos siguientes 1826, 1831, 1837) que abandona la tesis del parentesco y se centra en el estudio cronológico de una sola lengua: una cronología seguida con minuciosidad, paso a paso, y que les faltaba a los comparatistas, fundando definitivamente la lingüística sobre unas bases exactas.

Este giro decisivo no se efectúa, señala Pedersen, hasta 1876, giro que Grimm anunciaba así como Franz Diez (*Grammatik der romanischen Sprachen*, 1836-1844). Pero el romanista alemán Diez tiene antecesores que han seguido el ejemplo de Bopp y de Grimm y han elaborado la gramática comparada e histórica de diversas lenguas: E. Burnouf (1801-1852) se ocupa del iraní, Dobrovsky (1753-1829) lo hace con las lenguas eslavas, lo que permitirá a Miklosich (1813-1891) publicar la *Grammaire comparée des langues slaves* (1852-1875). Posteriormente, E. Curtius (1814-1896) aplicará el método comparativo al griego (1852) y Theodor Benfey (1809-1881) se ocupará del egipcio. Un profesor desconocido, J. K. Zeuss (1806-1856) elucidará el lugar del céltico en la familia indoeuropea, en su *Grammatica céltica* (1853). Pero la obra de Diez, fundador de los estudios románicos (cf. L. Wagner, *Contribution à la préhistoire du romantisme*, CILUP, 1950-1955) halla su estímulo, en un principio, en el libro de un francés, Francois Raynouard (1761-1836), *Choix de poésies originales des Troubadours contenant la grammaire comparée de la langue des Troubadours* (1816-1821). El autor desarrolla la teoría equivocada de Dante según la cual el provenzal es la lengua madre de las lenguas románicas; pero despliega un enorme material lingüístico (francés, español, italiano, portugués, ferrares, bolones,

milanés, bergamasco, piemontés, mantuano, friulano, etcétera), cuyos elementos compara en el plano lexical, morfológico y sintáctico. El trabajo de Raynouard, suscitado por las investigaciones de los eruditos que estudiaron el provenzal (Achard, Féraud, etc.), rompe con el conjunto de la lingüística francesa de la época que, fiel a Port-Royal y a la *Encyclopédie*, vacila en adoptar los puntos de vista románticos de los alemanes y, por ende, mantiene sus reservas ante la gramática comparada. Como lo dijo Meillet, Condillac le cortó las alas a Bopp... A. W. von Schlegel respondió a la obra de Raynouard, criticando su concepción, en su libro *Observations sur la langue et la littérature des troubadours*. (1818).

El joven Diez hereda, pues, aquellos estudios y, tras haber empezado con unos estudios literarios sobre la poesía de los trovadores, se dedica de manera definitiva al análisis histórico de la lengua francesa que relaciona con las demás lenguas románicas. Discrepa de la tesis de Raynouard, al constatar que las lenguas románicas proceden del latín vulgar. Si bien no incluye el catalán, el rético y el sardo, reconoce el rumano como "lengua románica".

Así nace la lingüística románica y, a partir de entonces, varios trabajos se dedican al estudio histórico del francés, tales como: la primera *Grammaire descriptive du vieux français* por Conrad von Orelli (1830); *Recherche sur les formes grammaticales de la langue française et de ses dialectes au XIIIe- siècle* por Gustavo Fallot (1839); *Histoire de la formation de la langue française* de J. J. Ampère (1841); *Variation de la langue française depuis le XIIIe- siècle* de Fr. Génin (1845); *Histoire des révolutions du langage en France* de F. Wey (1848); etc., para llegar a la *Histoire de la langue française*, en dos tomos, de E. Littré (1863).

Este período evolucionista de la lingüística histórica, si bien inicia un giro hacia el positivismo con la constitución de los estudios germánicos, románicos, etc., encuentra su apogeo *genético* en la obra de Augusto Schleicher (1821-1868), una obra acorde a los fenómenos epistemológicos que marcaron la época: la ciencia de Darwin y la filosofía de Hegel. Vemos a continuación cómo Schleicher impregna su reflexión lingüística de términos y conceptos biológicos: «Por utilizar una comparación, pienso llamar las raíces unas simples células del lenguaje en el que no existe aún órganos especiales para las funciones gramaticales como el nombre, el verbo, etc., y en el que esas mismas funciones (relaciones gramaticales) están aún poco diferenciadas como, por ejemplo, la respiración o la nutrición en los organismos monocelulares o en los fetos de los animales superiores». Al referirse a

la tesis de Darwin acerca de la selección natural de los organismos en su lucha por la supervivencia, Schleicher considera que concierne tanto a las lenguas como a los organismos vivientes. «En el periodo actual de la vida de la humanidad, los vencedores en la lucha por la existencia son sobre todo las lenguas de la familia indogermánica; su difusión continúa sin cesar eliminando a otras lenguas.» Por otra parte, y siempre a partir de Darwin, las tesis lingüísticas de Schleicher parecen trasladar la concepción hegeliana según la cual una lengua es más rica cuando no está desarrollada, entonces en la fase primitiva de los pueblos, y, por el contrario, se empobrece en el transcurso de la civilización y de la Formación de la gramática.

Para Hegel, en efecto, la lengua es como un «depósito» del pensamiento y este filósofo propone una jerarquización de las lenguas según su aptitud para expresar gracias a sus categorías gramaticales las operaciones lógicas. Se observará, en el pasaje que sigue, hasta qué punto esas operaciones lógicas, dadas como omnivalentes, están calcadas sobre el modelo de las lenguas indoeuropeas modernas, incluso del alemán, y cómo, por consiguiente, la lógica de Hegel le lleva no solamente a desconocer la peculiaridad de las demás lenguas (el chino, por ejemplo) sino a proponer, además, una concepción discriminatoria del lenguaje:

«Las formas del pensamiento hallan en primer lugar su exteriorización en el *lenguaje* del hombre en el cual se depositan, por decirlo así. No recordaremos nunca suficientemente que lo que distingue al hombre del animal es el pensamiento. En todo lo que deviene su interioridad, su representación en general, en todo lo que reconoce como suyo, volvemos a encontrar la intervención del lenguaje y todo aquello con lo que forma su lenguaje así como lo que expresa mediante el lenguaje contiene una categoría más o menos velada, mezclada o elaborada. Por ello piensa de manera totalmente natural según la lógica o, más bien, la lógica constituye su propia naturaleza. Pero si quisiéramos oponer la naturaleza en general a lo espiritual, en cuanto que la naturaleza pertenece al mundo físico, habríamos de decir que la lógica constituye más bien lo natural, que influye sobre toda la actitud del hombre hacia la naturaleza, sus sentimientos, intuiciones, deseos, necesidades, impulsos, y que el hombre es quien los humaniza, si bien de manera formal, convirtiéndolos en representación y finalidades. Se puede hablar de la superioridad de una lengua cuando es rica por sus expresiones lógicas y, concretamente, por las expresiones particulares y aisladas,

elaboradas para designar las determinaciones mismas del pensamiento. Entre las proposiciones, los artículos, etc., muchos corresponden a unas situaciones basadas sobre el pensamiento. No se puede decir de la lengua china que haya alcanzado, en el transcurso de su formación, semejante punto; pero esos artículos, cuando existen, desempeñan un papel totalmente subordinado y apenas si son más independientes que los signos de flexión o, por ejemplo, los aumentos, etc. Pero lo que es aún más importante en una lengua, es cuando las determinaciones del pensamiento afectan la forma de substantivos y verbos, es decir, una forma objetiva, razón por la cual el alemán se muestra superior a otras muchas lenguas modernas; muchas de sus palabras presentan, además, la peculiaridad por la que sus significaciones no sólo son diferentes sino opuestas lo cual, sin duda, es señal del espíritu especulativo de la lengua: supone una alegría para el pensamiento que se halla en presencia de palabras tales que presentan una unión de contrarios que, en cuanto que producto de la especulación, le puede resultar absurdo al entendimiento cuando le choca en lo absoluto la manera cándida con la que significaciones contrarias están lexicalmente reunidas en una única y misma palabra...».

Hegeliiano convencido, botanista y admirador de Darwin, Schleicher publicó en 1863 *Die darwinische Theorie und die Sprachwissenschaft* y, en 1865, *Ueber die Bedeutung der Sprache für die Naturgeschichte des Menschen*. Se ha hecho famoso en la historia de la lingüística por su esfuerzo por presentar un esquema reconstructivo de la evolución de las lenguas tratando de remontar hasta las formas más arcaicas que se conozcan: Schleicher propone una forma hipotética de lengua indoeuropea que sería la base de todas las demás. Las lenguas procederían unas y otras según un *árbol genealógico*: seductora teoría, que generalmente fue admitida, antes de ser refutada y sustituida por la de Johann Schmidt quien, por su parte, propuso otro esquema, el llamado «ondas lingüísticas». En base a este último esquema se va a fundar la *dialectología indoeuropea*.

Pero Schleicher creyó verdaderamente en la existencia de aquella lengua indoeuropea primitiva (de la que se indica las formas hipotéticas, en la ciencia lingüística actual, con un asterisco). Para llegar a tal concepción, Schleicher recogía las tesis evolucionistas y proponía entonces la primera gran síntesis del saber lingüístico, demostrando que la evolución del lenguaje comportaba dos fases, una fase *ascendente* (prehistórica) que da lugar a las lenguas flexionales y

una fase descendente (decadente o histórica) que está marcada por la disgregación del sistema flexional. En realidad, esta concepción no hace sino ordenar, siguiendo un esquema «ascendente-descendente», la tipología de las lenguas en tres clases (heredada de Schlegel, Bopp y Humboldt): lenguas aislantes (ejemplo: el chino); lenguas aglutinantes (ejemplo: el húngaro); lenguas flexionales (ejemplo: el sánscrito): Schleicher.

Para Schleicher, el sánscrito no es ya la lengua primera, como se imaginaba al principio del período «comparatista»; es preciso intentar *reconstruir* la «forma originaria», lo cual es «el método más corto para indicar los cambios posteriores de las lenguas individuales», comenta Pedersen con respecto a Schleicher. Sigue diciendo: «Esa necesidad de reconstrucción obliga al investigador a concentrar su atención sobre cada detalle del desarrollo de los sonidos. Por lo que se ha mantenido este método hasta nuestros días y se puede considerar como imprescindible. Las formas reconstruidas vienen generalmente indicadas, hoy día, por un asterisco colocado delante de aquellas (por ejemplo la forma indoeuropea **ekwo-s* o, de una manera menos precisa, **ákwá-s* que significa caballo) para no confundirlas con formas históricamente atestiguadas como lo son, para el ejemplo propuesto: *equ-us* en latín, *hippo-s* en griego, *ásva-s* en sánscrito, *aspa* en avéstico, *eoh* en viejo inglés, *ech* en viejo irlandés, *yakwe* en tocario del oeste, *yuka* en tocado del este, así sucesivamente. Esta práctica remonta a Schleicher». Hoy en día, desde luego, «confiamos mucho menos que Schleicher en que se podría, dentro de un enfoque lingüístico, reconstruir una lengua que, si existió, ha desaparecido desde hace millares de años». Hemos de subrayar, sin embargo, que Schleicher, por su parte, no dudaba lo más mínimo en este sentido: había «traducido», incluso, en indoeuropeo una fábula intitulada *la oveja y los caballos...(!)*

El objetivismo de Schleicher que le llevó a considerar a la lengua como un organismo sometido a unas *leyes necesarias* le convirtió en uno de los pioneros de la *lingüística general* que fue la sucesora de la lingüística histórica. Se quiso llamar a esta disciplina *Glottik* y asentarla en base a unas leyes análogas a las leyes biológicas. Pero este positivismo, trasladado mecánicamente de las ciencias naturales a la ciencia de la significación, no podía ser sino idealista puesto que no tomaba en cuenta la especificidad del objeto estudiado: la lengua en tanto que sistema de significación y producto social. De hecho halló rápidamente su complemento, opuesto en apariencia aunque

profundamente necesario, su correlato ideológico para el campo del estudio de la sociedad, en el hegelianismo que, por su lado, se plantea como conciencia *histórica* de la expansión del modo de producción burguesa. La influencia de Hegel sobre Schleicher es, por lo demás, visible en la teoría de la ascendencia de las lenguas en la fase de su formación y de su declive en la fase de su libre desarrollo. La influencia hegeliana se ejerce hasta en las clasificaciones fonéticas de Schleicher, tal como, por ejemplo, la clasificación *triádica* de los sonidos en indoeuropeo. Pedersen advierte que este triadismo, así como revela la admiración filosófica de Schleicher hacia Hegel, no corresponde a la realidad de las lenguas. He aquí la triada sonora que la lingüística corrigió con creces posteriormente, y afinó, y que los gramáticos indios incluso presentaban de manera más concisa y menos simétrica.

Vocales originales (<i>Grundvokal</i>)	a	i	u
Iª aumentación (<i>erste Steigerung</i>)	aa(à)	ai	au
IIª aumentación (<i>zweile Steigerung</i>)	âa(â)	âi	âu
Consonantes	r	n	m
	i	v	s
	k	g	gh
	t	d	dh
	p	b	bh

Tal esfuerzo por hacer un cuadro genético de las lenguas fue continuado por el etimólogo Augusto Fick así como por Augusto Mejer, *Lectures on the Sciences of Language*, 1861 y 1864.

El desarrollo de las ciencias a finales del siglo XIX, coronado por la creación de una ideología positivista que halló su expresión en el *Cours de philosophie positive* (1830-1842) de Augusto Comte (1798-1857) no sólo fue un estímulo para el rigor de las investigaciones lingüísticas, apartándolas cada vez más de las consideraciones filosóficas generales, sino que propició la aparición de unos signos precursores de una verdadera ciencia lingüística autónoma, desprendida de la gramática y de la filología.

Nunca insistiremos lo suficiente sobre el papel de Comte en el desarrollo de las pautas positivistas en las ciencias llamadas «humanas». En la perspectiva del progreso de las ciencias en sí, que acabamos de evocar, y que concierne también a la ciencia del lenguaje, Comte se alzó, en efecto, en tanto que ardiente defensor de una transposición de los métodos exactos al estudio de los fenómenos sociales, difundiendo de este modo la filosofía positiva del «ordre

serein». «Como ya lo he explicado, sólo queda ya por completar la filosofía positiva, incluyendo el *estudio de los fenómenos sociales* y resumirlo después en un cuerpo único de doctrina homogénea. Cuando este doble trabajo esté lo suficiente adelantado, tendrá lugar entonces el triunfo definitivo de la filosofía positiva de modo espontáneo y restablecerá el orden en la sociedad.» (*Cours de philosophie positive*. I, 1830.)

El momento determinante de esta mutación de lo histórico hacia lo positivista, como lo ha señalado Meillet, fue el trabajo de los *neo-gramáticos* Brugmann (1849-1919) y Osthoff (1847-1907). El punto importante de su investigación ha sido haber acabado con las vacilaciones referentes a los cambios fonéticos que establecía la lingüística comparada desde Rask, Bopp y Grimm, para afirmar que tales transformaciones eran unas *leyes necesarias* como las de física y biología. «Todo cambio fonético, en tanto que procede mecánicamente, se efectúa según unas leyes sin excepciones, es decir, que la dirección del cambio fonético es siempre la misma para todos los miembros de una comunidad lingüística, excepto el caso de separación dialectal, y que todas las palabras en las que figura el sonido sometido al cambio se ven afectadas sin excepción.»

Bréal ya en 1867, Verner en 1875, Scherer en 1875, G. I. Ascoli en 1870, Leskien, etc., presentían por igual esta tesis de la regularidad de los cambios fonéticos pero fueron Brugmann y Osthoff quienes la definieron con la máxima claridad. Hermann Paul (1846-1921) en sus *Principios del lenguaje (Prinzipien der Sprachgeschichte)* en 1880 expone magistralmente las teorías que habían promovido los neo-gramáticos en contra de los científicos tradicionales.

No obstante, en el siglo XX, los neo-gramáticos se verán sometidos a agudas críticas; en primer lugar las de Hugo Schuchardt (1842-1928) quien criticó las leyes fonéticas así como la perspectiva genealógica y preconizó estudios etimológicos y dialectológicos al apoyar la teoría de la transformación de las lenguas según su situación geográfica; más tarde las de K. Vossler (1872-1947) el cual publica, en 1904, su libro *Positivism et Idéalisme en linguistique* en el que examina en particular las relaciones de la lengua con la cultura francesa, exaltando el papel del individuo en la creación lingüística y estética y estimulando profundamente los estudios lingüísticos y estilísticos.

A la vez que imponen una visión reglamentada de la lengua (las leyes fonéticas), los neo-gramáticos propugnaban también cierta posición histórica: se oponían a la tesis de Schleicher acerca de una

prehistoria del lenguaje y querían establecer unas leyes fonéticas en la lengua indoeuropea incluso. Brugmann escribía: «Tenemos que formarnos la representación general del desarrollo de las formas lingüísticas no a través del hipotético símbolo lingüístico originario, ni siquiera a través de las formas más antiguas que nos hayan sido transmitidas del sánscrito, del griego, etc., sino sobre la base de acontecimientos lingüísticos cuyos antecedentes, gracias a los documentos, puedan ser seguidos a lo largo de mayor espacio de tiempo y cuyo punto de partida nos sea directamente conocido».

Este historicismo positivo halló su apoteosis con la obra de Paul que hemos mencionado más arriba: «No se podrá estudiar las condiciones del desarrollo, en el dominio de la cultura, con tanta precisión como en el campo del lenguaje. Razón por la cual no existe ninguna ciencia humana cuyo método no pueda ser llevado a una perfección tal como el método de la lingüística. Ninguna otra ciencia ha podido hasta ahora adentrarse tan lejos, más allá de los monumentos; ninguna ha sido más constructiva y especulativa. Por esas peculiaridades precisamente la lingüística parecía estar tan cercana a las ciencias naturales e históricas, lo cual ha podido dar pie a la absurda tendencia de su exclusión del campo de las ciencias históricas».

Paul distingue en las ciencias históricas dos grupos, las ciencias naturales y las ciencias culturales: «El rasgo característico de la cultura es la existencia del factor psíquico». Y, de hecho, la lingüística empezaba a ser cada vez más el terreno de la *psicología*.

Brugmann veía en ella un medio para combatir los esquemas lógicos y preconizaba que «la lingüística histórica y la psicología están en contacto de manera más íntima». Con G. Steinthal (1823-1899), *Grammaire, logique et psychologie, leurs principes et leurs rapports* (1855) e *Introduction a la psychologie de la linguistique* (1881, 2.^a ed.) se sistematizan los principios psicolingüísticos; este autor se niega, en efecto, a confundir pensamiento lógico y lenguaje: «Las categorías del lenguaje y de la lógica son incompatibles y tienen tan poca relación una con otra como los conceptos de círculo la tienen con los de rojo». Steinthal intenta acceder a las «leyes de la vida espiritual» del individuo en diversas sociedades y colectividades (naciones, grupos políticos, sociales, religiosos) estableciendo una relación entre el lenguaje y la psicología del pueblo (etnopsicología). El lingüista ruso A. A. Potebnia (1835-1891), inspirándose en la obra de Steinthal, desarrolla una teoría original de la actividad psíquica y del lenguaje, llamando esencialmente la atención sobre el hecho de que el lenguaje

es una *actividad*, un proceso en el que la lengua se renueva sin cesar: «la realidad de la palabra... se efectúa en el discurso... La palabra en el discurso corresponde a un acto del pensamiento y no a varios...». «De hecho... sólo hay discurso. La significación de la palabra sólo es posible dentro del discurso. La palabra extraída de sus relaciones está muerta...» Aquí vemos esbozarse una teoría del discurso que la lingüística moderna desarrolla con mucha atención, en base a las investigaciones psicoanalíticas.

El desarrollo de la psicología, junto con el interés creciente que le otorgan los lingüistas, no dejará de plantear el campo de la lingüística la pregunta (algo olvidada después de tantos estudios de evolución fonética, morfológica y sintáctica) de la *significación*. G. Grote en su *Glossology* (1871) opone el *fono*, o palabra en cuanto que forma fonética, al *noema*, o palabra en cuanto que pensamiento; pero su terminología compleja (dianoematismo, semantismo, noemato-semantismo, etc.) no logrará imponerse. Wilhelm Wundt (1832-1920) se ocupará del proceso de significación y hablará de dos tipos de asociación: por similitud y por contigüidad, distinguiendo entre forma fónica y sentido y, por ende, entre transferencia de sonidos y transferencia de sentidos (metáfora). Por su parte, Schuchardt opone la *onomasiología* (el estudio de los nombres) a la *semántica* (estudio del sentido). La paternidad de este último término se debe, según parece, a Bréal (1832-1915) quien, en un artículo de 1883, *Les lois intellectuelles du langage, fragments de sémantique*, define la semántica como la ciencia que se ocupa de las «leyes que presiden la transformación de los sentidos». Su *Essai de sémantique* se publica en 1897. La lingüística histórica ya no es una descripción de la evolución de las formas, pues busca las reglas —la lógica— de la evolución del sentido. Tal era el objeto de la *Vie des mots étudiés dans leur situation* (1886) de Darmsteter (1846-1888) quien recurre a la retórica para explicar los cambios de sentido.

De modo que, tras haber pasado por la historia de la lengua y de sus relaciones con las leyes del pensamiento, el evolucionista de principio de siglo estaba maduro para convertirse en una ciencia general del lenguaje —una *lingüística general*. Tal como lo escribe Meillet, «advirtieron que el desarrollo lingüístico obedece a unas leyes generales. La propia historia de las lenguas basta para mostrarlo a partir de las regularidades que se observan». Es decir, que, una vez situada en su pasado y su presente, la lengua aparece como un sistema que se extiende tanto en el presente como en el pasado, al fonetismo, a

la gramática como a la significación. Pues es un *sistema de signos* como lo pensaban los Solitarios y los enciclopedistas, pero esta noción, que reaparece sobre el fondo del saber concreto de la lengua que devolvió la lingüística comparada e histórica, tendría, de ahora en adelante, una nueva acepción: ya no lógica o sensualista, sino arraigada en el tejido específicamente lingüístico.

Se suele considerar como fundador de esta visión de la lengua en tanto que sistema al lingüista Ferdinand de Saussure (1857-1913). Ya en su primera memoria, *Mémoire sur le système primitif des voyelles dans les langues indo-européennes* (1878), Saussure fija de manera rigurosa y sistemática el vocalismo indoeuropeo en una clasificación coherente que abarca todos los datos. Sólo considera las vocales más cerradas *i** y *u** como vocales esenciales: se convierten en las formas vocálicas de *y** y *w**, igual que ; *r**, *l**, *n**, *m** son las formas vocálicas de *r**, *l**, *n**, *m**. El indoeuropeo no tiene más que una sola vocal de manera propia, resume Meillet, que aparece con los timbres *e** y *o**, o que falta. Cada elemento morfológico tiene un vocalismo del grado *e**, del grado *o**, o del grado sin vocal.

Si unos científicos como Meillet, Vendryes o Bréal intentaban conciliar la lingüística histórica con la lingüística general, Saussure fue el primero en producir un *Curso de lingüística general* (1906-1912). Se convirtió en el padre indiscutible de la lingüística general que Meillet, más historicista que él, definiría de la siguiente manera: «Una disciplina que no determina sino posibilidades y que, como no podría nunca agotar los hechos de todas las lenguas en todos los momentos, debe proceder por inducción apoyándose, por una parte, sobre algunos hechos particularmente claros y característicos; por otra, sobre las condiciones generales en que tales hechos se producen. *La lingüística general es en gran medida una ciencia a priori...* Se basa sobre la gramática descriptiva e histórica a la que debe los hechos que utiliza. La anatomía, la fisiología y la psicología pueden a sí solas explicar sus leyes... y las consideraciones sacadas de estas ciencias son útiles a menudo, o necesarias, para dar un valor convincente a muchas de sus leyes. Por último, sólo en condiciones especiales para un estado social determinado, y en virtud de tales condiciones, que se realiza tal o cual posibilidad determinada por la lingüística general. Vemos de este modo cuál es el lugar de la lingüística general entre las gramáticas descriptivas e históricas, que son unas ciencias de los hechos particulares, y la anatomía, la fisiología, la psicología y la sociología que son unas ciencias más vastas, que dominan y explican entre otras

cosas los fenómenos del lenguaje articulado».

La transformación de la lingüística histórica en lingüística general ha sido, sin lugar a duda, influida y acelerada también por la introducción de métodos exactos en el estudio de la lengua y más especialmente en el campo de la *fonética*. La invención del laringoscopio, en 1855, por Manuel V. García, el estudio con este aparato de las cuerdas vocales y de su funcionamiento por el médico checo Czernak (1860), la transcripción de los sonidos (mareaje gráfico que anota su descomposición en elementos articulatorios) por A. L. Bell, y finalmente la publicación de los *Fundamentos de fisiología fonética* (*Grundzüge der Lautphysiologie*) por Edward Sievers en 1876, fueron las etapas que permitieron la construcción de una fonética experimental, así como la constitución de una ciencia fonética en sí. Los nombres Viétor, Paul Passy, Rousselot, Sweet, Jones, Jespersen están ligados a dicho trabajo. La fonética se puso entonces a describir el estado presente del fonetismo de una lengua, aportando unas descripciones fisiológicas pormenorizadas y complejas de los diversos sonidos sin que se pudiera clasificar, no obstante, el hecho de que, por ejemplo, las distintas maneras de pronunciar un fonema no le quitase su valor permanente en la cadena sonora (como las distintas maneras de pronunciar la r en francés no impiden la comprensión del mensaje). La explicación nos vendrá dada por la fonología (véase cap. 16). Aún así, con la fonética experimental, la lingüística se orienta definitivamente hacia el estudio del sistema actual de una lengua y busca los conceptos para ordenarla.

Así pues, el lingüista polonés Baudouin de Courtenay (1845-1929), quien enseñaba lingüística en Kazan, en Cracovia y en San Petersburgo, toma de Saussure el término *de fonema* para darle su sentido actual, ya que distingue el estudio fisiológico de los sonidos del lenguaje del estudio psicológico que analiza las imágenes acústicas. Para Baudouin de Courtenay, el fonema es «aquella suma de particularidades fonéticas que constituye en las comparaciones, bien en los marcos de una única lengua, bien en los marcos de varias lenguas emparentadas, una unidad indivisible». Los fonólogos del siglo xx retomarán esta definición de Baudouin de Courtenay, que su alumno Kruscewski afinaría, para depurarla de su psicologismo y edificar la *fonología* y, a partir de ahí, la lingüística estructural.

Añadimos a la lista de los trabajos que fundaron la lingüística general, que abrió el camino al renacer estructural que va a aportar la época contemporánea, la obra del lingüista americano W. D. Whitney

(1827-1894) y particularmente su libro *The Life and Growth of Language* (1875). Saussure admiraba este texto y preparaba un artículo acerca de aquél. En efecto, podemos hallar en él la noción del *signo*, un esbozo de tipología de los sistemas de comunicación, un estudio de las estructuras lingüísticas, etc.

Nacida de la historia, la lingüística se asienta ahora sobre el estado presente de la lengua y se propone sistematizarla siguiendo dos directrices:

Bien el proceder lingüístico toma en cuenta los descubrimientos de la época histórica y quiere iluminar con luz histórica o social sus reflexiones y clasificaciones generales, siguiendo muy de cerca la materia lingüística específica de la lengua concreta; tal será el caso de Meillet y, hoy, de Benveniste en Francia, o en cierta medida, del Círculo lingüístico de Praga y de Jakobson; Meillet, en 1906, traducía de este modo la preocupación de la lingüística sociológica: «Será preciso determinar a qué estructura social responde una estructura lingüística dada y cómo, de manera general, los cambios de estructura social se traducen por cambios de estructura lingüística».

Bien la lingüística censura lo que el estudio histórico de las lenguas concretas aportó al conocimiento del funcionamiento simbólico y trata de elaborar una teoría lógico-positivista de las estructuras lingüísticas, más o menos abstraídas de su realidad significante.

16. La lingüística estructural

Resulta difícil, por supuesto, tener ya, en este momento, una visión clara y definitiva del lugar exacto que ocupa actualmente el lenguaje dentro del conjunto de los dominios en que se ha convertido en objeto de estudio o modelo de investigación. Efectivamente, si la lingüística no para de proponer unos acercamientos siempre nuevos al sistema del lenguaje, ya no es la única en hacerlo. La filosofía, el psicoanálisis, la teoría literaria, la sociología, el estudio de las diferentes artes, así como la literatura y las artes mismas, exploran, cada cual a su manera, las leyes del lenguaje y aquella exploración se agrega a las descripciones propiamente lingüísticas para constituir un inmenso espectro que revela tanto las *concepciones modernas* como el *mecanismo* de los diversos discursos que proponen tales concepciones.

Frente a esta complejidad, la cual no estamos en condiciones ni de

apreciar al no haber suficiente distanciamiento en la actualidad, ni de estudiar en el presente libro cuya limitación nos obliga a no abordarla, la ciencia propiamente lingüística obedece a ciertos principios constantes que la diferencian de la época «histórica» anterior, y ello aunque tome muy diversos aspectos.

En primer lugar, la lingüística moderna se dedica a la descripción del *sistema de la lengua* a través de la o las lenguas nacionales concretas en las que se manifiesta dicho sistema, tratando de hallar entonces los elementos y los principios generales que se podrían llamar los *universales* lingüísticos. La lengua ya no aparece como una evolución, un árbol genealógico, una historia, sino en tanto que *estructura*, con leyes y reglas de funcionamiento que hay que describir. La separación lengua-habla, paradigma-sintagma, sincronía-diacronía (véase la primera parte) marca, a tal efecto, aquella orientación de la lingüística hacia la *lengua*, el *paradigma* y la *sincronía* más que hacia el habla, el sintagma y la diacronía.

Ello no quiere decir que el estudio estructural no pueda tener una luz histórica y mostrar, por ejemplo, las diferencias históricas de las estructuras de una misma lengua, o de dos lenguas distintas.

Pero aquí estamos ante una historia muy diferente, una historia ya no lineal y evolutiva que intentaba explicar el cambio progresivo de una estructura por otra a partir de las leyes de la evolución, sino de un *análisis de los bloques*, de las estructuras de significación, cuyas diferencias tipológicas presentan un escalonamiento, un hojaldrado, una *historia monumental*; o bien del análisis de las mutaciones internas de una estructura que se *transforma* (tal como la ve la gramática generativa) sin buscar un origen o seguir una evolución). «No es tanto la consideración histórica lo que se condena como una manera de “atomizar” la lengua y de mecanizar la historia. El tiempo no es el factor de la evolución, es tan sólo el marco. La razón del cambio que afecta tal o cual elemento de la lengua está, por un lado, en la naturaleza de los elementos que la componen en un momento dado, por otro, en las relaciones de estructura entre dichos elementos», escribe Benveniste («Tendances recentes de la linguistique Générale». *Journal de psychologie normale et pathologique*, 1954). Al volver a poner la *historia* en su debido sitio, la *lógica* hace lo mismo: las categorías lógicas, extraídas de una sola lengua a espaldas del lingüista, ya no son omnivalentes; en cierto “sentido, cada lengua tiene su lógica: «Se discierne que las categorías mentales y las “leyes del pensamiento” no hacen, en gran medida, sino reflejar la organización y la distribución

de las categorías lingüísticas». Incluso podríamos decir que, si el estudio de la lengua en tanto que estructura o transformación responde a las tendencias de las ciencias actuales (física o biología) que examinan la estructura interna de la materia que descomponen en sus constituyentes (cf. las teorías nucleares o biónicas), ciertamente es también la disciplina mejor situada para trasladar este estado de la ciencia en la ideología, contribuyendo de este modo a una reevaluación del concepto de *historia*. En efecto, al apoyarse sobre los datos científicos (incluidos los de la lingüística), la representación moderna de la historia ya no es lineal como la del siglo XIX. Sin caer en el exceso de algunas filosofías idealistas que conducen a un anhistorismo total, la teoría materialista concibe los sistemas (económicos o simbólicos) en mutación constante y nos enseña, guiada por la lingüística, a analizar las leyes y las transformaciones inherentes a cada sistema.

Pero si una transformación semejante al concepto de historia se desprende de la corriente estructuralista, no podemos decir por ello que se practique siempre conscientemente en los estudios contemporáneos. Por el contrario, el pensamiento estructuralista tiene tendencia a huir de la historia y a tomar el estudio del lenguaje como una cartada para dicha huida. Ciertamente es que el estudio del lenguaje de las sociedades primitivas (prehistóricas, tales como las tribus de América del Norte) se presta probablemente a una huida de esta índole.

De todos modos, al abandonar los presupuestos históricos y psicológicos de las épocas anteriores, y al centrarse en un objeto que quiere describir de manera exacta y precisa, la lingüística encuentra un ejemplo de rigor en las ciencias *matemáticas* de las que adopta los modelos y los conceptos. Durante un momento, se creyó que este rigor matemático era el rigor absoluto, sin pensar que el modelo matemático (como cualquier modelo formalista, además), una vez aplicado a un objeto significativo, requiere una justificación y no se puede aplicar sino en función de dicha justificación implícita que le ha dado el investigador. La ideología de la que se quería escapar se vuelve a encontrar, en latencia, en la *raíz semántica* del modelo aplicado a la descripción del lenguaje.

Así, el estudio del lenguaje, al distanciarse del empirismo, debería permitir que la ciencia comprenda que sus «descubrimientos» dependen del sistema conceptual aplicado al objeto del estudio e incluso que en aquel se encuentran más o menos dadas de ante mano.

Dicho de otro modo, la lingüística considera que sus descubrimientos de las propiedades lingüísticas dependen del *modelo* utilizado en la descripción, incluso de la *teoría* a la que pertenece ese modelo.

De ahí se sigue un considerable interés hacia la innovación de las teorías y de los modelos, más que una investigación continuada, permitida por el empleo de un único modelo. La lingüística describe menos el lenguaje para construir más su propio lenguaje. Este giro, que parece paradójico, tiene una consecuencia doble. Por un lado, la investigación teórica no implica de ninguna forma que el lenguaje siga siendo desconocido, oculto debajo de una masa de modelos, siempre nuevos, del funcionamiento lingüístico. Pero, por otro lado, el mismo proceso del conocimiento en tanto que proceso de construcción de un modelo, sobredeterminado por un imperativo teórico, incluso ideológico, llama más la atención del discurso científico. Es decir, que la ciencia del lenguaje no está orientada únicamente hacia su objeto, la lengua, sino hacia su propio discurso, hacia sus propios fundamentos. Todo discurso sobre el lenguaje se ve *obligado* entonces a pensar *su* objeto, *su* lenguaje, a partir del modelo que ha elegido, o sea, a partir de sus propias matrices. Sin llegar a un relativismo y a un agnosticismo que negarían la objetividad de cualquier conocimiento, un procedimiento semejante obliga a la lingüística (y toda ciencia que siga su camino) a interrogarse acerca de sus propios fundamentos, a convertirse en ciencia de su *procedimiento*, siendo a un tiempo ciencia de un *objeto*.

Hemos de observar que la perspectiva analítica abierta de este modo implícito a la ciencia lingüística y a la epistemología moderna está lejos de ser admitida y practicada conscientemente en los trabajos estructuralistas. Por el contrario, la mayoría de las investigaciones lingüísticas no cuestionan de ninguna manera los procedimientos, los presupuestos y los modelos que utilizan, y si se están volviendo cada vez más formales y formalizadas, parecen creer que esas fórmulas son unos hechos neutrales y no unas construcciones lógicas aplicadas, por una *razón* semántica cuyos fundamentos ideológicos han de ser cuestionados, a un objeto irreductible, el lenguaje.

En tercer lugar, al estudiar el lenguaje en tanto que sistema de *signos*, la lingüística forja unos medios conceptuales para el estudio de *todo sistema de significación* en cuanto que «*lenguaje*». Por ejemplo, los distintos tipos de relaciones sociales investidas por el lenguaje, la cultura, los códigos y las normas de conducta en sociedad, las

religiones, las artes, etcétera, pueden ser estudiadas como unos sistemas de signos, con unas estructuras particulares, o como otros tantos tipos de lenguajes. La lingüística entra a formar parte de la *semiótica*, ciencia general de los sistemas significantes que ha posibilitado, al pensar el lenguaje como primer sistema de signos.

Por último, y como consecuencia de lo que acabamos de decir, el estudio del lenguaje rebasa de sobra los límites de la sola lingüística y su análisis se emprende con unos inesperados rodeos, o, por lo menos, radicalmente nuevos.

Por tanto, ciertas *teorías filosóficas*, que postulan que el mundo existe únicamente para el pensamiento en cuanto que está ordenado a través del lenguaje, estudian las categorías filosóficas como unas categorías lingüísticas o lógicas: el lenguaje se convierte en el molde de toda construcción filosófica.

El *psicoanálisis* encuentra en el lenguaje los objetos reales de su indagación: a tal efecto, analiza las estructuras llamadas psíquicas en las estructuras lingüísticas y en la relación del sujeto con su discurso.

Finalmente, *la literatura y el arte* que se elaboran dentro de este clima de análisis minucioso de su propia materia, la lengua y los sistemas de significación en general, prefieren, en lo que se suele llamar la «vanguardia», interesarse por las leyes en base a las cuales se construyen las ficciones en vez de construirlas. La literatura se hace auto-análisis, búsqueda implícita de las reglas del lenguaje literario, mientras que el arte moderno pulveriza la opacidad descriptiva de la pintura antigua y expone sus componentes y sus leyes. Aquí, el lenguaje ya no es objeto de estudio sino praxis y conocimiento, o praxis analítica, *elemento y trabajo* en los que, y mediante los cuales el sujeto conoce y organiza lo real.

En primer lugar, vamos a seguir los principales momentos de las visiones del lenguaje, tal y como las elabora la lingüística moderna, antes de abordar la expansión del análisis del lenguaje fuera del campo estrictamente lingüístico.

Investigaciones lógicas

Si bien es cierto que Saussure fue quien enunció el primero, en una época dominada por los neogramáticos, los principios de la lengua en tanto que *sistema de signos* fundó con ello la lingüística general moderna, la cual se haría estructural y sumamente formalizada,

encontramos, sin embargo, edificada la concepción del lenguaje, origen de la lingüística actual, en un filósofo. Al hablar aquí de la fenomenología husserliana y, más en particular, de la concepción del signo y del sentido de Husserl (1859-1938), nos gustaría subrayar la deuda no" confesada del estructuralismo hacia la fenomenología.

En 1900-1901 se publican las *Recherches logiques* de Husserl cuyos puntos básicos serán concretados sin ser radicalmente modificados por sus obras posteriores: *Logique formelle et Logique transcendantale*, etc. Cuando aborda el concepto de signo, que quiere elaborar fuera de toda presuposición, Husserl se mantiene fiel al proyecto metafísico del signo en sí, «en su acabado histórico y en la pureza únicamente restaurada de su origen» (Derrida, *La voix et le phénomène*, 1968). La reflexión husserliana del signo está sometida a una lógica: sin llegar a plantear la pregunta de esa lógica, considerada visiblemente como lo que da la normalidad del orden lingüístico. Por ello, cuando estudia el orden gramatical, la morfología de los signos, las reglas que permiten construir un discurso con sentido, nos damos cuenta de que esta gramática es *general*, meramente *lógica*, y no deja constancia de la variedad real del lenguaje. Husserl habla de un «a priori gramatical en su universalidad, puesto que, por ejemplo, las relaciones de comunicación entre sujetos psíquicos, tan importantes para la gramática, conllevan un *a priori* propio, la expresión de *gramática pura lógica* merece la preferencia...».

Este apriorismo lógico, que volveremos a encontrar en los primeros estructuralistas, va a la par con un privilegio otorgado a la *phone* que Husserl entiende no como un vocalismo físico sino como una substancia espiritual, «la voz en su carne transcendental». El concepto *significado* se ocupará del complejo fónico *significante* a través de la *palabra*, y la reflexión lingüística se ubicará en la transcendencia lógica que lo fonético (se dirá posteriormente lo fonemático) no sólo manifiesta, sino que *es*.

Sin llegar a desarrollar una teoría general del signo, Husserl hace una distinción entre signos que expresan algo, o que *quieren decir* algo y que Husserl reagrupa bajo el concepto de *expresión*, y *sinos que están privados del « querer decir »* y que Husserl designa por el concepto de *indicio*. Ambos sistemas, por lo demás, pueden mezclarse: el signo discursivo que *quiere decir* también es siempre *indicativo*; pero el indicio, por su parte, fundamenta un concepto más amplio y, por consiguiente, puede presentarse también fuera del enredo. Esto supone que el discurso tomado en el gesto indicativo, o en la *indicación*

en general y, por consiguiente, podrá cubrir todo el lenguaje efectuando una reducciones (factualidad, esencia mundana, etc.), que le encamina hacia una reducción cada vez más acentuada de las parejas conceptuales hecho/esencia, transcendentalidad/mundinidad, incluso sentido/forma... Esta doctrina del *signo expresivo* diferente del *signo indicativo*, lejos de estar incluida y aislada en el sistema metafísico del signo, asoma furtivamente en algunas teorías descriptivas, en las que la reducción del sentido transcendental del lenguaje se efectúa bajo la cobertura de la significación indicativa, del significante sin querer-decir.

Un último punto de la doctrina husserliana que querríamos recoger aquí, lo constituye la limitación de la *gramática pura lógica* del filósofo. Mucho más formal que la gramática racional, su formalidad está sin embargo limitada. Pues la *forma pura* está sujeta al concepto de *sentido* que depende de una relación con el *objeto real*. De ahí se comprende que, por muy formal que sea una gramática, siempre está cernida por una *semántica* que no confiesa. He aquí un ejemplo: entre las tres fórmulas «el círculo está cuadrado», «verde es o» o «abracadabra», sólo «el círculo está cuadrado» está dotada de sentido, aunque la proposición no corresponde a ningún objeto, pues la forma gramatical (nombre-verbo-atributo) es la única, entre las formas citadas, capaz de tener un objeto. Los demás casos, así como varios ejemplos del lenguaje poético o de música, sin estar desprovista de significación, no tienen *sentido* (husserliano) ya que no tienen una relación lógica con un objeto. Vemos que, en última instancia, el criterio formal-gramatical («tienen sentido el discurso que obedece a un regla gramatical») está limitado por la regla semántica de una relación con el objeto. Esta reflexión ha de relacionarse con el ejemplo de Chomsky acerca de la gramaticalidad (véase las páginas [258 y 259](#)) cuya debilidad fundamental demuestra.

La fenomenología de Husserl, de la que tan sólo hemos indicado aquí algunos puntos esenciales, va a ser la base de la teoría de la significación de nuestro siglo, con la cual se relacionan, conscientemente o no, explícitamente o no, las teorías lingüísticas. Mencionaremos unas pocas entre las más importantes.

El Círculo lingüístico de Praga

El Círculo lingüístico de Praga es sin duda la «escuela» lingüística

que más en profundidad ha marcado a la ciencia lingüística del primer tercio del siglo. Creado en 1926 por los lingüistas checos V. Mathesius, B. Havránek, J. Mukarovsky, B. Trnka, J. Vachek, M. Weingart, el Círculo acogió también a lingüistas extranjeros, entre los que están los franceses L. Bruo, L. Tesnière, J. Vendryes, E. Benveniste, A. Martinet, y los rusos R. Jakobson y N. S. Troubetskoi. Las teorías del Círculo vienen expuestas en los *Travaux du Cercle linguistique de Prague* (editados de 1929 a 1938), una obra colectiva que contiene las principales tesis del grupo. Inspirándose de los principios de Saussure, el Círculo se propone estudiar la lengua como un sistema «sistema funcional» sin ignorar por ello los hechos lingüísticos concretos, ni los métodos comparativos del estudio de la evolución del lenguaje: el análisis sincrónico del lenguaje no suprime el interés por la historia.

Así, el programa del Círculo lleva el título: «Problemas de método derivados de la concepción de la lengua en tanto que sistema e importancia de dicha concepción para las lenguas eslavas (el método sincrónico y sus relaciones con el método diacrónico, comparación estructural y comparación genética, carácter fortuito o encadenamiento regular de los hechos de evolución lingüística)».

Definiendo la lengua como una «sistema de medios de expresión adecuados para un propósito», el Círculo afirma que «la mejor manera para conocer la esencia y el carácter de una lengua, es el análisis sincrónico de los hechos actuales que brindan por sí solos unos materiales completos y a los que se pueden acceder directamente». Los cambios sufridos por una lengua no podrían ser planteados «sin tomar en cuenta el sistema que se ve afectado por dichos cambios». «Por otro lado, la descripción sincrónica no puede excluir tampoco del todo la noción de evolución, porque incluso en un sector estudiado sincrónicamente existe la conciencia de la fase en vía de desaparición, de la fase presente y de la fase de formación; los elementos estilísticos sentidos como arcaísmos, en segundo lugar la distinción de las formas productoras y no productoras son unos hechos de diacronía que no se podría eliminar de la lingüística sincrónica».

La primera labor a empezar para el estudio de un sistema lingüístico definido de este modo es la investigación referente al aspecto *fónico* de la lengua. Se distingue el sonido «como hecho físico objetivo, como representación y como elemento del sistema funcional», es *decir*, *fonema*. Se pasa del plano fonológico al plano morfológico: a la utilización morfológica de las diferencias fonológicas (es la morfofonología). «El *morfema*, imagen completa de dos o más fonemas

susceptibles de sustituirse mutuamente, según las condiciones de las estructuras morfológicas, dentro de un mismo morfema (por ejemplo, en ruso, el morfema *k/ć* en el complejo *ruk/= ruka, rućnoj/*) desempeña un papel capital en las lenguas eslavas».

Más adelante, se considera la *actividad denominadora* del lenguaje: gracias a ella, «el lenguaje descompone la realidad, bien sea ésta externa o interna, concreta o abstracta, en elementos lingüísticamente alcanzables». Una teoría de los procedimientos sintagmáticos se incluye en el programa del Círculo: «El *acto sintagmático fundamental* que es al mismo tiempo el acto mismo creador de la oración, es la *predicación*».

Finalmente, el Círculo estudia aquellas sistematizaciones no en unos marcos teóricos, sino en la lengua concreta que se considera a través de sus manifestaciones concretas en la *comunicación*. De ahí deriva el interés del Círculo por el lenguaje literario, al arte y la cultura en general. Se emprenden unas investigaciones sobre los distintos niveles funcionales y estilísticos del lenguaje.

Dentro de este conjunto de investigaciones muy vastas y variadas, las teorías fonológicas, que se deben principalmente a los trabajos de Troubetskoi y de los Jakobson, ocupan un lugar privilegiado.

Partiendo de Saussure para quien los fonemas son «las primeras unidades que se obtienen al descomponer la cadena hablada» y que define como «ante todo unas unidades opositivas, relativas y negativas», Jakobson escribe: «Llamamos *sistema fonológico* de una lengua el repertorio, propio de dicha lengua, de las «diferencias significativas» que existen entre las ideas de las unidades acústico-motrices, es decir, el repertorio de las oposiciones con las que se puede relacionar, en una lengua dada, una diferenciación de las significaciones (repertorio de las *oposiciones fonológicas*). Todos los términos de oposición fonológica no susceptibles de ser disociados en sub-oposiciones fonológicas menores se llamarán *fonemas*». (*Remarques sur l'évolution phonétique du russe comparée a celle des autres langues slaves*, TCLP, 1929, II).

Troubetskoi expone sus tesis en sus *Grundzüge der Phonologie* (TCLP, 1939, VII, trad. fr., *Principes de phonologie*, París, 1949). Retoma y concreta algunas definiciones del fonema —elemento representativo diferencial, imagen sonora, y no *sonido* físico, de los átomos de la cadena hablada— que elaboraron unos lingüistas rusos como L. V. Ščerba o N. E. Jakobov, y sobre todo Jakobson (TCLP, 1929, II). Ščerba escribía, en efecto, en 1912: «La representación fónica general más

breve que, en la lengua estudiada, posee la facultad de asociarse a unas representaciones dadas, o sentidos, y de diferenciar unas palabras.» Para Plyvanov, el fonema es «la representación fonética genérica más breve, propia de la lengua dada y capaz de asociarse con unas representaciones semánticas y de servir para diferenciar las palabras» mientras que Jakobov escribía que el fonema es «cada particularidad fónica que se puede extraer de la cadena hablada en tanto que el más breve elemento que sirva para diferenciar unas unidades significadas».

Desde las primeras páginas de sus *Principes*, Troubetskoi concreta la diferencia entre *la fonética* – ciencia de los sonidos del habla – y la *fonología* – ciencia de los sonidos de la lengua. Si la fonética es «la ciencia del aspecto material de los sonidos del lenguaje humano», la fonología estudia «cómo los elementos de diferenciación (o marcas, según K. Bühler) se comportan entre ellos y en función de qué reglas pueden combinarse entre sí para formar palabras y frases». «La fonología, en realidad, ha de plantearse solamente el sonido que ejerce una función determinada en la lengua.» No obstante y puesto que la lengua es un sistema de diferencias, la función de un elemento en el sistema no se podrá desarrollar si dicho elemento, en relación con los demás, no se distingue de (se opone a) otro elemento: por ejemplo, en francés, el fonema /p/ se opone al fonema /b/ ya que la sustitución del uno por el otro puede producir unos cambios de significación (*pasto/basto*); por el contrario, *todo cambio de pronunciación individual de /p/ o de /b/ que no conlleve un cambio de significación no será pertinente*, pues no produce un cambio de fonema sino que supone unas variaciones de un mismo fonema²⁸. «Las oposiciones fónicas que, en la lengua en cuestión, pueden diferenciar las significaciones intelectuales de dos palabras, las llamaremos *oposiciones fonológicas* (u oposiciones fonológicas distintivas, o bien oposiciones *distintivas*)».

Los términos de una oposición de esta índole se llaman «unidades fonológicas». Las unidades fonológicas pueden descomponerse, en ocasiones, en una serie de unidades fonológicas aún más pequeñas: los «átomos acústicos». Pero las unidades fonológicas que, desde el punto de vista de la lengua en cuestión, no se dejan analizar en unidades fonológicas aún más pequeñas y sucesivas son llamadas «fonemas». «El *fonema* es, pues, la unidad fonológica más pequeña de la lengua estudiada. La cara significante de cada palabra existente en la lengua

²⁸ *Obtención y optención*. por ejemplo. (Nota del traductor)

se deja analizar en fonemas y se la puede representar como una sucesión determinada de fonemas». Así como insiste sobre la diferencia entre el fonema y el sonido concreto («Los sonidos concretos que figuran en el lenguaje son más bien simples símbolos materiales de los fonemas»), Troubetskoi se opone a la tendencia a «psicologizar» el fonema y a ver en ello un «equivalente psíquico de los sonidos del lenguaje» (Baudouin de Courtenay) a la vez que se le confunde con la imagen fónica: «El fonema es la suma de las particularidades fonológicamente pertinentes que comporta una imagen fónica.» «Pues lo que constituye al fonema, es *su función* distintiva en el conjunto de la cadena hablada: se le aísla por análisis *funcional* (estructural y sistemático) de cada lengua concreta y no depende de ningún modo de soporte psicológico alguno, sino del sistema propio de cada lengua. En efecto, las oposiciones funcionales no son las mismas en todas las lenguas. Las vocales palatales (orales) en francés, por ejemplo, se dividen en dos series: redondeadas (*u, oé y oè*) y no redondeadas (*i, é y è*), pero el italiano y el castellano no conocen la serie redondeada (*peu, deux* se pronuncian con mucha dificultad en España y en Italia); el castellano tampoco hace la diferencia entre vocales *semi-cerradas y semi-abiertas* (*é/è, ó/ò*).

Este procedimiento descriptivo de la fonología, que analiza la cadena hablada en unidades distintivas, ha sido retomado por otras ramas del estudio de la lengua y se encuentra hoy en el fundamento del estructuralismo. M. Leroy (*Les Grands Courants de la linguistique du xxe siècle*, 1963) señala que la fonología ha renovado igualmente el enfoque de la gramática comparada e histórica tradicional. Se ha observado que el principio fonológico de la *alternancia* desempeña un papel importante en la morfología de varias lenguas: la formación del femenino en francés se hace, bien por alternancia de sonoridad (*neuf/neuve*) bien por alternancia grado cero/grado pleno (es decir, por adición de una consonante: *vert/verte, grand/grande*). Por otra parte, el método de la fonología ha sido aplicado a la lingüística comparada, lo cual ha llevado a hacer el inventario de las evoluciones fonéticas al insertarlas en un sistema. En este sentido, Jakobson publicó, en 1931, *Principes de phonétique historique*, mientras que la Proposición 22 del Círculo proclamaba: «El problema de la finalidad según la cual tuvieron lugar los cambios, ha de ser planteado. La fonética histórica se está transformando en una historia de la evolución de un sistema fonológico».

La fonología diacrónica se volvía, pues, imprescindible; fue

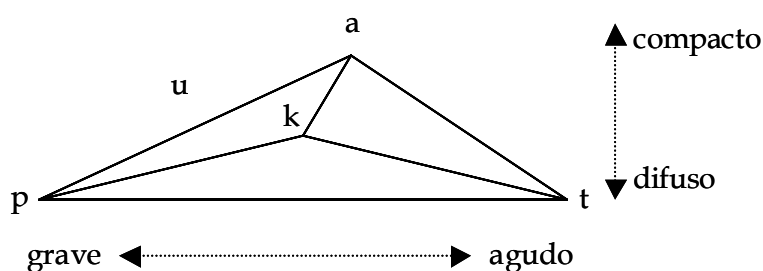
elaborada por A. Martinet (*Economie des changements phonétiques. Traite de phonologie diachronique*, Berna, 1955).

Pero el desarrollo radical de las tesis fonológicas de la Escuela de Praga, que constituyó el fundamento del verdadero método estructural ya en germen en Troubetskoi, lo debemos a los trabajos de Jakobson. Edifica la teoría de los *rasgos distintivos*: cada unidad distintiva del lenguaje se compone de *rasgos* en oposiciones binarias. Las oposiciones pertinentes son del orden de una docena en todas las lenguas del mundo. La lengua es, por lo tanto, un sistema cuyos elementos distintivos están en *oposiciones binarias*: las demás oposiciones, que no tienen un valor distintivo, son llamadas *redundantes*.

La hipótesis binarista viene expuesta con sumo rigor en *Observations sur le classement phonologique des consonnes*(1938). ¿Cuáles son esas oposiciones binarias? Actúan en base a unos términos *contradictorios* (presencia/ausencia: por ejemplo, vocales largas/vocales breves) y *contrarias* (máximo/mínimo: por ejemplo, vocales graves/vocales agudas). Se pueden agrupar a las consonantes en función del eje de tales oposiciones; la diferencia del lugar de articulación pueden sistematizarse en dos oposiciones fonológicas: anterior/ posterior y graves/agudas:

p	t	anteriores
k	c	posteriores
graves	agudas	

Utilizando unas técnicas modernas de grabación y de reproducción de sonidos, Jakobson y su equipo pudo establecer una teoría fonológica general basada sobre el principio del binarismo. Podemos encontrarla expuesta en su totalidad en la obra de Jakobson y en M. Hall, *Fundamentals of Language*, 1955. Las doce oposiciones binarias establecidas por los binaristas no son ni provisionales ni arbitrarias sino que responden a una necesidad empírica. No dejan de tener por ello un carácter universal. Así, para Jakobson, el triángulo siguiente representa la diferenciación óptima de los fonemas:



Jakobson propone a su vez una interesante teoría de la sincronía y de la diacronía, para remediar el estatismo habitual de las teorías estructurales. Para él, la sincronía es dinámica: la sincronía de la película de cine no es una yuxtaposición de imágenes sino una totalidad sincrónica en movimiento. En cuanto a los cambios fonéticos, no se deben a una causa sino a una *finalidad*, con lo que se restablece el principio de la diferenciación fonológica, y operan por *saltos*.

Una parte importante de las investigaciones de Jakobson, fiel al programa del Círculo lingüístico de Praga, analiza el *acto lingüístico* y las *funciones* del lenguaje.

El interés de Jakobson por el funcionamiento poético del lenguaje, así como por el funcionamiento lingüístico en los afásicos y en el niño, fue probablemente lo que le permitió hacer un repaso de la teoría saussureana acerca del *carácter lineal del significante*. En efecto, Saussure sostiene en su *Curso* la tesis del *encadenamiento* de los elementos lingüísticos, siendo el discurso presentado como una *cadena* hablada. Otros trabajos de Saussure, los *Anagrammes* (publicados parcialmente por J. Starobinski, en 1964, por vez primera) han mostrado una concepción diferente de la combinación significantes que corresponde más bien a un modelo *tabularlo* que a una *cadena*. Antes de la publicación de aquellos trabajos, Jakobson fue el primero en cuestionar el carácter lineal del significante, estudiando no solamente la combinación, sino también la *selección* de los signos lingüísticos, no solamente su *encadenamiento*, sino también su *competencia*²⁹. Dentro del lenguaje poético aísla dos ejes: uno metonímico (encadenamiento de las unidades por continuidad, característico de la prosa, la epopeya, el realismo) y otro metafórico (por similitud, característico de la poesía lírica, etcétera). Se puede clasificar las categorías de los trastornos afásicos en función de ambos ejes.

²⁹ No ha de confundirse con la «competencia» (performance) de Chomsky. (Nota del traductor)

El Círculo de Copenhague

El Círculo lingüístico de Copenhague expuso los principios estructuralistas con sumo rigor, apriorismo y exigencia, y a partir de unas bases más lógicas que fonológicas. En 1939 se publicó el primer número de la revista *Acta Linguistica* la cual presentaba el «manifiesto estructuralista» de Viggo Bröndal, *Linguistique structurale*. Una vez establecida la recusación de la gramática comparada «inspirada por el interés hacia los hechos veraces menores», que califica de «positiva», «puramente fisiológica y psicológica» y «legal» en la medida en que pudo convertirse en una ciencia cada vez más rigurosa y metódica al formular «cada vez más sus resultados (en su gran mayoría históricos y fonéticos al mismo tiempo) en forma de leyes», Bröndal recuerda que todas las ciencias de su tiempo han cambiado de óptica. La física de los *quanta* con Planck, la biología con de Vries, etcétera, ceden «ante la necesidad de aislar, descuartizar en el transcurso del tiempo, el objeto propio de una ciencia, es decir, de plantear, por una parte, unos estados que serán considerados como estacionarios y, por otra, unos saltos bruscos de un estado a otro». Esto también ocurre en lingüística con la diferencia saussureana sincronía/diacronía. Para subrayar una vez más esta mutación epistemológica, Bröndal recuerda que las ciencias han entendido «la necesidad del concepto general, única unidad posible de los casos particulares, de todas las manifestaciones individuales de un mismo objeto», tal como el concepto de genotipo en biología, de hecho social (Durkheim) en sociología, o de *lengua* – tanto la especie como la institución– en lingüística. Por consiguiente, la ciencia se enfrenta «aproximándose cada vez más a las ligazones racionales dentro del objeto estudiado». El término de *estructura* empleado en física, biología y psicología traduce esta creencia según la cual «lo real ha de poseer en su conjunto una cohesión interna, una estructura particular». Bröndal ve las premisas de semejante acercamiento en lingüística en Saussure, quien hablaba de «sistema de la lengua», en Sapir (véase próximo apartado) y en Troubetskoi, quien tiene «el gran mérito de haber fundado y elaborado la doctrina estructuralista para los sistemas fonéticos».

La lingüística estructural toma su apoyo sobre tres conceptos: *sincronía* (o identidad de una lengua dada), *lengua* (o unidad de la lengua identificada por el estudio sincrónico) y *estructura* (o totalidad de una lengua cuya identidad y unidad ya se habrá reconocido). Se entra en la estructura estableciendo entre los elementos identificados y

unificados todas las correlaciones constantes, necesarias y, por lo tanto, constitutivas. «Efectivamente, sólo cuando se habrá establecido dos estados de lengua sucesivos – dos mundos diversos y cerrados como unas mónadas, la una con respecto a la otra, pese a su conformidad en el tiempo – se podrá entonces estudiar y comprender las modalidades de la reorganización que resulta necesaria por la transición del uno al otro y por los factores históricos responsables de tal transición». Si bien admite que «el tiempo se hace de valer dentro de la sincronía», Bröndal anuncia ya un esbozo del estructuralismo anhistórico y universalista al concebir una «*pancronía* o *acronía*, es decir, unos factores universalmente humanos que persisten a través de la historia y se resienten dentro de un estado de lengua cualquiera».

El manifiesto de Bröndal formuló dos advertencias que la *glosemática*, profesada por la Escuela de Copenhague, despreció sensiblemente. La primera se refiere a la relación entre la *teoría* abstracta, que plantea al objeto de estudio, y la *experiencia* concreta del lenguaje: «De ningún modo se sigue de ello que desconozcamos el valor de la empiria: se exigirá, por el contrario, unas observaciones cada vez más minuciosas, una comprobación cada vez más completa, para rellenar y vivificar los cuadros planteados por la construcción teórica». La segunda se refiere al estudio filosófico de las categorías que componen el sistema, o que representan su base: «No se podría considerar los elementos que pertenecen a un sistema como simples derivados de las correlaciones u oposiciones estructurales..., el estudio de las categorías reales, contenido o base de los sistemas, no será menos importante que el de la estructura formal. *Las meditaciones penetrantes de Husserl acerca de la fenomenología serán aquí una fuente de inspiración para todo lógico del lenguaje*». (El subrayado es nuestro.) Desafortunadamente, este *substancialismo* no será tomado en cuenta por los sucesores de Bröndal, ni por él mismo, en los trabajos posteriores.

Aplicando de un modo más preciso sus tesis en su libro *Essais de linguistique Générale* (Copenhague, 1943), Bröndal propone describir todo sistema morfológico mediante la combinación de cuatro términos, de los que A es neutro (por ejemplo, el indicativo en los modos del verbo, o la tercera persona, forma «impersonal» de las personas) y opuesto a B, positivo o negativo; el término C es complejo y puede ser complejo –negativo o complejo– positivo (entre los modos, es el *optativo*; entre los tiempos, es el *pretérito-presente*, etc.). Gracias a estos cuatro términos y aplicándoles unas reglas lógicas

leibnizianas (Leibniz es el referente frecuente de Bröndal), el autor logra calcular el número de sistemas morfológicos posibles a lo largo de las mutaciones de las lenguas. Considera que las formas neutras se expanden cada vez más en las lenguas modernas (el inglés elimina los modos, los aspectos, el tiempo, mientras que las formas impersonales imperan, etc.), o bien son frecuentes en lenguas de antiguas civilizaciones (el chino) aunque muy poco en las antiguas lenguas indoeuropeas. Vemos la orientación *lógica* de la lingüística en Bröndal quien, haciendo hincapié al mismo tiempo en la «anatomía mutua, la igual importancia y la naturaleza complementaria del sistema de la sintaxis, de la lengua y del discurso» insiste además sobre el hecho de que la lingüística estructural tendrá que aprender muchas cosas de la lógica.

Pero fueron los trabajos de Hjelmslev los que hicieron famosa a la concepción lingüística de la Escuela de Copenhague. En 1928, publica sus *Principios de gramática general* para seguir posteriormente sus investigaciones junto con P. Lier y H. Uldall, elaborando una concepción lingüística que se dio en llamar *glosemática*. Al cabo de varios años exponen la teoría bajo una forma definitiva en los *Prolégomènes à une théorie du langage* (1943, trad. fr. 1968).

Partiendo de Saussure y de Weisgerber (*Muttersprache und Geistesbildung*, Göttingen, 1928), el autor hace un planteamiento de la lengua no en tanto que conglomerado de fenómenos no lingüísticos (por ejemplo, físicos, fisiológicos, lógicos, sociales), sino en tanto que totalidad que se basta a sí misma, una estructura *sui generis*. Hjelmslev critica la concepción, según él humanista, del lenguaje que opone su carácter al de los fenómenos naturales y lo que se considera inabordable a partir de una «descripción sencilla». Está convencido, por su parte, de que «a cada *proceso* corresponde un sistema en base al cual el proceso puede ser analizado y descrito con un número limitado de premisas, o de validez general».

¿Cómo ha de ser tal discurso lingüístico que pondrá de relieve la sistematicidad rigurosa del lenguaje? Hjelmslev dedica una parte importante de su trabajo a la descripción de los procedimientos metodológicos de la lingüística que, ante todo, debe *elaborar* su objeto: la lengua como sistema. «La descripción debe ser no contradictoria (*self-consistent*), exhaustiva y lo más sencilla posible. La exigencia de no-contradicción prima (*take precedence*) sobre la exigencia de exhaustividad y la exigencia de exhaustividad prima sobre la de sencillez.» Este método lingüístico viene designado como

«necesariamente empírico y necesariamente deductivo»: es lo mismo que decir que, en cierta medida, la teoría es independiente de la experiencia y que contiene unas premisas cuya validez no necesita demostrar el teórico ya que las experiencias previas se lo hicieron ver. La teoría es, pues, *arbitraria* en primer lugar, y *apropiada* a los datos empíricos en segundo. ¿Cuál será el criterio de aceptación de tal o cual postulado básico del menor número de premisas intuitivas o implícitas posibles (¿no fue acaso la exigencia inicial de Husserl?), Hjelmslev considera que el lingüista debe «invadir el terreno de la epistemología» y que «la epistemología decide si las premisas explícitamente introducidas por nuestra lógica lingüística precisan un fundamento axiomático posterior». Nuestro procedimiento se basa aquí sobre la convicción según la cual «*es imposible elaborar la teoría de una ciencia particular sin una colaboración íntima con la epistemología*» (el subrayado es nuestro).

Una lingüística definida de este modo se da como objeto de estudio unos *textos* considerados en tanto que *procesos* que aquélla debe comprender elaborando una descripción consistente y exhaustiva, o sea, una descripción mediante la cual pueda hallar el *sistema* de la lengua: ahora bien, puesto que el proceso se compone de elementos con diversas combinaciones o con relación a la *dependencia*, la lingüística se fija como único propósito el describir dichas relaciones. «Llamamos *función* una dependencia que sea satisfactoria para las condiciones del análisis... Los términos de la función son llamados *funtivos*. El *funtivo I es constante* (aquel cuya presencia es una condición necesaria para el “funtivo” con el que este primer “funtivo” está en función) o *variable* (aquel que no es una condición necesaria para la presencia del “funtivo” con el que está en función).» A partir de ahí, las funciones son de dos tipos: *interdependencia* (función entre dos constantes), *determinación* (entre una constante y una variable) y *constelación* (entre dos variables). Otra distinción entre funciones concierne la función *y* (conjunción) y la función *o/o* (disyunción). En el proceso o el texto, la función es conjuntiva; en el sistema o la lengua, la función es disyuntiva. Así, Hjelmslev da el ejemplo de dos palabras inglesas *pet* y *man*, que pueden ilustrar ambas funciones. Al cambiar *p* y *m*, *e* y *a*, *t* y *n*, obtenemos diferentes palabras nuevas: *pet*, *pen*, *pan*, *pat*, *met*, *men*, *mal*, *man*, o cadenas que pertenecer al proceso lingüístico (*texto*). Por otra parte, *p* y *m* juntos, *e* y *a* juntos, *t* y *n* juntos, constituyen un paradigma que pertenece al *sistema lingüístico*. En *pet*, hay conjunción entre *p*, *e* y *t* de la misma forma que en *man* hay

conjunción de *m*, *a* y *n*. Pero entre *p* y *m*, hay disyunción o *alternancia*, del mismo modo que entre *t* y *n*.

El análisis global del texto supone que el lingüista coordina el sistema, considerando el texto como una *clase* de segmentos. La *inducción* y la *síntesis* proporcionan el objeto en tanto que segmento de una clase y no en tanto que clase dividida. Una vez que se han reconocido las entidades, será preciso *reducirlas*, es decir, *identificarlas* para sacarles sus *variantes* y sus *invariantes*. De esta manera se construye un sistema riguroso de la lengua.

Semejante concepción lógico-formal de la lengua, reducida a una estructura abstracta de correlatos de orden formal por no decir matemático, precisa de modo necesario una teoría del *signo*. Se define al signo primero como *una función signo* entre dos dimensiones: un *contenido* y una *expresión*. «El signo es una expresión que designa un contenido fuera del signo en sí.» Por otra parte, esa función, en sí, es *signo* de otra cosa, el *sentido* o la *materia*, «entidad definida únicamente porque tienen una función con el principio estructural de la lengua y con todos los factores que distinguen unas lenguas de otras». Su estructura puede ser analizada primero por una ciencia no lingüística (física, antropología) mientras que, por una serie de operaciones deductivas, la ciencia lingüística puede producir su *esquema lingüístico*, manifestándose éste por el *uso lingüístico*.

Así Hjelmslev distingue, por una lado, la materia de la expresión y la materia del contenido, y por otro, la forma. En efecto, para él, cada lengua *forma* de manera diferente aquella amorfa «masa del pensamiento» que no existe sino como substancia para una forma.

Por ejemplo:

jeg véd det ikke (danés)

I do not know (inglés)

je ne sais pas (francés)

en tiedä (finés)

naluvara (esquimal)

a pesar de sus diferencias, tienen un factor común, justamente la «materia» o el pensamiento mismo, el sentido.

«Reconocemos en el *contenido* lingüístico, en su proceso, una forma *específica*, la *forma del contenido* que es independiente del sentido con el que se halla relacionada de manera arbitraria y que *transforma* en substancia del contenido.» A su vez, la *forma de la expresión* transforma el *sentido de la expresión* en *substancia de la expresión*. Los cuatro

términos pueden combinarse según el esquema que damos a continuación, y tales combinaciones descomponen diferentes niveles en el análisis de la lengua:

	forma	substancia
contenido		
expresión		

«Los dos planos el contenido y de la expresión están estructurados de la misma manera».

Si la lengua es un proceso ilimitado en el que el número de los signos es también ilimitado, se construye en sistema gracias a un número reducido de *no-signos* o *figuras*. Así, la lengua puede ser considerada como *sistema de signos* desde el punto de vista de sus relaciones con los factores no lingüísticos y —dentro de sí misma— como un *sistema de figuras* que constituyen a los signos.

La lengua-objeto de esta glosemática debe hallar su lugar dentro del conjunto de las estructuras semióticas. Hjelmslev concibe el dominio semiótico como una *totalidad absoluta* que abarca a todos los objetos científicos susceptibles de tener una estructura análoga a la del lenguaje: «La semiología es un jerarquía en la que cada elemento admite una división posterior en clases definidas por relación mutua, de tal manera que cada una de dichas clases admita una división en derivados definidos por mutación mutua».

Para introducir en la semiología a los demás objetos que no son las lenguas naturales, Hjelmslev delimita en primer lugar y de manera todavía más concreta, su concepto de *lenguaje*, extensible más allá de las lenguas naturales. Según él, sería lenguaje toda estructura significante que fuese interpretable sobre los dos planos del contenido y de la expresión. Los juegos, por ejemplo, no son lenguajes puesto que no son interpretables sobre ambos planos: «Las redes funcionales de los dos planos que trataremos de establecer serán idénticos.» Unos sistemas tales como el de los símbolos matemáticos o lógicos, o la música, no son probablemente unos lenguajes en el sentido de Hjelmslev: propone que se les llama *sistemas de símbolos*.

Dentro de los *lenguajes* mismos, se hace otra puntualización a partir de los conceptos de *denotación* y de *connotación*. Efectivamente, todo texto lleva consigo unos derivados que se apoyan sobre unos sistemas diferentes (estilo, especie de estilo, lengua nacional, regional, etc.).

«Los miembros particulares de cada una de esas clases y las unidades que son el resultado de su combinación serán llamados *connotadores*.» Es decir, que los connotadores serán unas partes que entran en unos «funtivos» de tal manera que encierran siempre cierta ambigüedad y se encuentran en ambos planos del lenguaje. El lenguaje de connotación se edifica o se apoya sobre el lenguaje de denotación. «Su plano de la expresión está constituido por los planos del contenido y de la expresión de un lenguaje de denotación. Así, pues, el o los esquemas y usos lingüísticos que llamamos la lengua francesa son la *expresión* del connotador «francés». Es, pues, un lenguaje en que uno de los planos, el de la expresión, es una lengua».

Por el contrario, si un lenguaje proporciona el plano del contenido de otro lenguaje, éste es el *metalenguaje* de aquél. La lingüística, por ejemplo, es un metalenguaje ya que se edifica sobre el plano del contenido del lenguaje. A partir de esta definición, Hjelmslev puede volver a definir la semiología: «Un metalenguaje cuyo lenguaje-objeto es un lenguaje no científico.» Pero esta construcción de lenguajes que se imbrican unos en otros contiene un último escalón; la *metasemiología*: metalenguaje científico cuyas lenguas-objetos son unas semiologías.

Tal proyecto totalizador y ambicioso de Hjelmslev no ha llegado, ni mucho menos, a su plena realización, y su carácter abstracto es sin duda el obstáculo más importante para tal realización. Por otra parte, la orientación lógica que toma la teoría del lenguaje con Hjelmslev no es tan estrictamente rigurosa y, en la práctica, se revela a menudo intuitiva. Por último, las descripciones concretas que se han intentado a partir de esta metodología son de una complejidad extremada. Como la teoría está actualmente en proceso de elaboración, resulta difícil juzgar sus cualidades. Podemos, sin embargo, constatar desde este momento su apriorismo y su anhistoricismo que delatan la muy conocida metafísica de la «totalidad sistematizada». Sin ningún interrogante respecto de los presupuestos de tal constructivismo, la glosemática es un síntoma de la «belle époque» de la Razón sistematizadora convencida de la omnivalencia de sus operaciones transcendentales. Pero, aun así, los glosemáticos son los primeros, por no decir los únicos, en la lingüística estructural moderna, que han sugerido unos problemas epistemológicos, escapando de este modo a la credulidad del descriptivismo «objetivo» y llamando la atención sobre el papel del *discurso* científico para la construcción de su objeto.

El estructuralismo americano

La lingüística americana se orienta, ya a principios de siglo, hacia la corriente de la lingüística estructural con los trabajos de científicos como Boas, formado en la escuela neo-gramática y fundador en 1917 del *International Journal of American linguistics*, pero sobre todo como Sapir (1884-1939) y Bloomfield (1887-1949).

Si los lingüistas europeos entienden por estructura «la ordenación de un todo en partes y la solidaridad demostrada entre las partes del todo que se condicionan mutuamente», los lingüistas americanos la ven principalmente como «la repartición de los elementos tal como la constatamos y su capacidad de asociación y de sustitución». Pues el estructuralismo americano es sensiblemente distinto de lo que hemos visto en Europa: segmenta el todo en elementos constitutivos y «define cada uno de sus elementos por el sitio que ocupa en ese mismo sitio» (Benveniste, *Tendances récentes...*).

La obra de Sapir (su libro *Language*, 1921, así como el conjunto de sus trabajos, cf. *Selected Writings on Language, Culture and Personality*, ed. por D. G. Mandelbaum, 1949) se distingue por una amplia concepción del lenguaje que rompe tanto con el teoricismo de la glosemática como con la tecnicidad del estructuralismo americano que le será posterior. Para Sapir, el lenguaje es una actividad social comunicativa cuyos aspectos y funciones diferentes no desprecia: toma en cuenta al lenguaje científico y al lenguaje poético, al aspecto psicológico del enunciado, de las relaciones entre el pensamiento, la realidad y el lenguaje, etc. Si su postura es estructuralista por lo general, es también moderada: para Sapir, el lenguaje es *productum* histórico, un producto de uso social desde hace largo tiempo». «El habla... varía como cualquier esfuerzo creador varía, pero no de una forma tan consciente quizá, sino de una forma tan real como lo hacen las religiones, las creencias, las costumbres y el arte de los diferentes pueblos... El habla es una función no-instintiva, adquirida, una función de cultura.» El lenguaje es una representación de la experiencia real: «La esencia misma del lenguaje reside en el hecho de considerar determinados sonidos convencionales y voluntariamente articulados, o sus equivalentes, como si representaran los diversos productos de la experiencia.» Los elementos del lenguaje (Sapir piensa en las palabras) no simbolizan un objeto, sino el «concepto», es decir, «una envoltura cómoda de las ideas que comprende a millares de elementos distintos de la experiencia y que puede contener a otros tantos millares... El

conjunto del lenguaje mismo puede interpretarse como siendo la relación oral del establecimiento de aquellos conceptos en sus relaciones mutuas». Sin embargo, para Sapir, «el lenguaje y el pensamiento no son estrictamente coexistentes; como mucho el lenguaje puede ser solamente la faceta exterior del pensamiento en el plano más elevado, más general de la expresión simbólica». «El pensamiento más perfectamente ser tan sólo la contrapartida consciente de un simbolismo lingüístico inconsciente.» Sapir llega hasta a plantear la existencia de sistemas de comunicación «aparte del habla» aunque existen *obligatoriamente* por «el intermediario de un auténtico simbolismo lingüístico». La posibilidad que tiene aquel «simbolismo del habla» para investir unos sistemas de comunicación que no sean el habla mismo implica para Sapir que «los sonidos del habla no son los únicos elementos esenciales del lenguaje y que esto reside más bien en la clasificación, en el sistema de las formas y en las relaciones de los conceptos».

Sapir formula su concepción estructural del lenguaje según sigue: «El lenguaje en tanto que estructura constituye, por su aspecto interior, el molde del pensamiento.» Esta estructura es universal: «No hay particularidad más aprehensible en el lenguaje como su universalidad... El menos espabilado de los bosquimanos surafricanos se expresa con formas de gran riqueza de expresión y que, en su esencia, pueden compararse perfectamente con la lengua de un francés culto».

Sapir estudia los elementos del habla y, en primer lugar, de los *sonidos*. Si describe su articulación y su «valor», no desarrolla por ello una teoría fonológica. Pero en los trabajos posteriores, comienza a distinguir ya entre «sonidos» y «elemento fónico».

Al estudiar, en *Language*, las *formas del lenguaje*, Sapir analiza «los procedimientos gramaticales», es decir, formales (composición de las palabras, orden de las palabras, etc.), y los «conceptos gramaticales». Tras haber examinado el «mundo del concepto en sus repercusiones sobre la estructura lingüística», a partir del ejemplo de una oración en inglés (1º *conceptos concretos*: el objeto, el sujeto, la acción, etcétera, expresos por una radical o por derivación; 2º *conceptos que indican una relación*: determinación, modalidad, número, tiempo; etc.), Sapir constata que los propios conceptos pueden «traducirse bajo diferente forma e incluso que pueden estar agrupados de manera distinta entre sí» en otras lenguas. Sobre el fondo de esta comunidad de las estructuras conceptuales de las lenguas, Sapir esboza una *tipología* de

las estructuras lingüísticas que le permite dar su interpretación del lenguaje dentro de la historia: cómo se forma el lenguaje por la historia, cómo las leyes fonéticas demuestran que la lengua es un producto de la historia, cómo las lenguas se influyen recíprocamente (préstamos, modificación fonética de los préstamos, préstamos morfológicos, etc.). Sapir se niega a considerar el lenguaje a través de los métodos mecanistas y se opone al behaviorismo que se deriva de aquellos: insiste, sobre todo, sobre el carácter simbólico del lenguaje, sobre su complejidad debida al cruce entre el *sistema de configuración*, el *sistema simbólico* y el *sistema expresivo*, y sobre su función primera que, para Sapir, es la *comunicación*.

A la tendencia de Sapir calificada a menudo de «*mentalista*» se opone la concepción behaviorista del lenguaje de Bloomfield, expuesta en su obra principal, *Language* (1933). Esta concepción materialista y mecanista (cf. G. C. Lepschy, *La Linguistique structurale*, Turín, trad. fr. 1968) se asienta sobre el esquema famoso de *estímulo-respuesta*:

$$S \rightarrow r \dots \dots \dots s \rightarrow R$$

Un estimulante (S), que es un acontecimiento real, puede ser mediatizado por el discurso: se sustituye entonces por un *movimiento vocal*, el habla (r); ésta produce una *vibración del tímpano* del oyente, siendo la vibración para el oyente un *estimulante lingüístico* (s) que se traduce por una respuesta práctica (R). La conexión r... es llamada *speech event* o *speech-utterance*. Acorde a las doctrinas de J. B. Watson (*Behaviorism*, 1924) y de A. P. Weiss (*A Theoretical Basis of Human Behavior*, 1925) Bloomfield se niega a admitir toda interpretación psicológica del hecho lingüístico y exige un acercamiento estrictamente *mecánico*. Según él, el lingüista tan sólo ha de ocuparse de «los acontecimientos asequibles, en su tiempo y lugar, para todos los observadores y para cualquier observador», «los acontecimientos situados en las coordenadas del tiempo y del espacio». *Un fisicismo* sustituye al teoricismo: el lingüista debe utilizar «*términos derivables*, con definiciones rígidas, de un conjunto de términos cotidianos que tratan de acontecimientos físicos».

Tal extremismo cientista era, sin duda, una reacción al mentalismo impreciso y respondía a la necesidad de construir un estudio del lenguaje sobre unas bases rigurosas. No podemos evitar hacer hincapié, sin embargo, en la ceguera teórica del behaviorismo y su incapacidad genética para pensar la ideología mecanicista que se

agarra a sus presupuestos tecnicistas. Obviamente es imposible explicar la complejidad del acto discursivo con el único esquema *S-r* *s-R*. El lenguaje no es una mecánica sensorial y negar la autonomía relativa del signo y del campo de la significación que rige, no es más que no explicar nada del funcionamiento del lenguaje.

Bloomfield se subleva, también, contra las teorías lingüísticas del *significado* y, al considerar el significado en tanto que conjunto de los acontecimientos prácticos ligados al enunciado, afirma que la ciencia lingüística no podría jamás abordarlo sin tomar en cuenta «el estado del cuerpo del locutor» y la «predisposición de su sistema nervioso, resultado de todas sus experiencias lingüísticas y demás, hasta el instante en cuestión, así como los factores hereditarios y prenatales». La agudeza de esta observación, que saca a relucir el punto débil del mentalismo, señala, sin duda, la necesidad de un trabajo –que queda por hacer– para salir de la lógica y, sin caer en el behaviorismo mecanicista, elaborar una teoría del lenguaje ligada a la materialidad corpórea y física del sujeto parlante y de su entorno.

Bloomfield propone unas descripciones formalistas concretas de los fenómenos gramaticales de las que damos aquí una parte, resumida en el siguiente esquema:

		Lexical	Gramatical
unidad mínima privada de significado	femema	fonema	taxema
unidad mínima con significado	glosema	morfema	tagmema
significado de dichas unidades	noema	semema	episemema
unidad con significado (unidad mínima compleja)	forma lingüística	forma lexical	forma gramatical

El morfema es una forma simple que no se puede analizar posteriormente: es un *componente último*, pero en cada fase del análisis se debe buscar los *componentes inmediatos*. El semema es el significado de un morfema. Las formas lexicales formadas por los fonemas y las formas gramaticales formadas por los taxemas dan lugar a dos series paralelas que constituyen los «rasgos significativos de la señalización lingüística».

En cuanto a los fonemas en sí, se componen de *rasgos distintivos* que acompañan a otros rasgos, y desempeñan un papel específico dentro de la «configuración estructural de las formas lingüísticas»: remiten a unos «hechos estructurales» y no sólo a una descripción mecanicista, por lo que son el objeto de *una fonología* distinta de la descripción

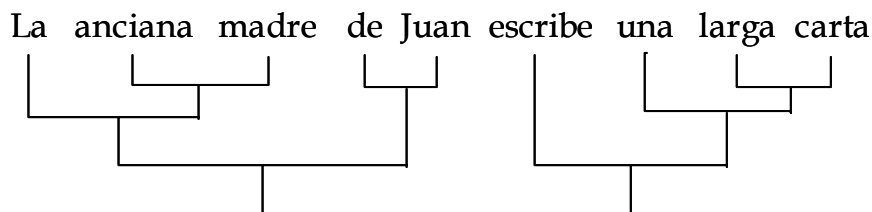
fonética y de la «fonética práctica».

Inspirándose en los trabajos de Bloomfield, el estructuralista americano se dedica de manera exclusiva a la descripción de la *estructura sintagmática*. Esta actitud acentúa la aplicación rigurosa de los conceptos básicos en la investigación descriptiva e histórica. Tales conceptos abarcan al fonema, al morfema y a otras unidades de análisis lingüístico que Bloomfield utilizaba para edificar una teoría general de la estructura lingüística. El análisis lingüístico está considerado como un cálculo lógico que conlleva el descubrimiento de las unidades básicas del lenguaje y de su orden formal, y tal procedimiento puede en principio estar seguido sin ninguna referencia a la significación exterior de la forma lingüística, escribe John B. Carroll (*The Study of Language, a Survey of Linguistics and Related Disciplines in America*. 1953). Este autor constata que «el método de los lingüistas americanos les conduce siempre a unas conclusiones lógicas, aunque los resultados puedan parecer absurdos desde el punto de vista del sentido común». Y más adelante: «La característica general del método de la lingüística descriptiva practicada por muchos americanos en la actualidad consiste en su esfuerzo por analizar la estructura lingüística sin referirse al sentido. Se ha pensado que era teóricamente posible identificar los fonemas y los morfemas del lenguaje únicamente sobre la base de su *distribución*, es decir, observando el entorno lingüístico en el que aparecen. Se ha creído que este tipo de análisis es preferible ya que unas vías inconscientes pueden llevarnos a preformar el análisis si nos referimos al sentido...».

Una concepción de esta índole se inspira, por tanto, del principio bloomfieldiano de los *constituyentes inmediatos*. Se coge un enunciado, se le divide en dos partes que son divididas en dos partes, etc., hasta que se llegue a los elementos mínimos que no se puedan dividir más en función de los mismos criterios. De este modo se halla los constituyentes inmediatos sin llegar a nombrarlos, sin embargo, «sin etiqueta», aunque se les indica con unos paréntesis (*unlabelled bracketting*). Por ejemplo, la oración: *La anciana madre de Juan escribe una larga carta* se divide según sigue:

	anciana	madre		Juan		larga	carta	
La	anciana	madre	de	Juan		una	larga	carta
La	anciana	madre	de	Juan		una	larga	carta
La	anciana	madre	de	Juan	escribe	una	larga	carta
La	anciana	madre	de	Juan	escribe	una	larga	carta

o si no:



Cuando dos segmentos se encuentran inmediatamente a la izquierda y a la derecha de un trazo vertical son unos constituyentes inmediatos del segmento que forman.

Vemos que se trata aquí de una descripción puramente formal que no parece tomar en cuenta las categorías gramaticales clásicas y menos aún las categorías filosóficas que fundan el análisis clásico de la oración (sujeto, predicado, etcétera). Este análisis formal propuesto por el estructuralismo americano tiene una importante ventaja: libera las categorías lógicas explícitamente empleadas en el análisis del lenguaje y ofrece la posibilidad de estudiar unas lenguas que "no precisan aquellas categorías lógicas para construirse un sistema significante. La lengua china, por ejemplo, no necesita concretar el tiempo en la forma verbal o la determinación por un artículo; la lengua india yana, por su parte, introduce una categoría gramatical que las lenguas indoeuropeas no conocen: indica si el enunciado viene asumido por el locutor o si éste se refiere a una autoridad, etc. Así pues, algunos lingüistas creen que la formalización puede liberar el análisis lingüístico de los presupuestos formados sobre las lenguas indoeuropeas y, por consiguiente, del europeocentrismo.

Pero, en realidad, éstas categorías gramaticales se admiten de manera implícita, sin que se replanteen directamente. Pues, para seguir con el ejemplo ya mencionado, los cortes que aíslan los constituyentes inmediatos obedecen a los «sentimientos intuitivos» del analista; éste junta «larga» y «carta», «anciana» y «madre», fiándose de su conocimiento de la acción de determinación; «escribe» y «carta» fiándose de su conocimiento del complemento, etc. Por lo que constatamos que, en realidad, existe todo un saber tradicional implícito que está al origen de una descripción que se pretende meramente formal. Si bien no es menos cierto que una mutación epistemológica se manifiesta en este abandono de los principios tradicionales de descripción lingüística y en el empleo de un método que quiere ser neutro.

Benveniste sugiere que debemos este cambio al hecho de que los lingüistas americanos hayan tenido que describir numerosas lenguas desconocidas y que se vieron *obligados* a optar por una descripción neutra que no tenga que referirse a la manera en que el investigador piensa la lengua; pues, al no saber cómo se piensa dicha lengua según el informador (una de las reglas de Bloomfield es no preguntar a su informador cómo piensa su lengua), el investigador corre el peligro de trasladar las maneras de pensar su propia lengua. A este respecto podemos advertir que, si el descubrimiento del sánscrito obligó a los lingüistas europeos a situar sus lenguas nacionales con respecto a aquél y a promocionar un método comparado, el descubrimiento de las lenguas americanas, muy diferentes del inglés, ha forzado la lingüística americana a una abstracción teórica que se agarra a las descomposiciones *técnicas* para no tener que tocar la *filosofía* (la ideología): en efecto, se ha de ignorar la de los informadores y borrar la de los investigadores. Añadamos a esta situación el que la mayoría de los lingüistas americanos desconocen las lenguas extranjeras y no fundan su reflexión más que sobre su propia lengua. Tales «coacciones» objetivas no disminuyen, sin duda, la importancia de la *elección teórica* de la lingüística americana que censura la investigación psicosociológica de sus propios procedimientos y aplica una formalización basada sobre unos presupuestos cargados de significación que la filosofía europea, por su parte, discute desde hace años. El resultado es una descripción técnica del lenguaje que es, sin duda, matemáticamente manejable y puede servir para la traducción automática cuando no se inspira de ésta, pero que no proporciona una hipótesis explicativa del funcionamiento lingüístico. Incluso se puede decir que la mutación epistemológica introducida por el estructuralismo para el que el estructuralismo americano representa la tendencia formalizadora extrema, consiste *no en explicar* sino en proponer —acorde al lógico-positivismo— una *descripción* llana, ciega en cuanto a sus propios fundamentos y técnica que su procedimiento, de aquel objeto estático, sin sujeto y sin historia, que es ahora el lenguaje.

Pero ¿qué aspecto tomarán, a partir de tales bases teóricas, la semántica, la morfología y la fonética?

La lingüística americana suele presentarse bajo las seis formas siguientes, que Carroll describe según sigue:

Phonetics es el nombre de la disciplina que examina los sonidos del lenguaje desde el punto de vista articulatorio y acústico.

Phonemics es otra ciencia que clasifica los sonidos del lenguaje en unidades llamadas fonemas que desempeñan un papel diferencial en el enunciado.

Morphology estudia la construcción de las palabras, identificando los *morfemas* (las más pequeñas unidades estructurales que poseen una significación gramatical o lexical), su combinación y su cambio en las palabras y en las diversas construcciones gramaticales.

Morphophonemics, rama de la morfología, es el estudio de la construcción fonética de los morfemas, así como unas variaciones fonéticas de los morfemas en las distintas construcciones gramaticales.

Syntax estudia la construcción de la proposición pero se halla en inmediata dependencia con la morfología. La sintaxis se ve incluso suplantada por una morfología que descompone el orden oracional en segmentos y en unidades y que se presenta como un análisis que actúa en tanto que sintaxis.

Lexicography, por último, constituye la lista y el análisis de todos los elementos portadores de sentido en el sistema del lenguaje.

Hemos de subrayar, en primer lugar, que, al renunciar a las categorías clásicas de la descripción lingüística y al adoptar una descripción formal, el estructuralismo americano se vio obligado a no abordar la *sintaxis*. Descomponiendo el enunciado en segmentos que luego se intentaba ordenar en paradigmas en función de su distribución, la lingüística americana no elaboró unas proposiciones acerca de las *relaciones* de los términos en la oración. Se ha vuelto mecánicamente analítica, sin poder aprehender las leyes de la síntesis de los componentes dentro del conjunto de los enunciados. Para remediar esta falta, Chomsky no pudo prescindir de una teoría del sujeto de la significación, o sea de una filosofía: la halló, remontando dos siglos hacia atrás, en la *Grammaire* de Port-Royal.

En el dominio de la *fonémica*, citamos los trabajos de M. Swadesh, W. F. Twadell, B. Bloch, y finalmente el libro de C.F. Hockett, *A Manual of Phonology* (1955). El principio fundamental de la fonémica es la definición de un criterio formal para identificar a los fonemas. Tal criterio llamado *complementary distribution* o *patterned congruence* exige que dos sonidos fonéticamente similares no contrasten hasta el punto de producir unas diferencias de sentidos (por ejemplo *t* y *t* en *tone* y *stone* en inglés, aunque son fonéticamente diferentes, el uno aspirado, el otro no, no pueden dar lugar a una diferencia de sentido). Ambos sonidos son llamados *alófonos* del mismo fonema. *Pattern congruence* consiste más concretamente en agrupar los sonidos del lenguaje

conforme a su entorno fonético, lo cual revela algunos cambios del comportamiento de sonidos parcialmente parecidos (cf. Carroll).

Tales procedimientos de identificación de los fonemas pueden ser aplicados a las unidades morfológicas del lenguaje así como a los sistemas significantes complejos: literatura, danza, etc., y es el punto de partida del método estructural en las ciencias llamadas humanas (véase, al final de la presente obra, el capítulo dedicado a la semiótica).

La morfémica ocupa un importante lugar dentro de la lingüística americana. Citaremos, entre los libros dedicados a este problema, *Methods in structural linguistics* (Z. Harris, 1951). El análisis de las lenguas que no son lenguas indoeuropeas ha mostrado que unas categorías morfológicas tradicionales tales como el nombre (que designa a la cosa), el verbo (que designa a la acción), etc., correspondiente a un análisis lógico (cf. Port-Royal) son inaplicables. No se puede identificar la palabra con el concepto que expresa y la experiencia psicológica y psicoanalítica prueba que una palabra no conlleva un solo concepto o sentido. Por ello se ha trasladado el método formal de la fonética a la morfémica: al fonema de la fonémica corresponde el *morfema* en morfología. «Toda forma libre o dependiente que no se puede dividir en partes más pequeñas (formas más pequeñas) es *morfema*. Así *man*, *play*, *person* son unas palabras que se componen de un solo morfema cada una; *manly*, *played*, *personal* son unas palabras complejas ya que cada una *de* ellas contiene un morfema dependiente (*-ly*, *-ed*, *-al*)»; éstas son las definiciones dadas por Bloch y Trager en *Outline of Linguistic Analysis* (1942). Puesto que los fonemas tienen unas variantes de posición llamadas alófonos, los morfemas tienen unas variantes de posición llamadas *alomorfos* que pueden ser a menudo muy diferentes fonéticamente: así entre los alomorfos de [be] encontramos *am*, *are*, *is*... Una vez que se han identificado los morfemas, lo hemos dicho, la morfología establece unas *clases de morfemas* según su «posición diferencial dentro del enunciado»: por ejemplo, la clase de los morfemas que pueden sustituir «*courage*» en «*courageous*» y «*courage*» en «*encourage*». En última instancia, y a partir de las dos etapas anteriores, se puede establecer un análisis por constituyentes inmediatos, reemplazando este análisis al análisis sintáctico clásico.

El morfema es, lo vemos, el elemento mínimo de tal análisis: retoma el *semantema* y el *lexema* de la terminología corriente para situarse en el plano del vocabulario y de la semántica más que en el plano de la gramática a la vez que reagrupa determinados problemas de la

sintaxis en la medida en que cada morfema se analiza por sus constituyentes inmediatos. Al dividir al anunciado en segmentos, se puede lograr una identificación de los morfemas sin tomar en cuenta entidades tales como la «palabra».

Después de la teoría muy compleja que Bloomfield dio del morfema, y después de un largo silencio en este dominio, sus investigaciones fueron retomadas por los lingüistas contemporáneos. Hockett emplea los términos «entidades y proceso» para marcar de manera dinámica la *distinción* de dos formas similares como si fuesen un *cambio*: así, *acabamos* (primera persona del plural) se convierte en *acabáis* (segunda persona del plural). Desde un punto de vista estático y empleando los términos de «entidades y disposiciones», podemos decir que *acabamos* y *acabáis* son dos disposiciones de tres morfemas, cogidos de dos en dos: acab a mos.

Para Harris, el análisis morfológico conlleva tres fases: 1) transcribir y aislar las partes mínimas que, en otros enunciados, tienen la misma significación: lo que se da en llamar los alternantes morfológicos; 2) constituir un morfema único a partir de los morfemas alternantes que tienen el mismo significado, que se organizan en distribución complementaria y que no tienen una distribución mayor que otros alternantes particulares; 3) dar unas definiciones generales para los morfemas que tienen las mismas diferencias entre los alternantes.

En 1962, Harris publicaba su libro *String Analysis of Sentence Structure* en el que proponía una concepción de la proposición que difiere del análisis por constituyentes inmediatos así como del análisis transformacional. «Cada proposición –escribe Harris– se compone de una proposición elemental (su centro) y de cero o de más adjunciones elementales, es decir, de secuencias de palabras con estructura particular que no son proposiciones en sí y que añaden inmediatamente a la derecha o a la izquierda de la secuencia o de la adjunción elemental...» La diferencia respecto al análisis por constituyentes es que ésta descompone la oración en niveles descriptivos siempre más bajos que se incluyen los unos en los otros. Ahora bien, puesto que se ha observado que la mayoría de los constituyentes consisten bien en una sola palabra, bien en una palabra que caracteriza el constituyente y en la adjunción de otra palabra, Harris define un constituyente de esta índole en la proposición A como *endocéntrico*. Es decir, que hay expansión de su categoría característica sobre los elementos adjuntos, de manera que se puede reemplazar cada constituyente por su categoría característica y obtener

una proposición B que esté ligada a A como un constituyente-expansión de A... La diferencia respecto a la gramática generativa es que ésta reduce toda proposición a proposiciones elementales, mientras que el análisis en *strings* no aísla sino una sola proposición elemental de cada proposición.

Citamos, por igual, en el campo del análisis sintagmático el estudio de E. A. Nida (*Morphology*, 1944) que da ejemplos asombrosos tanto de los resultados positivos como de las insuficiencias de la morfemática.

Las teorías de K. L. Pike, *Language in Relation to a Unified Theory of Human Behavior* (1954 y ss.) se sitúan en la perspectiva de Sapir y tratan de utilizar los análisis exactos, sin olvidar por ello los problemas semánticos y los criterios culturales. El autor distingue dos tipos de elementos lingüísticos: *éticos* (a partir del ejemplo fonética) y *étnicos* (a partir del ejemplo de fonémica), siendo los primeros físicos u objetivos, los segundos significativos. Analiza los enunciados en tres capas: lexical (donde encontramos los morfemas), fonológica (los fonemas) y gramatical (compuesta de unidades llamadas gramaticales o tagmemas). Llama su teoría *gramémica* o *tagmémica* y propone unas grafías que representan los cruces de las relaciones gramaticales complejas.

En el campo de la *semántica*, los estructuralistas americanos conservan cierta desconfianza bloomfieldiana respecto al significado y buscan *rasgos formales* que puedan ponerlo en evidencia: «El significado es un elemento de contexto». Proponen la noción de *distribución* para clasificar los diferentes significados. Para comprobar si dos palabras tienen el mismo significado, es preciso demostrar que tienen la misma distribución, es decir, que participan en el mismo contexto. Se tratará menos de un marco sintáctico que de un emplazamiento lexical; pues un contexto sintáctico puede aguantar fácilmente la sustitución de uno de sus términos por otro, sin que el sentido global pueda servir para diferenciar los significados de ambos términos. Sin embargo, aunque se trate de una distribución en el emplazamiento lexical, resulta prácticamente imposible dar la lista de todos los contextos en los que participan ambos términos: nada nos puede probar que, si se elige dentro de aquella infinidad de contextos una lista limitada, no contenga contextos «críticos». La sinonimia es otro obstáculo para esta teoría: si el contexto *a* significa *b* (siendo *a* y *b* sinónimos), no es forzosamente lo mismo que *b* significa *a*. Sería preferible, por tanto, referirse a unos criterios extra-lingüísticos (el referente) o a una interpretación teórico-filosófica: pero, entonces,

estaríamos en contradicción con los principios bloomfieldianos (cf. Lepschy, *Linguistique structurale*).

La lingüística matemática

La lingüística matemática nació por razones técnicas: la construcción de los circuitos eléctricos para ordenadores destinados a leer o escribir, o de máquinas destinadas a la traducción automática. Con toda evidencia es necesario que, para que la materia lingüística sea programable en las calculadoras, sea tratada de la manera más rigurosa y más exacta posible. El estructuralismo americano, del que acabamos de examinar algunas características, abrió esta vía de rigor; por lo demás, estuvo sumamente influido por las exigencias de aquella lingüística aplicada, llamada matemática.

Sin embargo, la lingüística matemática constituye en sí un campo autónomo en el que hay que distinguir dos ramas: la lingüística *cuantitativa o estadística*, y la lingüística *algébrica o algorítmica*. La primera opera sirviéndose de consideraciones numéricas acerca de los hechos lingüísticos. La segunda utiliza unos símbolos sobre los cuales efectúa operaciones.

La lingüística estadística enumera los elementos lingüísticos y, relacionándolos con los demás, formula unas leyes cuantitativas que la intuición hubiera podido sugerir aunque no se habría podido llegar a una formulación de leyes sin demostración cuantitativa. Si bien se han admitido estas investigaciones dentro de la lingüística tradicional (enumeración de los términos del léxico de un escritor dado) no se independizan hasta los años 30 y requieren un examen atento y paciente de grandes corpus así como una experiencia matemática por parte del investigador. Citaremos aquí los trabajos de uno de los primeros que se ocupó de este campo, G. K. Kipf (cuya síntesis se halla en su libro *Human Behaviour and the Principle of the Least Effort, An Introduction to Human Ecology*, 1949) así como los de Guiraud en Francia (*Problèmes et Méthodes de la statistique linguistique*, 1960), de G. Herdan en Inglaterra (*Quantitative Linguistics*, 1960), de Hockett (*Language, Mathematics and Linguistics*, 1967), etc.

La teoría de la información da lugar a otra concepción matemática del lenguaje. Se sabe que los fundadores de la teoría, Hartly y Shannon, postulan que es posible medir con precisión un *aspecto dado*

de la transmisión de un mensaje el cual es *la frecuencia relativa* de un símbolo i (o de la cantidad que depende de ello). Puntualicemos, antes de seguir, que por «cantidad de información» se entiende aquí una función referente a la peculiaridad de determinados símbolos y que no se le da un sentido semántico o psicológico al término «información». Bar-Hillel insiste sobre el hecho de que se refiere a una transmisión de símbolos privados de significados. Se ha descubierto que la cantidad de información es la función logarítmica de la inversa de una frecuencia relativa semejante: $\log \frac{I}{f_r(i)}$. El término empleado aquí es el «*binary digit*» (*bit*) que es la unidad de medida cuyo logaritmo es la base 2. El número de los bits debe corresponder al número de cortes binarios que hay que hacer para identificar un elemento dentro de un inventario. Por ejemplo, un mensaje que comporta un símbolo elegido entre dos símbolos equipotentes a y b tendrá 1 bit de información. Pero si se elige al símbolo entre otros 26 símbolos (digamos las letras de un alfabeto) entonces el mensaje tendrá 5 bits de información. Este binarismo evoca el de Jakobson en su teoría fonológica... Si admitimos que el informador produce una información infinita, el valor de la frecuencia sería llamado «probabilidad» $p(i)$ y la cantidad de la información asociada al símbolo será $\log \frac{I}{p(i)}$.

Otra rama de la lingüística matemática se ocupa de la traducción llamada mecánica o automática. Partiendo de una lengua de origen, a partir de la cual se traduce y que se llama *lengua-fuente*, la traducción automática produce un texto en la lengua en que se traduce o *lengua-blanco*. Para ello, se precisa evidentemente programar en la calculadora no sólo las correspondencias lexicales de la lengua-fuente a la lengua-blanco, sino también las relaciones formales entre los enunciados de la lengua-fuente y los de la lengua-blanco, y entre sus partes.

Una de las tendencias actuales de la traducción automática consiste en analizar los periodos de la lengua-fuente y en sintetizar los de la lengua-blanco, sin ocuparse directamente de la traducción. El paso de la lengua-fuente a la lengua-blanco puede efectuarse bien de manera directa, bilateral, bien por medio de una tercera lengua, lengua de la máquina, que estará compuesta de universales lingüísticos y, de este modo, podrá servir de transición de toda fuente a todo blanco. Esta solución, practicada actualmente en la Unión Soviética, se sitúa en el sentido, común a varios lingüistas en la actualidad, de una búsqueda de los universales de la lengua.

Vamos a puntualizar ahora los términos de *análisis* de la estructura de la lengua-fuente y de *síntesis* de los períodos de la lengua-blanco.

El principio central es el de la determinación de *la función sintáctica*: no se recurrirá al contexto ni a la semántica sino única y exclusivamente a las relaciones sintácticas formales de los constituyentes. El anterior análisis supone que se distribuye las palabras en diferentes clases sintácticas que, posteriormente y para sintetizar enunciados satisfactorios, deben satisfacer a las reglas de la máquina, como por ejemplo la oración: SN + SV; SV = V + SN; SN = A + N; A = los, las; N = coche, hombre, etc.; V = comprar. La máquina producirá entonces: *Los hombres compran los coches*. Pero también podrá producir: *Los hombres compran las hipotenusas*, lo que no será aceptable. Para evitar tales casos, la gramática debe conllevar unas reglas, prohibitivas complejas.

Desde la invención de la primera máquina para traducir, por el ruso Piotr Petrovic Smirnov-Trojansky en 1933, los trabajos de Both y Weaver (1946), llegando hasta las investigaciones de Bar-Hillel, la traducción automática progresa y da unos resultados cada vez más satisfactorios. La emulación entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, en este campo, ha producido unos trabajos sin duda interesantes. No obstante, una vez olvidado el entusiasmo primero que dio lugar a la creencia según la cual toda traducción se podría hacer con una máquina, se ha puesto de manifiesto que el factor semántico, por tanto, el papel del sujeto parlante, es esencial para la traducción de una gran parte de los textos (literarios, poéticos, incluso el discurso cotidiano cargado de polisemias) y que la máquina no era capaz de decidir por sí misma. La afirmación de la omnipotencia traductora de la máquina está considerada hoy, por Bar-Hillel: por ejemplo, como una simple expresión de «la voluntad de trabajar con cierta finalidad, siendo su contenido prácticamente nulo». Por otra parte, los resultados positivos que se han logrado mediante las calculadoras en la traducción automática no han profundizado nuestro conocimiento teórico del funcionamiento de la lengua. La traducción automática formaliza con rigor, gracias a un tratamiento automático, una concepción ya hecha del lenguaje y, en su búsqueda de un rigor aún más perfecto, puede efectivamente hacer progresar la teoría sintáctica (es el caso de Chomsky) sin que, por ello, incida en la acepción general del funcionamiento lingüístico propio de cierta concepción formal del lenguaje. Por el contrario, indica tal vez que la vía escogida por el análisis formal —que pierde interés por el hecho de

que el lenguaje tenga un sistema de signos cuyas capas hay que determinar – cualesquiera que sean sus indiscutibles aportaciones, no sea la que nos conducirá al conocimiento de las leyes del funcionamiento lingüístico.

La gramática generativa

La última década está marcada por una teoría del lenguaje que se está imponiendo no solamente en América, sino por todas partes en el mundo, ya que propone una concepción original de la *generación* de las estructuras sintácticas. Se trata de los trabajos del lingüista americano Noam Chomsky, cuyo libro *Structures syntaxiques* se publicó en 1957 (trad. fr. 1969) y cuyas investigaciones siguen su curso en la actualidad, concretando y, a menudo, modificando sensiblemente los postulados iniciales. Esta mutación y este «no acabarse» de la teoría chomskiana, por un lado, la tecnicidad hiperdesarrollada de sus descripciones, por otro, impiden que presentemos aquí la totalidad de la investigación para hacer resaltar el conjunto de las implicaciones acerca de la teoría del lenguaje. Por lo cual, nos limitaremos a unos pocos aspectos de la gramática generativa.

En primer lugar, subrayaremos el «clima» en que se ha ido desarrollando y ante el cual ha reaccionado. Estamos efectivamente ante la lingüística «post-bloomfieldiana» la cual es, ante todo, una descripción estructural analítica que descompone el enunciado en capas estancas; es el principio llamado de la «separación de los niveles» (fonémico, morféxico, etc.) donde cada nivel funciona para sí mismo, sin que podamos referirnos a la morfología cuando hagamos un estudio fonémico, aunque lo contrario sea posible. Por otra parte, esta lingüística no quería de ninguna forma tomar en cuenta al locutor ni a su papel en la constitución del enunciado ya que proponía una descripción empírica, que pretendía ser «neutra» y «objetiva», de la cadena hablada en sí (véase más arriba «La lingüística americana»).

Chomsky seguirá fiel a las exigencias de rigor, de descripción neutra y formal de los «post-bloomfieldianos» así como a su desconfianza del significado. Al interesarse sumamente por los problemas que plantea la traducción automática e intentar resolver algunas dificultades que el análisis sintagmático resultaba ser *incapaz* de elucidar, Chomsky va a tratar de crear una teoría gramatical nueva, señal de la tecnicidad y de la cientificidad de una formulación matemática. y ello sin recurrir a la

semántica. Tuvo un maestro y precursor genial en la persona de Harris (véase más arriba) de quien retoma algunos conceptos (incluido el de *transformación*) y análisis, dándoles una nueva interpretación. Pero los parecidos con sus antecesores no deben ocultar la profunda novedad de la teoría de Chomsky.

En lugar del acercamiento *analítico* de las estructuras, Chomsky propone una descripción *sintética*. Ya no se trata de descomponer la oración en componentes inmediatos sino de seguir el *proceso de síntesis* que lleva esos componentes a una estructura sintagmática, o que transforma dicha estructura en otra.

La operación se apoya ante todo y básicamente sobre la intuición implícita del locutor, el cual es el único criterio de la *gramaticalidad* o de la *agramaticalidad* de la oración. «El objetivo fundamental del análisis lingüístico de una lengua L es separar las sucesiones gramaticales que son oraciones de L, de las sucesiones agramaticales que no son oraciones de L, y estudiar la estructura de las sucesiones gramaticales», escribe Chomsky: «A este respecto, una gramática refleja el comportamiento del locutor que, a partir de una experiencia finita y accidental de la lengua, puede producir y comprender un número infinito de nuevas oraciones. En verdad, toda explicación de la noción «gramatical en L» (es decir, toda caracterización de «gramatical en L» en términos de enunciado observado en L) puede ser considerado como donador de una explicación de tal aspecto fundamental del comportamiento lingüístico». Chomsky observa que la noción de gramaticalidad no es asimilable a la de «dotada de sentido» desde el punto de vista semántico, ya que entre estas dos oraciones: 1) *Colorless green ideas sleep furiously* (Incoloras ideas verdes duermen furiosamente) y 2) *Furiously sleep ideas green colorless*, estando ambas desprovistas de sentido, la primera es gramatical y la segunda no lo es para un locutor inglés. Es preciso recordar, sin embargo, las observaciones de Husserl, que hemos citado más arriba (cf. p. 270-271) y según las cuales la gramaticalidad cubre y no expresa siempre un determinado sentido: en función de estas observaciones, la oración (1) es gramatical en la medida en que es la forma sintáctica que tolera una relación con un objeto real. Vemos que la teoría del signo no puede ser eludida desde el momento en que se profundiza un principio tan formal en apariencia como el de la gramaticalidad.

A través de la noción de la gramaticalidad fundada sobre la «intuición del locutor» se infiltra, en la teoría rigurosamente formalizada de Chomsky, y su fundamento ideológico, a saber el *sujeto*

parlante que los «bloomfieldianos» quisieron expulsar de su análisis. En 1966, Chomsky publica su libro *La Lingüística cartesiana* (trad. fr. 1969) en el que busca antepasados para su teoría del sujeto parlante, encontrándolos en las concepciones cartesianas que se conocieron en Europa dos siglos antes, y más concretamente en el *cogito* de Descartes, que implica la universalidad de las ideas innatas del sujeto, garante de la normalidad –Chomsky diría de la «gramaticalidad» –de los pensamiento y/o de los enunciados.

Acorde a aquellas teorías, a las que une las concepciones de Humboldt, Chomsky distingue la *potencia*, es decir, la capacidad para el sujeto hablante de formar y reconocer unas oraciones gramaticales dentro de la infinidad de las construcciones posibles de una lengua, y la *actuación*, es decir, la realización concreta de tal capacidad. Lejos de aceptar el postulado behaviorista según el cual la lengua es un «sistema de hábitos», Chomsky opta por la postura cartesiana idealista de las «ideas innatas»; el carácter universal de estas ideas exige por parte del lingüista una teoría sumamente abstracta que, partiendo de cada lengua concreta, pueda hallar el formalismo universal válido para todas las lenguas y a partir del cual cada lengua realiza una variación específica. «De manera general, los lingüistas deben interesarse por la determinación de las propiedades fundamentales que subyacen en la gramáticas adecuadas. El resultado final de estas investigaciones debería ser una teoría de la estructura lingüística en que los mecanismos descriptivos utilizados en las gramáticas particulares serían presentados y estudiados de manera abstracta, sin referencia específica a las lenguas particulares».

Vemos, por lo tanto, que para Chomsky la gramática es menos una descripción empírica que una *teoría de la lengua* y que conduce entonces y al mismo tiempo a una «condición de generalidad». La gramática de una lengua dada debe construirse conforme a la teoría específica de la estructura lingüística en la que unos términos tales como «fonema» y «sintagma» se definen independientemente de toda lengua particular.

¿Cómo establece Chomsky las reglas de su teoría?

Examina en primer lugar dos tipos de descripciones gramaticales: uno, sugerido en los términos de un proceso de Markov (*modelo de estados finitos de un lengua infinita*), está descartado por Chomsky al considerarlo incapaz de explicar la capacidad que tiene un locutor para producir y comprender nuevos enunciados cuando ese mismo locutor rechaza otras secuencias nuevas por no pertenecer a la lengua;

el otro es la descripción *lingüística sintagmática*, formulada en términos de análisis por constituyentes y que sirve de modelo para unos lenguajes terminales que no son forzosamente finitos; Chomsky también lo rechaza al ser inadecuado para la descripción de la estructura de las oraciones inglesas. He aquí los elementos de la crítica de Chomsky.

Tomemos la oración *The man hit the ball* (*el hombre golpeó la pelota*) y apliquémosle las reglas de un análisis por constituyentes. Este análisis se hará en tres tiempos: (1) análisis gramatical; (2) derivación del análisis (1) aplicada a la oración particular *The man hit the ball*; y (3) diagrama recapitulativo.

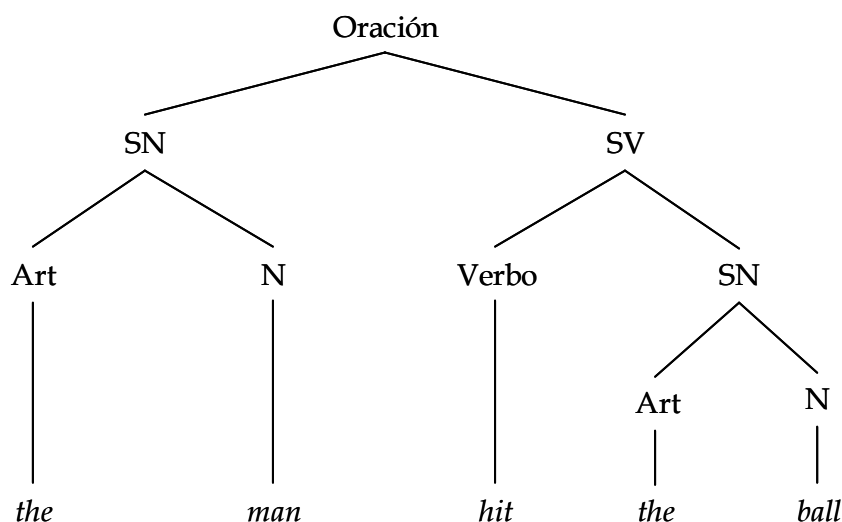
(1)

I.	Oración	_____	SN (sintagma nominal) + SV (sintagma verbal)
II.	SN	_____	Art (artículo) + N (nombre)
III.	SV	_____	V (verbo) + SN
IV.	Art	_____	<i>The</i>
V.	N	_____	<i>man, ball, etc.</i>
VI.	V	_____	<i>hit, love, etc.</i>

(2) Oración

SN + SV	I
Art + N + SV	II
Art + N + V + SN	III
<i>The</i> + N + V + SN	IV
<i>The</i> + <i>man</i> + V + SN	V
<i>The</i> + <i>man</i> + <i>hit</i> + SN	VI
<i>The</i> + <i>man</i> + <i>hit</i> + Art + N	VII
<i>The</i> + <i>man</i> + <i>hit</i> + <i>the</i> + N	VIII
<i>The</i> + <i>man</i> + <i>hit</i> + <i>the</i> + <i>ball</i>	IX

(3)



Vemos que, en el cuadro (1), cada regla significa simplemente que se puede «reescribir» Y en el lugar de X y que el cuadro (2) no es más que la aplicación de estas reglas, remitiendo cada línea del cuadro (2) a una regla de gramática (1). Para concretar la significación de estas reglas, podemos añadir unas indicaciones suplementarias (que marquen, por ejemplo, que el artículo puede ser *a* o *the*, que SN y SV pueden ser singulares o plurales, etc.). El diagrama (3) no hace sino presentar la derivación de una manera más clara.

Este modelo sintagmático parece, pues, convincente. No obstante, con unos pocos ejemplos, Chomsky pone en evidencia sus limitaciones. En efecto, se deduce de lo que precede que si se tiene dos oraciones: Z + X + W y Z + Y + W, siendo X e Y los «constituyentes» de tales oraciones, podemos en principio formar una nueva oración Z-X + y + Y-W, de la que damos un ejemplo:

- (4) I. A: *La scène du film était à Chicago*
 B: *La scène de la piece était à Chicago*
 II. C: *La scène du film et de la piece était à Chicago.*

Pero si X y Y no son «constituyentes», no se puede aplicar la fórmula ya que daría lugar, por ejemplo, a:

- (5) III. A: *Les capitaux ont quitté le pays*
 B: *Les policiers ont quadrillé le pays*
 IV. C: *Les capitaux ont quitté et les policiers ont quadrillé le pays.*

Estos ejemplos demuestran que, para que las reglas sintagmáticas sean aplicadas a una lengua como el inglés, es preciso conocer no sólo la forma final de las oraciones sino además la estructura de sus constituyentes o su «historia derivacional». Sin embargo, Chomsky demostró que sólo en función del *contenido efectivo* de una secuencia dada se aplicará, o no, la regla « $X \rightarrow Y$ » de la gramática sintagmática a dicha secuencia: la cuestión de la *formación progresiva* de la secuencia no es, por lo tanto, pertinente en la gramática sintagmática; lo que lleva a Chomsky a formular nuevas reglas que no eran necesarias en esa gramática. Damos a continuación una de esas reglas, aplicable al caso anterior:

(6) Si S_1 y S_2 , son unas oraciones gramaticales y que S_1 , no difiere de S_2 , más que por la presencia de X y S_1 , en el lugar en que aparece Y en S_2 , (dicho de otro modo: si $S_1 = \dots X \dots$ y $S_2 = \dots Y \dots$), si además X e Y son unos constituyentes del mismo tipo en S_1 y S_2 respectivamente, entonces una oración S_3 , resultante de la sustitución de X por: $X + y + Y$ en la oración S_1 (lo que nos da: $S_3 = \dots X + y + Y \dots$) es una oración gramatical.

Vemos que, según Chomsky, la gramática es inadecuada para una lengua como el inglés, salvo si se introducen nuevas reglas. Pero precisamente esta introducción cambia por completo la concepción de la estructura lingüística. Chomsky propone entonces el concepto de «transformación gramatical», que formula de la siguiente manera: *una transformación gramatical T opera sobre una secuencia dada o sobre un conjunto de secuencias que poseen una estructura dada y la convierte en una nueva secuencia que tiene una nueva estructura sintagmática derivada.*

El principio de la gramática transformacional se formula de este modo. Posteriormente se tratará de concretar sus propiedades esenciales, como por ejemplo el orden de aplicación de dichas transformaciones. Por otra parte, algunas transformaciones son obligatorias, otras son facultativas. La transformación que regula la adjunción de los afijos a una raíz verbal es necesaria si se quiere obtener una oración gramatical: por lo que es obligatoria; mientras que la transformación pasiva puede no ser aplicada a cada caso particular; es facultativa. Llamamos *núcleo* de cada lengua, en la terminología de la gramática transformacional, el conjunto de las oraciones producidas por la aplicación de las transformaciones obligatorias a las secuencias terminales de la gramática sintagmática; las oraciones logradas por la aplicación de transformaciones facultativas son llamadas *derivadas*.

La gramática tendrá, pues, una sucesión de reglas de la forma:
 $X \rightarrow Y$ (igual que en la fórmula (1) más arriba) y corresponde al nivel

sintagmático, una sucesión de reglas morfo-fonológicas que tienen la misma forma de base, y una sucesión de reglas transformacionales que unen los dos primeros niveles. He aquí cómo Chomsky expresa el procedimiento:

«Para producir una oración a partir de esta gramática, construimos una derivación ampliada que empieza por *Oración*. Al pasar por las reglas F, construimos una secuencia terminal que será una sucesión de morfemas, no en el orden correcto de manera necesaria. Pasamos entonces por la sucesión de transformaciones $T_i \rightarrow T_j$, aplicando las que son obligatorias y, tal vez, algunas de las que son facultativas. Estas transformaciones pueden reordenar las secuencias, añadir o borrar morfemas. El resultado es la producción de una secuencia de palabras. Pasamos, pues, por las reglas morfo-fonológicas que convierten esa secuencia de palabras en una secuencia de fonemas. La parte sintagmática de la gramática comprenderá reglas tales como (1). La parte transformacional comprenderá reglas tales como (6) formuladas correctamente con los términos que se debe desarrollar en una teoría acabada de las transformaciones».

El análisis transformacional tiene, para Chomsky, un poder que él llama explicativo. Por ejemplo, la oración *La guerre est commencée par l'agresseur*, desde el punto de vista transformacional, es el resultado de una serie de transformaciones efectuadas sobre la proposición-núcleo *L'agresseur a comencé la guerre*. Es lo mismo que decir que la estructura SN, Vt SN₂ (donde Vt es un verbo transitivo) se ha convertido en ser + participio pasado del verbo), que corresponde lexicalmente a la oración inicial que queríamos explicar.

Por otra parte, la descripción transformacional puede resolver la ambigüedad de una secuencia sin recurrir a criterios semánticos, conformándose con restablecer las reglas de transformación que la producen.

Es obvio que el acercamiento chomskiano brinda una visión dinámica de la estructura sintagmática, que falta en la gramática estructural, y elimina la atomización de la lengua, propia de los métodos «post-bloomfieldianos» para proponer una concepción de la lengua en cuanto que proceso de producción de la que cada secuencia y cada regla pertenecen a un conjunto coherente basado sobre la conciencia del sujeto-locutor cuya libertad consiste en someterse a las normas de la gramaticalidad.

Recordaremos a este propósito el considerable trabajo realizado por la *Grammaire générale de Port-Royal* y sobre todo por los gramáticos de

la Enciclopedia que elaboraron una concepción sintáctica de la lengua. Chomsky recoge visiblemente este procedimiento que emparenta además con su concepción del sujeto, libre poseedor de ideas cuya transformación controla. La búsqueda de *estructuras sintácticas* contra la disgregación morfosemántica a la que estaba sometida la lengua en los estudios anteriores, revela una concepción de la lengua en tanto que conjunto de términos coordinados. Se puede decir que ya no se trata de una lingüística en el sentido en que se hizo esta palabra en el siglo XIX en cuanto que ciencia de las especificidades del cuerpo de la lengua. Pues la lengua se esfuma bajo la red formal que genera la cobertura lingüística del razonamiento y el análisis transformacional presenta el esquema sintáctico de un proceso psíquico concebido según una concepción racionalista del sujeto. *La Grammaire générale de Port-Royal* no era una lingüística ya que era una ciencia del razonamiento; la gramática generativa, por su parte, es más y menos que una lingüística ya que es la descripción sintáctica de una doctrina psicológica. La sintaxis, que fue ciencia del razonamiento, se ha vuelto ciencia de un comportamiento psíquico normativo.

La novedad chomskiana puede aparecer como una variación de la antigua concepción del lenguaje, formulada por los racionalistas y centrada sobre las categorías lógicas formadas a partir de las lenguas indoeuropeas y del discurso comunicativo-denotativo. Es asombroso que el *universalismo* de esta concepción no se interese (aún) por las lenguas que no sean lenguas indoeuropeas, ni por funciones del lenguaje diferentes de la función puramente informativa (tal como el lenguaje poético o el lenguaje de los sueños, etc.). La sutileza de la descripción chomskiana o el placer que suscita por su rigor metódico y dinámico en un lector en busca de una certidumbre racional, no ocultan el fundamento profundo de tal acercamiento. No estudia la lengua en su diversidad, el discurso en sus funciones múltiples: demuestra la coherencia del sistema lógico sujeto-predicado, puesto en evidencia por Port-Royal, transformándose en diversas secuencias terminales que obedecen todas a una razón, la que fundamenta el sujeto, su «intuición gramatical» y su análisis lógico. El mismo Chomsky se declara menos lingüista que analista de las estructuras psicológicas. Es sin duda un descriptor minucioso de cierta estructura, la que establecieron los racionalistas del siglo XVII. ¿Es la única? ¿Tenemos que subordinar la inmensa variabilidad del funcionamiento lingüístico a esa única estructura? ¿Qué significan conceptos «sujeto», «intuición», «ideas innatas», actualmente, después de Marx y de

Freud? ¿El análisis cartesiano-chomskiano no estará, teóricamente, demasiado bloqueado por sus mismos presupuestos y, por ende, incapacitado para ver la pluralidad de los sistemas significantes recogidos en otras lenguas y en otros discursos? No es sino una serie de problemas generales que los trabajos de Chomsky plantean y que el rigor de sus análisis (que no son más que el apogeo del positivismo que ha reconocido en Descartes a su padre) no deben seguir callando.

La gramática transformacional, de manera más marcada y más reveladora, realiza la misma reducción que la lingüística estructural y sobre todo la lingüística americana efectúan en su estudio del lenguaje. Significante puro, sin significado: la orientación está clara y se acentúa en los últimos trabajos inéditos de Chomsky. Se diría que el formalismo del proyecto de Husserl se cumple al abandonar lo que había de semantismo y de teoría objetual de la verdad en Husserl. En efecto, para neutralizar la *subjetividad empírica* en el estudio del lenguaje, la lingüística ha reducido los elementos constitutivos de la cadena hablada, los signos, unos índices o marcas que muestran sin demostrar unos elementos que no quieren decir otra cosa que su pureza gramatical. Volviendo luego a su subjetividad constituyente y encontrando otra vez al sujeto cartesiano generador de la lengua, la gramática transformacional opta por un eclecticismo que, por el momento, concilia una teoría del sujeto psicológico con un ajustamiento a la variación de componentes lingüísticos cada vez más inexpresivos... Esta conciliación (difícil puesto que no se entiende mucho cómo un sujeto racional puede ponerse de acuerdo con una gramática no expresiva) se halla enfrentada con la siguiente alternativa: o los índices formales que constituyen la operación generativa-transformacional se cargarán de sentido, se harán portadores de significaciones que precisarán integrarse dentro de una teoría de la verdad y de su sujeto; o los conceptos mismos de «sujeto», de «verdad» y de «sentido» serán desechados por se incapaces de resolver el orden del lenguaje ajustado y, en ese caso, la lingüística ya no será una *gramática cartesiana* y se orientará hasta otras teorías que propongan una visión diferente del sujeto: un sujeto que se destruye y se reconstruye en y por el significante. En pro de esta segunda eventualidad actúan la presión del psicoanálisis y la inmensa reconsideración de la propia concepción de *significación* que anuncia la semiótica. Que esta vía parece poder abrir la valla cartesiana en que la gramática transformacional quiere encerrar la lingüística; que semejante procedimiento puede dar pie a retomar el dominio del

significante y romper el aislamiento metafísico en que se halla la lingüística en la actualidad para que sea la teoría, en plural, de *los* signos y de *los* modos de significación en la historia, esto es lo que vamos a tratar de indicar en los siguientes capítulos.

TERCERA PARTE

Lenguaje y lenguajes

1. Psicoanálisis y lenguaje

Acabamos de ver que la lingüística contemporánea ha escogido unas vías que la conducen hacia una descripción rigurosa, incluso matemática, de la estructura formal del sistema de la lengua. Pero ésta no es la única manera en que las ciencias actuales han abordado el estudio del lenguaje: en tanto que sistema significativo en el que se *hace* y se *deshace* el sujeto parlante, siendo éste el centro de los estudios psicológicos y más particularmente psicoanalíticos.

Desde principios de siglo, lo recordamos, los problemas psicológicos planteados por el lenguaje preocupaban a algunos lingüistas³⁰: posteriormente, la lingüística los abandonó pero filósofos y psicólogos siguieron explorando el lenguaje para estudiar en él al sujeto parlante. Entre las escuelas psicológicas recientes que, para analizar las estructuras psíquicas, se refieren a menudo al uso lingüístico, hemos de citar ante todo a la escuela de Piaget y toda la psicología genética. El aprendizaje de la lengua por el niño, las categorías lógicas que elabora durante su crecimiento para aprehender el mundo, todas estas investigaciones se orientan constantemente hacia el lenguaje y aportan a su funcionamiento una luz que la lingüística formal sería incapaz de aportar.

Pero el momento capital del estudio de la relación entre el sujeto y su lenguaje ha estado marcado, sin duda, mucho antes de principios del siglo XX, por la obra magistral de Freud (1856-1939), quien abrió una perspectiva nueva en la representación del funcionamiento lingüístico y revolucionó las concepciones cartesianas sobre las que se apoyaba la ciencia lingüística moderna. Las repercusiones de la obra de Freud —cuya importancia no se puede todavía medir— son de las más importantes que han marcado el pensamiento de nuestra época³¹.

El problema de las relaciones estrechas entre psicoanálisis y lenguaje es complejo y no abordaremos aquí sino algunos de sus aspectos. En primer lugar, haremos hincapié en que el psicoanálisis ve su objeto en el *habla* del paciente. El psicoanalista no dispone de otro medio, de otra

³⁰ Citemos entre ellos a J. Van Ginneken y sus *Principes de linguistique psychologiques* (1907).

³¹ Véase, a este respecto J. C. Sempé, J. L. Donnet, J. Say, G. Lascault y C. Backes, *La Psychanalyse*. Ed. SGPP, coll. «Le point de la question».

realidad a su alcance para explotar el funcionamiento consciente o inconsciente del sujeto, aparte del habla, de sus estructuras y de sus leyes; ahí es donde el analista descubre la postura del sujeto.

El psicoanálisis considera, a su vez, todo *síntoma* como lenguaje: lo convierte en una suerte de sistema signifiante del que habría que deducir las leyes, las cuales son similares a las de un lenguaje.

El sueño que estudia Freud está igualmente considerado como un sistema lingüístico por descifrar, ante todo, y más aún, como una *escritura* con reglas semejantes a las de los jeroglíficos.

Estos pocos postulados iniciales ligan indisolublemente el psicoanálisis al universo lingüístico. A la inversa, los principios psicoanalíticos, tales como el descubrimiento del inconsciente, las leyes del trabajo «del sueño», etc., modifican en profundidad la concepción clásica del lenguaje.

Si el psiquiatra busca una lesión física para hacerla causante del trastorno, el psicoanalista, por su parte, se refiere tan sólo al decir del sujeto aunque lo hace para sonsacar una «verdad» objetiva que sería la «causa» de los trastornos. Escucha con igual interés, en lo que le dice el sujeto, lo real y lo ficticio ya que uno y otro tienen una misma *realidad discursiva*. Lo que descubre en el discurso, es la motivación primero inconsciente, luego más o menos consciente, que produce los síntomas. Una vez que ha desvelado la motivación, todo el comportamiento neurótico denota una lógica evidente y el síntoma aparece siendo como el símbolo de aquella motivación al fin encontrada.

«Para comprender bien la vida psíquica, es imprescindible dejar de sobrevalorar la conciencia. Es preciso ver en el inconsciente el fondo de toda la vida psíquica. El inconsciente se parece a un gran círculo que encerraría al consciente como si fuese un círculo más pequeño. No puede hacer un hecho consciente sin fase anterior inconsciente, mientras que el inconsciente puede pasarse de fase consciente y tener sin embargo, un valor psíquico. El inconsciente es no lo psíquico en sí y su realidad esencial», escribe Freud (*La interpretación de los sueños*).

Si se presenta como una subida vertical o histórica en el pasado del sujeto (recuerdos, sueños etc.), esta búsqueda de la motivación inconsciente en y a través del discurso se efectúa, en realidad, en y a través de una situación discursiva, horizontal: la relación entre el sujeto y el analista. En el acto psicoanalítico, volvemos a encontrar la cadena sujeto-destinatario, y el hecho fundamental de que todo discurso está destinado a otra persona. «No hay habla sin respuesta,

aunque sólo encuentre el silencio, siempre y cuando tenga un oyente» (Jacques Lacan, *Ecrits*, 1966). Y más adelante: «¿No se tratará más bien de una frustración que sería inherente al propio discurso del sujeto? No emprende el sujeto, acaso, un desposeimiento, a fuerza de pinturas sinceras que no por ello quitan más incoherencia a la idea, a fuerza de rectificaciones que no logran destacar su esencia, de estados y de defensas que no impiden que vacile su estatus, de abrazos narcisistas que contribuyen a animarla, acaba, pues, reconociendo que aquel ser no ha sido siempre sino su obra en lo imaginario y que tal obra decepciona en él toda certidumbre. Porque, en este trabajo que hace al reconstruirla *para otro*, vuelve a encontrar la alienación fundamental que le hizo construirla *como otra* y que le ha sido siempre destinada para que le fuera sustraída *por otro*... Ese *ego*... es la frustración por esencia...».

Interrogando el lugar del otro (del analista en el acto discursivo del sujeto analizado), la teoría lacaniana convierte el estudio del inconsciente en una ciencia, ya que le asigna las bases científicamente abordables de un discurso, mediante la fórmula hoy conocida: «El inconsciente del sujeto es el discurso del otro».

No es cuestión en absoluto, aquí, de bloquear el acto discursivo en los términos de una relación sujeto-destinatario, como lo hace de manera corriente la teoría de la comunicación. El psicoanálisis constata una «resonancia en las redes comunicadoras de discurso» que indica la existencia de «una omnipresencia del discurso humano» que sin duda abordará la ciencia algún día en toda su complejidad. En este sentido, el psicoanálisis tan sólo ha dado un primer paso al plantear la estructura dual del sujeto y de su interlocutor, marcando a su vez que «ahí está el campo que nuestra experiencia polariza en una relación que no es de dos sino en apariencia, porque toda posición de su estructura en términos únicamente duales, le resulta tan inadecuada en teoría como ruinoso en la práctica».

En esta estructura del acto discursivo, el sujeto parlante se sirve de la lengua para construir la sintaxis o la lógica de su discurso: una lengua (subjética, personal) en la lengua (estructura socia neutra). «El lenguaje está utilizado aquí en tanto que habla, convertido en aquella expresión de la subjetividad apremiante y elusiva que forma la condición del diálogo. La lengua proporciona el instrumento de un discurso en que la personalidad del sujeto se libera y se crea, alcanza al otro y se hace reconocer por sí mismo.» (Benveniste, «Remarques sur la fonction du langage dans la découverte freudienne», in *Problèmes de*

linguistique générale).

Es decir que el lenguaje que estudia el psicoanálisis no podría confundirse con el objeto-sistema formal que es la lengua para la lingüística moderna. Para el psicoanálisis, el lenguaje es un sistema significante casi secundario, basándose sobre la lengua y con relación obvia con sus categorías, pero superponiéndose una organización propia, *una lógica específica*. *El sistema significante del consciente*, asequible en el sistema significante de la lengua a través del discurso del sujeto, es, señala Benveniste, supralingüístico *debido al hecho [de]* que utiliza unos signos extremadamente condensados que, en el lenguaje organizado, corresponderían más a unas grandes unidades del discurso que a unas unidades mínimas».

Freud fue el primero en señalar el carácter de los signos extremadamente condensados de la simbólica del sueño (por tanto, del inconsciente). Considera al sistema del sueño como análogo al de un *rébus*³² o de *un jeroglífico*: «...se puede decir que la figuración en el sueño, que *no está hecha desde luego para ser comprendida*, no resulta más difícil de entender que los jeroglíficos para sus lectores.» (*El trabajo del sueño*). Y más adelante: «[Los símbolos del sueño] tienen a menudo varios sentidos, en ocasiones muchos sentidos, por lo cual, igual que en la escritura china, el contexto es lo que da una comprensión exacta. Gracias a esto, el sueño permite una sobreinterpretación y puede representar mediante un único contenido diversos pensamientos y diversos impulsos de deseo (*Wunschregungen*) con frecuencia muy diferentes por naturaleza».

Para ilustrar esta lógica onírica, Freud hace referencia a un ejemplo de interpretación de sueños recogido por Artémides y que está basado sobre un juego de palabras. «Me parece que Aristandre dio una explicación muy afortunada a Alejandro de Macedonia cuando éste, habiendo rodeado y sitiado Tiro, se impacientaba y, en un momento de disturbio, había tenido la sensación de ver a un sátiro bailando sobre su escudo. Ocurrió que Aristandre se hallaba en los alrededores de Tiro, en el séquito del rey. Descompuso la palabra sátiro en οἶ y τῆπος –y logró que el rey, quien se había ocupado del sitio de manera más activa, tomara la ciudad (σα-τῆπος = tuyo Tiro). Y Freud añade: «Por lo demás, el señor está tan íntimamente ligado a la expresión verbal que, como lo observa Ferenczi con razón, *toda lengua tiene su*

³² Nota del traductor: «Sucesión de dibujos, de palabras, de cifras, de letras que evocan por homofonía la palabra u oración que se quiere expresar». (Petit Roben).

lengua de sueños». (El subrayado es nuestro).

Hemos formulado aquí el principio de base de la interpretación del discurso en psicoanálisis, que elabora Freud y concretara a lo largo de su obra posterior, pero que puede resumirse como una *autonomía relativa del significante* debajo de la que se oculta un *significado* que no está incluido forzosamente en la unidad morfo-fonológica tal y como se presenta en el enunciado comunicado. En efecto, para la lengua griega *sátiro* es una unidad en la que ambas sílabas no tienen sentido de por sí. No obstante, fuera de dicha unidad, los significantes *sa* y *tiro*, que componen *sátiro*, pueden tener un significado distinto, a saber la ciudad de Tiro cuya conquista inminente *motiva* el sueño del sujeto. Dos unidades significantes se hallan, pues, en la lógica del sueño, condensadas en una sola que, por su parte, puede tener un significado independiente (del de sus componentes) y que puede ser representado por una imagen: *el sátiro*.

Al analizar el trabajo del sueño, Freud destaca tres operaciones básicas que marcan el funcionamiento del inconsciente en cuanto que «lengua»: *desplazamiento, condensación y figuración*.

Respecto a la *condensación*, Freud observa que, «cuando se compara el contenido del sueño y los pensamientos del sueño, se observa primero que ha habido un enorme *trabajo de condensación*. El sueño es breve, pobre, lacónico, comparado con la amplitud y la riqueza de los pensamientos del sueño...» Se podría pensar que la condensación se efectúa por «vía de omisión, siendo el sueño solamente una traducción punto por punto del pensamiento del sueño, aunque una restitución muy incompleta y con muchas lagunas.» Pero, más que de omisión, se trata de *nudos* (como los del «sátiro») en los que los pensamientos del sueño pudieron hallarse en gran número, porque ofrecían a la interpretación unos sentidos múltiples. Se puede expresar de otra manera el hecho que explica todo esto, diciendo: cada uno de los elementos del contenido del sueño está *sobredeterminado*. como si estuviera representado varias veces en los pensamientos del sueño». Freud introduce aquí el concepto de *sobredeterminación* que resultará imprescindible para todo análisis de la lógica del sueño y del inconsciente, y de todo sistema significante que tenga algún parentesco con aquellos.

El principio del *desplazamiento* desempeña un papel no menos importante en la formación del sueño. «Lo que visiblemente es esencial en los pensamientos del sueño, no está, a veces, representado en absoluto en aquél. El sueño está *centrado de otra manera*, su

contenido se sitúa alrededor de otros elementos que los pensamientos del sueño.» «Gracias a tal desplazamiento, el contenido del sueño ya no restituye más que una deformación del deseo que está en el inconsciente. Sin embargo, conocemos ya la deformación y sabemos que es la obra de la censura que ejerce una de las instancias psíquicas sobre la otra instancia. El desplazamiento es, entonces, uno de los procedimientos esenciales de la deformación».

Tras haber establecido que «la condensación y el desplazamiento son los dos factores esenciales que transforman el material de los pensamientos latentes del sueño dentro de su contenido manifiesto», Freud concibe los «procedimientos de figuración del sueño». Constata que «el sueño expresa la relación que forzosamente existe entre todos los fragmentos uniendo dichos elementos para formar un todo, un cuadro o una sucesión de acontecimientos. Presenta las *relaciones lógicas* como simultáneas; exactamente como el pintor que reúne en una escuela de Atenas o en un Parnaso a todos los filósofos o a todos los poetas, cuando no se habían visto nunca juntos en tales condiciones; forman para el pensamiento una comunidad de esta índole». La única *relación lógica* que utilizará el sueño, cual una lengua jeroglífica como el chino, se construye por la mera *aplicación* de los símbolos: es, dice Freud, la *similitud*, el *acuerdo*, el *contacto*, el «así como».

En otra parte, Freud señala otra peculiaridad de las relaciones del inconsciente: no conoce la contradicción, la ley de la exclusión del tercero le es extraña. El estudio que Freud dedicó a la *denegación* (*Verneinung*) demuestra la particularidad del funcionamiento de la negación en el inconsciente. Por un lado, Freud constata que «el cumplimiento de la función del juicio solamente se hizo posible por la *creación del símbolo de la negación*». Pero la negación de un enunciado puede significar, a partir del inconsciente, la confesión explícita de su rechazo, sin que el consciente admita lo que se ha rechazado: «[No existe] ninguna prueba más fuerte de que se ha logrado descubrir el inconsciente, como cuando el analizado reacciona ante esta frase: «No se me ha ocurrido pensar esto» o incluso «Nunca se me habría ocurrido pensar en esto». A partir de ahí, Freud puede constatar que la negación, para el inconsciente, no es un rechazo sino una constitución de lo que se da como negado, y puede a su vez concluir: «Con esta manera de comprender la denegación corresponde muy bien el que no se descubre en el análisis ningún «no» a partir del inconsciente...».

Vemos entonces que, para Freud, el sueño no se reduce a un

simbolismo sino que es un verdadero *lenguaje*, es decir, un sistema de signos, por no decir una *estructura* con una sintaxis y una lógica propias. Hay que insistir sobre este *carácter sintáctico* de la visión freudiana del lenguaje que a menudo se ha silenciado en pro de una acentuación de la simbólica freudiana.

No obstante, cuando Freud habla de lenguaje, no piensa solamente en el sistema discursivo en el que se hace y se deshace el sujeto. Para la psicopatología psicoanalítica, el mismo cuerpo habla. Recordemos que Freud fundó el psicoanálisis a partir de los síntomas histéricos que supo ver como «cuerpos parlantes». El síntoma corporal está sobre determinado por una red simbólica compleja, por un lenguaje del que hay que aprehender las leyes sintácticas para resolver el síntoma. «Si bien nos enseñó a seguir en el texto de las asociaciones libres la ramificación esta línea simbólica, para reconocer los nudos de su estructura en los puntos en que las formas se cruzan, hoy está muy claro que el síntoma se resuelve por entero en un análisis del lenguaje porque él mismo está estructurado como un lenguaje porque es lenguaje cuya habla ha de liberarse». (Lacan) Sólo hemos apuntado aquí unas pocas reglas esquemáticas del funcionamiento del lenguaje del sueño y del inconsciente tales como las descubrió Freud. Insistimos una vez más sobre el hecho de que tal lenguaje no es idéntico a la lengua que estudia la lingüística, sino que se realiza dentro de esa lengua; subrayamos, por otra parte, que esa lengua no existe realmente más que en el discurso del cual, Freud buscaba las leyes y que, por consiguiente, la investigación freudiana elucida unas especificidades lingüísticas que ninguna ciencia que no las tomara en cuenta podría alcanzar jamás. Siendo a la vez intra y supralingüístico, o *translingüístico*, el sistema signifiante que Freud estudia tiene una universalidad que «traspasa» las lenguas nacionales constituidas, ya que se trata de *una función del lenguaje* propia de todas las lenguas. Freud supuso que esta comunidad del sistema signifiante del sueño y del inconsciente era genérica; y, efectivamente, el psicoanálisis antropológico ha demostrado que el concepto freudiano y las operaciones del inconsciente que destacó son aplicables también a las sociedades llamadas primitivas. «Lo que hoy día está ligado simbólicamente, estuvo seguramente ligado antiguamente por una identidad conceptual y lingüística —escribe Freud—. La relación simbólica parece ser un resto y una marca de identidad antigua. Se puede observar, a este respecto, que, en toda una serie de casos, la comunidad del símbolo va mucho más allá del conocimiento

lingüístico. Un determinado número de símbolos son tan antiguos como la formación misma de las lenguas».

Sin llegar hasta la hipótesis que supone que la «lengua primitiva» sería conforme a las leyes del inconsciente –hipótesis que la lingüística no admite y que ninguna lengua antigua o primitiva parece confirmar en el estado del conocimiento—, será más pertinente buscar las reglas lógicas descubiertas por Freud en la organización de *algunos sistemas significantes* que son tipos de lenguajes en mí mismos. El propio Freud observa: «Esta simbólica no es característica del sueño, pues la volvemos a encontrar en toda la imaginería inconsciente, en todas las representaciones colectivas, populares, en concreto: en el folclore, los mitos, las leyendas, los dichos, los proverbios, los juegos de palabras corrientes: se encuentra incluso más completa que en el sueño».

Se comprende ahora que el alcance del psicoanálisis rebasa de sobra la zona del discurso trastocado del sujeto. Se puede decir que la invención psicoanalítica en el campo del lenguaje tiene como consecuencia mayor el impedir el aplastamiento del significado por el significante, que convierte al lenguaje en una superficie compacta que se puede descomponer lógicamente; el psicoanálisis da pie, por el contrario, al deshoje del lenguaje, separado el significante del significado, obligándonos a pensar cada significado en función del significante que lo produce, y viceversa. Es decir, que la intervención psicoanalítica impide el gesto metafísico que indentificaba las diversas praxis lingüísticas con Una Lengua, Un Discurso, Una Sintaxis, y que incita a buscar las diferencias de *las* lenguas, de *los* discursos, o más bien de los sistemas significantes contruidos en lo que se ha podido tomar como La lengua o El discurso. Por lo tanto, un inmenso conjunto de praxis significantes a través de la lengua se abre de ahora en adelante a los lingüistas; dos discursos en lengua griega, por ejemplo, aun siendo ambos gramaticales, no tendrán obligatoriamente la misma sintaxis semiótica; uno puede remitir a la lógica de Aristóteles y el otro acercarse a la de los jeroglíficos, si bien ambos discursos se construyen según unas reglas sintácticas distintas, que se podría calificar de translingüísticas.

Freud fue el primero en aplicar sus conclusiones sacadas de la sintaxis del sueño y del inconsciente al estudio de sistemas significantes complejos. Analizando *El Chiste y su relación con el inconsciente*, Freud descubre unos procedimientos de formación de los chistes que ya hemos observado en el trabajo del sueño: concisión (o

elipsis), compresión (condensación con formación substitutiva), inversión, doble sentido, etc. Por otra parte, las conclusiones que saca Freud del lenguaje del sueño le permiten abordar unos sistemas simbólicos complejos y mucho más indescifrables como el tabú, el tótem, y demás prohibiciones en las sociedades primitivas.

Los trabajos freudianos ofrecen hoy en día una visión nueva del lenguaje, que el psicoanálisis ha tratado de sistematizar y de concretar en las investigaciones de estos últimos años.

Cierto es que la teoría analítica del lenguaje no tiene el rigor ejemplar característico de las teorías formalizadas o matematizadas que coronan la lingüística moderna. Cierto es, igualmente, que los lingüistas se interesan poco por lo que el psicoanálisis descubre en el funcionamiento lingüístico, y vemos, por lo demás, difícilmente cómo sería posible conciliar las formalizaciones del estructuralismo americano y de la gramática generativa, por ejemplo, con las leyes del funcionamiento lingüístico tales como las formula el psicoanálisis moderno en pos de Freud. Claro está que éstas son dos tendencias contradictorias o, al menos, *divergentes* en la concepción del lenguaje. Freud no era un lingüista y el objeto «lenguaje» que él estudiaba no coincide con el sistema formal que la lingüística aborda y del cual hemos podido sacar a relucir la lenta y laboriosa abstracción a través de la historia. Pero la diferencia entre el acercamiento psicoanalítico del lenguaje y la lingüística moderna es más profunda que un cambio de volumen del objeto. Estriba en la *concepción general* del lenguaje que difiere de manera radical en el psicoanálisis y en la lingüística.

Vamos a intentar resumir aquí los puntos esenciales de esta divergencia.

El psicoanálisis imposibilita la costumbre comúnmente admitida por la lingüística actual que considera el lenguaje fuera de su *realización* en el *discurso*, es decir, olvidando que el lenguaje no existe fuera del *discurso de un sujeto*, no considerando a tal sujeto como implícito, igual a sí mismo, unidad fija que coincide con su discurso. Este postulado cartesiano, que está al origen del proceder de la lingüística moderna y que Chomsky pone de manifiesto, se ha desmoronado con el descubrimiento freudiano del inconsciente y de su lógica. Resultaría difícil en la actualidad hablar de un hablante sin seguir las diversas configuraciones que revelan las diferentes relaciones de los habitantes con su discurso. El sujeto no *es*, se hace y se deshace dentro de una

*topología*³³ compleja en que se incluyen al otro y su discurso; no se podría hablar más del *sentido* de un discurso sin tomar en cuenta esta topología. El sujeto y el sentido no son, se producen en el *trabajo discursivo* (Freud hablaba del *trabajo* del sueño). El psicoanálisis sustituye la estructura llana que es la lengua para la lingüística estructural y sus variaciones transformacionales, por la problemática de la producción del sentido (del sujeto que se ha de delimitar teóricamente). No una producción en la acepción de la gramática generativa que, por su lado, no produce nada (puesto que no replantea al sujeto ni al sentido) y se conforma con sintetizar una estructura en el transcurso de un proceso que no cuestiona en ningún momento los fundamentos de la estructura; sino una producción efectiva que traspasa la superficie del discurso *enunciado*, y en la *enunciación* – nuevo estrato abierto en el análisis del lenguaje – genera un determinado sentido con un determinado sujeto.

Jakobson había llamado ya la atención sobre esta distinción entre la enunciación en sí y su objeto (la materia enunciada) para demostrar que determinadas categorías gramaticales, llamadas *shifters*³⁴, pueden indicar que el proceso del enunciado y/o sus protagonistas se refieren al proceso de la enunciación y/o a sus protagonistas (por ejemplo, el pronombre «yo», «las partículas y las flexiones que fijan la presencia como sujeto del discurso, y con ella, el presente de la cronología»). Lacan emplea esta distinción para comprender más allá del enunciado, en la enunciación, un significado (inconsciente) que sigue oculto para la lingüística: «En el enunciado “je crains qu’il ne vienne” [temo que venga], *je* es el sujeto del enunciado, no el sujeto del verdadero deseo, sino un *shifter* o el índice de la presencia que lo enuncia». «El sujeto de la enunciación en tanto que asoma su deseo, no está sino en ese *ne* cuyo valor se podrá determinar en función del eje lógico³⁵...».

La distinción enunciación/enunciado es un mero ejemplo de la revisión de la concepción del lenguaje con vistas a la constitución de una teoría del lenguaje en cuanto que *producción*.

³³ Topología: estudio matemático de los espacios y de las formas; por extensión, aquí, el estudio de la configuración del espacio discursivo del sujeto con respecto al otro y a su discurso.

³⁴ Es decir, los «presentadores». (*Nota del traductor.*)

³⁵ En francés, los verbos que expresan temor, utilizados en su forma afirmativa, exigen el llamado «no» expletivo en la completiva, a saber la primera parte de la forma negativa (ne...pas) si bien pierde en tales casos su «sentido» gramatical de negación: el uso de este «ne» es, en efecto facultativo (*Nota del traductor.*)

Otra distinción, ligada a la problemática del sentido y del sujeto en el lenguaje, asoma en la teoría psicoanalítica: la de la *primacía (sincrónica) del significante sobre el significado*. Aquí estamos lejos de la desconfianza hacia el significado propio de la lingüística bloomfieldiana y post-bloomfieldiana. Por el contrario, el significado está presente en cada análisis y son relaciones lógicas entre significados lo que escucha el analista en el discurso, condensado y desplazado, del sueño. Pero este significado no está independiente del significante, sino todo lo contrario: el significante se vuelve autónomo, se desprende del significado al cual adhiere durante la comunicación del mensaje, y se descompone en unidades significantes que, por un lado, transportan un nuevo significado, inconsciente, invisible debajo del significado del mensaje conscientemente comunicado (tal es el caso mencionado más arriba del «sátiro» o de «je crains qu'il ne vienne»). Un análisis semejante de la relación significante-significado en el lenguaje demuestra «cómo entra en realidad el significante en el significado; a saber bajo una forma que, para no ser inmaterial, plantea la cuestión de su lugar en la realidad», escribe Lacan, el cual puntualiza: «La primacía del significante sobre el significado aparece ya como imposible de eludir de todo discurso acerca del lenguaje, no sin que desconcierte demasiado el pensamiento por haber podido, incluso hoy en día, ser abordada por los lingüistas». «Sólo el psicoanálisis está en condiciones de *imponer al pensamiento* esta primacía demostrando que el significante prescinde de toda cogitación, por muy poco reflexiva que fuese, para ejercer unos reagrupamientos no dudosos en las significaciones que someten al sujeto, más aún: para manifestarse en sí mismo por medio de esa intrusión alienadora cuya noción de *síntoma* toma, en análisis, un sentido emergente: el sentido del significante que connota la relación del sujeto con el significante³⁶».

Por último, el principio de la primacía del significante instauro en el lenguaje analizado una *sintaxis* que se salta el sentido lineal de la cadena hablada y une unidades significantes localizadas en diversos morfemas del texto, siguiendo una lógica combinatoria. «Se ha de considerar la sobredeterminación primero como un hecho sintáctico.» De esta descomposición, ramificación, cruce de la cadena significativa, se deduce una red significativa compleja en la que el sujeto evoca la

³⁶ Saussure, en sus *Anagrammes*, fue el primer lingüista que *entendió* esa «primacía significativa» para formular una teoría de la significación llamada «poética» (cf. p. 292).

complejidad móvil de lo real, sin poder fijarse ningún *nombre* con sentido concreto (salvo en el nivel del concepto) ya que «ninguna significación se sostiene si no es porque remite a otra significación» (Lacan).

Este resumen esquemático de algunos de los principios básicos de la concepción analítica del lenguaje, en su novedad radical] respecto a la visión lingüística moderna, plantea de manera inevitable la cuestión de la posibilidad de su introducción en el saber lingüístico. Resulta imposible en la actualidad prever la eventualidad, y menos aún el resultado de semejante penetración. Pero es evidente que la actitud analítica para con el lenguaje no omitirá la sistematización neutra del lenguaje científico, obligando a la lingüística formal a cambiar de discurso. Lo que nos parece aún más probable, es que la actitud analítica invista el campo del estudio de los sistemas significantes en general, aquella *semiología* con la que soñaba Saussure y que, por ende, modificará la concepción cartesiana del lenguaje para dar pie a que la ciencia alcance la multiplicidad de los sistemas significantes elaborados en y a partir de la lengua.

2. La praxis lingüística

Objeto de una ciencia particular, materia en que se forman el sujeto y su conocimiento, el lenguaje es ante todo una *praxis*. Praxis cotidiana que llena cada segundo de nuestra vida, incluido el tiempo de nuestros sueños, elocución o escritura, es una función social que se manifiesta y se conoce en su ejercicio.

Praxis de la comunicación ordinaria: conversación, información.

Praxis oratoria: discurso político, teórico, científico.

Praxis literaria: folklore oral, literatura escrita; prosa, poesía, canto, teatro,...

Se puede alargar la lista: el lenguaje invierte todo el campo de la actividad humana. Y si, en la comunicación corriente, practicamos el lenguaje de manera casi automática, como si no prestáramos atención a sus reglas, el *orador* y el *escritor* se enfrentan constantemente a aquella materia y la manejan con un conocimiento implícito de sus leyes que la ciencia no ha advertido, sin duda, en su totalidad.

Oradores y retores

La historia recoge el ejemplo de oradores griegos y latinos famosos cuya maestría deslumbraba y subyugaba a las multitudes. Se sabe que no era, solamente, el «pensamiento» de los oradores lo que ejercía aquel dominio sobre las masas sino la técnica que utilizaban para pasarla a la lengua nacional.

La elocuencia no se desarrolló en Grecia hasta el siglo V bajo la influencia de los retores y de los sofistas, en el recinto de la Asamblea en la que todo ciudadano participaba en la política tomando la palabra. Se cree, sin embargo, que la retórica tiene un origen siciliano y debe su nacimiento a los discursos de defensa de los ciudadanos durante los juicios. Allí, en Siracusa, fue donde Korax y Tisias escribieron el primer tratado de retórica, distinguiendo como partes del discurso: el exordio, la narración, la discusión y la peroración. Pero inventaron también el concepto tan vago y servil de *verosimilitud* que desempeña un importante papel en los asuntos públicos. Si un hombre débil es acusado de haber golpeado a un herido, es inverosímil; pero si a un hombre fuerte se le acusa de haber golpeado a un herido, también es inverosímil ya que la fuerza le expone automáticamente a tal acusación. Semejante elasticidad del concepto de verosimilitud es útil, por supuesto, para quienes tienen el poder...

Los sofistas con Protágoras (485-411) desempeñaron un papel decisivo en la formación del arte de la oratoria. En su *Arte de disputar* profesa que «acerca de todo tema existen dos tesis opuestas» y el orador perfecto debe poder «hacer triunfar la tesis débil sobre la tesis fuerte». Gorgias (485-380) es uno de los más grandes sofistas: estilista impecable, dialéctico, es el inventor de procedimientos clásicos en el arte de la oratoria, tal como la técnica de hacer corresponder palabras de formas semejantes en dos miembros de frases consecutivos. Debemos a su arte una *Pítica*, una *Olímpica*, una *Oración fúnebre* y unos *Elogios* (Elogio de Elena, Defensa de Polámedes), Antifón (480-411), pero sobre todo Andócides, Lisias e Iseo fueron logógrafos y oradores judiciales, habiendo dejado los tres últimos unos discursos escritos. Isócrates (nacido en 436) dejará de lado este estilo para cultivar una elocuencia medida, perfecta por su composición, ponderada, que conoce los recuerdos de la lengua, las leyes de la lógica y las exigencias de la eufonía, como lo atestigua su discurso panegírico por la gloria de Atenas. En el terreno de la elocuencia política, Demóstenes (384-322) es insuperable. De sobra conocemos su leyenda que lo representa como

un niño frágil y tartamudo, tratando de adquirir, con la boca rebosante de piedras, una dicción perfecta y una estatura elegante. Sus famosas *Filípicas*, dirigidas contra la política de Filipo de Macedonia le brindaron su renombre de patriota. Luchó contra Filipo; luego contra Alejandro; después de la muerte de éste, se envenenó en un templo de Poseidón, huyendo de los soldados de Antípatros quien exigía que le fueran entregados los principales oradores.

Tal ilustre escuela de oradores era, evidentemente, el producto de una vida pública intensa que había de desaparecer con la decadencia y la caída de Atenas.

El contacto con esta praxis oratoria formó a los grandes oradores, quienes se convirtieron en los grandes líderes de los pueblos, dio lugar, por lo demás, al nacimiento de una ciencia del discurso. No un estudio del sistema formal (gramatical) de la lengua y de sus categorías (gramaticales) sino unas grandes unidades construidas dentro del sistema de la lengua, mediante las cuales (conociendo, claro está, la gramática de dicha lengua a la perfección) elaboró el orador un universo signifiante de pruebas y de demostraciones. Es así que en Grecia se sintió la necesidad de codificar las leyes de tal construcción: surgió la retórica. Una vez constituida, como ya lo hemos indicado más arriba, se dividió en dos escuelas: los discípulos de Isócrates, por un lado, distinguían cuatro partes del discurso (poema, narración, prueba y epílogo); los discípulos de Aristóteles, por otra, que, siguiendo la enseñanza de su maestro, prestaban una particular atención a la influencia del discurso sobre el auditorio, distinguían en el discurso las *pruebas* (o contenido material), el *estilo* y la *disposición*. Se sabe que el sistema es el corazón de la retórica aristotélica; Aristóteles lo concibe como funciones del discurso y teoría, en realidad, de tres partes: teoría de los *argumentos* retóricos (con base lógica, y análisis del silogismo), teoría de las *emociones* y teoría del *carácter* del autor.

Roma también conoció su gloria oratoria sobria y medida en los tiempos de Cicerón (106-43) y de Hortensio. La vida turbulenta de Marco Tulio Cicerón estrechamente mezclada con la actividad política de la Roma del siglo I antes de Cristo, el cual participó en la subida y caída de Sila, de Catilina, de Pompeyo, de César, es el perfecto ejemplo del poder y de la vulnerabilidad del orador antiguo. Proclamado Padre de la patria, luego exiliado, después reclamado nuevamente por Roma que le acogió triunfalmente, compone su elogio de Catón al que responde César con un anti-Catón; escribe sus famosas *Filípicas* contra Antonio, para que, por último, le llegaran a condenar a muerte, por

orden de Antonio, muriendo en manos de los soldados del triunviro. Cicerón creó una nueva lengua; introdujo la lógica y la filosofía griega en Roma, y con un irresistible estilo luchó por un ideal político, mezcla de aristocracia y de gobierno popular; pero sobre todo vivió hasta las últimas consecuencias la embriaguez de quien se erige en tanto que poseedor y dueño de un habla que le aseguraba la dominación de sus destinatarios, a los que otorgó el único papel de ser el silencio que soportaba su verbo.

La celebridad de Séneca (55 a. de C.-39 d. de C.) eclipsó durante algún tiempo la gloria ciceroniana, hasta que llegó Quintiliano. Nacido a mediados del primer siglo, estudió la retórica con Domitius Afer, uno de los más célebres oradores de su tiempo, y expuso el arte retórico en sus *Instituciones oratorias*. Enseñó durante veinte años en Roma y tuvo alumnos famosos: Plinio y Suetonio, quien escribió una biografía de los retores. Para formar a un perfecto orador, Quintiliano considera que hay que cogerle en mano de la cuna y llevarle hasta su tumba. Enseñaba la gramática a sus alumnos así como la ortografía, la música, la geometría, y daba una especial importancia a la educación, a los ejercicios de la memoria y de la declamación, antes de especificar las diferentes partes y los procedimientos del discurso perfecto. Según él, lejos de ser un artífice, el uso perfecto del habla no podía ser sino el atributo de un hombre sabio: «El orador debe ser de tal modo que se le pueda llamar verdaderamente sabio. No sólo quiero decir que ha de ser irreprochable en sus costumbres de vida, pues esto solamente, por mucho que se haya dicho, no me parece suficiente, sino que se interese además por todas las ciencias y por todos los géneros de elocuencia. ¿Quién sabe si este Fénix llegará a existir algún día? ¿No se ha de tender, aun así, hacia la perfección? ¿Acaso no lo hicieron los Antiguos quienes, así como reconocían que no se había encontrado aún a ningún sabio verdadero, nos legaron empero unos preceptos sobre la sabiduría? No, la perfecta elocuencia no es ninguna quimera; es algo muy real y nada impide que el espíritu humano pueda alcanzarla...».

El arte oratorio que imperaba durante la Antigüedad parece decaer hoy en día. La religión estuvo alimentándolo en el siglo XVII (con Bossuet, por ejemplo), pero los grandes oradores escasean en la vida cotidiana, y sólo los movimientos revolucionarios parecen brindarnos, en la actualidad, una escenificación adecuada para el ejercicio del poder del habla. En este último caso, asoma la retórica de la antirretórica, cuando el discurso transmite a las masas una palabra impersonal, científica, que toma sus fuerzas del riguroso análisis de la

economía y de la ideología y logra su influencia por su capacidad en estar conforme al deseo (significado y significante) de sus destinatarios.

Toda casta o clase dominante ha sabido explotar la praxis del lenguaje, y ante todo la praxis oratoria, para consolidar su supremacía. Pues, si la lengua de una nación no cambia práctica o imperceptiblemente, los lenguajes que se van formando de aquél – los tipos de retórica, de estilo, los sistemas significantes – conllevan e imponen cada cual una ideología, una concepción del mundo, una postura social diferentes. La «manera de hablar», como se suele decir, está lejos de ser indiferente para el contenido del habla, y cada contenido ideológico halla su forma específica, su lenguaje, su retórica.

Se comprende entonces por qué es una ley objetiva el que toda transformación social se acompañe siempre de una transformación retórica, que toda transformación social sea en un determinado y muy profundo sentido una mutación retórica. El ejemplo de la Revolución Francesa es, a este respecto, sumamente asombroso.

No sólo la Revolución se apoyó sobre el inmenso trabajo innovador que escritores como Voltaire, Diderot, Sade, etc. realizaron en el nivel mismo del lenguaje y de la literatura francesa; no sólo preconizó en sus leyes un cambio de vocabulario; sino que no se anunció únicamente en los discursos y los escritos de sus dirigentes: se hizo literalmente. Podríamos seguir la eclosión y la marcha de la Revolución Francesa a través de la eclosión y de la marcha de una retórica nueva de un estilo nuevo que conmocionó la lengua francesa de los siglos XVII y XVIII para desembocar sobre la frase de Robespierre...

Sí, en la *Consumante* sigue dominando la retórica tradicional que se inspira de Quintiliano, con la *Legislative*³⁷ empieza a liberarse el estilo del academismo y de la elocuencia pomposa. Pero en la *Montagne* (partido del pueblo sublevado) es donde se renueva el arte oratorio y Robespierre será su maestro. Después de su caída, el *Directoire* es verboso y el Consulado y el Imperio están mudos. Mirabeau, Barnave, Condorcet, Vergniaud, Danton, Robespierre, Sain-Just, herederos de los principios de Montesquieu, Diderot, Rousseau, manejan un discurso que se va emancipando lenta aunque certeramente de la

³⁷ Se trata de «l'Assemblée Constituante» y de «l'Assemblée législative primer órgano gubernamental creado por la Revolución Francesa que acabó con el sistema monárquico, a partir de las cuales se han derivado las bases políticas francesas actuales. (Nota del traductor.)

retórica formalista y aparato de los Antiguos, la cual seguía dominando entre los juristas de la *Constituante*. y del clasicismo decadente de los salones literarios. La elocuencia de la República buscará su modelo en Tácito y en Tito Livio, y recurrirá, uno tras otro, a unos acentos dignos de un auditorio aristocrático (Mirabeau), a las notas elegíacas de un humanismo decepcionado y de un individualismo desalentador en los vencidos (Vergniaud), al pathos legislador e incorruptible (Robespierre) antes de volver a ser vanamente declamatorio bajo la Restauración para nutrir la nostalgia de los románticos. Aunque el interés por la elocuencia haya seguido siendo constante durante aquella mutación en que diversas capas sociales se apoderaron de la palabra, cada una la marcaba a su manera: «En aquellos tiempos, la lengua de Racine y de Bossuet vociferó la sangre y la muerte; rugió con Danton; gritó con Marat, silbó cual una serpiente en boca de Robespierre. Mas siguió siendo pura», escribe el monárquico Desmarais.

*Mirabeau*³⁸

Necker acababa de proponer una contribución excepcional de un cuarto de la renta.

«...Señores, en medio de tantos debates tumultuosos, ¿no podría volver a la deliberación del día mediante unas pocas preguntas muy simples?

»¡Dignaos, señores, dignaos responderme!

»¿No os ha brindado el primer ministro el más espantoso cuadro de nuestra situación actual?

»¿No os ha dicho que cualquier demora agravaría el peligro? ¿Que un día, una hora, un instante podía hacerlo mortal?

»¿Tenemos algún plan como sustituto del que nos propone?

»...Amigos míos, escuchad una palabra, sólo una palabra. Dos siglos de depredaciones y de bandolerismo han ido cavando el abismo en el que el reino está a punto de desaparecer. ¡Hay que llenarlo, aquel abismo horrendo! Pues, aquí tienen la lista de los propietarios franceses. Elegid entre los más ricos, con el fin de sacrificar a menos ciudadanos; mas elegid; porque ¿acaso no es preciso que unos pocos sucumban para salvar a la masa del pueblo? Vamos, esos dos mil

³⁸ Discurso «Sur la banqueroute», 26 de septiembre de 1789. *Les Orateurs de la Révolution Française*. 1939.

notables poseen lo bastante como para colmar el déficit.

Devolved un orden en vuestras finanzas, una paz y una prosperidad en el reino... ¡Golpead, inmolad sin piedad a aquellas tristes víctimas! ¡Arrojadlas en el abismo! Volverá a cerrarse... el horror os echa para atrás... ¡Hombres inconsecuentes! ¡Hombres pusilánimes! ¡Ay! ¿Es que no veis que decretando la bancarrota, o, lo que es aún más odioso, por hacerla inevitable, sin decretarla, os mancháis con un acto mil veces más criminal? Pues, al fin y al cabo, ese horrible sacrificio, al menos, haría desaparecer el déficit. Pero ¿acaso pensáis que, porque no habéis pagado, ya no debéis nada? ¿Acaso creéis que los millares, los millones de hombres que van a perder en un instante, por la explosión terrible o por sus repercusiones, todo lo que hacía el consuelo de su vida y, tal vez, su único medio para sustentarla, os van a dejar apaciblemente gozar de vuestro crimen?

«Contempladores estoicos de las dolencias incalculables que aquella catástrofe vomitará sobre Francia, egoístas impasibles que pensáis que aquellas convulsiones de la desesperanza y de la miseria se apagarán como tantas otras, y con tanta más rapidez como más violentas serán, ¿estáis realmente seguros que tantos hombres sin pan os van a dejar saborear tranquilamente los manjares cuyo número ni delicadeza habéis querido disminuir?... No, moriréis, y en la conflagración universal que no teméis encender, la pérdida de vuestra honra no salvará ni uno solo de vuestros detestables goces...

*Vergniaud*³⁹

Desde la desbandada de las tropas de Dumouriez en Aix-la Chapelle, el 1 de marzo de 1793, y la consolidación del Tribunal revolucionario, la Montagne crece en importancia.

Durante el último mes, los acontecimientos se precipitan: el 10 de marzo estalla la sublevación vendeana; el 4 de abril, Dumouriez ha pasado al campo del enemigo; el 5, se crea el Comité de salud pública. Las circunstancias exigen una dirección muy firme. Robespierre la muestra. La defensa de Vergniaud es ya desesperada: precede por unas semanas el arresto de los cabecillas girondinos.

«...Robespierre nos acusa de habernos vuelto de repente “moderados”, “constitucionales” de “feuillants”⁴⁰.

³⁹ *Op. cit.*

⁴⁰ Club formado por antiguos jacobinos moderados que procedían de la alta burguesía

«¿Nosotros, moderados? ¡No lo eras el 10 de agosto, Robespierre, cuando estabas ocultándote en tu desván!, ¡"moderados"! No, no lo soy en el sentido en que quiero apagar la energía nacional; sé que la libertad está siempre activa cual una llama, que es inconciliable con esa calma perfecta que solamente conforma a los esclavos; si sólo se hubiese querido alimentar el fuego sagrado que se consume en mi corazón con tanto ardor como el de los hombres que no paran de hablar de lo impetuoso de su carácter, no hubiesen estallado unos disentimientos tan grandes en la Asamblea. También sé que, en tiempos revolucionarios, sería tanta locura pretender sosegar a discreción la efervescencia del pueblo como mandar sobre las olas del mar para que se serenen cuando las agitan los vientos; pero el legislador es quien ha de prevenir cuanto pueda los desastres de la tempestad con sabios consejos; y si, bajo pretexto revolucionario, es preciso, para ser patriota, declararse protector del asesinato y del bandolerismo, ¡soy "moderado"!»

»Desde la abolición de la monarquía, mucho he oído hablar de revolución. He pensado para mis adentros: ya tan sólo quedan dos posibles: la de las propiedades, o la ley agraria, y la que nos llevaría de nuevo al despotismo. He tomado la firme resolución de combatir las ambas y todos los medios indirectos que pudiesen conducirnos a ellas. Si esto es ser moderado, todos lo somos, pues todos hemos votado la pena de muerte contra todo ciudadano que proponga una u otra...»

*Robespierre*⁴¹

«... El gobierno de la Revolución es el despotismo de la libertad contra la tiranía.

»... ¿Hasta cuándo vamos a seguir llamando justicia el furor de los déspotas, y barbarie o rebelión la justicia del Pueblo?

»... Indulgencia para los monárquicos, escriben algunas personas: ¡Piedad para los malvados! No: ¡Piedad para con la inocencia, piedad para con los débiles, piedad para con los desgraciados, piedad para con la humanidad!

»... Los enemigos internos del Pueblo francés se han dividido en dos secciones, como dos cuerpos del ejército Avanzan con banderas de diferente color y por diferente camino; pero avanzan hacia la misma

y de la aristocracia liberal que apoyaban la monarquía constitucional. (*Nota del traductor.*)

⁴¹ Respuesta a las acusaciones de despotismo, *op, cit.*

meta.

»La meta es la desorganización del gobierno popular, la ruina de la Convención, es decir, el triunfo de la tiranía. Una de esas dos facciones nos empuja hacia la debilidad, la otra hacia los excesos. La una quiere transformar la libertad en bacante, la otra en prostituta.

»... A los unos se les ha dado el nombre de moderados sería más acertado llamarles ultra-revolucionarios, igual que se suele hacer con los otros.

»... El falso revolucionario está quizás más a menudo por encima o por debajo de la revolución. Es moderado, ávido de patriotismo, según las circunstancias. Se está parando en los comités prusianos, austríacos, ingleses, incluso moscovitas, aquello que él pensará a la mañana siguiente. Se opone a las medidas enérgicas, y las exagera cuando no ha podido impedir las. Severo hacia la inocencia pero indulgente con el crimen; acusando incluso a los culpables que no son bastante ricos para comprar su silencio, ni bastante importantes para merecer su atención; pero cuidándose de no comprometerse jamás hasta el punto de defender la virtud calumniada; descubriendo de vez en cuando alguna que otra conspiración que ya había sido descubierta; arrancando la máscara a traidores desenmascarados e incluso decapitados; pero ensalzando a los traidores vivos y acreditados todavía; ansioso siempre por mimar la opinión del momento y no menos atento para no aclararla nunca sobre todo por no meterse con ella; dispuesto siempre a adoptar las medidas atrevidas siempre y cuando tengan muchos inconvenientes; calumniando a aquellos que no presentan más que ventajas o agregando todas las enmiendas que puedan perjudicarlas; diciendo la verdad con parsimonia, todo cuanto haga falta, para adquirir el derecho de mentir impunemente; destilando el bien gota a gota y vertiendo el mal a chorros, lleno de fuego para las grandes resoluciones que no significan nada; más que indiferente hacia aquellas que puedan honrar la causa del Pueblo y salvar la Patria; muy pendiente de las formas del patriotismo; amante, cual los devotos del que se declara su enemigo, de las prácticas exteriores, preferiría usar cien gorros rojos antes que hacer una buena acción.

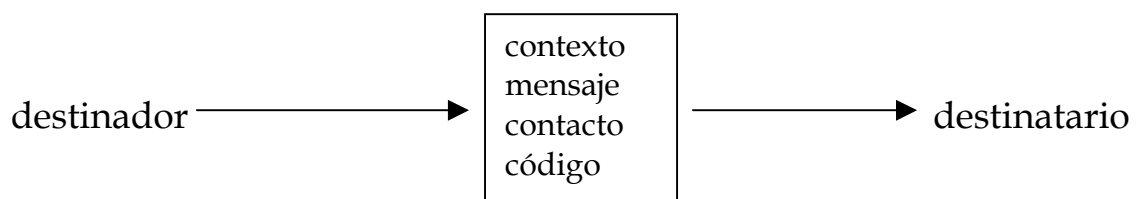
»... ¿Hay que actuar? Peroran. ¿Hay que deliberar? Quieren empezar por la actuación. ¿Los tiempos están tranquilos? Se oponen a todo cambio útil. ¿Están airosos? Hablan de reformarlo todo, de trastocarlo todo, ¿Queréis contener a los sediciosos? Os recuerdan la clemencia de César. ¿Queréis salvar a los patriotas del acoso? Os proponen como

modelo la severidad de Bruto. Descubren que fulano ha sido noble cuando servía la República, ya no se acuerdan de ello en cuanto la traicionan. ¿La paz es útil? Lanzan alardes de la victoria. ¿Hace falta una guerra? Elogian las dulzuras de la paz. ¿Hace falta retomar nuestras fortalezas? Quieren asaltar las iglesias y trepar los cielos; se olvidan de los austriacos para darles guerra a las devotas...»

El discurso conlleva e impone una ideología; y cada ideología encuentra su discurso. Se comprende entonces por qué toda clase dominante cuida particularmente la praxis del lenguaje y controla sus formas y los medios de su difusión: la información, la prensa, la literatura. Se comprende por qué una clase dominante tiene sus lenguajes predilectos, su literatura, su prensa, sus oradores y tiende a censurar cualquier otro lenguaje.

La literatura

La literatura es, sin duda alguna, el terreno privilegiado en que se ejerce el lenguaje, se concreta y se modifica. Del mito a la literatura oral, del folklore y de la épica a la novela realista y a la poesía moderna, el lenguaje literario ofrece una diversidad cuyos géneros estudia la ciencia literaria si bien no deja por ello de estar vinculado por una sola y misma característica que lo diferencia del lenguaje de la comunicación sencilla. Si la *estilística* analiza las distintas peculiaridades de tal o cual texto y contribuye de esta forma para la constitución de una teoría de los géneros, la *poética*, por su parte, trata de cernir la función común al lenguaje en sus diversas manifestaciones literarias. Se ha dado en llamar *función poética* aquella especificidad de la función del lenguaje en la literatura. ¿Cómo concretar la función poética? Jakobson da el siguiente esquema de la comunicación lingüística:



Si el mensaje está orientado hacia el *contexto*, su función es *cognitiva*,

denotativa, referencial. Si el enunciado trata de expresar la actitud del *destinador* respecto a aquello de lo que habla, la función es *emotiva*. Si el enunciado acentúa el *contexto*, la función es *fática*. Si el discurso se centra en el *código*, cumple una función *metalingüística*. No obstante, «el objetivo (*Einstellung*) del mensaje como tal, el acento puesto sobre el mensaje por cuenta propia, es lo que caracteriza la función *poética* del lenguaje». Resulta importante citar la definición completa que nos da Jakobson de la función poética: «No se puede estudiar con provecho esta función si se pierde de vista los problemas generales del lenguaje así como un análisis minucioso del lenguaje requiere que tomemos seriamente en consideración la función poética. Cualquier intento para reducir la esfera de la función poética a la poesía, o para confinar la poesía a la función poética no conduciría más que a una excesiva y engañosa simplificación. La función poética no es la única función del arte del lenguaje, sino la función dominante de aquél, y determinante, mientras que las demás actividades verbales desempeñan tan sólo un papel subsidiario, accesorio. Tal función *que pone en evidencia el lado palpable de los signos* profundiza por eso mismo la dicotomía fundamental de los signos y de los objetos. Por lo cual, al tratar de la función poética, la lingüística no puede limitarse al terreno de la poesía».

Es obvio que la «función poética» del lenguaje no caracteriza a un solo tipo de discurso, por ejemplo, la poesía o la literatura. Todo ejercicio de lenguaje, aparte de la poesía puede dar lugar a esta función poética.

En cuanto a lo que concierne a la poesía propiamente dicha, aquella acentuación del mensaje por cuenta propia aquella dicotomía de los signos y de los objetos viene marcada, en primer lugar, por la importancia que tiene en ello la *organización del significante*, o del aspecto fonético del lenguaje. La similitud de los sonidos, los ritmos, la entonación, la rítmica de los diferentes tipos de versos, etc., tienen una función que, lejos de ser meramente ornamental, transporta un nuevo significado que se sobreañade al significado explícito: «Corriente subyacente de significación» dice Poe; «El sonido debe parecer un eco del sentido» declara Pope; «El poema, aquella vacilación prolongada entre el sonido y el sentido» indica Valéry. La ciencia moderna que se ocupa de esta organización significativa —la prosodia— habla de cierto simbolismo de los sonidos.

Para concretar aún más la función poética, Jakobson introduce los términos de *selección* y de *combinación*. Admitamos, por ejemplo, que el

tema de un mensaje sea «niño»: el locutor puede elegir entre las palabras de toda una serie (*niño, chico, muchacho, mocoso*) para anotar el tema; y para comentar el tema, también puede escoger entre varias palabras: *duerme, dormita, descansa, reposa*. «Las dos palabras elegidas se combinan en la cadena hablada. La selección se produce en base a la equivalencia, a la similitud o la disimilitud, a la sinonimia o a la antinomia, mientras que la combinación, la construcción de la secuencia se asientan sobre la contigüidad. *La función poética proyecta el principio de equivalencia del eje de la selección sobre el eje de la combinación*. La equivalencia se eleva al rango de procedimiento constitutivo de la secuencia. En poesía, cada sílaba se relaciona por equivalencia con todas las demás sílabas de la misma secuencia; todo acento de palabra supone ser igual a cualquier otro acento de palabra; y, de la misma forma, lo inacentuado es igual a lo inacentuado; largo (prosódicamente) es igual a largo, breve a breve; frontera de palabra es igual a frontera de palabra, ausencia de frontera a ausencia de frontera; pausa sintáctica es igual a pausa sintáctica, ausencia de pausa a ausencia de pausa. Las sílabas se convierten en unidades de medida y lo mismo ocurre con los acentos.»

Recordemos que ya nos hemos encontrado con este principio de equivalencia de las secuencias contiguas en la sintaxis del sueño.

A tales peculiaridades del lenguaje literario, la ciencia de la literatura, constituida en base a la lingüística y a la experiencia de las descripciones literarias tradicionales, añade otras para demostrar que la función poética es efectivamente una «reevaluación total del discurso y de todos sus componentes, cualesquiera que sean». La reevaluación consiste por lo general, como ya lo había mostrado el Círculo lingüístico de Praga, «en que todos los planos del sistema lingüístico que no tienen en el lenguaje de comunicación sino un papel de servicio, toman, en el lenguaje poético, unos valores autónomos más o menos considerables. Los medios de expresión agrupados en esos planos así como las relaciones mutuas que existen entre éstos y que tienden a volverse automáticas en el lenguaje de la comunicación, tienden por el contrario a actualizarse en el lenguaje poético». En algunos casos, la búsqueda de autonomía del significante, impregnado de un significado que está, en cierto modo, superpuesto al significado del mensaje explícito, llega tan lejos que el texto poético se constituye como un nuevo lenguaje, rompiendo las reglas mismas del lenguaje de la comunicación de una lengua dada y se presenta como un *álgebra* supra-o infra-comunicativa; así, por ejemplo, los poemas de Browning

y de Mallarmé... La traducción de tales textos que parecen destruir la lengua de la comunicación habitual para construir sobre ella otro lenguaje, es casi imposible tienden, a través de la materia de una lengua natural, hacia el establecimiento de relaciones significantes que obedecen menos a las reglas de una gramática que a las leyes universales (comunes a todas las lenguas) del inconsciente.

Mallarmé escribía para crear un lenguaje *diferente* a través del francés. Si *Igitur* y *Un coup de des...* llevan consigo el testimonio de ese lenguaje, las concepciones teóricas de Mallarmé revelan sus principios. En primer lugar, tal lenguaje no es el de la comunicación: «Lo mejor que ocurre entre dos personas, es algo que se les escapa, en tanto que interlocutores». El lenguaje nuevo, por construir, traspasa la lengua natural y su estructura, o la transpone: «Este propósito, yo lo llamo Transposición-Estructura, es otro más. Descentra la aparente estructura de la comunicación y produce un sentido –un canto– suplementario: «L’air on chant sous le texte, conduisant la divinisation d’ici la... ¿Cómo construir esta *lengua* en la lengua? Primero, acorde a la lingüística comparada de su tiempo (que acababa de descubrir el sánscrito y buscaba la génesis de las lenguas, Mallarmé se propone conocer las leyes de las lenguas de todos los pueblos del mundo, para llegar no a una lengua originaria –tal como lo quería el fantasma lingüístico– sino los principios generadores, universales y, por ende, anónimos de toda lengua: « Ne semble-t-il point à première vue que pour bien percevoir un idiome et l’embrasser dans son ensemble, il faille connaître tous ceux qui existent et ceux même qui ont existé...»⁴² (en *Les Mots anglais*)⁴³. Leer el texto es prestar oído a la generación de cada elemento que compone la estructura presente: «mais plutôt des naissances sombrèrent en l’anonymat et l’immense sommeil l’ouïe à la génératrice, les prostrant, cette fois, subit un accablement et un élargissement de tous les siècles...»⁴⁴.

La lengua que la escritura busca se encuentra en los mitos, las religiones, los ritos –en la memoria inconsciente de la humanidad que la ciencia descubrirá algún día analizando los diversos sistemas de

⁴² «Acaso no parece a primera vista que, para percibir bien un idioma y abarcarlo en su conjunto, sea preciso conocer todos los que existen e incluso aquellos que existieron...» (Nota del traductor.)

⁴³ *Los palabras inglesas.* (Nota del traductor.)

⁴⁴ «Mas antes se sumieron unos nacimientos en el anonimato y en el sueño inmenso que la escucha de la generadora, al someterlos, sufre un duro golpe y una apertura para todos los siglos...» (Nota del traductor.)

sentido. « Pareil effort magistral de l'Imagination désireuse, non seulement de se satisfaire par le symbole éclatant dans les spectacles du monde, mais d'établir un lien entre ceux-ci et la parole chargée de les exprimer, touche à l'un des mystères sacres et périlleux du Langage; et qu'il sera prudent d'analyser seulement le jour où la science, possédant le vaste répertoire des idiomes jamais parlés sur la terre, écrira l'histoire des lettres de l'alphabet a travers tous les âges et quelle était presque leur absolue signification, tantôt devinée, tantôt méconnue par les hommes créateurs des mots: mais il n'y aura plus, dans ce temps, ni science pour résumer cela, ni personne pour le dire. Chimère, contentons-nous, a présent, des lueurs que jettent a ce sujet des écrivains magnifiques. »⁴⁵

La función de la literatura es trabajar para aclarar las leyes de aquella lengua inmemorial, de aquella álgebra inconsciente que traspasa el discurso, de aquella lógica de base que establece unas relaciones (lógica de equivalencia, diría Jakobson): «Une extraordinaire appropriation de la structure, limpide, aux primitives foudres de la logique» («Le Mystère dans les lettres»)⁴⁶ o: «Mais la littérature a quelque chose de plus intellectuel que cela; les choses existent, nous n'avons pas a les créer; nous n'avons qu'à en saisir les rapports; et ce sont les fils de ces rapports qui forment les vers et les orchestres» («Sur l'évolution littéraire».)⁴⁷

¿Con qué fin? Llegar, a través del lenguaje presente, a través de la lengua, hasta las leyes de los sueños del hombre, para convertirlas en el teatro de la simbolicidad retomada en sus orígenes: « Je crois que la Littérature, reprise a sa source qui est l'Art et la Science, nous fournira un théâtre, dont les représentations seront le vrai cuite moderne; un

⁴⁵ «Un semejante esfuerzo magistral de la Imagenación ansiosa, no sólo por satisfacer mediante el brillante símbolo en los espectáculos del mundo, sino también por establecer un vínculo entre éstos y la palabra que ha de expresarlos, alcanza uno de los misterios sagrados y peligrosos del Lenguaje, y cuan prudente será analizarlo tan sólo el día en que la ciencia, al poseer el vasto territorio de los idiomas hablados por toda la tierra, escriba la historia de las letras del alfabeto a través de todos los tiempos cuando casi era su significación absoluta, adivinada a veces, a veces desconocida por los hombres creadores de las palabras: pero ya no quedará entonces ni una ciencia para resumirlo ni nadie para decirlo. Quimera, conformémonos, por el momento, con los fulgores que nos brindan a este respecto unos magníficos escritores.- (Nota del traductor.)

⁴⁶ «Una extraordinaria apropiación de la estructura, límpida, en el primitivo relámpago de la lógica.»

⁴⁷ «Pero la literatura es algo de esencia mucho más intelectual; las cosas existen, no necesitamos crearlas; sólo tenemos que captar la relación entre ellas; y los niños de esa relación forman los versos y las orquestas.»

Livre, explication de l'homme, suffisante à nos plus beaux rêves» («Sur le théâtre».)⁴⁸

En otros textos literarios, esta autonomía del signo que caracteriza la función poética está menos acentuada y el lenguaje literario no presenta particularidades demasiado diferentes de las del lenguaje de la comunicación. Una lectura superficial, en efecto, no pone a la luz unas diferencias claras entre el lenguaje de una novela realista y el de la comunicación corriente, salvo una diferencia de estilo, evidentemente. En efecto, algunos géneros como la épica o la novela no tienen la función primordial de desarticular el significante, tal como ocurre en poesía y sobre todo en poesía moderna. Adoptan las reglas comunes de la oración gramatical en su lengua nacional pero organizan el *conjunto del espacio literario* como un sistema, *digamos un lenguaje*, particular, del que se puede describir la estructura específica. Recordemos a este respecto los trabajos de Croce, de Spitzer, etc., que dedican su atención al estudio del lenguaje de la literatura o de la literatura en tanto que lenguaje.

En un plano más positivo y despojado de estética, y en estrecha ligazón con las investigaciones lingüísticas, el formalismo ruso y en particular el OPOIAZ han podido extraer las reglas fundamentales (y casi omnivalentes en todos los casos) de una organización de esta índole en el relato. Propp analizó el cuento popular ruso distinguiendo las líneas generales de su estructura, sus protagonistas principales y la lógica de su acción. Jakobson, Eichenbaum, Tomachevski, etcétera, fueron los primeros en considerar los textos literarios como un sistema significante estructurado. Con mucha precisión Lévi-Strauss describió la estructura del lenguaje de los mitos (*Le Cru et le Cuit, Du miel aux cendres*). Desde entonces, la colaboración de los lingüistas y de los literatos se ha intensificado y la transposición de las reglas lingüísticas aplicadas al análisis de la oración, al conjunto más vasto del mito, del relato y de la novela, es más frecuente y más fructífera. Semejantes investigaciones se dedican hoy, igualmente, a la literatura moderna y no se insistirá nunca lo suficiente sobre la importancia de aquellos trabajos que unen la más avanzada praxis del lenguaje a un análisis inspirado de la ciencia más reciente.

Los estudios de Saussure, publicados recientemente, son de mayor

⁴⁸ «Creo que la Literatura, retomada en sus orígenes que son el Arte y la Ciencia, nos proporcionará un teatro, cuyos representantes constituirán el auténtico culto moderno; un Libro, explicación del hombre, suficiente para nuestros sueños más hermosos.» (*Notas del Traductor.*)

importancia en este dominio. Al abordar el sistema de la lengua poética, Saussure, en sus *Anagrammes* (publicados en parte por Starobinski, *Mercure de France*. 1964; *Tel Quel*, 1969), desarrolla unas demostraciones que parecen incluso replantear la noción del signo lingüístico. Estudia el verso saturnio y la poesía védica y constata que en cada verso está en cierta manera latente el nombre de una divinidad o de un jefe guerrero o de otro personaje que se reconstituye por las sílabas dispersas en diversas palabras. De modo que cada mensaje contiene un mensaje latente que, a su vez, es un doble código, siendo cada texto otro texto, teniendo cada unidad poética al menos una significación doble, sin duda inconsciente, que se reconstituye por un juego de significantes. Es probable que Saussure se equivocara en cuanto a la regularidad de esta ley que exige la existencia de un nombre oculto bajo el texto manifiesto, pero lo importante es que pone de relieve con este «error» una particularidad del funcionamiento poético en el que unos sentidos suplementarios se infiltran en el mensaje verbal, rompen su tejido opaco y reorganizan otra escena significante: como una escritura frasográfica que se sirve del material de los signos verbales para escribir un mensaje transverbal, superponiéndose al que se transmite por la línea de la comunicación y ello, amplificando dicha línea en volumen. Vemos de qué manera tal concepción niega la tesis de la linealidad del mensaje poético y lo sustituye por la del lenguaje poético en cuanto que red compleja y estratificada de niveles semánticos.

No obstante, en paralelo con estos estudios que la ciencia dedica a la organización de los textos literarios, la propia literatura *se practica* como una investigación de las leyes de su propia organización. La novela moderna deviene una desarticulación de las constantes y de las reglas del relato tradicional, una exploración del lenguaje del relato, que evidencia sus procedimientos antes de hacerlos estallar. La «nueva novela» se ha convertido en una auténtica gramática del relato; *La Modification* de Michel Butor, *Le Voyeur* o *Les Gommages* de Alain Robbe-Grillet, *Tropismes* de Nathalie Sarraute indagan las unidades del relato tradicional: la situación narrativa (destinador-autor/destinatario-«usted»); los personajes, entidades anónimas que se vuelven pronombres personales; su enfrentamiento; la línea ascendente, descendente o circular de la acción, etc., con la conciencia, a menudo, manifiesta de los autores que escriben para evidenciar el *código* del relato y, con ello, las reglas de la situación discursiva. La literatura moderna deviene entonces no sólo una ciencia del relato sino, además,

una ciencia del discurso, de sus sujetos, de sus figuras, de sus representaciones y, por ende, de la *representación* en y por el lenguaje; ciencia implícita, en ocasiones incluso explícita, aunque la ciencia positiva no lo haya sistematizado todavía.

Más aún, al acentuar lo que hemos dado en llamar «la función poética del lenguaje», la novela moderna se hace exploración no sólo de las estructuras narrativas sino también de la estructura propiamente oracional, semántica y sintáctica de la lengua. El ejemplo de Mallarmé o de Ezra Pound se está retomando actualmente en la novela francesa que se escribe, tal *Nombres* de Philippe Sollers (no tomamos en cuenta aquí el aspecto ideológico de los textos), como un análisis riguroso de los recursos fónicos, lexicales, semánticos y sintácticos de la lengua francesa sobre la que se construye una lógica desconocida para el locutor que comunica con dicha lengua, una lógica que alcanza el grado de condensación del sueño y se acerca a las leyes de los ideogramas o de la poesía China –cuyos jeroglíficos, trazados en el texto francés, vienen a arrancarnos a lo que toda ciencia «logo-céntrica» (la que hemos seguido a lo largo del anterior análisis) quiso hacernos aceptar como la imagen de nuestra lengua.

3. La semiótica

A lo largo de la presente exposición, y sobre todo en los dos últimos capítulos, hemos tenido la ocasión de tratar algunos sistemas significantes (el sueño, el lenguaje poético) en tanto que tipos particulares de «lenguaje». Es obvio que el término de lenguaje está aquí empleado en un sentido que no corresponde al de lengua tal como lo describe la gramática, y con ésta no tiene en común sino el ser un sistema de signos. ¿Cuáles son esos signos? ¿Cuáles son sus relaciones? ¿Cuál es su diferencia con respecto a la lengua-objeto de la gramática?

No se ha dejado de plantear tales problemas, con más o menos insistencia, desde los estoicos, luego la Edad Media con sus *modi significandi*. a través de los Solitarios y su teoría lógica del signo, hasta los primeros «semiólogos» del siglo XVIII que se han ido encaminando hacia una teoría general del lenguaje y de la significación: Locke, Leibniz, Condillac, Diderot, etc. Pero los *modi significandi* de la Edad Media reflejaban y demostraban una teología transcendental que se

había de adecuar a la lengua. Luego, los ideólogos del siglo XVIII, por el contrario, veían en el signo el lugar neurálgico del idealismo que quisieron recuperar para demostrar su arraigo a lo real y su realización en los sentidos de los sujetos libres de una sociedad organizada. La *semiótica* retoma, hoy por hoy, este proceder interrumpido después de la Revolución burguesa y ahogada por el historicismo hegeliano y el empirismo lógico-positivista. Al agregarle una *interrogación* de la matriz misma del signo, de los tipos de signos, de sus límites y de su tambaleamiento, la semiótica se convierte en el lugar en que la ciencia se cuestiona la concepción fundamental del lenguaje, del signo, de los sistemas significantes, su organización y su mutación.

Al abordar estas cuestiones, la ciencia lingüística está inducida actualmente a revisar en profundidad su concepción del lenguaje. Pues, si varios sistemas significantes son posibles en la lengua, ésta ya no se presenta como *un* sistema sino como una pluralidad de sistemas significantes en que cada cual es un estrato de un vasto conjunto. Dicho de otro modo, el lenguaje de la comunicación directa descrito por la lingüística aparece cada vez más como *uno* de los sistemas significantes que se producen y se practican en tanto que *lenguaje* – palabra que deberíamos escribir, de ahora en adelante, en plural.

Por otra parte, varios sistemas significantes parecen poder existir sin construirse necesariamente con la ayuda de la lengua o a partir de su modelo. Así, por ejemplo, la gestualidad, las diversas señales visuales, y hasta la imagen, la fotografía, el cine y la pintura, son tantos otros lenguajes en la medida en que transmiten un mensaje entre un sujeto y un destinatario, sirviéndose de un código específico sin que por ello obedezcan a las reglas de construcción del lenguaje verbal codificado por la gramática.

Estudiar todos estos sistemas verbales o no verbales en tanto que lenguajes, es decir, en tanto que sistemas en que unos signos se articulan según una sintaxis de diferencias, tal es el objeto de una ciencia vasta que a penas está empezando a formarse, la *semiótica* (de la palabra griega σημιεον, signo).

Dos científicos, casi simultánea aunque independientemente uno del otro, han fijado la necesidad y los amplios marcos de esta ciencia: Pierce (1839-1914), en América y Saussure en Europa.

Pierce, lógico y axiomático, edificó la teoría de los signos para asentar en ella la lógica. Escribía (1897) que la lógica, en un sentido general, es el otro nombre de la semiótica: una doctrina casi necesaria o formal de los signos, fundada sobre la observación abstracta y que

debería acercarse, en sus realizaciones, al rigor del razonamiento matemático. La semiótica debería, pues, abarcar en un cálculo lógico al conjunto de los sistemas significantes y convertirse en ese «*calculus ratiocinator*» con el que soñaba Leibniz. Tendría tres partes: la *pragmática*, que implica al sujeto parlante; la *semántica*, que estudia la relación entre el signo y la cosa significada (*designatum*); y la *sintaxis*, descripción de las relaciones formales entre los signos.

En Saussure, el proyecto semiótico está más orientado hacia las lenguas naturales. «Se puede, pues, concebir una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social. Tal ciencia sería parte de la psicología social, y por consiguiente de la psicología general. Nosotros la llamaremos *semiología* (del griego *semeion*, signo). Ella nos enseñará en qué consisten los signos y cuáles son las leyes que los gobiernan. Puesto que todavía no existe, no se puede decir qué es lo que será aquélla; pero tiene derecho a la existencia, y su lugar está determinado de antemano. La lingüística no es más que una parte de esta ciencia general. Las leyes que la semiología descubra serán aplicables a la lingüística, y así es cómo la lingüística se encontrará ligada a un dominio bien definido en el conjunto de los hechos humanos. Al psicólogo toca determinar el puesto exacto de la semiología.»

Por tanto, en la medida en que la lingüística adopta el concepto de signo «arbitrario» y piensa la lengua como un sistema de diferencias, hace que la semiología sea posible: en efecto, en función de la posibilidad para el sistema verbal de reducirse a unas *marcas autónomas*, Saussure prevé la lingüística como «modelo general de toda semiología»; «... los signos enteramente arbitrarios son los que mejor realizan el ideal del procedimiento semiológico; por eso la lengua, el más complejo y el más extendido de los sistemas de expresión, es también el más característico de todos; en este sentido la lingüística puede erigirse en el modelo general de toda semiología, aunque la lengua no sea más que un sistema particular».

No obstante, Saussure señala que la semiología no podría ser aquella ciencia neutral, meramente formal e incluso matematizada de manera abstracta como lo es la lógica y hasta la lingüística ya que el universo semiótico es el vasto dominio de lo social y explorarlo sería unirse a la investigación sociológica, antropológica, psicológica, etc. Por lo que la semiótica habrá de recurrir a todas aquellas ciencias y de conformarse en primer lugar una *teoría de la significación* antes de formalizar sus sistemas estudiados. La ciencia del signo resulta

entonces inseparable de una teoría de la significación y del conocimiento, de una *gnoseología*.

Hacia la década de los 20, el desarrollo de la lógica suscitó una corriente semiótica claramente formalizadora: hemos visto el ejemplo con la teoría semiológica de Hjelmslev (cf. página 237 sq.), pero halló su apogeo en los trabajos del Círculo de Viena, y más especialmente en la obra de R. Carnap, *Construction logique*. Si, hoy en día, la semiótica parece emprender otra dirección, aquella tendencia sigue estando activa. Citaremos entre los trabajos que proponen una teoría formal de la semiótica los de Ch. Morris. Para él, igual que para Cassirer, el hombre es menos un «animal racional» que «un animal simbólico», cogido en un proceso general de simbolización, o *semiosis* que Morris (*Signification and Significance*, 1964) define como sigue: «Semiosis (o el proceso de signo) es una relación de cinco tiempos –*v*, *w*, *x*, *y*, *z*– en que *v* provoca en *w* la disposición para reaccionar de una determinada manera *x* a determinado objeto *y* (que no actúa entonces como estímulo) bajo determinadas condiciones *z*... *v* es signo, *w* interpretador, *x* interpretante, *y* significación, *z* contexto».

La semiótica, atenta a la enseñanza de Saussure, toma una orientación sensiblemente distinta.

Primero, para construir los sistemas de las lenguas que aborda, coge como modelo a la lingüística y las diferentes maneras en que ésta ordena, estructura o explica el sistema del lenguaje. Advertimos ahora que, de la misma forma que lo indicó Saussure por lo demás, la lengua no es más que un sistema particular del universo complejo de la semiótica y las investigaciones prosiguen con vistas a sistematizar los lenguajes que no sean la lengua de la comunicación directa (el gesto, el lenguaje poético, la pintura, etc.), sin imitar forzosamente las categorías válidas para las lenguas de la comunicación ordinaria. Por otra parte, como ya lo expresó Saussure, está claro que tal formalización de los sistemas significantes no puede constituirse como una mera matematización ya que el formalismo precisa una teoría para asegurar el valor semántico de sus marcas y de su combinación.

Tocamos aquí el problema fundamental de las ciencias humanas tal y como se elaboran hoy. Si bien la reflexión en los distintos campos de la actividad humana tiende hacia una exactitud y un rigor sin precedente, intenta apoyarse sobre el más racionalizado de aquellos. Resulta que, entre las ciencias que tratan de la praxis humana, la lingüística se construyó la primera en tanto que ciencia exacta, limitando al máximo, como ya lo vimos, el objeto que se había

propuesto estudiar. Sólo les queda, entonces, a las ciencias humanas transponer aquel método en los demás dominios de la actividad humana, empezando por considerarlos como unos lenguajes. Vemos que toda ciencia humana está vinculada, de modo implícito al menos, a la semiótica; o sea que la semiótica, en cuanto que ciencia general de los signos y de los sistemas significantes, impregna todas las ciencias humanas: la sociología, la antropología, el psicoanálisis, la teoría del arte, etc. (cf. Roland Barthes, *Eléments de sémiologie*. 1966).

Pero, por otro lado, si bien, en un primer momento, se creyó que se podía prescindir de una teoría, proponiendo únicamente un esquema formal de las unidades, de los niveles y de las relaciones dentro del sistema estudiado —y ello ateniéndose lo más posible a tal o cual esquema tomado de la lingüística— resulta cada vez más evidente que la semiótica que no esté acompañada de una teoría sociológica, antropológica, psicoanalítica, se queda en una cándida descripción sin gran fuerza explicativa. Las ciencias humanas no son unas ciencias en el sentido en que lo son la física o la química. En esta caso, más valdría poner la palabra entre comillas (si nos referimos aquí a la operación teórica que *funda* las formalizaciones y pone las comillas). Efectivamente, una reflexión crítica acerca de los métodos de formalización tomados de la lingüística y de sus principios básicos (signo, sistema, etc.) puede llevarnos a una revisión de aquellas mismas categorías y a una reformulación de la teoría de los sistemas significantes, susceptibles de cambiar la orientación de la ciencia del lenguaje en general. Pues se ha adquirido por lo menos una cosa gracias al advenimiento de la semiótica: la reducción del objeto lenguaje que la lingüística moderna se ha confeccionado, aparece con toda su estrechez y sus insuficiencias. Y, una vez más —como si volviéramos a la época en que el lenguaje significaba una cosmogonía ordenada— el pensamiento aprehende a través de un lenguaje compacto una realidad compleja. Aunque esta vez la ciencia está presente en la exploración...

La antropología estructural

Después de la literatura, sometida a un análisis casi estructural por los formalistas rusos que se inspiraron del desarrollo de la lingüística a mediados del nuestro siglo, la *antropología* se ha convertido en el

principal dominio en el que se aplica una metodología cercana a la de la lingüística. Podemos decir por consiguiente que, sin revelarse de forma explícita como una semiótica ni entregarse verdaderamente a una reflexión y a una exploración acerca de la naturaleza del signo, la antropología estructural *es* una semiótica, en la medida en que considera en tanto que lenguajes a los fenómenos antropológicos y les aplica el procedimiento descriptivo propio de la lingüística.

Ciertamente, desde Mauss, los antropólogos se interesaban por los métodos lingüísticos para obtener información, sobre todo etimológica, para explicar los ritos y los mitos; pero La *fonología* de Troubetzkoi (cf. p. 230) es la que ha resultado ser la potente renovadora de aquella colaboración, así como la concepción de la lengua en tanto que sistema de *comunicación*.

Lévi-Strauss, fundador de la antropología estructural basada sobre la metodología fonológica, había escrito en 1945: «La fonología no puede desempeñar, para con las ciencias sociales, el mismo papel renovador que el que ha desempeñado la física nuclear, por ejemplo, para el conjunto de las ciencias exactas». Se aplica en efecto las pautas fonológicas a los sistemas de parentesco de las sociedades llamadas primitivas.

Antes del encuentro de la fonología con la antropología, los pormenores terminológicos y las reglas de unión eran atribuidas, según cada cual, a tal o cual costumbre, sin que se discerniera sistematicidad alguna: sin embargo, aun siendo el resultado de la acción de varios factores históricos heterogéneos, los sistemas de parentesco, considerados en su conjunto sincrónico, dan fe de alguna regularidad. Efectivamente, existen sistemas patrilineales o matrilineales en los que se intercambian a las mujeres siguiendo un determinado orden, permitiéndose las bodas con tal familiar o cual miembro de una misma tribu o de una tribu próxima o lejana, y prohibiéndose con otro tipo de pariente o con un miembro de una tribu de otro tipo. Frente a esta regularidad, Lévi-Strauss plantea la analogía entre los sistemas de parentesco y los sistemas del lenguaje: «En el estudio de los problemas de parentesco (y, sin duda, también en el estudio de otros problemas), el sociólogo se ve en una situación formalmente similar a la del lingüista fonólogo: igual que los fonemas, los términos de parentesco son elementos de significación; igual que aquéllos, adquieren significación sólo con la condición de que se integren en sistemas; los «sistemas de parentesco», igual que los «sistemas fonológicos», están elaborados por la mente en un nivel

inconsciente del pensamiento; por último, en regiones alejadas del mundo y en sociedades profundamente distintas, la recurrencia a formas de parentesco, reglas matrimoniales, actitudes parecidas de prescripción entre ciertos tipos de familiares, etc., induce a creer que, en un caso como en otro, los fenómenos observables son el resultado del juego de leyes generales, pero ocultas. Se puede, entonces, formular el problema de la siguiente manera: en *otro orden de realidad*, los fenómenos de parentesco son unos fenómenos del *mismo* tipo que los fenómenos lingüísticos. ¿Puede el sociólogo, utilizando un método análogo *en cuanto a la forma* (si no en cuanto al contenido) al que ha introducido la fonología, lograr que su ciencia experimente un progreso análogo al que acaba de tener lugar en las ciencias lingüísticas?».

Es obvio que, a partir de este principio de base, la antropología estructural deberá definir *los elementos* de un sistema de parentesco, como lo hace la lingüística con las unidades básicas de un sistema lingüístico, a la vez que las relaciones específicas de aquellos elementos dentro de la estructura. Las observaciones etnológicas han demostrado que el *avunculat* (la importancia primordial del tío materno) es la estructura de parentesco más sencilla que se pueda concebir. Viene respaldada por cuatro términos: hermano, hermana, padre, hijo, unidos entre sí (como en fonología) según dos parejas de oposiciones correlativas (hermano/hermana, marido/esposa, padre/hijo, tío materno/hijo de la hermana) tales que, en sendas generaciones en causa, exista siempre una relación positiva y una relación negativa.

Con toda evidencia, el establecimiento de unas reglas que recuerdan las reglas fonológicas no es posible si no se considera el parentesco como un sistema de *comunicación* y si no se le emparenta con el lenguaje. Pues, efectivamente, para Lévi-Strauss constituye un sistema ya que constata que el «mensaje» de un sistema de parentesco son «*las mujeres del grupo que circulan* entre los clanes, linajes o familias (y no, como en el lenguaje en sí, mediante las *palabras del grupo* que circulan entre los individuos)». Partiendo de esta concepción de las reglas de parentesco en tanto que regla de comunicación social, Lévi-Strauss se opone a la costumbre que tienen los antropólogos de clasificar tales reglas en categorías heterogéneas y con apelativos diversos: prohibición del incesto, tipos de casamientos preferenciales, etc.; estima que «representan tanto unos modos de asegurar la circulación de las mujeres en el seno del grupo social, es decir, sustituir un sistema

de relaciones consanguíneas, de origen biológico, por un sistema sociológico de alianza. Una vez que se ha formulado la hipótesis de trabajo, sólo quedaría abordar: el estudio matemático de todos los tipos de intercambio concebibles entre n candidatos para deducir las reglas de casamiento vigentes en las sociedades existentes. Se comprendería a un tiempo su función, su modo de operación y la relación entre diferentes formas». Nuestra labor no es aquí analizar toda la sutileza con la cual Lévi-Strauss establece los sistemas de parentesco a lo largo de su investigación y cuyo libro *Structures élémentaires de la parenté* (1949) constituye la suma magistral. Tan sólo queremos subrayar cómo la problemática del lenguaje, y hasta un ciencia particular de la lengua, la fonología, se ha convertido en la palanca de una nueva ciencia en otro campo, la antropología estructural, permitiéndole descubrir las leyes fundamentales sobre las cuales se apoya la comunicación, es decir, la comunidad humana.

¿Será, entonces, que el orden del lenguaje es absolutamente análogo al de la cultura? Si no existiese relación alguna entre ambos, la actividad humana hubiera sido un desorden disparatado, sin ningún vínculo entre sus distintas manifestaciones. No obstante, no es lo que se observa. Pero si, por el contrario, la correspondencia de ambos órdenes fuese total y absoluta, se habría impuesto sin plantear problemas. Tras haber hecho esta reflexión, Lévi-Strauss opta por una postura intermedia que no recordaremos nunca suficientemente a aquellos que trabajan para la construcción de una ciencia nueva, la semiótica, comprendida como una ciencia de las leyes del funcionamiento simbólico: «Determinadas correlaciones son probablemente detectables, entre algunos aspectos y en ciertos niveles, y se trata para nosotros de hallar cuáles son los aspectos y cuáles son los niveles. Antropólogos y lingüistas pueden colaborar en esta empresa. Pero la beneficiaría principal de nuestros descubrimientos eventuales no será ni la antropología ni la lingüística tal y como las concebimos en la actualidad: dichos descubrimientos serán aprovechados por una ciencia tan antigua como nueva, una *antropología* entendida en un sentido más amplio, es decir, un conocimiento del hombre que asocia diversos métodos y diversas disciplinas y que nos revelará algún día los mecanismos secretos que mueven a nuestro huésped, presente sin haber sido convidado a nuestros debates: la mente humana».

El lenguaje de los gestos

Al abordar los problemas del lenguaje literario o del lenguaje poético, indicamos que, considerado como un sistema signifiante distinto de la lengua en la que se produce, sistema cuyos elementos específicos han de ser aislados y cuyas leyes concretas de su articulación han de ser definidas, se constituye como el objeto de una parte de la ciencia de los signos, la *semiótica literaria*. Desde los trabajos de los formalistas rusos y del Círculo lingüístico de Praga, que se dedica en mayor parte al estudio del lenguaje poético en tanto que parte esencial por no decir primera de la semiótica, los estudios han progresado sensiblemente. Con el estructuralismo, la semiótica literaria se ha convertido en la manera más original de abordar los textos literarios, y sus métodos alcanzan tanto la crítica como la enseñanza de la literatura.

Menos evidente puede resultar la posibilidad de estudiar como lenguajes, las praxis gestuales: el gesto, la danza, etc. Si bien es obvio que la gestualidad es un sistema de comunicación que transmite un mensaje, pudiendo por consiguiente ser considerado como un lenguaje o un sistema signifiante, resulta difícil todavía precisar determinados elementos de dicho lenguaje: ¿cuáles son las unidades mínimas de aquel lenguaje (que se corresponderían con los fonemas, los morfemas o los sintagmas del lenguaje verbal)? ¿Cuál es la naturaleza del signo gestual: acaso tiene un significado asignado de modo tan estricto como lo es el significado con el signo del lenguaje verbal? ¿Cuál es la relación del gesto y del verbo cuando conviven en un mismo mensaje? Y así sucesivamente.

Antes de esbozar la solución que la semiótica gestual propone en este momento para todos aquellos problemas, señalaremos que el valor del gesto en cuanto que acto primordial de la significación, o más bien en cuanto que proceso en que éste *se genera* antes de *fijarse* en la palabra, ha llamado la atención desde siempre en las diferentes civilizaciones, religiones y filosofías. Hemos mencionado la importancia atribuida al gesto en el estudio de la génesis de la simbolicidad y de la escritura en particular. Añadimos a estas observaciones el ejemplo del dios dogón *Ama* que «creó el mundo mostrándolo»; o el de los bambaras para quienes «las cosas han sido *designadas* y nombradas silenciosamente antes de que existieran y han llegado a ser mediante su nombre y su signo». El gesto indicativo, o el gesto a secas, parece ser un esbozo primordial de la *significancia* sin ser

una *significación*. Sin lugar a duda, la propiedad de la praxis gestual de ser el espacio mismo en el que *germina* la significación es lo que convierte al gesto en el terreno privilegiado de la religión, de la danza sagrada, del rito. Evocamos aquí el ejemplo de las tradiciones secretas del teatro japonés No, o del teatro indio Kathakali, o del teatro balines a partir de cuyo ejemplo Antonin Artaud pudo proponer una transformación radical de la concepción teatral del Occidente (*Le Théâtre et son double...*).

Describiendo esta praxis gestual que abre una zona de actividad simbólica desconocida en las lenguas naturales tales como las estudia la gramática, Artaud (*Lettre sur le langage*, 1931) escribía: «... Junto a la cultura por palabras está la cultura por gestos. Hay otros lenguajes en el mundo que nuestro lenguaje occidental que optó por la desnudez, por la desecación de las ideas y en que se nos presenta a las ideas en estado inerte, sin conmocionar de paso todo un sistema de analogías naturales conocidas en las lenguas orientales».

Cuando, en el siglo XVIII, la filosofía investigaba el mecanismo del siglo, el *gesto* se volvió un objeto importante de su reflexión. Desde Condillac hasta Diderot, del gesto original al lenguaje gestual de los sordomudos, los problemas de la gestualidad han sido uno de los más importantes terrenos sobre los cuales las enciclopedias habían esbozado la teoría materialista de la significación.

Para Condillac, el lenguaje gestual es el lenguaje original: «Los gestos, los movimientos del rostro y los acentos inarticulados, he aquí los primeros medios que tuvieron los hombres para comunicarse sus pensamientos. El lenguaje formado con tales signos se llama *lenguaje de acción*» (*Principes généraux de grammaire*, 1775). Al estudiar la evolución del lenguaje, Condillac (*Essai sur l'origine des connaissances humaines*, 1746) insiste sobre el hecho de que el primer lenguaje humano, siguiendo la constitución los gritos-signos de las pasiones, sería aquel lenguaje de acción, que define según sigue:

«Dicen que se conservó aquel lenguaje sobre todo para instruir al pueblo de las cosas que más le interesaban: tales como la policía y la religión. Al actuar sobre la imaginación con más vivacidad, daba una impresión más duradera. Su expresión encerraba incluso algo fuerte y grande, algo a lo que las lenguas, aún estériles, no podían acercarse. Los Antiguos daban a aquel lenguaje el nombre de *danza*: razón por la cual se dice que David bailaba delante del arco.

»Los hombres, al perfeccionar su gusto, dieron más variedad a aquella *danza*, más gracia y más expresión. No sólo los movimientos de

los brazos y las actitudes del cuerpo fueron sujetas a ciertas reglas, sino que, además, los pasos que tenían que formar los pies fueron prefijados. De manera que la danza se dividió de forma natural en dos artes que le fueron subordinados: uno, si se me permite la expresión conforme al lenguaje de la Antigüedad, fue la *danza de los gestos*; se conservó para la comunicación de los pensamientos humanos; el segundo fue principalmente la *danza de los pasos*; fue utilizado para expresar algunas situaciones del alma, la alegría en particular; fue empleada en las ocasiones de regocijo y su objeto principal fue el placer...».

Cuando después estudia la relación del gesto con el canto. Condillac se ve inducido a analizar la *pantomima* de los Antiguos como un arte, o más bien como un sistema significante, particular.

Los temas de tal índole son frecuentes en los escritos de los ideólogos y de los materialistas del siglo XVIII. Si hoy pueden parecer abruptos o cándidos, es importante subrayar que, por una parte, representan el primer intento de recopilación sistemática de las diversas praxis semióticas que la ciencia de hoy apenas si ha comenzado a abordar con seriedad, y que, por otra parte, el estudio de la gestualidad junto con el de la escritura, en tanto que investigación del origen del lenguaje o más bien de una simbolicidad pre-verbal, parece constituir en aquella época una zona rebelde frente a la enseñanza cartesiana de la equivalencia del sujeto con su verbo, e introducir entonces en la razón verbal un elemento subversivo, el pre-sentido... ¿No es acaso la problemática de la producción, de la mutación y de la transformación de sentido lo que se infiltra de este modo mediante el gesto, en el racionalismo de los materiales...?

Cuando nuestro siglo se ha interesado de nuevo por los problemas del gesto, lo ha hecho bien en los marcos de la constitución de una doctrina general de las lenguas (cf. P. Kleinpaul, *Sprache ohne Worte. Idee einer Allgemeinen Wissenschaft der Sprache*, Leipzig, 1884), bien en los marcos de la medicina y de la psicología (tales como los estudios del comportamiento gestual de los sordomudos). Pero, en ambos casos, se concibe el gesto como opuesto al lenguaje verbal e irreducible a éste. Algunos psicólogos han mostrado que las categorías gramaticales, sintácticas y lógicas son inaplicables a la gestualidad porque tales categorías cortan y trocean el conjunto significante y, de este modo, no dan cuenta de la especificidad gestual, irreducible a aquella disgregación. Porque «el lenguaje mímico — escribe P. Oléron (1952) — no es solamente lenguaje, sino también acción y participación

en la acción -e incluso en las cosas». Se ha constatado que, comparado con el lenguaje verbal, el gesto traduce tan bien como aquél las modalidades del discurso (orden, duda, rezo) aunque de manera imperfecta las categorías gramaticales (sustantivo, verbo, adjetivo). Otros han observado que el signo gestual es polisémico (dotado de varios sentidos) y que el orden «sintáctico» habitual (sujeto-predicado-objeto) no se respeta en el mensaje gestual. Este se parece más al discurso infantil y a las lenguas «primitivas»: acentúa, por ejemplo, lo *concreto* y lo *presente*, procede por antítesis, pone la negación y la interrogación en posición final, etc. Por último, hemos vuelto a la intuición del siglo XVIII según la cual el lenguaje gestual es el verdadero medio de expresión auténtica y original, dentro del cual el lenguaje verbal es una manifestación tardía y limitada...

Nos hallamos pues frente al problema esencial que plantea el gesto: ¿Trátase de un sistema de comunicación como los demás o más bien de una *praxis* en la que se genera el sentido que se transmite en el transcurso de la comunicación? Optar por la primera solución significa que estudiaremos el gesto aplicándole los modelos elaborados por la lingüística para el mensaje verbal y que reduciremos el gesto a ese mensaje. Optar por la segunda quiere decir, por el contrario, que vamos a tratar, a partir del gesto, de renovar la visión general del lenguaje: si el gesto no es únicamente un sistema de comunicación sino además la producción de dicho sistema (de su sujeto y de su sentido) entonces podríamos quizá concebir todo lenguaje como algo distinto de lo que nos revela el esquema corriente, de ahora en adelante, de la comunicación. Advertimos desde este momento que la segunda opción sigue siendo teórica por el momento y que las investigaciones –muy recientes por cierto– que se dedican a este tema son de orden meramente metodológico. La concepción que domina en la actualidad en el estudio de la gestualidad es la de la *kinésica* americana.

Se la ha podido definir como una metodología que estudia «los aspectos comunicativos del comportamiento aprendido y estructurado del cuerpo en movimiento». Nació en América, relacionándose estrechamente con la etnología que había de dar cuentas de) comportamiento general, lingüístico así como gestual, de las sociedades primitivas. ¿Mediante qué sistema gestual estructura el hombre su espacio, corporal en el transcurso de la comunicación? ¿Qué gestos caracterizan una tribu o un grupo social? ¿Cuál es su sentido? ¿Cuál es su inserción dentro de la complejidad de la

comunicación social? La antropología y la sociología, atendiendo a la importancia del lenguaje y de la comunicación para el estudio de las leyes de la sociedad, han sido las primeras en esbozar un estudio del gesto.

Sin embargo, desde entonces, la kinésica se ha especificado en tanto que ciencia y plantea de modo más directo el problema de saber en qué medida el gesto es un lenguaje.

La kinésica admite en primer lugar que el comportamiento gestual es un «estrato» particular y autónomo en el canal de la comunicación. A dicho estrato se le aplicará un análisis que se inspira, sin imitarlos al pie de la letra, de unos procedimientos fonológicos en la medida en que se reconoce a la fonética en tanto que la ciencia humana más *avanzada* en la sistematización de su objeto. Se aísla luego el elemento *mínimo* de la posición o del movimiento, se busca los ejes de *oposición* y se establece sobre éstos las relaciones de los elementos mínimos en una estructura con varios niveles. ¿Cuáles serán estos niveles? Se los puede concebir como análogos a los niveles lingüísticos: fonemático y morfemático. Otros investigadores, más reticentes ante la analogía absoluta entre el lenguaje verbal y el lenguaje gestual, proponen un análisis autónomo del código gestual en *kine* (el más pequeño elemento perceptible de los movimientos corporales, por ejemplo, arquear o fruncir el entrecejo) y *kinema* (el mismo movimiento repetido con una única señal antes de volver a la posición inicial): éstos se combinan como unos prefijos, sufijos y transfijos para formar unas unidades de un orden superior: *kinemorfos* y *kinemorfemas*. De tal manera que el *kine* «movimiento de entrecejo» puede ser *alokínico* con kines «cabeceo», «movimiento de manos», etcétera, o con acentos, para formar unos kinemorfos. La combinación de los kinemorfos da lugar a unas construcciones kinemórficas complejas. Vemos claramente la analogía de semejante análisis con la del discurso verbal mediante sonidos, palabras, proposiciones, etc.

Una parte especializada de la kinesia, la *parakinésica*, estudia los fenómenos individuales y accesorios de gesticulación que se agregan al código gestual corriente para caracterizar un comportamiento social o individual. Aquí, una vez más, la analogía con la lingüística es evidente: asimismo, la *paralingüística* definida por Sapir estudia los fenómenos accesorio; de la vocalización y de la articulación del discurso en general.

Semejantes estudios, si bien queda mucho aún para abarcar toda la complejidad de la gestualidad cotidiana, y todavía más por lo que se

refiere al universo complejo de la gestualidad ritual o de la danza, no son sino los primeros pasos dados hacia una ciencia de las praxis complejas, una ciencia para la cual el nombre de «lenguaje de los gestos» no será una expresión metafórica.

El lenguaje musical

Muy pocos y muy recientes son los estudios del lenguaje musical que no se limiten a reproducir el impresionismo habitual de la teoría de la música. Si bien es cierto que estos estudios se limitan principalmente a demarcarse del discurso subjetivo y vago que submerge los tratados de música, así como estudios concretos aunque puramente técnicos (acústica, evaluación cuantitativa de las duraciones, de las frecuencias, etc.), y a plantear desde un enfoque teórico la relación de la música con el lenguaje: ¿en qué medida la música es un lenguaje y qué es lo que la distingue de manera radical del lenguaje verbal?

Entre los primeros que han abordado la música en tanto que lenguaje, citamos a Fierre Boulez, *Relevés d'apprenti* (1966), que habla de «lenguaje musical», de «semántica», de «morfología» y de «sintaxis» de la música... La semiótica de la música, heredera de trabajos de este tipo, se esfuerza por concretar el sentido de estos términos, incluyéndolos en el sistema específico que será para ella el sistema significante de la música.

En efecto, las similitudes entre ambos sistemas son considerables. El lenguaje verbal y la música se realizan ambos en el tiempo recurriendo al mismo material (el sonido) y actuando sobre los mismos órganos receptores. Ambos sistemas tienen respectivamente sistemas de *escritura* que marcan sus entidades y sus relaciones. Pero si ambos sistemas significantes se organizan según el principio de la *diferencia* fónica de sus componentes, tal diferencia no es del mismo orden en el lenguaje verbal y en la música. Las oposiciones binarias fonéticas no son pertinentes en música. El código musical se organiza sobre la diferencia *arbitraria y cultural* (impuesta en los marcos de una determinada civilización) entre los distintos valores vocales: *las notas*.

Esta diferencia no es sino la consecuencia de una diferencia capital: si la función fundamental del lenguaje es la función *comunicativa* y si transmite un *sentido*, la música va en contra de este principio de comunicación. Transmite un «mensaje» entre un sujeto y un

destinatario aunque es difícil decir *que comunica* un *sentido* preciso. Es una combinatoria de elementos diferenciales, y evoca más bien un sistema algebraico que un discurso. Si el destinatario entiende tal combinación como un mensaje sentimental, emotivo, patriótico, etc, estamos entonces ante una interpretación subjetiva dada dentro de los marcos de un sistema cultural, más que ante un «sentido» implícito en el «mensaje». Pues si la música es un sistema de *diferencias*, no es un sistema de *signos*. Sus elementos constitutivos no tienen significado. Referente-significado-significante parecen aquí fundirse en una única marca, que se combina con otras en un lenguaje que no quiere decir nada. Stravinsky escribe en este sentido:

«Considero que la música, por su esencia, no puede nunca *expresar* nada: un sentimiento, una actitud, un estudio psicológico, un fenómeno de la naturaleza, etc. La *expresión* no ha sido jamás la propiedad inmanente de la música... El fenómeno de la música no viene dado con el único fin de instituir un orden en las cosas. Para ser realizado, exige entonces necesaria y únicamente una construcción. Una vez hecha la construcción, y alcanzado el orden, todo está dicho. Resultaría vano buscar y entender en ello otra cosa».

La música nos lleva, pues, al límite del sistema del signo. He aquí un sistema de diferencias que no es un sistema que *quiere* decir, como es el caso en la mayoría de las estructuras en lenguaje verbal. Hemos observado la misma particularidad en el lenguaje gestual cuando indicamos el estatuto específico del sentido en el gesto, siendo éste una *producción* de sentido que no llega a fijarse en el producto significativo. Pero en la praxis gestual, la reducción del código productor que no está cargado del significado productivo, está menos a la vista que en la música, ya que el gesto acompaña la comunicación verbal y no ha sido estudiado aún en su autonomía (rito, danza, etc.). La música, por su parte, evidencia esta problemática que bloquea la semiótica y replantea la omnivalencia del signo y del sentido. Pues la música es sin duda un sistema diferencial sin semántica, un formalismo que no significa...

Una vez asentado esto, ¿qué podría decir la semiótica acerca del sistema musical?

Por una parte, podrá estudiar la organización formal de los diferentes textos musicales.

Por otra, podrá establecer el «código» común, la «lengua» musical común de una época o de una cultura. El grado de comunicabilidad de un texto musical particular (es decir, su probabilidad de alcanzar el

destinatario) dependerá de su parecido o de su diferencia con el código musical de la época. En sociedades monolíticas, como las sociedades primitivas, la «creación» musical exigía una obediencia estricta a las reglas del código musical considerado como dado y sagrado. A la inversa, el período llamado *clásico* de la música consta de una tendencia a la variación, de manera que cada texto musical inventa sus propiedades leyes y no obedece a las de la «lengua» común. Se trata de la famosa pérdida de la «universalidad» que la historia de la música atribuye principalmente a Beethoven. Para que un texto musical de esta índole, que rompe sus vínculos con la lengua musical común, sea comunicable, es preciso que se organice por dentro como un sistema regulado: así, por ejemplo, la repetición exacta de algunas partes de la melodía, que trazan las coordenadas de un obra musical en tanto que sistemas particulares en sí, difieren en Bach y en los compositores posteriores... «Desde principios del siglo XIX— escribe Boris de Schloezer (*Introduction a Jean-Sébastien Bach*) — el estilo ha muerto», siendo el estilo «el producto en cierto modo colectivo en que se cristalizan determinadas maneras de pensar, de sentir, de actuar de un siglo, de una nación, de un grupo incluso, si logra imponer su espíritu a una sociedad»

En la época moderna, la obra de Schönberg es, en boca de Boulez, «el ejemplo mismo de la investigación de un lenguaje. Llegando a un período de disgregación, lleva esta disgregación hasta su última consecuencia: la «suspensión del lenguaje tonal... Impone descubrimiento, si los hubo, en la historia de la evolución morfológica de la música. Porque tal vez no sea tanto el hecho de haber realizado mediante la serie de doce sonidos una organización racional del cromatismo que da su verdadera medida al fenómeno Schönberg, sino más bien, en nuestra opinión, la institución del principio serial en sí; principio que — compartimos plenamente tal reflexión— podrá regir un mundo sonoro con intervalos más complejos que el semitono. Pues, así como los modos o las tonalidades generan no solamente las morfológicas musicales sino, a partir de éstas, la sintaxis y las formas, también el principio serial contiene nuevas morfológicas, además de — igualmente a partir de esta nueva repetición del espacio sonoro en el que la noción de sonido de por sí viene a ocupar el lugar preponderante— una sintaxis renovada y de nuevas formas específicas...

«Por el contrario, en Webern, la *evidencia sonora* se alcanza mediante la generación de la estructura a partir del material. Queremos hablar

del hecho de que la arquitectura de la obra deriva directamente de la ordenación de la serie. Dicho de otro modo –de manera esquemática–, mientras que Berg y Schönberg limitan, en cierto modo, el papel de la escritura serial en el plano semántico del lenguaje –la invención de elementos que se combinarán por medio de una retórica no serial– en Webern, el papel de esta escritura se extiende al plano de la retórica misma...»

Por último, la semiótica musical puede establecer las leyes concretas de organización de un texto musical en una época concreta, para compararlas con las leyes respectivas de los textos literarios o del lenguaje pictórico del mismo período, y establecer las diferencias, las divergencias, los retrasos y avances de los sistemas significantes los unos en función de los otros.

El lenguaje visible: la pintura

En una concepción clásica del arte, la pintura está considerada como una *representación* de lo real, ante lo cual se pondría en posición de espejo. *Cuenta o traduce* un hecho, un relato que ha existido realmente. Para esta traducción utiliza un lenguaje particular de formas y de colores que, en cada cuadro, se organiza en sistema fundado sobre el *signo* pictórico.

Está claro que, a partir de semejante concepción, el cuadro puede ser analizado como una estructura con entidades propias y reglas según las cuales se articulan. Entre las investigaciones, muy recientes, por cierto, efectuadas en este terreno, hemos de citar las de Meyer Schapiro; tratan de definir en primer lugar el signo pictórico, llamado *signo icónico*, en la medida en que es una imagen («icono») de un referente que existe fuera del sistema del cuadro. Se plantean varios problemas diferentes, no resueltos por el momento, según este enfoque: ¿cuáles son los componentes del signo icónico? ¿Llamaremos signo icónico al objeto pintado con relación al objeto real? ¿Pero no se destruirá entonces la especificidad del lenguaje pictórico al reducir sus componentes a los de un espectáculo fuera del cuadro, mientras que el lenguaje propio del cuadro es un lenguaje de líneas, de formas, de colores?...

Razón por la cual advertimos que antes de resolver estos problemas que nos llevarían a definir el signo pictórico, es preciso replantear el concepto de *representación*, sobre el que se basa la pintura

representativa.

Si cogemos, en efecto, un cuadro clásico, es decir, un cuadro cuyos signos icónicos son análogos a los reales representados (por ejemplo, *Les Joueurs d'échecs* de Paris Bordone, tal como lo hizo J. C. Schefer en *Scénographique d'un tableau*, 1969) podemos observar que la lectura del lenguaje de ese cuadro pasa por tres polos: 1) la organización interna cerrada (la combinación de los elementos en oposiciones correlativas: las figuras humanas, los objetos, las formas, las perspectivas, etc.): es el *código figurativo*; 2) lo *real* a lo que este modo remite; 3) el discurso en el que se enuncian el código figurativo y lo real. El tercer elemento, el *discurso* que enuncia, reúne todos los componentes del cuadro; dicho de otro modo, el cuadro no es otra cosa que el *texto que lo analiza*. Este texto se convierte en cruce de significantes y sus unidades sintácticas y semánticas remiten a otros textos diferentes que forman el espacio cultural de la lectura. Se *descifra* el Código del cuadro cargando cada uno de sus elementos (las figuras, las formas, las posiciones) de uno o varios sentidos que les hubieran podido dar los textos (tratados filosóficos, novelas, poesías, etc.), evocados en el proceso de la lectura. El código del cuadro se articula sobre la historia que le rodea y produce de este modo el texto que constituye el cuadro.

Con este «devenir-texto» del cuadro, se comprende que el cuadro (y por lo tanto el signo icónico) no representa lo real sino un «simulacro-entre-el-mundo-y-el-lenguaje», sobre el que se apoya toda una constelación de textos que se cortan entre sí y convergen en una lectura de dicho cuadro, lectura que no se acaba jamás. Lo que parecía ser una mera representación ha resultado ser una destrucción de la estructura representada en el juego infinito de las correlaciones del lenguaje.

Se derivan dos consecuencias de tal concepción del lenguaje pictórico:

Primero, el código propiamente pictórico está en estrecha relación con el lenguaje que lo constituye y la representación pictórica se refiere entonces a la red de la lengua que emana del simulacro representativo por el código aunque, al superarlo, lo disuelve.

Luego, el concepto de estructura parece aplicarse sólo al código pictórico en sí, pero está descentrado en el texto que forma el cuadro por medio de la lectura. El cuadro, aunque sea clásico y representativo, no es sino un código estructurado; este código pone en marcha un proceso significativo que lo ordena. Y el proceso en cuestión, por su parte, no es más que la historia de una cultura que se representa al

pasar por el filtro de un código pictórico dado.

Vemos en qué medida una semejante acepción del signo icónico y de su sistema nos lleva a explorar las leyes de la simbolización entre las cuales las leyes del signo lingüístico aparecen cada vez más como un caso particular. Según una aguda observación de M. Pleynet, la intervención de Paul Cézanne (1839-1906) en la pintura europea ha modificado las condiciones del lenguaje pictórico. Efectivamente, en la obra de Cézanne y en muchas de las que llegaron posteriormente, el proceso que «descentra» la estructura del cuadro y va más allá del código pictórico mismo –proceso que, en la pintura clásica, se refugia en el «texto» del cuadro (o en el del sujeto que lo está mirando)– penetra en el propio objeto. Por lo que el objeto deja de ser un objeto para convertirse en un proceso infinito que toma en consideración el conjunto de las fuerzas que lo producen y lo transforman, en toda su diversidad. Recordemos a este respecto la cantidad de lienzos no acabados y sin firmar que nos dejó Cézanne, la repetición de las mismas formas, la utilización de diversos tipos de perspectivas, y su frase célebre: «No me dejaré atrapar». Recordemos igualmente el paso de una visión en perspectiva monocular a la dislocación en profundidad de una visión de tipo binocular, etc. Después de Cézanne, advierte Pleynet, se pudo interpretar su revolución de dos maneras: bien como una pura investigación formal (los cubistas), bien como una modificación de las relaciones objeto/proceso pictórico y ésta última sigue siendo la más fiel a la transformación cezannesca del objeto en proceso que recompone su historia (Duchamp, dada, anti-art).

El resultado es un cuadro que ya no es un objeto: se sustituye la representación de un cuadro por el proceso de su reproducción. Podemos entonces oponer al *cuadro* –estructura cerrada que la lengua traspasa– la *pintura* –proceso que traspasa el objeto (el signo, la estructura) que aquél produce.

Con Matisse, Pollock, Rothko, y tan sólo citamos unos pocos nombres, la pintura y la escultura modernas ilustran «la articulación productivo-transformadora de una praxis sobre su historia». Es decir, que la pintura es ahora un proceso de producción que no representa a ningún signo ni sentido, sino más bien la posibilidad de elaborar, a partir de un código limitado (pocas formas, algunas oposiciones de colores, las relaciones de una determinada forma con un determinado color) un proceso significativo que analice los componentes de lo que pudo darse en el origen en cuanto que bases de la representación. Es

así cómo la *pintura* (moderna) acalla al lenguaje verbal, el cual solía unirse al *cuadro* (clásico) que quería ser *representación*. Delante de una pintura, los fantasmas cesan, la palabra se apaga.

El lenguaje visible: La fotografía y el cine

Si bien es cierto que, con frecuencia, se ha examinado la naturaleza de la fotografía y del cine, sobre todo con un enfoque fenomenológico, el procedimiento que consiste en considerarlos en tanto que *lenguajes* es muy reciente.

A este respecto, se ha podido observar la diferencia entre la estructura fotográfica y la del cine, en cuando que se refiere a su modo de captar la realidad. Así, pues, Barthes vio en la temporalidad de la fotografía una nueva categoría del espacio-tiempo: «local inmediato y temporal anterior», «conjunción ilógica del *aquí* y del *antano*». La fotografía nos muestra una realidad anterior y aunque da una impresión de idealidad, no se la recibe nunca como algo puramente ilusorio: es el *documento* de una «realidad de la que nos hallamos fuera del alcance».

Por lo contrario, el cine requiere la proyección del sujeto en lo que ve y se presenta no como la evolución de una realidad pasada sino como una ficción que el sujeto está viviendo. Se ha podido explicar esta impresión de realidad imaginaria que provoca el cine en su posibilidad de representar el *movimiento*, el *tiempo*, el *relato*, etc.

Por otra parte, independientemente de la crítica fenomenológica, los propios directores de cine han estudiado las características del cine, desde sus inicios, y han sido los primeros en extraer sus leyes. Estamos pensando aquí en teóricos como Eisenstein, Vertov. Debemos a Eisenstein, por ejemplo, los primeros tratados magistrales acerca de la forma y la significación en el cine en los que demuestra la importancia del *montaje* en la producción cinematográfica y, por ende, en toda producción significativa. El cine no copia de manera «objetiva», naturalista o continuada una realidad que le es propuesta: recorta secuencias, aísla planos y los vuelve a combinar por medio de un nuevo montaje. El cine no reproduce cosas: las manipula, las organiza, las estructura. Y los elementos toman sentido sólo cuando se logra la nueva estructura a partir del montaje de aquéllos. Este principio del montaje, o mejor dicho de la unión de elementos aislados, similares o contradictorios y cuyo choque provoca una significación que no

tienen de por sí, ya lo había encontrado Eisenstein en la escritura jeroglífica. Se sabe su interés por el arte oriental, y que había aprendido japonés... Según él, la película ha de ser un texto jeroglífico en que cada elemento aislado no tiene sentido más que en la combinatoria contextual y en función de su lugar dentro de la estructura. Evocaremos el ejemplo de las tres estatuas diferentes de león, que Eisenstein filma en *el Acorazado Potemkin*: aisladas en planos independientes y ordenadas una tras otra, forman un «enunciado fílmico» cuyo sentido sería identificar la fuerza del león con la revolución bolchevique.

Por lo cual, desde sus inicios, el cine se considera como un lenguaje y busca su sintaxis y hasta podríamos decir, que esta búsqueda de las leyes de la enunciación fílmica se ha acentuado más en la época en que el cine busca una lengua con estructura diferente de la del habla.

Otra tendencia, que se opone a la de montaje, se orienta hacia una narrativa cinematográfica en la que los planos no se recortan ni se ordenan sino en que el plano es una secuencia, un movimiento libre de la cámara (el «plano-travelling»); como si la película renunciase a mostrar la *sintaxis de su lengua* (travelling hacia adelante, travelling hacia atrás, panorámica horizontal, panorámica vertical, etc.), sino que se conformaba con hablar un *lenguaje*. Este es el caso de Antonioni, Visconti; en algunos otros (Orson Welles, Godard) se admiten ambos procedimientos.

Estas breves observaciones están indicando ya que el cine puede ser considerado no solamente como un lenguaje, con sus entidades y su sintaxis propias, sino que, además, ya lo es. Hemos percibido incluso una diferencia entre la concepción del cine en tanto que lengua y la concepción del cine en tanto que lenguaje. Varios estudios se ocupan en la actualidad de las reglas internas del lenguaje cinematográfico. Se va incluso más allá del marco de la película propiamente dicho y se estudia el lenguaje de los cómics, esa sucesión de dibujos que, sin duda, imita la ordenación de las imágenes cinematográficas y supera con este procedimiento el estatismo de la foto y del dibujo para introducir el tiempo y el movimiento en el relato. La imagen (o la foto) aislada es un enunciado; ordenada en función de otras, conforma una narración. Vemos aquí abrirse un campo de exploración interesante: la relación entre el lenguaje cinematográfico y el de los cómics, por una parte, y el texto lingüístico (el habla el verbo) que se corresponde con ese lenguaje, traduciéndolo y sirviendo de soporte para aquél, por otra.

Sin embargo, notamos rápidamente que el término «lenguaje» empleado aquí no se entiende en su sentido lingüístico. Se trata en realidad de un uso analógico: puesto que el cine es un sistema de diferencias que transmite un mensaje, se le puede bautizar lenguaje. El problema que se plantea es saber si, tras los numerosos estudios psicológicos que se han hecho sobre el fenómeno cinematográfico, la concepción lingüística del lenguaje puede ser útil en el análisis de una película, para dar lugar a una semiótica del cine.

En su *Essai sur la signification du cinema* (1968), Christian Metz constata que, en el sistema cinematográfico, no hay nada que se pueda comparar en el nivel fonológico del lenguaje: el cine no tiene unidades del orden del fonema. Pero tampoco tiene «palabra»: se suele considerar la imagen como una palabra y la secuencia como una oración, pero para Metz la imagen equivale a una o varias oraciones y la secuencia es un segmento complejo del *discurso*. Es decir, que la imagen es «siempre habla, nunca unidad de lengua». Por consiguiente si hay una sintaxis del cine, queda por hacerla sobre una bases sintácticas y no morfológicas.

La semiótica del cine puede ser concebida bien como una semiótica de connotación bien como una semiótica de denotación. En el segundo caso, se estudiará el encuadramiento, los movimientos técnicos, los efectos de luces, etc. En el primero, se tratará de percibir diferentes significaciones, «atmósferas», etc., que provoca un segmento denotado. Por otra parte, es evidente que la semiótica cinematográfica se organizará como una semiótica *sintagmática* – estudio de la organización de los elementos dentro de un conjunto sincrónico – más que como una semiótica paradigmática: la lista de las unidades susceptibles de aparecer en un lugar concreto en una cadena fílmica no está siempre limitada.

Es posible concebir la manera en que se puede presentar esta semiótica del cine en tanto que estudio de su sintaxis, de la lógica de ordenación de sus unidades. Un ejemplo de esta lógica es el *sintagma alternante*: imagen de una estatua egipcia, imagen de un horno, etc. El choque repetido de esas imágenes, vistas desde distintos ángulos y enfoques, puede reconstruir en el lenguaje del cine todo un relato que la literatura habría introducido entre ambos sintagmas polares (estatua-horno) para explicar la razón de su ordenación. En semejante relato, el sintagma alternante delimita una historia que, en este caso concreto, es la de la civilización mediterránea (*Méditerranée*, de Jean-Daniel Pollet).

El problema del análisis sintagmático de la película, para captar el modo de significación propio del cine, es, ya lo vemos, complejo: ¿cuál será la unidad mínima superior del ejemplo filmado? ¿Cómo articular los componentes imagen-sonido-habla en una única unidad o en varias que se combinen entre sí, etc.? Es obvio que la transformación de los principios lingüísticos en el análisis cinematográfico no da resultado sino a fuerza de ser totalmente reinterpretada y adaptada al sistema específico de la película. Se trataría menos de un ejemplo de *nociones lingüísticas* que de *métodos lingüísticos*: distinción significante/significado, recorte, comunicación, pertinencia, etc. Aquí como en los demás sistemas significantes, la importancia del estudio semiótico consiste en que pone de relieve las leyes de organización de los sistemas significantes que no han podido ser observadas en el sentido de lengua verbal; con estas leyes, podríase reconsiderar, algún día sin lugar a duda, el lenguaje para volver a encontrar zonas de significancia censuradas o descartadas en el estado actual de la ciencia lingüística: zonas que se apropia lo que se ha dado en llamar el «arte» para desplegarse en ellas y explorarlas.

La zoosemiótica

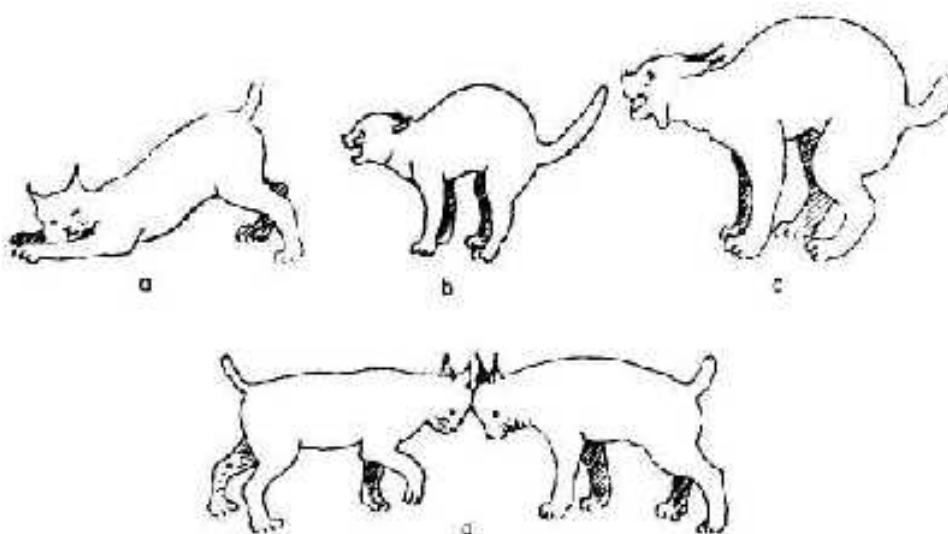
La observación del comportamiento animal proporciona unos datos interesantes que dan fe de la existencia de un sistema de comunicación sumamente desarrollado en el mundo animal, con frecuencia. En efecto, la variedad de las «expresiones» del cuerpo animal, denotando un estado o una función concreta (léase ilustración), los diversos gritos de los animales y los cantos de las aves, en distintos niveles, parecen indicar que los animales manejan un código específico de señalización. Biólogos y zoólogos han emprendido investigaciones en este sentido y han proporcionado abundante material, yendo de la comunicación de los insectos a las comunicaciones de los primates. Thomas A. Sebeok acaba de publicar estos datos en su libro *Animal Communication* (1968).

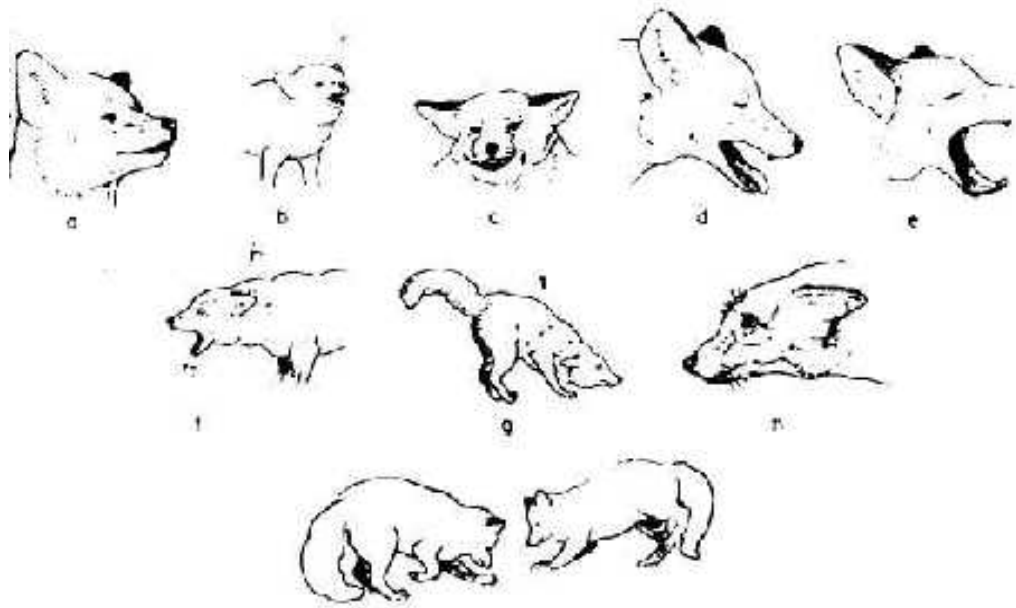
Nos limitaremos a dar dos ejemplos: la comunicación «gestual» de la abejas y la comunicación «vocal» de los delfines.

Los textos de Kircher en *Misurgia Universalis* (1771) son de los más antiguos en tratar el problema del lenguaje animal. Pero fue sobre todo en la década de los treinta cuando la ciencia dispuso de medios de investigación concretos para el estudio del código animal.

Karl von Frisch, profesor de Munich, observaba en 1923 la danza de

las abejas; cuando, después de haber libado, una abeja vuelve a su colmena, ejecuta ante los demás habitantes de la colmena una danza en la que resaltan dos componentes esenciales: círculos horizontales e imitaciones de la figura de la cifra 8. Estos bailes parecen indicar a las demás abejas el exacto emplazamiento de la flor de donde vuelve la abeja que ha estado libando: en efecto, poco tiempo después, llegan las abejas de su colmena hasta la misma flor. Von Frisch supone que les guía el lenguaje bailarín de la abeja libadora cuyos círculos horizontales indicarían la existencia de néctar y la figura en forma de 8 el polen. Entre 1948 y 1950, Von Frisch puntualizó los resultados de estas observaciones; las danzas indican la distancia de las colmenas al manjar, la danza circular anuncia una distancia de cien metros como mucho mientras que la danza en 8 puede anunciar una distancia de hasta seis kilómetros. El número de figuras en un tiempo determinado designa la distancia, mientras que el eje del 8 revela la dirección como respecto al sol.





Lenguaje de los animales: diversas posturas del lince (arriba) y del zorro (abajo) correspondiente a la agresividad o a la sociabilidad. Según Th. Sebeok, *Animal communication*, Ed. Mouton, La Haya. © Indiana university Press, Bloomington, Indiana, U.S.A., 1968.

Nos hallamos aquí frente a un *código sutil* que mucho tiene que ver con el lenguaje humano. Las abejas pueden transmitir mensajes que encierran varios datos: existencia de comida, posición, distancia; poseen una memoria puesto que son capaces de retener información para transmitirla luego; por último, *simbolizan* ya que una secuencia gestual indica aquí otra cosa que sí misma: un alimento, su posición, su distancia... Sin embargo, Benveniste advierte que sería difícil asimilar este sistema de comunicación, aunque esté sumamente elaborado, con el lenguaje humano. Efectivamente, la comunicación de las abejas es gestual y no vocal; no supone una respuesta por parte del destinatario sino una reacción: dicho de otro modo, no hay *diálogo* entre las abejas; la abeja que recibe el mensaje no puede transmitírselo a una tercera (por lo que no se construye un mensaje nuevo a partir del mensaje); finalmente, la comunicación parece referirse sólo a la comida. Benveniste concluye que la comunicación de las abejas no es un lenguaje sino un *código de señales* que, para desarrollarse y ejercerse, precisa una *sociedad*: el grupo de las abejas y su convivencia.

distintivo en la comunicación. Finalmente, las señales de los animales submarinos sirven a menudo para localizar el alimento o al enemigo: la emisión y retorno de una señal reflejada por un obstáculo supone una ayuda para la orientación del animal.

La comunicación animal nos sitúa frente a un sistema de información que, a la vez que es un lenguaje, no parece estar fundado sobre el signo y el sentido. El signo y el sentido aparecen cada vez más como unos fenómenos específicos de un determinado tipo de comunicación humana y están lejos de ser los universales de toda señalización. Una tipología de las señales y de los signos resulta pues necesaria y le daría su justo lugar al fenómeno de la comunicación verbal.

Lo que la zoosemiótica permite descubrir es la existencia de *códigos de información* en todos los organismos vivos. «Porque los organismos terrestres, de los protozoarios al hombre, se parecen tanto entre sí por sus detalles bioquímicos —escribe Sebeok— estamos virtualmente seguros que todos provienen de una sola e idéntica instancia en que la vida tomó su origen. La variedad de las observaciones apoya la hipótesis según la cual el mundo orgánico entero desciende de modo lineal de la vida primordial, siendo el hecho más importante la ubicuidad de la molécula de ADN. El material genético de todos los organismos conocidos sobre la tierra se compone generalmente de los ácidos nucleicos ADN y ARN que contienen en su estructura una información transmitida y reproducida de generación en generación, y posee, además, una capacidad de autorrespuesta y de mutación. En fin, el código genético es “universal” o “más o menos...”»

Por otra parte, el matemático soviético Lapunov (1963) subraya que todos los sistemas vivos transmiten, a través de los canales estrictamente definidos y constantes, unas pequeñas cantidades de energía material que contiene una cantidad importante de información y que controlan posteriormente una serie de organismos. Sebeok concluye, por su parte, que los fenómenos biológicos así como los fenómenos culturales pueden ser planteados como aspectos del proceso de información; e incluso la reproducción puede ser considerada como una información-respuesta o como un tipo de control que parece ser una propiedad universalista de la vida terrestre, independientemente de su forma y de su sustancia.

Por el momento, dado el número relativamente poco elevado de investigaciones que se han hecho en este campo, toda conclusión es

prematura y la visión cibernética de la vida puede resultar ser un presupuesto metafísico que funda un conocimiento pero que la limita al mismo tiempo. Entre algunos científicos persiste la convicción de que el esfuerzo común de la genética, de la teoría de la información, de la lingüística, la semiótica, puede contribuir para la comprensión de la «*semiosis*» que, según Sebeok, puede ser considerada como la definición de la vida. Nos hallamos ante un postulado fenomenológico que aquí se da como algo demostrado de forma empírica: el orden del *lenguaje* une el de la *vida* con el de la *idealidad*, el elemento de la significación, la substancia de la expresión que constituye el habla, reúne en paralelo el *sentido* (transcendental) y la *vida*.

Conclusión

Las representaciones y las teorías del lenguaje que acabamos de exponer de manera somera, abordan bajo el nombre de lenguaje un objeto siempre un poco diferente; al explicarlo bajo distintos puntos de vista, al hacerlo conocer de diversas maneras, aquellas teorías dan fe por encima de todo del tipo de conocimiento particular propio de una sociedad o de un período histórico. A través de la historia de los conocimientos lingüísticos no es tanto la evolución ascendente de un conocimiento del lenguaje lo que aparece: lo que sobresale es la historia del pensamiento que se enfrenta a ese desconocido que lo constituye.

En lo que se ha convenido en llamar la prehistoria, la reflexión acerca del lenguaje se confundía con una cosmogonía natural y sexual de la que era inseparable y que ordenaba al ordenarse, agente, actor y espectador. La escritura frasográfica –base de la logografía y de la morfología– anuncia este tipo de funcionamiento en el que el mensaje se sustenta de las palabras y se transmite en una articulación transverbal, que conmemora el ensueño, o la poesía moderna, o el jeroglífico de todo sistema estético.

El atomismo indio y el atomismo griego intentan conciliar el acto de significar, percibido en su diferencia a partir de este momento, con lo que significa, buscando una atomización, un espolvoreamiento de ambas series fundidas una en la otra o reflejadas una por la otra; antes de que la Idea griega –aquel «significado transcendental» (cf. Derrida, *De la Grammatologie*)– hubiera salido a la luz, para constituir el acto de nacimiento de la *filosofía*, y conjuntamente de la *gramática* en cuanto que apoyo empírico y reflejo subordinado de una teoría filosófica o lógica. La gramática será, desde sus inicios y hasta hoy, didáctica y pedagógica, instrumento primero que *enseña* el arte del buen pensar decretado por la filosofía.

El *objeto lenguaje* –substancia sonora portadora de un sentido– se desprende del cosmos para ser *estudiado* en sí mismo. El extraer el lenguaje de lo que no es, pero que nombra y ordena, es sin duda el

primer salto importante en la corriente que conduce a la constitución de una *ciencia* del lenguaje. Lo encontramos, realizado, en la filosofía y la gramática griega. El sentido se convierte de ahora en adelante en aquella zona enorme y desconocida que la gramática, la lógica y cualquier otro acercamiento de la lengua van a buscar a través de los avatares de la epistemología.

En primer lugar, el lenguaje, aislado y delimitado en tanto que objeto particular, está considerado como un conjunto de elementos del que se busca la relación con el sentido y las cosas: la representación del lenguaje es atomística. Más tarde interviene una *clasificación* que distingue las categorías lingüísticas: es la *morfología*, anterior por dos siglos a la sintaxis (al menos en lo que concierne a Grecia y Europa) que consta de un pensamiento *relacional*.

La Edad Media entenderá el lenguaje como el eco de su sentido transcendental, profundizará el estudio de la *significación*. Durante esta época, es menos un conjunto de reglas morfológicas y sintácticas que la réplica de una ontología; es *signo: significans y significatum*.

Con el Renacimiento y el siglo XVII, el conocimiento clasificador de lenguas nuevamente descubiertas no acaba sin embargo con los propósitos metafísicos: las lenguas concretas se representan sobre el fondo universal de una lógica común cuyas leyes fijará Port-Royal. El Renacimiento *estructuralista* dejará su sitio a la *ciencia del razonamiento*: la *Grammaire Générale*.

El siglo XVIII intentará desligarse del fondo lógico sin llegar a olvidarlo; intentará organizar la superficie, la lengua, con una sintaxis propiamente lingüística; pero no abandonará por ello la investigación destinada a explicar, por medio de los signos, el vínculo de la lengua con el orden perdido de lo real, del cosmos.

Con el comparatismo, esta investigación del lugar original de la lengua se va a dirigir ya no hacia un *real*, cuyo modo de significar había que determinar anteriormente, sino hacia una lengua madre de la que las lenguas presentes serían las descendientes históricas. El problema lengua-realidad se sustituye por el problema de una historia ideal de las lenguas. Estas lenguas ya son unos sistemas formales con subsistemas: fonético, gramatical, flexional, de declinación, sintáctico. Con los neo-gramáticos, el estudio de la lengua será un estudio operacional de las transformaciones: la historia ideal está sistematizada por no decir estructurada.

El estructuralismo del siglo XX abandonará aquel eje vertical que orientaba la lingüística anterior bien hacia lo real extralingüístico, bien

hacia la historia, y aplicará el método de composición relacional hacia el interior de una misma lengua. De este modo, cortada y limitada por sí misma, la lengua se convierte en sistema en Saussure, estructura en el Círculo de Praga y en Hjelmslev. Estratificada por capas cada vez más formales y autónomas, se presentará en los estudios más recientes como un sistema de relaciones matemáticas entre términos sin nombres (sin sentido). Llegada a esta extremada formalización, en la que la noción misma del *signo* se esfuma detrás de las de lo *real* y de la *historia* y en que la lengua ya no es sistema de comunicación ni producción-expresión de sentido, la lingüística parece haber alcanzado la cumbre del camino que se había marcado cuando se constituyó como ciencia de un objeto, de un sistema en sí. A partir de ese momento, en esta vía, no podrá sino multiplicar la aplicación de los formalismos lógico-matemáticos sobre el sistema de la lengua para demostrar mediante esta operación tan sólo su propia habilidad para unir un sistema rigurosamente formal (las matemáticas) con otro sistema (la lengua) que necesita ser despojada para adaptarse. Podemos decir que esta formalización, esta ordenación del significante exento de significado, rechaza las bases metafísicas sobre las que se apoyó el estudio de la lengua en su inicio: el distanciamiento y el vínculo con lo real, el signo, el sentido, la comunicación. Podemos preguntarnos si tal rechazo, a la vez que consolida las bases, no facilitará —mediante un juego dialéctico— el procedimiento que ha arrancado ya y que consiste en *criticar* los fundamentos metafísicos de una fenomenología que la lingüística soporta y quisiera ignorar.

Porque, fuera de la lingüística, el estudio psicoanalítico de la relación del sujeto con su discurso ha indicado que no se podría estudiar el lenguaje —por muy sistemática que pueda parecer la lengua— sin tomar en cuenta a su sujeto. La lengua-sistema formal no existe fuera del habla, pues la lengua es ante todo *discurso*.

Por otra parte, la expansión del método lingüístico en otros campos de praxis significantes, es decir, la semiótica, tiene la ventaja de confrontar este método a objetos resistentes, para mostrar cada vez más que los modelos hallados por la lingüística formal no son omnivalentes y que los diversos modos de significación han de ser estudiados independientemente de aquella cumbre-límite que ha alcanzado la lingüística.

Ambos dominios, psicoanálisis y semiótica, que se fundaban en un principio sobre la lingüística, demuestran que la expansión de ésta —resultado de un gesto totalizador que ha querido arquitecturizar el

universo en un sistema ideal— la ha enfrentado con sus límites, obligándola a transformarse para dar una visión más completa del funcionamiento lingüístico y, en general, del funcionamiento significante. Sin duda guarda el recuerdo de una sistematización y de una estructuración que le ha impuesto nuestro siglo. Pero tomará al sujeto en cuenta, así como la diversidad de los modos de significación, las transformaciones históricas de esos modos, para refundirse en una *teoría general de la significación*.

Porque no se le podría asignar su lugar a la lingüística, y menos aún hacer una ciencia de la significación, sin una teoría de la historia social en cuanto que interacción de varias praxis significantes. Entonces se podrá apreciar en su justo valor aquel pensamiento según el cual todo dominio se organiza como un lenguaje; sólo entonces el lugar del lenguaje, así como el del sentido y del signo, podrá hallar unas coordenadas exactas. Y esto es justamente hacia lo que puede tender una semiótica entendida no como una simple extensión del modelo lingüístico a todo objeto que pudiera ser considerado como dotado de sentido, sino como una crítica del concepto mismo de la semiosis, en base a un estudio profundizado de las praxis históricas concretas.

En reino del lenguaje en las ciencias y la ideología moderna tiene como efecto una sistematización general del dominio social. Sin embargo, bajo esta apariencia, podemos distinguir un síntoma más profundo, el de una completa mutación de las ciencias y de la ideología de la sociedad tecnocrática. Occidente, tranquilizado por el control que ha adquirido sobre las estructuras del lenguaje, puede ahora confrontar tales estructuras con una realidad compleja y en constante transformación, para hallarse frente a todos los olvidos y todas las censuras que se habían permitido edificar dicho sistema: sistema que no era sino un refugio, lengua sin lo real, signo, o simplemente significante. Remitida a aquellos mismos conceptos, nuestra cultura se ve obligada a replantear su propia matriz filosófica.

Por ello, el predominio de los estudios lingüísticos y, más aún, la diversidad babilónica de las doctrinas lingüísticas —aquella diversidad que ha adoptado el nombre de «crisis»— indica que la sociedad y la ideología atraviesan una fase de autocrítica. El fermento lo constituyó ese objeto aún desconocido: el lenguaje.